STEPHEN KING

LA LARGA MARCHA



Una inquietante novela futurista donde la realidad supera a la fantasía más terrorífica.

El escenario: una sociedad ultraconservadora que ha llevado al paroxismo sus rasgos más perversos, dominada por un estado policial. El acontecimiento: la más extraordinaria competición deportiva, una agotadora marcha a pie donde un resbalón puede ser el último. Los competidores: cien adolescentes elegidos por sorteo y decididos a pasar sobre los cadáveres de sus compañeros para llegar a la meta. El premio: fama y fortuna para el ganador, es decir, para el único superviviente…

Solo uno será el triunfador. Los 99 restantes morirán.

Título original: *The long walk*
Traducción: Hernán Sabaté

Printed in Spain ISBN: 978-84-01-47469-9

Stephen King

(Bajo el seudónimo de Richard Bachman)

La larga marcha

ePUB v2.1
Ozzeman 14.08.12

Para Jim Bishop, Burt Hatlen y Ted Holmes

PRÓLOGO

STEPHEN KING HABLA SOBRE LAS NOVELAS QUE PUBLICÓ CON EL SEUDÓNIMO DE RICHARD BACHMAN

«Entre 1977 y 1984 publiqué cinco novelas con el seudónimo de Richard Bachman — acaba de confesar Stephen King. — Hubo dos razones por las cuales al fin me relacionaron con Bachman: en primer lugar, porque los cuatro libros iniciales estaban dedicados a personas próximas a mí, y en segundo lugar, porque mi nombre apareció en los formularios del registro de propiedad uno de los libros. Ahora la gente me pregunta por qué lo hice, y aparentemente no tengo respuestas muy satisfactorias. Por suerte no he matado a nadie, ¿verdad?»

Mientras King firmaba unas novelas con su nombre auténtico, y otras con su seudónimo, también tenía conciencia de que su promedio de obras publicadas superaba los límites de lo normal. En el prólogo que escribió para una edición conjunta de cuatro novelas de «Richard Bachman», Stephen King explicó: «Las cifras habían llegado a una cota muy elevada. Eso influyó. A veces me siento como si hubiera plantado un modesto paquete de palabras y hubiese visto crecer una especie de planta mágica… o un jardín descontrolado de libros (¡MÁS DE CUARENTA MILLONES DE EJEMPLARES EN CIRCULACIÓN!, como se complace en proclamar mi editor).»

King ha adjudicado precisamente a su editor el nacimiento de «Richard Bachman», y lo ha hecho con una alegoría típicamente hilarante y desenfadada: «Yo no creía estar saturando el mercado como Stephen King… pero mis editores si lo pensaban. Bachman se convirtió en un elemento de transacción, para ellos y para mí. Mis "editores de Stephen King" se comportaron como una esposa frígida que sólo desea entregarse una o dos veces al año, y que le pide a su marido permanentemente cachondo que se busque una prostituta de lujo. Era a Bachman a quien yo recurría cuando necesitaba desahogarme. Sin embargo, eso no explica por qué experimentaba la incesante necesidad de publicar lo que escribía aunque no precisara dinero.»

Stephen King considera que sus novelas firmadas con seudónimo son sinceras: «Por lo menos, las escribí con el corazón, y con una energía que ahora sólo puedo imaginar en sueños.» Y añade, para terminar, que quizá habría publicado las cinco novelas con su propio nombre «si hubiera conocido un poco mejor el mundo editorial… Sólo las publiqué entonces (y permito que se reediten ahora) porque siguen siendo mis amigas.

PRIMERA PARTE
- LA SALIDA -

1

Diga la palabra secreta y ganará cien dólares. George, ¿quiénes son nuestros primeros concursantes? ¿George…? ¿Estás ahí, George?

GROUCHO MARX
Apueste su vida

Un viejo Ford azul se detuvo esa mañana en el aparcamiento vigilado, con el aspecto de un perrillo cansado tras una larga carrera. Uno de los vigilantes, un joven inexpresivo con un uniforme caqui y los correspondientes correajes, pidió que le mostrara la tarjeta azul de identidad. El muchacho que iba sentado en el asiento trasero entregó la tarjeta de plástico a su madre, que se la dio al vigilante. Éste la introdujo en una terminal de ordenador que parecía fuera de lugar en aquel apacible paisaje rural. La terminal engulló el plástico y la pantalla se ilumino:

GARRATY, RAYMOND DAVIS
RD. 1 POWNAL MAINE
ANDROSGOGGIN COUNTY
NÚMERO ID. 46—801—89
OK-OK-OK

El vigilante pulsó otra tecla y todo desapareció de la pantalla, quedando de nuevo limpia y vacía, con su color verdusco. Después hizo un gesto de que el coche podía pasar.

— ¿No nos devuelven la tarjeta? — preguntó la madre. — ¿No…?

— No, mamá — respondió Garraty con tono paciente.

— Pues no me gusta — añadió la mujer, mientras detenía el coche en un sitio libre.

Llevaba repitiendo esa frase desde que habían emprendido el camino en la oscuridad, a las dos de la madrugada. En realidad, la había murmurado por lo bajo durante todo el trayecto.

— No te preocupes — dijo el muchacho, mirando alrededor con una confusa mezcla de expectación y temor. Bajó del coche antes casi de que el motor lanzara su último jadeo asmático.

Garraty era un joven alto, de buena complexión, y llevaba una descolorida chaqueta militar para protegerse del frío en aquella mañana primaveral. Su reloj marcaba las ocho en punto.

La madre también era alta, pero demasiado delgada. Sus pechos eran apenas unas

leves protuberancias. Su mirada era insegura y errática, como afectada por una profunda conmoción, y su expresión era la de un inválido. Su cabello pelirrojo se había despeinado bajo el puñado de horquillas que supuestamente debía mantenerlo en su sitio. Sus ropas colgaban desmañadamente de su cuerpo, como si acabase de perder varios kilos.

— Ray — murmuró con aquel susurro de conspiración que él había llegado a temer. — Ray, escucha…

El muchacho bajó la cabeza y fingió arreglarse la camisa. Uno de los vigilantes estaba comiendo una ración militar de alimentos concentrados directamente de la lata, mientras leía un cómic. Unas gotas de salsa de judías le bajaban por la comisura de los labios. Garraty contempló al vigilante y pensó por enésima vez: Esto es real. Y ahora, por fin, la idea empezó a cobrar una forma concreta.

— Todavía estás a tiempo de cambiar de idea… El miedo y la expectación le formaron un nudo en el estómago.

— No, ya no queda tiempo —replicó.— La fecha límite de retirada era ayer.

Todavía con voz de conspiradora, la madre insistió:

— Ellos lo comprenderán. Sé que lo harán. El Comandante…

— El Comandante… — le interrumpió Garraty, mientras observaba el gesto desesperado de su madre. — Ya sabes lo que haría el Comandante, mamá.

Otro coche había terminado el breve ritual a la entrada y estaba aparcando. Descendió de él un muchacho de cabello castaño. Sus padres bajaron a continuación y, por un instante, el trío formó un corro, conferenciando como jugadores de béisbol preocupados por la marcha del partido. El recién llegado llevaba, como algunos de los demás muchachos, una bolsa de viaje ligera. Garraty se preguntó si habría sido una tontería no llevar una también.

— ¿No vas a cambiar de idea?

En la pregunta, bajo el tono de nerviosismo, asomaba un sentimiento de culpabilidad. Ray Garraty, pese a contar sólo dieciséis años, tenía una idea bastante precisa de la naturaleza de tal sentimiento. Su madre creía haber sido demasiado adusta con él, haber estado demasiado cansada o absorta en sus achaques de adulta para detener la locura de su hijo en su etapa inicial, antes de que la pesada maquinaria del Estado se adueñara de la situación con sus vigilantes de caqui y sus terminales de ordenador; desde tiempo atrás, el muchacho se había encerrado cada vez más en su insensatez hasta que, el día anterior, la trampa había caído sobre él definitivamente.

Él posó una mano en el hombro de su madre.

— La idea ha sido siempre mía, mamá. Sé muy bien que no la compartes, pero… — Echó un vistazo alrededor. Nadie les prestaba atención. — Te quiero, mamá, pero esto es lo mejor, de todos modos.

— No lo es — replicó ella, a punto de que le saltaran las lágrimas. — No lo es,

Ray. Si tu padre estuviera aquí lo impediría.

— Pero no está, ¿verdad?

Garraty se mostraba desconsiderado con ella, esperando impedir que se pusiera a llorar… ¿Qué sucedería si, al final, tenían que llevársela a rastras? Garraty había oído decir que tal cosa sucedía en ocasiones, y la idea le provocó un escalofrío. Con un tono más bajo, añadió:

— Déjalo ya, mamá. ¿De acuerdo? — Sonrió con una mueca forzada, y él mismo se respondió — : De acuerdo…

A la mujer todavía le temblaba el mentón, pero asintió. No estaba de acuerdo, pero ya era demasiado tarde. Nadie podía hacer nada a esas alturas.

Una leve brisa soplaba entre los pinos. El cielo presentaba un azul intenso. La carretera quedaba justo delante de ellos, con el sencillo mojón que señalaba la frontera entre Estados Unidos y Canadá. De pronto, la expectación superó el miedo y Garraty deseó estar ya en marcha, avanzando por aquella carretera.

— Te he preparado esto. Puedes llevarlo, ¿no? No pesa demasiado — musitó la madre, mientras le entregaba un paquete de galletas envueltas en papel de aluminio.

— Está bien — respondió el muchacho.

Tomó el paquete y abrazó seguidamente a la mujer con gesto torpe, intentando darle lo que ella parecía necesitar. La besó en la mejilla y notó que su piel era como seda gastada. Por un instante estuvo a punto de llorar él también. Después pensó en el rostro del Comandante, con su sonrisa y su mostacho, y dio un paso atrás guardando las galletas en el bolsillo de su chaqueta militar.

— Adiós, mamá.

— Adiós, Ray. Pórtate bien.

La mujer se quedó inmóvil unos instantes y Garraty tuvo la sensación de que era muy ligera, como si incluso las suaves ráfagas de brisa que soplaban esa mañana pudieran levantarla del suelo y arrastrarla por el aire como una semilla de diente de león. Luego volvió al coche y puso en marcha el motor. Garraty permaneció donde estaba. La madre levantó la mano y se despidió. El muchacho pudo ver ahora lágrimas en sus ojos. Respondió agitando la mano y, cuando el coche se alejó, permaneció inmóvil unos instantes más, con los brazos a los costados, consciente de lo valiente y solitario que debía de parecer. Pero cuando el coche hubo cruzado la entrada, la sensación de desamparo le embargó de nuevo, y volvió a ser únicamente un muchacho de dieciséis años, solo en un lugar extraño. Se volvió hacia la carretera. El otro muchacho, el de cabello castaño, estaba contemplando a su familia, que se marchaba. En el rostro tenía una cicatriz muy visible. Garraty se acercó y le saludó. El otro le dedicó una mirada.

— Hola.

— Hola. Me llamo Ray Garraty — se presentó, sintiéndose ligeramente estúpido.

— Yo soy Peter McVries.

— ¿Estás preparado? — preguntó Garraty. McVries se encogió de hombros.

— Me siento ansioso. Eso es lo peor.

Garraty asintió.

Los dos se encaminaron hacia la carretera y el mojón fronterizo. Detrás de ellos, otros coches empezaban a marcharse. Una mujer se echó a llorar con desconsuelo. Garraty y McVries se acercaron más el uno al otro. Ninguno de los dos volvió la vista atrás. Delante tenían la carretera, ancha y negra.

— Ese asfalto estará caliente al mediodía — dijo McVries. — Voy a hundirme en él hasta los hombros.

Garraty asintió. McVries le contempló con aire pensativo.

— ¿Cuánto pesas? — preguntó.

— Setenta y tres kilos.

— Yo setenta y seis. Dicen que cuanto más pesas, antes te cansas, pero yo creo que estoy en muy buena forma.

A los ojos de Garraty, Peter McVries parecía más que en buena forma: parecía tener una potencia física asombrosa. Se preguntó quién habría dicho que a más peso, antes llegaba el cansancio. Estuvo a punto de preguntarlo, pero decidió abstenerse. La Larga Marcha era una de esas cosas que estaban rodeadas de afirmaciones apócrifas, talismanes y leyendas.

McVries se sentó a la sombra junto a un par de chicos y, al cabo de unos instantes, Garraty le imitó. McVries parecía haberse olvidado de él por completo. Garraty echó un vistazo a su reloj. Eran las ocho y cinco. Cincuenta y cinco minutos para la salida. La impaciencia y la expectación volvieron a acuciarle, e hizo lo posible para sosegarse, diciéndose que debía aprovechar el rato permaneciendo sentado.

Todos los muchachos estaban sentados, unos en grupo y otros en solitario; uno de ellos se había encaramado a la rama inferior de un pino situado junto a la carretera, y estaba comiendo un emparedado de jalea. Era un muchacho flaco y rubio que llevaba unos pantalones púrpura y una camiseta azul bajo un viejo suéter verde de cremallera, con agujeros en los codos. Garraty se preguntó si el enjuto muchacho aguantaría, o si se agotaría rápidamente.

Los chicos junto a los cuales habían tomado asiento él y McVries estaban conversando.

— Yo no pienso apresurarme — dijo uno de ellos. — ¿Para qué? Y si me señalan un aviso, ¿qué más da? Me adapto, y ya está. Aquí la palabra clave es adaptarse. Recordad dónde habéis oído esto por primera vez.

El muchacho que estaba hablando miró alrededor y reparó en Garraty y McVries.

— Más ovejitas para el matadero. Me llamo Hank Olson, y lo mío es la marcha — dijo, sin el menor asomo de sonrisa.

Garraty se presentó. McVries también lo hizo, con aire ausente y la mirada fija en la carretera.

— Yo soy Art Baker — dijo el cuarto muchacho, con un ligero acento sureño.

Los cuatro se estrecharon las manos. Hubo un momento de silencio, que rompió McVries.

— Impone un poco de respeto, ¿verdad?

Todos asintieron salvo Hank Olson, que se encogió de hombros y sonrió. Garraty observó al chico sentado en la rama del árbol, que terminó el emparedado, hizo una pelota con el papel y lo lanzó hacia el arcén. Garraty llegó a la conclusión de que no duraría mucho. Eso le hizo sentirse un poco mejor.

— ¿Veis esa señal junto al mojón? — dijo Olson de repente.

Todos volvieron la mirada. La brisa impulsaba las nubes, formando zonas de sombra que corrían velozmente cruzando la cinta de asfalto. Garraty no estaba seguro de ver nada concreto.

— Es de la Larga Marcha de hace dos años — continuó Olson con siniestra satisfacción. — El chico estaba tan asustado que se quedó helado ahí mismo al sonar las nueve en punto.

El resto del grupo visualizó en silencio aquel horror.

— Simplemente, no consiguió moverse. Le cayeron los tres avisos y, a las nueve y dos minutos, le dieron el pasaporte. Justo ahí, al lado del poste de salida.

Garraty se preguntó si también a él se le entumecerían las piernas. No lo creía, pero era algo que sólo sabría cuando llegara el momento, y era un pensamiento terrible. Se preguntó por qué Hank Olson había decidido sacar a colación un tema tan horrible.

De pronto, Art Baker se enderezó, sin ponerse en pie.

— Ahí viene.

Un jeep pardo grisáceo llegó junto al mojón fronterizo y se detuvo, seguido de un extraño vehículo oruga que avanzaba lentamente. En la parte delantera y trasera del vehículo sobresalían dos pequeñas antenas de radar con forma de plato; dos soldados haraganeaban en la cubierta superior del vehículo. Garraty sintió un vacío en el estómago al verlos. Los soldados llevaban fusiles de precisión de grueso calibre.

Algunos muchachos se pusieron en pie, pero Garraty no les imitó. Tampoco lo hicieron Olson ni Baker y, tras la mirada inicial, McVries pareció ensimismarse de nuevo. El muchacho sentado en la rama del pino balanceaba los pies ociosamente.

El Comandante descendió del jeep. Era un hombre alto y erguido, con un intenso bronceado de desierto a juego con su sencillo traje caqui. Llevaba una pistola enfundada en el cinturón y gafas de sol reflectantes. Corría el rumor de que la vista del Comandante era extremadamente sensible a la luz, y nunca se le había visto en público sin sus gafas.

— Sentaos, muchachos — dijo, una vez en tierra. — Tened en cuenta el consejo número 13.

El consejo número 13 rezaba: «Conservar las energías siempre que sea posible.”

Los que se habían puesto en pie volvieron a sentarse. Garraty consultó de nuevo su reloj: las 8.16. Decidió que iba un minuto adelantado. El Comandante siempre aparecía a la hora prevista. El muchacho pensó en atrasar el reloj un minuto, pero pronto lo olvidó.

— No voy a hacer un discurso — continuó el Comandante, escudriñándoles con las gafas que le ocultaban los ojos. — Quiero felicitar al que resulte vencedor, y expresar mi reconocimiento a los perdedores por su valor.

A continuación, volvió a la parte trasera del jeep. Se produjo un intenso silencio. Garraty inspiró profundamente el aire primaveral. Iba a ser un día de calor moderado, perfecto para la marcha.

El Comandante regresó junto al grupo llevando en la mano una tablilla con sujetapapeles.

— Cuando diga vuestros nombres, adelantaos y recoged vuestros dorsales. Después, volved a vuestro sitio hasta que sea la hora de empezar. Por favor, que no haya desorden.

— Ya estamos como en el ejército — musitó Olson con una sonrisa.

Garraty no hizo caso. No podía evitar un sentimiento de admiración hacia el Comandante. Antes de que los Escuadrones se lo llevaran, el padre de Garraty solía llamar al Comandante el monstruo más peligroso y raro que podía producir cualquier nación, un sociópata apoyado por la sociedad. Sin embargo, el padre de Garraty nunca había visto en persona al Comandante.

— Aaronson.

Un muchacho campesino, bajo, robusto y con el cuello tostado por el sol, se adelantó titubeando, obviamente amedrentado por la presencia del Comandante, y recogió su gran dorsal de plástico con el número 1. Lo fijó a su camisa con tiras autoadhesivas y el Comandante le dio una palmada en el hombro.

— Abraham. Un alto chico, pelirrojo con tejanos y camiseta de manga corta se puso en pie. Llevaba la chaqueta atada a la cintura al estilo de los colegiales, y la tela le bailaba sobre las rodillas al caminar. Olson emitió una risita disimulada.

— Baker, Arthur.

— Ése soy yo — dijo mientras se incorporaba.

Avanzó con engañosa parsimonia, poniendo nervioso a Garraty. Baker iba a ser un duro adversario. Iba a resistir mucho.

Cuando regresó a su lugar, Baker ya había adherido su dorsal, el 3, a la parte superior derecha de su camiseta.

— ¿Te ha dicho algo? — inquirió Garraty.

— Me ha preguntado si empezaba a hacer calor por mi tierra — respondió estupefacto Baker. — Sí… el Comandante me ha hablado.

— No debe de hacer tanto calor allí como el que empezará a hacer pronto por aquí — se mofó Olson.

— Baker, James — continuó el Comandante.

Así continuó hasta las 8.40, sin ningún tropiezo. Nadie había faltado a la cita. Detrás del grupo, en el aparcamiento, varios motores se pusieron en marcha y otros tanto coches empezaron a alejarse. Eran los chicos de la lista de reservas, que ahora regresarían a sus casas y verían la Larga Marcha por la televisión.

Ya estamos en marcha, pensó Garraty. Lo estamos de verdad.

Cuando llegó su turno, el Comandante le entregó el número 47 y le dijo «Buena suerte». Garraty apreció el olor viril y casi irresistible que el Comandante despedía, y sintió la necesidad casi irrefrenable de tocarlo para asegurarse de que era de carne y hueso.

Peter McVries era el 61. Hank Olson, el 70. Olson estuvo con el Comandante más tiempo que los demás. El Comandante rió de algo que le había dicho el muchacho y le dio unas palmaditas en la espalda.

— Le he dicho que tenga a mano una buena suma de dinero — explicó Olson cuando regresó con el grupo. — Y él me ha dicho que los aplaste a todos. Dice que le gusta ver a alguien con ganas de luchar. «Aplástalos a todos», me ha dicho.

— Magnífico — murmuró McVries.

Después le hizo un guiño a Garraty. Éste se preguntó qué había pretendido McVries con el guiño. ¿Estaría burlándose de Olson?

El chico del árbol se llamaba Stebbins. Recogió su dorsal con la cabeza baja, sin intercambiar palabra alguna con el Comandante. Al volver, tomó asiento bajo el mismo árbol al que antes se había encaramado. Por alguna razón, Garraty estaba fascinado con el muchacho.

El número 100 era un chico pelirrojo con acné, apellidado Zuck. Tras recoger su dorsal, volvió a sentarse con el resto y todos esperaron lo que venía a continuación.

Momentos después, tres soldados del vehículo oruga distribuyeron unos anchos cinturones con bolsas cerradas a presión. Las bolsas iban llenas de tubos con alimentos concentrados de alto contenido energético. Otros soldados se acercaron con cantimploras. Los muchachos se ajustaron las hebillas de los cinturones y sujetaron a ellas las cantimploras. Olson se colocó el cinto en la cadera, como un pistolero; encontró una barra de chocolate y empezó a comérsela.

— No está mal — dijo con una sonrisa.

Bebió un trago de la cantimplora para hacer bajar el chocolate y Garraty se preguntó si Olson estaba simplemente marcándose un farol, o si sabía algo que él desconocía.

El Comandante les dedicó una sobria mirada general. El reloj de Garraty señalaba las 8.56. ¿Cómo podía haber transcurrido tan rápido el tiempo? Tenía un doloroso espasmo en el estómago. — Está bien, muchachos. Colocaos en filas de diez. No es preciso ningún orden concreto. Quedaos con vuestros amigos si lo preferís. Garraty se puso en pie. Se sentía aturdido, fuera de la realidad. Era como si su cuerpo perteneciera a otra persona.

— Bueno, allá vamos — murmuró McVries a su lado. — Buena suerte a todos.

— Buena suerte a ti — contestó Garraty, sorprendido.

— Necesitaría que me examinaran mi maldita cabeza — añadió McVries.

De pronto se había puesto pálido y sudoroso, perdiendo aquel buen aspecto que había mostrado antes. Intentaba sonreír sin conseguirlo, y la cicatriz de su mejilla sobresalía como un extravagante signo de puntuación. Stebbins se puso en pie y se encaminó a la parte posterior de los participantes, dispuestos en diez filas de diez en fondo. Olson, Baker, McVries y Garraty estaban en la tercera fila. Se preguntó si era conveniente beber un poco, pero decidió que no. En toda su vida no había estado más atento a sus pies. Se preguntó si también él se quedaría paralizado y recibiría el pasaporte definitivo en la misma línea de salida. Se preguntó si Stebbins quedaría eliminado pronto. Stebbins, con sus emparedados de jalea y sus pantalones púrpura. Se preguntó si él mismo quedaría eliminado a las primeras de cambio. Se preguntó qué sentiría si…

Su reloj marcaba las 8.59.

El Comandante tenía la vista puesta en su cronómetro de acero inoxidable. Levantó lentamente los dedos y todo quedó en suspenso, pendiente de su mano. El centenar de muchachos observaba ésta atentamente, y el silencio era sobrecogedor. El silencio lo llenaba todo.

El reloj de Garraty indicaba las 9.00, pero la mano levantada no descendió. Garraty estuvo a punto de gritar «¡Vamos! ¿Por qué no la baja?» Entonces recordó que su reloj iba un minuto adelantado. Todos debían de haber puesto sus relojes en hora con el del Comandante. Pero él lo había olvidado.

El Comandante dejó caer la mano.

— Buena suerte a todos — dijo.

Su rostro seguía inexpresivo, y las gafas le ocultaban los ojos. Todos echaron a caminar.

Garraty avanzó con ellos. No se había quedado paralizado. A nadie le había ocurrido. Sus pies cruzaron el mojón que señalaba la salida, a paso de desfile, con McVries a su izquierda y Olson a su derecha. El ruido de las pisadas era estruendoso.

¡Ya está, ya está!, se dijo.

Le embargó el loco y repentino impulso de detenerse, sólo para ver si realmente sucedía lo que decían.

Salieron de la sombra y quedaron bajo el cálido sol de primavera. Resultaba agradable. Garraty se relajó, metió las manos en los bolsillos y se mantuvo junto a McVries. El grupo empezó a disgregarse y cada Marchador buscó el paso y el ritmo que mejor le iban. El vehículo oruga se puso en movimiento tras ellos, levantando una ligera nube de polvo en el arcén. Las pequeñas antenas de radar empezaron a moverse, controlando la velocidad de cada Marchador mediante el sofisticado ordenador instalado a bordo. El mínimo de velocidad era de 6,5 kilómetros por hora, exactamente.

— ¡Aviso! ¡Aviso al número 88!

Garraty levantó la cabeza y miró alrededor. El 88 era Stebbins. De pronto, Garraty tuvo la certeza de que a Stebbins iban a darle el pasaporte allí mismo, todavía a la vista del poste de salida.

— Muy listo — murmuró Olson.

— ¿Qué? — preguntó Garraty, que tuvo que hacer un esfuerzo consciente para mover la lengua.

— Ese tipo recibe un aviso mientras todavía está fresco y se hace una idea de dónde está el límite. Ahora resulta bastante fácil borrar ese aviso. Ya sabes, si se camina una hora sin recibir un nuevo aviso, queda anulado el anterior.

— Ya — respondió Garraty.

Estaba escrito en el reglamento. Se podían recibir hasta tres avisos. La cuarta vez que uno bajaba del ritmo mínimo de 6,5 kilómetros por hora, uno quedaba… bueno, quedaba fuera de la Marcha. Pero si uno tenía tres avisos y conseguía seguir el ritmo mínimo durante tres horas, volvía a quedar sin penalizaciones.

— Pues ese muchacho ya sabe dónde está el límite — añadió Olson, — y a las diez y dos volverá a estar limpio.

Garraty siguió caminando a buen paso. Se sentía bien. El poste de salida desapareció de la vista cuando terminaron de ascender una colina y la carretera empezó a bajar hacia un gran valle salpicado de pinos. Aquí y allá aparecían campos de labor con la tierra recién roturada.

— Me han dicho que son patatales — dijo McVries.

— Los mejores del mundo — respondió Garraty.

— ¿Tú eres de Maine? — inquirió Baker.

— Sí, del sur de Maine.

Miró al frente. Varios muchachos se habían distanciado del grupo principal, a una velocidad de 9 o 9,5 kilómetros por hora. Dos de ello llevaban chaquetas de cuero idénticas, con algo que parecían águilas en la espalda. Garraty sintió la tentación de apresurar la marcha, pero no quería correr demasiado. Consejo número 13: «Conservar las energías siempre que sea posible.”

— ¿La carretera pasa cerca de tu pueblo? — preguntó McVries.

— A unos once kilómetros. Supongo que mi madre y mi novia vendrán a verme. — Hizo una pausa y añadió — : Si todavía sigo marchando, claro.

— Vamos, vamos — dijo Olson. — Cuando lleguemos al sur del estado no estarán fuera de competición ni siquiera veinticinco de los que hemos empezado.

Un profundo silencio se abatió sobre ellos tras estas palabras. Garraty sabía que no sería así, y pensó que también Olson lo sabía.

Otros dos chicos recibieron avisos y, pese a la explicación de Olson, el corazón de Garraty le dio un vuelco en cada ocasión. Volvió a observar a Stebbins. Seguía en la cola del grupo, y estaba dando cuenta de otro emparedado de jalea. Un tercer emparedado asomaba por el bolsillo de su raído suéter verde. Garraty se preguntó si se los habría hecho su madre, e inmediatamente recordó las galletas que le había dado la suya. Se las había entregado con gesto apremiante, como si fueran a protegerle de los malos espíritus.

— ¿Por qué no dejan que la gente acuda a ver la salida de la Larga Marcha? — preguntó Garraty.

— Porque perjudica a la concentración de los Marchadores — respondió una voz aguda.

Garraty volvió la cabeza. Era un chico bajo, moreno, de aspecto fuerte, con el dorsal 5 adherido al cuello de la chaqueta. Garraty no recordaba su nombre.

— ¿Concentración? — exclamó.

— Sí. — El muchacho se colocó al lado de Garraty. — El Comandante ha dicho que es muy importante concentrarse en conservar la calma al principio de una Larga Marcha. — Hizo un gesto meditabundo. — Y yo estoy de acuerdo con eso. La expectación, las multitudes y la televisión, más adelante. De momento, lo que necesitamos es concentrarnos. — Observó a Garraty con sus hundidos ojos castaño oscuro, y repitió la palabra — : Concentrarnos.

— Yo sólo me concentro en alcanzar a ésos y dejarles atrás — replicó Olson.

Fue como si el número 5 se sintiera insultado.

— Tienes que adoptar tu propio ritmo — insistió. — Tienes que concentrarte en ti mismo. Tienes que tener un plan. Por cierto, me llamo Gary Barkovitch, y vivo en Washington D.C.

— Yo soy Cárter — replicó Olson, — y vivo en Marte. Barkovitch hizo una mueca de desagrado y volvió a retrasarse.

— Hay gente para todo — comentó Olson.

Sin embargo, Garraty consideró que Barkovitch tenía las ideas muy claras. Al menos, así lo creyó hasta que, cinco minutos después, oyó la voz de un vigilante:

— ¡Aviso! ¡Aviso al número 5!

— ¡Se me ha metido una piedra en la zapatilla! — exclamó Barkovitch.

El soldado no respondió. Saltó del vehículo oruga y se plantó en el arcén opuesto

al carril de la carretera por donde circulaba Barkovitch. El soldado llevaba un cronómetro de acero inoxidable igual que el del Comandante. Barkovitch se detuvo completamente y se quitó la zapatilla para sacar la piedrecita. Con el rostro moreno, casi cetrino, brillante por el sudor, no prestó atención cuando el soldado gritó: «¡Segundo aviso, número 5!» Por el contrario, se arregló cuidadosamente el calcetín sobre el empeine.

— ¡Oh, no! — exclamó Olson.

Todos se habían vuelto y caminaban de espaldas.

Stebbins, todavía en la cola del grupo, pasó junto a Barkovitch sin mirarle siquiera. Barkovitch estaba ahora completamente solo, un poco a la derecha de la línea blanca del asfalto, atándose de nuevo las zapatillas.

— ¡Tercer aviso, número 5! ¡Último aviso!

Garraty sentía en el estómago una pegajosa bola de mucosidad. No quería mirar, pero no podía apartar la mirada. Caminando de espaldas, incumplía también el consejo de conservar energías siempre que fuera posible, pero tampoco podía evitarlo. Casi sentía cómo a Barkovitch se le agotaban los pocos segundos de que disponía.

— ¡Vaya! — murmuró Olson. — Ese estúpido se va a ganar su pasaporte.

Pero en ese instante Barkovitch se puso en pie. Todavía se entretuvo sacudiéndose del pantalón el polvo de la carretera. Después emprendió un trotecillo, se incorporó al grupo y recuperó su ritmo normal. Dejó atrás a Stebbins, que siguió sin mirarle, y alcanzó a Olson. Entonces sonrió, con sus ojos castaños destellando.

— ¿Lo ves? Acabo de concederme un descanso. Está todo en mi plan.

— Quizá tú lo veas así — respondió Olson con un tono más alto de lo habitual. — Lo único que sé es que ahora tienes tres avisos. Por un despreciable minuto y medio tendrás que caminar tres… tres condenadas horas. Además, ¿para qué diablos necesitabas descansar? ¡Si acabamos de empezar, por el amor de Dios!

De nuevo fue como si hubiera insultado a Barkovitch, que le miró con aire furioso.

— Ya veremos a quién le dan primero el pasaporte, si a ti o a mí — replicó. — Todo está en mi plan.

— Ese plan tuyo y lo que me sale a mí del culo tienen bastante parecido — espetó Olson.

Baker dejó escapar una risita.

Con un bufido, Barkovitch apretó el paso y les dejó atrás. Olson no pudo evitar un último comentario:

— Y no vayas a tropezar, amigo. No volverán a avisarte. Simplemente te…

Barkovitch no se dignó a volverse, y Olson le dejó en paz.

A las 9.12, según el reloj de Garraty (quien se había tomado la molestia de

retrasarlo un minuto), el jeep del Comandante apareció sobre la colina que acababan de descender. Pasó junto a ellos y se llevó a los labios un altavoz a pilas.

— Me complace anunciaros que acabáis de cubrir el primer kilómetro y medio del recorrido. También quería recordaros que la distancia más larga cubierta por un grupo completo de Marchadores está establecida en doce kilómetros y medio. Espero que mejoréis el récord.

El jeep aceleró. Olson pareció enterarse de las novedades con sorpresa e, incluso, cierto temor. Ni siquiera quince kilómetros, pensó Garraty. No era, ni mucho menos, lo que él había calculado. No esperaba que nadie — ni siquiera Stebbins — recibiera el pasaporte hasta avanzada la tarde. Pensó en Barkovitch. Bastaba con que redujera el paso una sola vez durante la hora siguiente y…

— ¿Ray? — Era Art Baker. Se había quitado la chaqueta y la llevaba colgada del hombro. — ¿Tienes alguna razón especial para participar en la Larga Marcha?

Garraty destapó su cantimplora y tomó un rápido sorbo de agua. Estaba fría y muy agradable. Le quedaron unas gotas en el labio superior y se pasó la lengua. Era magnífico sentir cosas como aquélla.

— En realidad no lo sé — respondió con sinceridad.

— Yo tampoco — dijo Baker. Permaneció pensativo unos instantes y añadió — : ¿Has practicado la marcha o algo parecido? ¿En la escuela quizá?

— Pues no. — ;

— Yo tampoco, pero supongo que eso no importa mucho, ¿verdad? Ahora ya no.
— En efecto, ahora ya no — asintió Garraty.

Pasaron una pequeña población con una tienda y una gasolinera. Dos ancianos, sentados en sillas de jardín plegables delante de la gasolinera, como un par de reptiles al sol, les vieron pasar con sus ojos hundidos. En la escalera de entrada a la tienda, una joven levantó en brazos a su hijito para que pudiera ver a los Marchadores. Un par de chiquillos de unos doce años les contemplaron alejarse con añoranza.

Algunos Marchadores empezaron a especular sobre la distancia recorrida. Corrió el rumor de que se había destacado un segundo vehículo oruga para cubrir a la media docena de chicos que iban en vanguardia y que ya estaban totalmente fuera de su vista. Alguien dijo que caminaban a un ritmo de 11 kilómetros por hora. Otros decían que aló. Una voz dijo con seguridad que uno de los chicos del grupo delantero estaba flaqueando y que ya había recibido dos avisos. Garraty se preguntó por qué no estaban ya alcanzándole, si tal cosa era cierta.

Olson terminó la barra de chocolate que había empezado en la línea de salida y bebió un poco de agua. Algunos Marchadores más estaban comiendo, pero Garraty decidió esperar hasta sentirse realmente hambriento. Había oído que los concentrados eran muy buenos. Era la comida de los astronautas cuando viajaban por el espacio.

Poco después de las diez pasaron ante una señal que indicaba «LIMESTONE 16

KM». Garraty recordó la única Larga Marcha que su padre le había dejado presenciar. Habían ido a Freeport para ver a los Marchadores cruzar la ciudad. Su madre había ido con ellos. Los Marchadores iban cansados, con los ojos hundidos, y apenas conscientes del griterío, los saludos y los hurras constantes de la gente a sus favoritos o a aquellos por los que habían apostado. Ese día, más tarde, su padre le había dicho que la gente se apiñaba a los lados de la carretera a partir de Bangor. El recorrido por el campo hasta allí no era muy interesante, y la carretera estaba estrictamente acordonada, quizá para que pudieran concentrarse en conservar la calma, como había dicho Barkovitch. Conforme pasaba el tiempo, naturalmente, la competición cobraba mayor interés.

Aquel año, cuando los Marchadores pasaron por Freeport, llevaban más de setenta y dos horas en la carretera, Garraty tenía entonces diez años y se había sentido abrumado por cada detalle. El Comandante había pronunciado un discurso ante la multitud cuando los competidores se encontraban todavía a siete kilómetros de la ciudad. Había empezado hablando de la Competición, había seguido con el Patriotismo y había terminado con algo llamado Producto Nacional Bruto (Garraty se había echado a reír al oír esto último, pues para él «bruto» significaba algo malo, como «mentiroso»). También recordaba haber comido seis salchichas y que, cuando por fin vio a los Marchadores, se mojó los pantalones.

Uno de los chicos venía gritando. Ése era el recuerdo más vivido que le quedaba de aquella jornada. Cada vez que apoyaba el pie en el suelo, el chico gritaba: «¡No puedo! ¡No puedo!» Pero había seguido caminando. Todos lo habían hecho y, muy pronto, habían desaparecido de la vista por la interestatal 1, detrás de los últimos edificios. Garraty se había sentido un poco disgustado por no haber visto darle el pasaporte a nadie. Jamás había vuelto a presenciar otra Larga Marcha. Aquella noche, en casa, Garraty había oído a su padre discutir a voz en grito por teléfono, como solía hacer cuando estaba bebido o cuando hablaba de política; también había oído a su madre, que con susurro conspirador le rogaba que callase, antes de que alguien interviniera la línea telefónica colectiva.

Garraty tomó otro sorbo de agua y se preguntó cómo le iría a Barkovitch.

Estaban pasando delante de otro grupo de casas. Las familias estaban sentadas en los jardines de las viviendas y bebían coca — cola mientras sonreían y agitaban las manos.

— Garraty — dijo McVries, — ¡vaya, vaya, mira lo que viene!

Una chica muy bonita, de unos dieciséis años, con una blusa blanca y unos pantalones de pescador a cuadros rojos, llevaba en alto una pancarta con una inscripción en rotulador: «VIVA GARRATY, NÚMERO 47. TE QUEREMOS, RAY. ¡ARRIBA MAINE!”

Garraty notó que el corazón le daba un vuelco. De pronto supo que iba a vencer.

Aquella muchacha sin nombre era la prueba.

Olson emitió un largo silbido y se puso a meter y sacar el índice de una mano, perfectamente rígido, del círculo que formaba con la otra. Garraty pensó que era un gesto detestable.

Al diablo con el consejo número 13. Garraty apresuró el paso, cambiándose de lado en la carretera para pasar junto a la muchacha. Esta vio su dorsal y empezó a lanzar chillidos. Se abalanzó sobre él y le dio un largo beso. Garraty se sintió repentina y sudorosamente excitado y devolvió el beso con gesto enérgico. Ella le metió la lengua en la boca por dos veces. Apenas consciente de lo que hacía, Garraty deslizó una mano por las redondas nalgas de la muchacha y le dio un suave pellizco.

— ¡Aviso! ¡Aviso, número 47! Garraty se separó de la chica y sonrió.

— Gracias… — dijo.

— ¡Oh, no! ¡Gracias a ti! — Los ojos de la muchacha centelleaban de emoción.

Garraty intentó encontrar algo más que decir, pero vio que el soldado se disponía a darle el segundo aviso. Volvió a su lugar con un trotecillo, jadeando ligeramente y con una amplia sonrisa. Pese a todo, se sentía algo culpable por haberse saltado el consejo número 13.

Olson también sonreía.

— Por algo así yo me habría jugado hasta tres avisos — dijo. Garraty no respondió. Dio media vuelta y, caminando de espaldas, agitó la mano para despedirse de la muchacha. Cuando ésta quedó fuera de la vista, Garraty se volvió y echó a caminar con paso firme. Quedaba una hora por delante para borrar el aviso, y debía tener cuidado para no recibir otro. Se sentía en forma, capaz de caminar hasta la mismísima Florida. Apretó el paso.

— Ray. — McVries todavía seguía sonriendo. — ¿A qué viene tanta prisa?

Sí, tenía razón. Consejo número 6: «Es conveniente avanzar al ritmo justo y con paso cómodo.”

— Gracias.

— No me lo agradezcas — añadió McVries, con la sonrisa aún en los labios. — Yo también he venido para ganar.

Garraty le miró desconcertado.

— Es decir, preferiría que no nos organizáramos como boy scouts — explicó McVries. — Me caes bien y es evidente que tienes éxito con las chicas bonitas, pero si te quedas atrás no confíes en que acuda a ayudarte.

— Claro… — Garraty le devolvió la sonrisa, pero esta vez sólo le salió una débil mueca.

— Por otra parte — intervino Baker, arrastrando las palabras, — todos estamos metidos en esto, y bien podemos distraernos juntos mientras sea posible.

— ¿Por qué no? — contestó McVries sin dejar de sonreír.

Llegaron a una pendiente y todos guardaron silencio para mantener un buen ritmo respiratorio en la ascensión. A media subida, Garraty se quitó la chaqueta y se la colgó al hombro. Unos instantes después pasaron junto a un suéter que alguien había dejado caer sobre el asfalto. Garraty pensó que alguien iba a arrepentirse de ello cuando llegara la noche. Delante del grupo, en la cima de la colina, un par de Marchadores del grupo en cabeza empezaban a perder terreno.

Garraty se concentró en rebasarles. Seguía sintiéndose bien, muy fuerte.

2

Bueno, Helen, aquí tienes el dinero. Es tuyo y puedes quedártelo. Salvo que prefieras cambiarlo por lo que hay detrás de la cortina, naturalmente.

MONTY HALL
Hagamos un trato

— Soy Harkness, número 49. Y tú eres Garraty, número 47. ¿Correcto?

Garraty contempló a Harkness, un muchacho con gafas y el cabello cortado al estilo militar. Harkness tenía el rostro colorado y sudoroso.

— Soy Garraty, en efecto.

Harkness llevaba un bloc de notas. Escribió el nombre y el número de Garraty. Su caligrafía era extraña e irregular, debido al esfuerzo de escribir caminando. Harkness fue a tropezar con un tipo llamado Collie Parker, quien le dijo que se fijara dónde ponía sus condenados pies. Garraty sonrió.

— Estoy apuntando los nombres y números de cada uno — explicó Harkness.

Cuando alzó el rostro, el sol de media mañana se reflejó en los cristales de sus gafas y Garraty tuvo que entrecerrar los ojos para verle las facciones. Eran las 10.30 y estaban a 13 kilómetros de Limestone. Sólo quedaban 3 kilómetros para batir el récord de máxima distancia recorrida por un grupo de Marchadores sin sufrir bajas.

— Supongo que te preguntarás por qué estoy apuntando todos los nombres y números — dijo Harkness.

— Será que perteneces a los Escuadrones — se mofó Olson.

— No. Voy a escribir un libro — informó Harkness, complacido. — Cuando esto termine, voy a escribir un libro.

— Di mejor que si ganas escribirás ese libro — murmuró Garraty con una sonrisa.

Harkness se encogió de hombros.

— Sí, tienes razón. Pero imagínatelo: un libro sobre la Larga Marcha desde el punto de vista de un participante puede convertirme en un hombre rico.

McVries soltó una carcajada.

— Si ganas no necesitarás escribir un libro para hacerte rico, ¿no crees?

— Bueno… supongo que no — concedió Harkness frunciendo el entrecejo. — Pero sigue siendo una idea fantástica para un libro.

Siguieron avanzando y Harkness continuó tomando nombres y números. La mayoría de los Marchadores colaboraba sin problemas, burlándose del «gran libro» que aquél pensaba escribir.

Llevaban ya casi diez kilómetros recorridos. Corrió el rumor de que iban a batir el récord. Garraty se preguntó por un instante qué interés podían tener en batir marca alguna. Cuanto antes empezara a haber bajas entre los participantes, mayores serían las posibilidades para los que quedaran. Supuso que era una cuestión de orgullo. También corrió el rumor de que la previsión del tiempo anunciaba chubascos con aparato eléctrico para la tarde. Garraty supuso que alguien tenía un transistor. Si el rumor era cierto, se trataba de una mala noticia. Los chubascos de primeros de mayo no eran precisamente cálidos.

Siguieron caminando.

McVries marchaba con el paso firme, la cabeza levantada y los brazos en un ligero balanceo. Había probado a caminar por el arcén, pero había decidido no luchar más con la tierra suelta y la gravilla. No había recibido ningún aviso y no mostraba el menor signo de que el macuto le causara problemas o le provocara rozaduras. Sus ojos buscaban siempre el horizonte. Cuando pasaban por los pequeños núcleos de población, siempre saludaba con la mano y abría en una amplia sonrisa sus finos labios. No daba la menor muestra de cansancio.

Baker caminaba cerca de él con paso relajado, en una especie de marcha atlética doblando las rodillas. Llevaba la chaqueta colgada del hombro, balanceándola ociosamente, sonreía a la gente que le señalaba y, de vez en cuando, silbaba un fragmento de alguna canción. Garraty pensó que Baker tenía aspecto de poder continuar eternamente.

Olson ya no hablaba tanto como al principio y, cada pocos instantes, doblaba una rodilla con gesto rápido. En cada ocasión, Garraty podía captar un crujido en la articulación. Olson iba ligeramente rígido, apreció Garraty. Empezaba a mostrar el desgaste de los diez kilómetros recorridos. Garraty calculó que una de las cantimploras de Olson debía de estar ya casi vacía; dentro de poco, tendría que detenerse a orinar.

Barkovitch seguía con su paso inconstante, ya delante del grupo principal, como si quisiera dar alcance a los Marchadores de vanguardia, ya retrasándose hacia la posición de Stebbins, en la cola del pelotón. Consiguió borrar uno de los tres avisos y volvieron a señalárselo cinco minutos después. Garraty llegó a la conclusión de que a Barkovitch le gustaba estar siempre al borde del abismo.

Stebbins continuaba caminando sin compañía. Garraty no le había visto hablar con nadie. Se preguntó si Stebbins estaría cansado o si era solitario por naturaleza. Seguía convencido de que Stebbins quedaría fuera de competición muy pronto, quizá el primero, aunque no sabía muy bien por qué lo creía. Stebbins se había despojado de su viejo suéter verde y llevaba su último emparedado de jalea en la mano. No miraba a nadie y su rostro era una máscara. Siguieron caminando.

La carretera se cruzaba con otra y varios agentes retenían el tráfico de ésta

mientras pasaban los Marchadores. Los agentes saludaron a cada Marchador, y un par de competidores, seguros de su impunidad, les dedicaron gestos burlones. A Garraty no le pareció correcto. Sonrió e hizo un gesto con la cabeza para saludar a los policías; después se preguntó si los agentes pensarían que estaban todos locos.

Los coches hicieron sonar sus bocinas y, en ese instante, una mujer empezó a gritar el nombre de su hijo. La mujer había aparcado su automóvil junto a la carretera, evidentemente a la espera de que apareciera el muchacho, confirmando que aún seguía en la Marcha.

¡Percy! ¡Percy!

Era el número 31. El muchacho se sonrojó y lanzó a su madre un breve saludo con la mano. Después apretó el paso, con la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante. La mujer intentó saltar a la calzada. Los vigilantes situados en la cubierta superior del vehículo oruga parecieron alertarse, pero uno de los agentes de tráfico tomó a la mujer por el brazo y la retuvo. Después, la carretera trazaba una curva y el cruce quedó fuera de la vista.

Los Marchadores atravesaron un puente de tablones, bajo el cual corría gorgoteante un arroyuelo. Garraty se acercó al pretil y, al asomarse por encima de éste, captó por un instante la imagen distorsionada de su propio rostro.

Dejaron atrás la señal de LIMESTONE 11 KM y, poco después, pasaron bajo una pancarta de bienvenida: LIMESTONE RECIBE CON ORGULLO A LOS MARCHADORES. Garraty calculó que debía de quedar poco más de un kilómetro para batir el récord.

Entonces llegaron nuevos rumores, esta vez referidos a un muchacho llamado Curley, el número 7. Curley tenía un calambre y había recibido ya el primer aviso. Garraty imprimió un poco más de velocidad a su avance y se puso al paso con McVries y Olson.

— ¿Dónde está?

Olson señaló con el pulgar a un chico enjuto y larguirucho que vestía vaqueros. Curley había intentado dejarse patillas, pero no había tenido éxito. Sus facciones flacas y graves presentaban ahora unas arrugas de absoluta concentración, y su mirada estaba fija en su pantorrilla derecha, a la que prestaba solícitos cuidados. Estaba perdiendo terreno, y su rostro lo reflejaba.

— ¡Aviso! ¡Segundo aviso, número 7!

Curley empezó a forzar el ritmo para avanzar más rápido. Jadeaba ligeramente, y a Garraty le pareció que ello se debía tanto al esfuerzo como al miedo que sentía. Garraty perdió la noción del tiempo y se olvidó de todo, salvo de Curley. Le vio luchar y se dio cuenta, un tanto aturdido, de que aquella lucha podía ser la suya una hora después, o al día siguiente.

Era lo más fascinante que había visto nunca.

Curley fue retrasándose lentamente y se señalaron varios avisos a otros Marchadores antes de que el grupo advirtiera que estaban acomodándose a la velocidad de Curley, absortos por las dificultades de éste. Eso significaba que Curley estaba muy cerca del límite.

— ¡Aviso! ¡Tercer aviso, número 7!

— ¡Tengo un calambre! — gritó Curley con voz ronca. — ¡No es justo si uno sufre un calambre!

Ahora estaba casi a la altura de Garraty, quien pudo apreciar que Curley estaba aplicándose un masaje en la pantorrilla desesperadamente, y Garraty casi pudo olfatear el pánico que despedía Curley a oleadas. Era como el aroma de un limón maduro recién cortado.

Garraty empezó a distanciarse de él, dejándole atrás, y al cabo de un momento oyó exclamar al muchacho:

— ¡Gracias a Dios! ¡Está relajándose!

Nadie dijo nada. Garraty sintió una mezcla de disgusto y rencor. Sabía que era un sentimiento mezquino y poco deportivo, pero deseaba estar seguro de que le daban el pasaporte a alguien antes que a él. ¿Quién querría ser el primero en hundirse?

El reloj de Garraty marcaba las 11.05. Calculó que eso significaba que habían batido el récord, contando dos horas a 6,5 kilómetros por hora. Pronto estarían en Limestone. Vio que Olson volvía a flexionar las rodillas, primero una y luego la otra. Picado por la curiosidad, le imitó. Las articulaciones de las rodillas crujieron audiblemente y Garraty se sorprendió al apreciar su rigidez. En cambio, los pies seguían sin molestarle. Al menos, eso iba bien.

Pasaron ante un camión de leche aparcado a la entrada de un pequeño camino de tierra. El lechero estaba sentado sobre el capó y agitaba las manos con aire bonachón.

— ¡Adelante, muchachos!

Garraty se sintió furioso y con ganas de gritarle: «¿Por qué no levantas ese culo gordo y vienes con nosotros?» Sin embargo, el lechero tenía más de dieciocho años; de hecho, parecía haber cumplido ya los treinta. Era viejo.

— Muy bien, chicos, cinco minutos de descanso — exclamó de pronto Olson, coreado por algunas risas. El camión de la leche desapareció de la vista. Empezaban a sucederse los cruces de carreteras, y había más policías y más gente animando a los competidores con gestos y toques de bocina. Algunos lanzaban confeti, y Garraty empezó a sentirse importante. Al fin y al cabo, era el Marchador «local», pues había nacido y vivido siempre en Maine.

De pronto, Curley lanzó un grito. Garraty miró hacia atrás. Curley estaba doblado, sosteniéndose la pierna con las manos y aullando. De algún modo, increíblemente, aún seguía caminando, pero muy despacio. Demasiado despacio.

Todo pareció enlentecerse entonces, como para igualar la velocidad a la que

avanzaba Curley. Los soldados situados en la parte trasera del vehículo oruga alzaron sus armas. La muchedumbre permaneció expectante, como si no supiera qué iba a suceder a continuación. Los Marchadores también se quedaron sin aliento, como si ellos tampoco lo supieran. Y Garraty se quedó sin resuello con los demás, pero sí lo sabía: todos lo sabían. Era muy sencillo: a Curley iban a darle el pasaporte.

Los seguros de las armas saltaron. Los competidores se apartaron de Curley, temerosos. De pronto, el muchacho se encontró solo sobre el asfalto bañado por el sol.

— ¡No es justo! — gritó Curley. — ¡No es justo!

Los Marchadores penetraron en un zona arbolada que daba sombra, algunos de ellos mirando todavía hacia atrás y el resto con la mirada fija al frente, temerosos de mirar. Garraty estaba entre los primeros. Él tenía que mirar. El grupo disperso de espectadores estaba sumido en el silencio, como si alguien sencillamente los hubiera desconectado.

— ¡No es…!

Cuatro fusiles abrieron fuego con estrépito. El estampido se alejó como el ruido de las bolas lanzadas en una bolera, reverberó en las colinas y regresó.

La cabeza de Curley desapareció en un amasijo de sangre, sesos y fragmentos de cráneo. El resto del cuerpo cayó sobre la línea blanca, inerte.

Quedaban 99, pensó Garraty amargamente. Noventa y nueve botellas de cerveza en la estantería, y si una de ellas caía por alguna razón… ¡Oh, Señor…!

Stebbins pasó por encima del cuerpo caído. Uno de sus pies resbaló ligeramente en un charco de sangre y la siguiente pisada dejó en el suelo una huella sangrienta, como una fotografía de portada de una historia de detectives. Stebbins no miró siquiera lo que había quedado de Curley, y su rostro no cambió de expresión. Tú, Stebbins, pequeño cerdo. Se suponía que ibas a ser el primero en recibir el pasaporte, ¿no lo sabías?, pensó Garraty. Después apartó la mirada. No quería sentirse mal. No quería vomitar.

Junto a un pequeño Volkswagen una mujer ocultó el rostro entre las manos mientras emitía ruidos guturales. Garraty podía ver su ropa interior debajo del vestido. Era de color azul. Inexplicablemente, descubrió que volvía a estar excitado. Un tipo gordo y calvo contemplaba el cuerpo de Curley mientras se frotaba frenéticamente una verruga junto a la oreja. El hombre se humedeció los grandes y gruesos labios y siguió mirando y frotándose la verruga. Todavía miraba cuando Garraty dejó de divisarle.

Siguieron caminando.

Garraty se encontró de nuevo al lado de Olson, Baker y McVries. Iban agrupados, como para protegerse. Todos llevaban la mirada fija al frente. Sus rostros aparecían absolutamente inexpresivos. El eco de los disparos parecía seguir todavía en el aire

quieto de la mañana.

Garraty seguía pensando en la huella sangrienta que había impreso en el asfalto la zapatilla de Stebbins. Se preguntó si todavía seguiría dejando el rastro rojo y casi volvió la cabeza para mirar, pero se dijo que ya bastaba de estupideces. Sin embargo, no podía dejar de pensar en lo sucedido. Se preguntó si a Curley le habría dolido, si se habría enterado cuando las balas con punta de gas alcanzaban su objetivo o si, sencillamente, había estado vivo en un segundo dado, y muerto en el siguiente.

Pero era evidente que le había dolido. Le había dolido antes, de la peor manera, al advertir que él dejaría de existir mientras el universo seguiría girando igual que siempre, intacto e insensible.

Llegó el rumor de que habían cubierto casi 14,5 kilómetros antes de que le dieran el pasaporte a Curley. Se decía que el Comandante estaba muy contento. Garraty se preguntó cómo diablos podía saber nadie dónde estaba el Comandante.

Miró hacia atrás deseando saber qué harían con el cuerpo de Curley, pero ya habían doblado otra curva.

— ¿Qué llevas en ese macuto? — preguntó Baker a McVries.

Se había esforzado por mantener un tono estrictamente neutro, pero le salió una voz aguda y chillona, casi quebrada.

— Una camiseta de repuesto — respondió McVries. — Y algunas hamburguesas crudas.

— ¡Hamburguesas crudas! — exclamó Olson con cara de asco.

— Contienen una buena dosis de energía rápida — dijo McVries.

— Tú has perdido un tornillo. Eso te hará vomitar. McVries se limitó a sonreír.

Garraty casi deseó haber llevado también unas hamburguesas crudas. No sabía nada acerca de energías de asimilación rápida, pero le encantaba la hamburguesa cruda. Era superior a las barras de chocolate y a los concentrados. De pronto, se acordó de sus galletas pero, tras lo sucedido con Curley, no se sentía muy hambriento. Después de aquello, ¿quién podía pensar en comer una hamburguesa cruda?

La noticia de que un Marchador había recibido el pasaporte se difundió entre los espectadores y, por alguna razón, éstos empezaron a animar con más fuerza. Los aplausos crepitaban como palomitas de maíz. Garraty se preguntó si daría mucha vergüenza ser abatido delante de la gente, pero llegó a la conclusión de que en tal circunstancia nada importaría demasiado. A Curley no había parecido importarle, desde luego. Lo peor sería tener que hacer sus necesidades en público. Eso sería espantoso. Garraty procuró no pensar más en ello. Las manecillas del reloj señalaban las doce en punto. Cruzaron un puente de hierro oxidado, tendido sobre una profunda garganta seca, y al otro lado encontraron un nuevo cartel: LÍMITE DE LA CIUDAD DE LIMESTONE. ¡BIENVENIDOS, MARCHADORES!

Algunos muchachos vitorearon, pero Garraty se ahorró el esfuerzo.

La carretera se hizo más ancha y los Marchadores se distribuyeron cómodamente por ella, haciendo los grupos menos compactos. Después de todo, Curley quedaba ya cinco kilómetros atrás.

Garraty sacó las galletas y por un instante sostuvo el paquete envuelto en papel de aluminio. Recordó con añoranza a su madre, pero apartó el pensamiento. Volvería a ver a su madre y a Jan en Freeport. Era una promesa. Engulló una galleta y se sintió mejor.

— ¿Sabes una cosa? — dijo McVries.

Garraty movió la cabeza, bebió un trago de la cantimplora y saludó con la mano a una pareja de ancianos sentada al borde de la carretera con un pequeño cartón en el que se leía su nombre: «GARRATY.”

— No tengo la menor idea de qué querré hacer si gano — explicó McVries. — No hay nada que necesite de verdad. Quiero decir que no tengo una madre anciana y enferma esperando en casa, o un padre en la máquina de diálisis, ni nada semejante. Ni siquiera tengo un hermano pequeño agonizando a causa de una leucemia.

Emitió una risita y quitó el tapón de su cantimplora.

— Ahí tienes una razón — indicó Garraty.

— Querrás decir que no la tengo. Todo este asunto carece de sentido para mí.

— Bromeas — repuso Garraty, confiado. — Si tuvieras que empezar de nuevo…

— Sí, ya sé. Volvería a hacerlo, pero…

— ¡Eh! — El chico que iba delante de ellos, Palmer, soltó una exclamación y señaló hacia adelante. — Aceras.

Estaban entrando en la ciudad propiamente dicha. Una serie de hermosas casas, apartadas de la carretera, les veían pasar desde su ventajoso punto de observación en lo alto de unos cuidados céspedes. Los jardines estaban repletos de gente que animaba y saludaba a los competidores. A Garraty le pareció que todos los espectadores estaban sentados. Sentados en el suelo, en sillas campestres como las del par de viejos de la gasolinera que habían dejado atrás a primera hora de la mañana, o en mesas de picnic. Incluso sentados en columpios o en mecedoras. Garraty sintió una punzada de rabia mezclada con envidia.

Levantaos y moved esos culos. No volveré a responder a los saludos. No seré tan estúpido. Consejo número 13: Conservar las energías siempre que sea posible, se dijo.

Sin embargo, decidió que era una tontería por su parte. La gente pensaría que se estaba volviendo huraño. Al fin y al cabo, él era el representante de Maine. Decidió contestar a los saludos del público que llevara carteles con su nombre. Y a todas las chicas bonitas.

Las aceras y los cruces de calles se sucedieron. Sycamore Street, Clark Avenue, Exchange Street y Juniper Lane. Pasaron frente a una tienda de ultramarinos con un

gran anuncio de cerveza en el escaparate, y frente a una tienda de artículos variados cubierto de fotografías del Comandante.

Las aceras estaban llenas de gente, pero no tanto como Garraty había calculado. Se sintió un poco disgustado. Sabía que las auténticas multitudes aparecerían más adelante, pero de momento resultaba un poco frustrante. Y el pobre Curley se había perdido incluso aquello.

El jeep del Comandante apareció por una calle transversal y avanzó lentamente hacia el grupo principal de Marchadores. La vanguardia quedaba todavía a cierta distancia.

De la multitud se levantó una ovación. El Comandante asintió con la cabeza, sonrió y devolvió el saludo al público. Después se volvió marcialmente a la izquierda y saludó a los muchachos. Garraty notó un escalofrío en la columna vertebral. Las gafas de sol del Comandante refulgían bajo el sol de primera hora de la tarde.

El Comandante se llevó a los labios el altavoz portátil.

— Estoy orgulloso de vosotros, muchachos. ¡Muy orgulloso!

Desde algún lugar a su espalda, Garraty oyó que una voz decía por lo bajo:

— Mierda para ti.

Garraty se volvió, pero detrás de él sólo había un grupito de cuatro o cinco chicos que observaban atentamente al Comandante (uno de ellos se dio cuenta de que estaba saludando y bajó la mano, avergonzado), y Stebbins. Éste ni siquiera parecía prestar atención al Comandante.

El jeep se alejó. Un instante después, el Comandante había desaparecido.

Llegaron al centro de Limestone hacia las doce y media. Garraty seguía disgustado. La ciudad parecía muy pequeña. Había un barrio comercial con tres tiendas de coches de segunda mano, un McDonalds, un Burger King, un Pizza Hut y un aparcamiento comercial. Eso era todo el centro de Limestone.

— No es un sitio muy grande, ¿verdad? — dijo Baker. Olson se echó a reír.

— Probablemente es un buen sitio para vivir — replicó Garraty.

— Dios me libre de buenos sitios como éste — respondió McVries, con una sonrisa en los labios.

— Me gustaría saber qué prefieres — repuso Garraty.

A la una, Limestone era ya sólo un recuerdo. Un muchachito con aire fanfarrón, vestido con unos pantalones de peto llenos de remiendos, anduvo junto a los Marchadores durante casi dos kilómetros. Después se sentó a verles pasar.

El terreno se hizo más irregular. Garraty sintió las primeras gotas de auténtico sudor que despedía su cuerpo en todo el día. Tenía la camisa pegada a la espalda. A la derecha se estaban formando nubes de tormenta, pero todavía quedaban muy lejos. La leve brisa que se había levantado les ayudaba un poco.

— ¿Cuál es la siguiente ciudad importante, Garraty? — preguntó McVries.

— Caribou, me parece.

Se preguntó si Stebbins habría terminado ya su último emparedado. Aquel muchacho se había convenido en una obsesión para Garraty. Se le había metido en la cabeza como uno de esos estribillos musicales que uno repite incesantemente.

Era la una y media. La Larga Marcha había recorrido ya 29 kilómetros.

— ¿Y a cuánto está Caribou?

Garraty se preguntó por el récord de distancia recorrida con sólo una baja entre los Marchadores; 29 kilómetros parecía una buena marca. Parecía una distancia de la que un hombre podía sentirse satisfecho. Ya he recorrido 29 kilómetros, pensó.

— Te he preguntado a cuánto… — insistió McVries.

— A unos cincuenta kilómetros de aquí.

— ¡Cincuenta! — musitó Pearson. — ¡Dios mío!

— Es una ciudad mayor que Limestone — informó Garraty, a la defensiva, Dios sabía por qué.

Acaso porque allí iban a morir muchos chicos. Todos, quizá. Probablemente todos. Sólo seis Largas Marchas en la historia habían terminado en la frontera del estado con New Hampshire, y sólo una había entrado en Massachusetts. Los expertos habían dicho que era como cuando Wilt Chamberlain encestó 112 puntos en un partido. Era un récord que jamás sería igualado. Quizá también él moriría allí. Pero eso era diferente. Era su tierra natal. Imaginó que al Comandante le gustaría algo así. «Murió en su tierra natal», podría decir.

Se llevó la cantimplora a los labios y comprobó que estaba vacía.

— ¡Cantimplora! — gritó. — ¡Cantimplora para el número 47!

Uno de los soldados saltó del vehículo oruga y le llevó una nueva ración de agua. Cuando el soldado se volvió, Garraty tocó el fusil que llevaba colgado a la espalda. Lo hizo con gesto furtivo, pero McVries se fijó en ello.

— ¿Por qué has hecho eso?

Garraty sonrió, sintiéndose algo confuso.

— No lo sé. Es como tocar madera, quizá.

— Eres un encanto — murmuró McVries.

Apretó un poco el paso y se unió a Olson, dejando solo a Garraty, quien se sintió aún más confuso.

El número 93 (Garraty ignoraba su nombre) le superó por la derecha. Llevaba la mirada fija en sus pies y movía los labios sin emitir sonido alguno. Iba contando sus pasos y zigzagueaba ligeramente.

— Hola — dijo Garraty.

El número 93 se encogió al oírle. Sus ojos tenían un aire inexpresivo, parecido al que había visto en los de Curley cuando éste empezó a perder la batalla contra el calambre de su pierna. Está cansado, pensó Garraty. Lo sabe y está asustado. De

pronto, Garraty sintió que el estómago le daba un vuelco y luego recuperaba lentamente la normalidad.

Ahora, avanzaban dejando sus sombras a un lado. Eran las dos menos cuarto. Parecía haber transcurrido un mes desde las nueve de la mañana, desde el frío matinal, desde que estaban todos sentados en la hierba a la sombra.

Antes de las dos volvieron a llegar rumores. Garraty estaba asistiendo a una lección práctica sobre «psicología del rumor». Alguien se enteraba de algo y, rápidamente, la noticia se extendía por el grupo. Los rumores eran creados boca a boca: Parece que va a llover. Va a llover muy pronto. Está cayendo un chaparrón. Diluvia. Sin embargo, era curioso que el rumor llevara razón con tanta frecuencia. Y cuando llegaba el de que alguien estaba perdiendo el ritmo, de que alguien estaba en dificultades, resultaba cierto.

Esta vez llegó el rumor de que el número 9, Ewing, tenía ampollas en los pies y había recibido dos avisos. Muchos Marchadores habían recibido ya algún aviso, pero eso era normal. El rumor decía que las cosas se ponían mal para Ewing.

Garraty pasó la noticia a Baker y éste pareció sorprenderse.

— ¿El negro? — exclamó. — ¿Ese tipo tan negro que casi parece azul?

Garraty contestó que ignoraba si Ewing era negro o blanco.

— Sí, es negro — confirmó Pearson señalando a Ewing.

Garraty observó el sudor que perlaba las facciones de Ewing. Con un sentimiento cercano al horror, Garraty apreció que el muchacho llevaba zapatillas con suela de caucho.

Consejo número 3: «No usar zapatillas con suela de caucho. En una Larga Marcha, nada provoca tantas ampollas en los pies, y tan deprisa, como esa clase de zapatillas.”

— Ewing viajó con nosotros hasta aquí. Viene de Texas.

Baker apretó un poco el paso hasta que llegó a la altura de Ewing y habló con éste un buen rato. Después cedió terreno nuevamente, poco a poco, evitando que le dieran un aviso. Al llegar junto a Garraty, tenía el rostro demacrado.

— Empezaron a salirle ampollas a tres kilómetros de la salida. Al pasar por Limestone empezaron a reventársele, y ahora se le está haciendo pus en las llagas.

Todos escucharon las novedades en silencio. Garraty pensó de nuevo en Stebbins. Éste llevaba zapatillas de tenis, y quizá en aquel mismo instante tenía también alguna ampolla.

— ¡Aviso! ¡Aviso, número 9! ¡Tercer aviso, número 9!

Los soldados observaban con atención a Ewing. También los restantes Marchadores. El muchacho era el centro de todas las miradas. La espalda de su camiseta, de un blanco deslumbrante sobre su negra piel, tenía una mancha grisácea de sudor desde la nuca hasta el pantalón. Garraty pudo apreciar la musculatura de su

espalda meciéndose al caminar. Ewing tenía músculos suficientes para resistir muchos días, pero Baker había dicho que tenía los pies llenos de pus. Ampollas y calambres. Garraty se estremeció. Eso significaba una muerte próxima. Todos aquellos músculos, todo aquel entrenamiento, eran incapaces de superar a las ampollas o los calambres.

¿En qué diablos estaría pensando Ewing al calzarse aquellas malditas zapatillas con suela de caucho?

Barkovitch se acercó a Garraty y Baker. También él estaba observando a Ewing.

— ¡Ampollas! — exclamó, como si la palabra fuera un insulto peor que meterse con la madre de alguien. — ¿Qué diablos podía esperarse de un estúpido negro?

— Lárgate — contestó Baker sin alzar la voz. — Lárgate o te atizo.

— Eso va contra las normas — replicó Barkovitch con una sonrisa. — Tenlo en cuenta, capullo.

Sin embargo, hizo caso de la advertencia y se alejó. Fue como si se llevara consigo una pequeña nube ponzoñosa.

Las dos en punto se convirtieron en las dos y media. Sus sombras fueron haciéndose alargadas. Ascendieron una larga colina y, desde la cima, Garraty divisó a lo lejos unas montañas de poca altura, imprecisas y azules. La masa nubosa que se estaba formando hacia el oeste parecía más oscura, y la brisa había aumentado. A Garraty se le puso la piel de gallina mientras se le iba secando el sudor.

Un grupo de hombres reunidos en torno a una caravana Ford les vitorearon alocadamente. Los tipos estaban muy bebidos. Todos los Marchadores respondieron al saludo, incluso Ewing. Eran los primeros espectadores que encontraban desde aquel muchachito de aspecto fanfarrón con los pantalones llenos de remiendos.

Garraty abrió un tubo de alimento concentrado y engulló su contenido. Sabía ligeramente a cerdo. Pensó en la hamburguesa de McVries. Imaginó un gran pastel de chocolate con una cereza encima. Imaginó unas sabrosas tonas dulces. Por alguna estúpida razón, le apetecían unos crêpes rellenos de jalea de manzana, el almuerzo que su madre le preparaba siempre a su padre cuando salía de caza en noviembre.

Ewing se ganó la fosa unos diez minutos después.

Se había situado entre un grupo de Marchadores, cuando bajó del ritmo mínimo por cuarta y definitiva vez. Quizá pensó que los demás le protegerían. Los soldados hicieron bien su trabajo. Eran expertos. Apartaron a los restantes muchachos y arrastraron a Ewing hacia el arcén. Ewing intentó resistirse, pero no mucho. Uno de los soldados le asió los brazos a la espalda mientras el otro apoyaba el fusil en su cabeza y disparaba. Una pierna del infortunado muchacho se agitó convulsivamente.

— Tiene la sangre del mismo color que los demás — murmuró McVries.

Su voz pareció estentórea en el silencio que siguió a aquel solitario disparo. A McVries le temblaba la carótida, y algo pareció chasquear en su garganta.

Ya eran dos los eliminados. Las probabilidades aumentaban un poco para los restantes. Se oyeron de nuevo algunas conversaciones apagadas, y Garraty volvió a preguntarse qué hacían con los cuerpos.

¡Te preguntas demasiadas cosas!, se reprendió a sí mismo. Y se dio cuenta de que estaba cansado.

SEGUNDA PARTE
- EN LA CARRETERA -

3

Tendrá usted treinta segundos, y recuerde, por favor, que su respuesta debe efectuarse en forma de pregunta.

ART FLEMING
Riesgo

Eran las tres de la tarde cuando cayeron sobre el asfalto las primeras gotas de lluvia, grandes, oscuras y redondas. Sobre sus cabezas, el cielo parecía raído y lóbrego, enfurecido y fascinador. En algún lugar, por encima de las nubes, los truenos retumbaban. Un relámpago como un tridente azul cayó sobre el terreno a bastante distancia.

Garraty se había puesto la chaqueta poco después de que a Ewing le dieran el pasaporte. Ahora, se subió la cremallera y cerró bien el cuello. Harkness, el aspirante a escritor, había guardado su bloc de notas en una bolsa de plástico. Barkovitch se había calado un gorro de vinilo amarillo para la lluvia. Resultaba increíble lo que aquella prenda hacía con su rostro, pero abría sido muy difícil concretar exactamente de qué se trataba. Barkovitch miraba por debajo de la visera con el aspecto de un farero, y con aire fiero.

Oyeron el prodigioso retumbar de otro trueno. — ¡Aquí viene! — gritó Olson.

La lluvia empezó a caer. Durante unos segundos lo hizo con tal fuerza que Garraty se encontró aislado bajo una cortina de agua, quedando calado hasta los huesos. Sus cabellos se convirtieron en un pellejo empapado y chorreante. Volvió el rostro hacia la lluvia, con una sonrisa. Se preguntó si los soldados podían verles. Se preguntó si alguien sería capaz de…

Todavía le estaba dando vueltas a esos pensamientos cuando la lluvia amainó ligeramente, permitiéndole ver un poco más. Observó a Stebbins con el rabillo del ojo. El flaco muchacho caminaba con la cabeza hundida y las manos entrelazadas sobre el vientre. Garraty pensó que sufría algún calambre y, por un instante, fue presa de un pánico absolutamente distinto del que había sentido cuando Curley y Ewing quedaron fuera de competición. Ahora, Garraty no quería que Stebbins quedara eliminado a las primeras de cambio.

Entonces vio que Stebbins sólo estaba protegiendo su último medio emparedado de jalea. Garraty volvió nuevamente la mirada hacia el frente, con una sensación de alivio. Llegó a la conclusión de que la madre de Stebbins había demostrado ser muy estúpida al no envolver los malditos emparedados en papel de aluminio por si llovía.

Los truenos retumbaban sobre el terreno, como prácticas artilleras en el cielo.

Garraty se sentía estimulado y parte de su cansancio parecía haber desaparecido de su cuerpo junto con el sudor. La lluvia se intensificó de nuevo, fuerte e insistente, hasta amainar finalmente y convertirse en una prolongada llovizna. En el cielo, las nubes empezaban a deshilacharse.

Pearson caminaba a su lado, con las vueltas de los pantalones subidas. Llevaba unos tejanos demasiado holgados y tenía que subírselos a menudo. Pearson utilizaba unas gafas de montura de carey con cristales gruesos como el fondo de una botella. Acababa de quitárselas y estaba limpiándolas con el faldón de la camisa. Sus ojos escrutaban el camino con el aire miope e indefenso de las personas con defectos de visión cuando se quitan las gafas.

— ¿Te gusta la lluvia, Garraty?

Él asintió. Delante de ellos, McVries orinaba. Caminando de espaldas, regando el arcén a cierta distancia de los demás, en un gesto de consideración.

Garraty observó a los soldados. Naturalmente, ellos también estaban mojados, pero si se sentían incómodos no lo demostraban. Sus rostros parecían absolutamente pétreos. Garraty se preguntó qué se sentiría al matar a alguien. Supongo que les hace sentirse poderosos, pensó. Recordó a la muchacha de la pancarta, el beso que él le había dado, la sensación de las nalgas bajo su mano, el tacto de su fina ropa interior bajo los pantalones marineros. Aquello le había hecho sentirse poderoso.

— Ese tipo de ahí atrás no es muy hablador, ¿verdad? — dijo Baker, mientras señalaba a Stebbins con el pulgar.

Los pantalones púrpura de éste eran ahora casi negros, empapados por la lluvia.

— Ya.

McVries se ganó un aviso por reducir demasiado la marcha para subirse la cremallera. Baker y Garraty llegaron a su altura y Baker repitió lo que acababa de comentar acerca de Stebbins.

— Muy bien, es un solitario. ¿Y qué? — contestó McVries. Se encogió de hombros y añadió — : Yo creo que…

— ¡Eh! — le interrumpió Olson, acercándose. Era lo primero que le oían decir en bastante rato, y su voz sonaba extraña. — Siento las piernas raras.

Garraty observó a Olson y vio en sus ojos un asomo de pánico. Olson había perdido su aire bravucón.

— ¿Qué significa «raras»?

— Como si los músculos estuvieran volviéndose… blandos.

— Tranquilo — dijo McVries. — A mí me ha sucedido hace un par de horas. Se te pasará.

La mirada de Olson se iluminó con un expresión de alivio.

— ¿Seguro?

— Claro que sí.

Olson no respondió, pero Garraty vio que movía los labios. Por un instante pensó que estaba rezando, pero enseguida advirtió que sólo estaba contando sus pasos.

De pronto, sonaron dos disparos. Hubo un grito, y un tercer disparo.

Todos miraron, y vieron a un chico con un suéter azul y unos pantalones hasta media pantorrilla tendido boca abajo en un charco de agua. Se le había salido un zapato, y Garraty se fijó en sus calcetines blancos de deporte. El consejo número 12 los recomendaba.

Garraty pasó por encima del cuerpo, sin buscar los orificios de las balas. Llegó el rumor de que el muchacho había muerto por ir demasiado despacio. Nada de ampollas o calambres. Sencillamente, había bajado de ritmo una vez más de las permitidas y le habían dado el pasaporte.

Garraty desconocía el nombre y el número del muchacho. Pensó que ya se lo haría saber alguien, pero no fue así. Quizá nadie lo sabía. Quizá era otro solitario como Stebbins.

Llevaban ya más de cuarenta kilómetros de Larga Marcha. El paisaje era una sucesión de bosques y campos, interrumpida de vez en cuando por una casa aislada o un cruce de carreteras, donde grupos de personas les recibían con aplausos y gritos de ánimo pese a la llovizna. Una anciana les vio pasar con ojos penetrantes, sin aplaudirles, hablarles o sonreírles. Inmóvil bajo un gran paraguas negro. No había en ella señal alguna de vida o movimiento, salvo el batir del borde de su falda negra, impulsada por el viento. En el dedo medio de la mano derecha lucía un gran anillo con una piedra púrpura. En la garganta llevaba un camafeo deslustrado.

Los Marchadores atravesaron una vieja vía de ferrocarril abandonada. Los raíles estaban oxidados y entre las traviesas crecían los hierbajos. Alguien tropezó, cayó al suelo y recibió un aviso. El muchacho se levantó y siguió caminando con una herida sangrante en la rodilla.

Sólo faltaban 19 kilómetros para Caribou, pero la noche caería antes de que llegaran. No hay descanso para los malvados, pensó Garraty, y la frase le resultó graciosa. Soltó una carcajada y McVries le miró.

— ¿Te cansas?

— No — contestó Garraty. — Ya llevo cansado un buen rato. — Miró a McVries y añadió — : ¿Quieres decir que tú no lo estás?

— Escucha, tú sigue así y yo jamás me agotaré. Pondremos nuestros pies en las estrellas y colgaremos cabeza abajo en la luna.

McVries lanzó a Garraty un beso con la mano y se alejó.

Garraty le siguió con la mirada. No sabía qué pensar de aquel tipo.

A las cuatro menos cuarto el cielo se había despejado y apareció un arco iris por el oeste, donde el sol lucía de nuevo bajo nubes de bordes dorados. Los rayos sesgados de última hora de la tarde daban color a los campos recién roturados por

donde pasaban los Marchadores, haciendo parecer profundos y oscuros los surcos que cubrían la falda de las suaves colinas.

El vehículo oruga producía un sonido mortecino, casi sedante. Garraty inclinó la cabeza hacia adelante y siguió avanzando medio adormilado. Allá delante, en alguna parte, estaba Freeport; pero no llegaría allí esa noche, ni mañana. Faltaban muchos pasos. Quedaba un largo camino. Y todavía tenía en la cabeza demasiadas preguntas y no suficientes respuestas. Toda la Larga Marcha parecía un amenazador interrogante. Se dijo que una cosa como aquélla debía de tener un profundo significado. Seguro que era así. Una cosa como aquélla tenía que proporcionar una respuesta a todas las preguntas; sólo era cuestión de mantener el pie en el acelerador. Si tan sólo pudiera…

Metió el pie en un charco de agua y recuperó bruscamente la plena conciencia de sí mismo. Pearson le observó con aire burlón y se ajustó las gafas sobre la nariz.

— ¿Te acuerdas del tipo que se cayó y se lastimó cuando cruzamos la vía del ferrocarril?

— Sí, era Zuck, ¿verdad?

— Sí. He oído que todavía sangra.

— ¿Cuánto queda para Caribou, maníaco? — preguntó una voz a Garraty.

Éste miró en torno. Era Barkovitch, que se había quitado el gorro para la lluvia y lo había guardado en el bolsillo de atrás, donde se movía casi obscenamente al ritmo de sus pasos.

— ¿Y cómo diablos voy a saberlo?

— Tú vives aquí, ¿no es cierto?

— Está a unos veintisiete kilómetros — intervino McVries. — Y ahora ve a ocuparte de tus cosas, hombrecito.

Barkovitch puso otra vez cara de disgusto y se alejó.

— Ese tipo me pone furioso — dijo Garraty.

— No dejes que te saque de tus casillas — contestó McVries. — Concéntrate sólo en derrotarle caminando.

— Está bien, entrenador.

McVries le dio una palmada en el hombro.

— Muchacho — le dijo a Garraty, — vas a ganar a ese estúpido.

— Parece que hayamos estado caminando toda la vida.

— Sí.

Garraty se humedeció los labios. Deseaba expresar sus sentimientos, pero no sabía cómo.

— ¿Has oído alguna vez que cuando uno está ahogándose pasa ante sus ojos toda su vida?

— Creo que he leído algo al respecto. O alguien lo comentaba en alguna película.

— ¿Has pensado que eso mismo podría pasarnos a nosotros?

— ¡Jesús, espero que no! — exclamó McVries simulando un escalofrío.

Garraty permaneció unos instantes en silencio y después dijo:

— ¿Tú crees que…? No importa, al diablo con ello.

— No, no. Continúa. ¿Si creo qué?

— ¿Crees que podríamos pasar el resto de nuestras vidas en esta carretera? La vida que hubiéramos tenido si no… ya sabes.

McVries rebuscó en su bolsillo y sacó un paquete de cigarrillos.

— ¿Fumas?

— No.

— Yo tampoco — dijo McVries, mientras se llevaba un cigarrillo a los labios.

Encontró una caja de cerillas con una receta de salsa de tomate impresa en ella. Encendió el cigarrillo, aspiró el humo y lo expulsó con un acceso de tos. Garraty pensó en el consejo número 10: «Conserva el aliento. Si fumas habitualmente, procura no hacerlo durante la Larga Marcha.”

— Pensaba que aprendería — dijo McVries con aire desafiante.

— Es un asco, ¿verdad? — replicó Garraty con tristeza. McVries le miró, sorprendido, y tiró el cigarrillo. Después asintió.

— Sí, creo que sí.

El arco iris desapareció aproximadamente a las cuatro. Davidson, el número 8, se aproximó a la pareja. Davidson era un chico guapo, salvo por el acné que le cubría la frente.

— Ese Zuck está pasándolo realmente mal — les informó.

La última vez que Garraty había visto a Davidson, éste llevaba una bolsa colgada del hombro. Sin embargo, ahora advirtió que en algún momento debía de haberse desprendido de ella.

— ¿Sigue sangrando? — preguntó McVries.

— Como un cerdo — asintió Davidson con un gesto de la cabeza. — Es curioso cómo suceden las cosas, ¿verdad? En cualquier otra situación, te caes y sólo sufres unos rasguños. Zuck, en cambio, necesitaría varios puntos de sutura. — Señaló el asfalto y añadió — : Mirad eso.

Garraty vio un reguero de puntos oscuros en el pavimento, que empezaba a secarse.

— ¿Es sangre?

— Desde luego no es agua — replicó Davidson.

— ¿Y Zuck? ¿Está asustado? — preguntó Olson.

— Dice que le importa un pimiento — informó Davidson. — Pero yo sí estoy asustado. — Davidson tenía los ojos muy abiertos y una mirada sombría. — Estoy asustado por todos nosotros.

Continuaron caminando. Baker señaló otra pancarta de ánimo dedicada a Garraty.

— Mierda — masculló éste sin levantar la vista.

Estaba siguiendo el reguero de sangre de Zuck como si fuera Daniel Boone tras el rastro de un indio herido. El reguero zigzagueaba a uno y otro lado de la línea blanca del asfalto.

— McVries — dijo Olson.

Su voz se había suavizado durante las últimas horas. Garraty llegó a la conclusión de que Olson le gustaba pese a su aspecto externo de tipo duro. No le gustaba ver a Olson asustado, pero no había duda de que lo estaba.

— ¿Qué? — dijo McVries.

— No se me pasa. Esa sensación de flojedad que te decía no se me pasa.

McVries no respondió. La cicatriz de su rostro parecía muy blanca a la luz del sol poniente.

— Siento como si las piernas fueran a fallarme. Como unos cimientos de mala calidad. Eso no me va a suceder, ¿verdad?

La voz de Olson era ahora casi un chillido. McVries siguió sin responder.

— ¿Me das un cigarrillo? — preguntó Olson, bajando de nuevo la voz.

— Sí. Puedes quedarte el paquete.

Olson encendió el cigarrillo con el gesto fácil de quien está acostumbrado, protegiendo la cerilla entre las manos, e hizo un gesto señalando a uno de los soldados, que le observaba desde el vehículo oruga.

— Llevan casi una hora vigilándome con esa maldita mirada. Creo que tienen un sexto sentido para su trabajo. — Volvió a alzar la voz — : Os gusta, ¿verdad? Os gusta vuestro trabajo, ¿no es así? Tengo razón, ¿verdad?

Varios Marchadores se volvieron para mirarle, pero apartaron rápidamente la vista. Garraty también deseó hacerlo. En la voz de Olson había una nota de histeria. Los soldados contemplaron a Olson con ademán impasible. Garraty se preguntó si muy pronto correrían rumores acerca de Olson, y no pudo evitar sentir un escalofrío.

A las cuatro y media habían cubierto 48 kilómetros. El sol casi había desaparecido y teñía el horizonte de un color rojo sangre. Las nubes tormentosas se habían trasladado hacia el este y el cielo tenía un tono azul cada vez más oscuro. Garraty pensó de nuevo en el hipotético ahogado. Que no era tan hipotético, ni mucho menos. La noche que se aproximaba era como un mar de agua que pronto les cubriría.

Una sensación de pánico le atenazó la garganta. De pronto, tuvo la espantosa seguridad de que estaba presenciando la última puesta de sol, la última luz de su vida. Quería que el atardecer se prolongara, que durara, que el crepúsculo prosiguiera durante horas y horas.

— ¡Aviso! ¡Aviso, número 100! ¡Tercer aviso, número 100!

Zuck miró alrededor. En sus ojos había una expresión aturdida. La pernera derecha de su pantalón llevaba una costra de sangre seca. Y entonces echó a correr. Se abrió paso entre los Marchadores como un jugador de rugby con el balón entre las manos, corriendo con la misma expresión alucinada en el rostro.

El vehículo oruga aceleró. Zuck le oyó llegar y corrió aún más aprisa. Corría descontroladamente, cojeando y arrastrando la pierna. La herida se le abrió de nuevo y, mientras Zuck se lanzaba carretera adelante, dejando atrás al grupo principal de Marchadores, Garrary se fijó en las gotas de sangre fresca que saltaban de su pantalón y salpicaban la carretera. Zuck llegó a la cima de la siguiente subida y por un instante su silueta quedó dibujada contra el cielo rojizo como una forma negra y convulsa, congelada durante una fracción de segundo como un espantapájaros en pleno vuelo. Después desapareció y el vehículo oruga continuó tras él. Dos soldados que habían saltado del mismo siguieron junto a los muchachos con sus rostros inexpresivos.

Nadie dijo una palabra. Se limitaron a escuchar. No hubo ningún sonido durante largo rato. Un rato increíblemente largo. Sólo el canto de un pájaro y de un puñado de grillos y, a lo lejos y detrás, el zumbido de un avión.

Entonces oyeron un disparo, una pausa, y un segundo estampido.

— Para asegurarse — musitó alguien lánguidamente.

Cuando llegaron a lo alto de la subida, vieron el vehículo oruga detenido en el arcén a casi un kilómetro de distancia. Una columna de humo azulado se alzaba de su doble tubo de escape. De Zuck no había el menor rastro.

— ¿Dónde está el Comandante? — gritó una voz, al borde del pánico. Pertenecía a un chico llamado Gribble, el número 48. — ¡Quiero ver al Comandante, maldita sea! ¿Dónde está?

Los soldados que caminaban al borde de la carretera no respondieron. Nadie lo hizo.

— ¿Está haciendo otro discurso? — aulló Gribble. — ¿Es eso lo que está haciendo? ¡Pues bien, el Comandante es un asesino! ¡Eso es lo que es, un asesino! ¡Yo… yo se lo diré! ¿Creéis que no soy capaz? ¡Pues se lo diré a la cara! ¡Sí, directamente a la cara!

Presa de la excitación, Gribble había bajado el ritmo hasta casi detenerse, y los soldados se interesaron por él por vez primera.

— ¡Aviso! ¡Aviso, número 48!

Gribble vaciló y se detuvo. Inmediatamente, sus piernas recuperaron el ritmo. Avanzó con la mirada puesta en sus pies.

Pronto llegaron al lugar donde aguardaba el vehículo oruga, que se puso en marcha de nuevo junto al grupo principal.

A las 16.45 Garraty decidió merendar. Un tubo de atún procesado, unas galletas saladas con crema de queso y una buena ración de agua. Tuvo que contenerse para no

seguir. Uno podía pedir todas las cantimploras de agua que quisiera, pero no volverían a repartir alimentos concentrados hasta la mañana siguiente, a las nueve en punto… y podía apetecerle un bocado a medianoche. ¡Qué diablos!, podía necesitar ese bocado. — Puede que éste sea un asunto de vida o muerte — comentó Baker, — pero desde luego no te altera el apetito.

— No puedo permitírmelo — respondió Garraty. — No me gusta la idea de caer desmayado a las dos de la madrugada, o algo así.

Un pensamiento desagradable cruzó entonces por la mente de varios Marchadores. Probablemente uno no se enteraría de nada, no sentiría nada. Simplemente despertaría en la eternidad.

— Eso da que pensar — dijo Baker en voz baja. Garraty le contempló. Bajo la mortecina luz del atardecer, su rostro parecía tierno, joven y hermoso.

— Sí — respondió. — He estado pensando en muchas cosas.

— ¿Cuáles?

— En ese tipo, por ejemplo — contestó Garraty señalando a Stebbins, que aún seguía caminando al mismo ritmo al que venía haciéndolo desde la línea de salida.

Los pantalones de Stebbins ya estaban secándose y su rostro parecía sombrío. Todavía llevaba su último medio emparedado de jalea.

— ¿Qué sucede con él?

— Me pregunto por qué está aquí, y por qué no dice nada. Y si vivirá o morirá.

— Garraty, todos vamos a morir.

— Pero no esta noche, espero.

Consiguió mantener un tono ligero en su voz, pero súbitamente le embargó un escalofrío. No estaba seguro de si Baker lo había notado. Sus riñones se contrajeron. Dio media vuelta, se desabrochó la cremallera y continuó caminando de espaldas.

— ¿Qué opinas del Premio? — preguntó Baker.

— No creo que tenga mucho sentido hablar de eso — dijo Garraty mientras orinaba.

Luego se subió la cremallera y dio media vuelta de nuevo, contento de haber concluido la operación sin ganarse un aviso.

— Yo pienso mucho en ello — comentó Baker con aire soñador. — No tanto en el Premio en sí como en el dinero. En todo ese dinero.

— Los ricos no entrarán en el reino de lo cielos — murmuró Garraty.

Después fijó la mirada en sus pies, la única cosa que le salvaba de descubrir si realmente había o no un reino de los cielos.

— Amén — intervino Olson. — Habrá refrescos después de la celebración litúrgica — añadió.

— ¿Eres religioso, Garraty? — preguntó Baker.

— No especialmente. Pero tampoco soy un fanático del dinero.

— Lo serías si hubieras crecido a base de sopa de patatas y berzas — añadió Baker, — y sólo hubieras probado la carne cuando tu padre hubiera podido disponer de munición para la caza.

— Eso puede marcar cierta diferencia — asintió Garraty. Después titubeó sobre si añadir algo más. Por fin, se decidió — : Sin embargo, el dinero no es lo verdaderamente importante.

Vio que Baker le miraba con aire de incomprensión y de ligero desdén.

— Supongo que ahora dirás que uno no puede llevárselo al otro mundo — intervino McVries.

Garraty le contempló. McVries lucía de nuevo aquella sonrisa irritante y sesgada.

— Y es cierto, ¿o no? — insistió. — No traemos nada al mundo cuando nacemos, y seguro que tampoco nos llevamos nada al abandonarlo.

— Sí, pero en el intervalo entre esos dos hechos es preferible gozar de todas las comodidades posibles, ¿no crees? — dijo McVries.

— ¡Comodidades! ¡Vaya estupidez! — replicó Garraty. — Si uno de los verdugos montados en ese carro de combate en miniatura te pega un tiro, no hay médico en el mundo que pueda resucitarte con una transfusión de billetes de veinte o cincuenta dólares.

— Pero no estoy muerto — repuso Baker con un susurro.

— No, pero podrías estarlo. — De pronto, para Garraty era muy importante hacerles comprender su punto de vista. — Y si ganas ¿qué? ¿Y si te pasas las próximas seis semanas pensando en lo que vas a hacer con el dinero, no ya con el Premio, sino sólo con el dinero, y la primera vez que sales a la calle a comprar algo te atropella un camión?

Harkness se había acercado y caminaba al lado de Olson.

— A mí no me sucedería eso — comentó. — Lo primero que haría sería comprarme una flota de automóviles. Si gano, no volveré a caminar nunca más.

— No me habéis entendido — dijo Garraty, exasperado. — Con sopas de patatas o con buenos filetes, con mansiones o con chabolas, cuando uno muere todo se acaba: te meten en el hoyo, como a Zuck y Ewing, y eso es todo. Lo único que pretendo decir es que prefiero vivir día a día. Si la gente se preocupara sólo del día presente, viviría mucho más feliz.

— ¡Oh, menuda tontería! — exclamó McVries.

— ¿De veras? — replicó Garraty. — ¿Qué planes has hecho tú?

— Bueno, ahora mismo he de reconocer que he modificado bastante mis horizontes, es cierto…

— Naturalmente — dijo Garraty. — La única diferencia es que ahora estamos jugándonos la vida.

Un silencio absoluto siguió a sus palabras. Harkness se quitó las gafas y empezó a

limpiarlas. Olson parecía un poco más pálido. Garraty deseó no haber dicho aquello. Había ido demasiado lejos.

Entonces, una voz procedente de la cola del grupo exclamó:

— ¡Escuchad! ¡Escuchad!

Garraty se volvió, seguro de que había sido Stebbins, aunque nunca había oído su voz. Sin embargo, Stebbins no hacía ningún gesto; seguía con la vista fija en el asfalto.

— Me parece que he perdido la cabeza — murmuró Garraty, aunque no había sido él quien la había perdido de verdad, sino Zuck. — ¿Alguien quiere una galleta?

Repartió algunas a los más próximos y dieron las cinco de la tarde. El sol parecía suspendido a medio camino sobre el horizonte. Quizá la tierra había dejado de girar. Los tres o cuatro muchachos que todavía marchaban por delante del pelotón habían perdido ventaja y estaban a menos de cincuenta metros del grupo principal. A Garraty le pareció que la carretera se había convertido en una perversa sucesión de pendientes en subida, sin las correspondientes bajadas. Estaba pensando que, si eso era cierto, dentro de poco todos terminarían respirando mediante mascarillas de oxígeno, cuando sus pies tropezaron con un cinturón de Marchador para llevar los alimentos concentrados. Sorprendido, levantó la mirada. Era el cinturón de Olson, quien tenía las manos crispadas en la cintura y una mirada de sorpresa en el rostro.

— Se me ha caído — murmuró. — Quería comer algo y se me ha caído. — Se echó a reír, como si quisiera excusarse por aquella torpeza. Sin embargo, su risa se detuvo bruscamente. — Tengo hambre — dijo.

Nadie respondió. Todo el grupo había dejado atrás el cinturón y no había ya posibilidad de recuperarlo.

Garraty volvió la vista hacia atrás y contempló el cinturón de Olson en el suelo, sobre la línea blanca discontinua.

— Tengo hambre — repitió Olson…, «Al Comandante le gusta ver a alguien dispuesto a luchar.» ¿No era eso lo que Olson había dicho al regresar de recoger el dorsal? Ahora, Olson ya no parecía tan dispuesto a ello. Le quedaban tres tubos de concentrados, más las galletas saladas y el queso. Sin embargo, éste era muy graso.

— Toma — dijo, mientras le tendía el queso a Olson. Éste no dijo nada, pero dio cuenta del queso.

— Eres un boy scout… — murmuró McVries con su habitual sonrisa sesgada.

A las cinco y media el aire crepuscular pareció llenarse de humo. Algunas luciérnagas revoloteaban en torno a los Marchadores. Una niebla baja se enroscaba con su aspecto lechoso entre las acequias y los barrancos de los campos. En la parte delantera del grupo alguien preguntó qué sucedería si la niebla se hacía tan espesa que uno se salía de la carretera por error.

La voz inconfundible de Barkovitch replicó con un tono desagradable:

— ¿Tú qué crees, idiota?

Cuatro eliminados, pensó Garraty. Ocho horas y media en la carretera y sólo cuatro eliminados. Notó una leve sensación en el estómago. Una punzada de dolor. Jamás conseguiré superarlos a todos, pensó. No podré con todos. Sin embargo, visto de otro modo, ¿por qué no?

Alguien tendría que hacerlo.

Las conversaciones fueron apagándose con la caída de la oscuridad. El silencio resultaba opresivo. Las tinieblas cada vez más pronunciadas, la niebla enroscándose en pequeñas masas coaguladas… Por primera vez, todo parecía perfectamente real y absolutamente sobrenatural, y deseó estar con Jan o con su madre, con cualquier mujer, y se preguntó qué diablos estaba haciendo y cómo se había metido en aquella locura. Y ni siquiera podía engañarse a sí mismo diciendo que no sabía lo que le esperaba, porque lo había sabido perfectamente. Y además, no era el único que lo había hecho. En ese momento eran otros noventa y cinco estúpidos los que le acompañaban en aquel desfile.

De nuevo tenía un nudo en la garganta que le hacía difícil tragar saliva. Unos metros delante, alguien sollozaba casi en silencio. No se había dado cuenta de cuándo había empezado aquel sonido, y nadie le había llamado la atención al respecto. Era como si el sollozo hubiera estado allí desde siempre.

Quedaban 16 kilómetros para Caribou. Allí, por lo menos, habría luces. La idea animó un poco a Garraty. Al fin y al cabo, todo iba bien, ¿no? Estaba vivo, y no tenía sentido pensar en el momento en que quizá dejara de estarlo. Como había dicho McVries, todo era cuestión de modificar los horizontes.

A las seis menos cuarto corrió la noticia de que un chico llamado Travin, uno de los primeros líderes, estaba perdiendo terreno lentamente y se encontraba ya a la cola del grupo principal. Travin tenía diarrea. Garraty no pudo creer que fuera cierto, pero cuando vio a Travin comprendió que no se habían equivocado. El muchacho caminaba y se agarraba los pantalones al mismo tiempo. Cada vez que se agachaba recibía un aviso, y Garraty se preguntó por qué Travin no dejaba que le resbalara por las piernas, simplemente. Era mejor estar sucio que muerto.

Travin llevaba el cuerpo inclinado y caminaba como Stebbins con su medio emparedado. Cada vez que se estremecía, Garraty sabía que otro calambre abdominal laceraba al muchacho. Garraty se sentía asqueado. No había en aquello la menor fascinación, el menor misterio. Sólo era un muchacho con dolor de vientre, nada más, y era imposible sentir otra cosa que asco y una especie de terror instintivo. También a él le daba vueltas el estómago y se sintió intranquilo.

Los soldados observaban a Travin con atención. Observaban y esperaban. Por fin, Travin medio se agachó, medio se cayó, y los soldados le dispararon allí mismo, con los pantalones aún bajados. Travin rodó por el asfalto y quedó vuelto hacia el cielo

con una repulsiva mueca en el rostro, digno de compasión. Alguien vomitó ruidosamente y recibió un aviso. A Garraty le sonó como si el muchacho estuviera vomitando todas sus entrañas.

— Ése será el siguiente — musitó Harkness.

— Cállate — replicó Garraty. — ¿No puedes estar callado un rato?

Nadie respondió. Harkness pareció avergonzado y empezó a limpiarse las gafas de nuevo. El muchacho que había vomitado no recibió más avisos.

Pasaron ante un grupo de adolescentes sentados sobre una manta y bebiendo coca — cola. Cuando reconocieron a Garraty, le dedicaron una prolongada ovación. Garraty se sintió incómodo. Una de las chicas tenía unos pechos enormes y su novio los observaba bailar al ritmo de sus gritos de ánimo. Garraty llegó a la conclusión de que estaba volviéndose un maníaco sexual.

— Mirad ese par de melones — dijo Pearson. — ¡Dios mío!

Garraty se preguntó si la muchacha sería virgen, como él.

Pasaron junto a un apacible lago, casi perfectamente circular y cubierto de una leve bruma. Parecía un espejo ligeramente empañado y, en la misteriosa espesura de plantas acuáticas que crecían en la orilla, una rana lanzó su ronco croar. Garraty se dijo que aquel lago era una de las cosas más hermosas que había visto en su vida.

— Maine es un estado endiabladamente grande — dijo Barkovitch un rato después.

— Ese tipo me resulta una auténtica lata — dijo McVries con tono solemne. — Ahora mismo, el único objetivo que tengo en la vida es resistir más que él.

Olson estaba rezando un avemaría

Garraty le miró alarmado.

— ¿Cuántos avisos tiene? — preguntó Pearson.

— Ninguno, que yo sepa — respondió Baker.

— Sí, pero no tiene buen aspecto.

— A estas alturas nadie lo tiene — añadió McVries.

Hubo un nuevo silencio. Garraty advirtió por primera vez que le dolían los pies. No sólo las piernas, que le venían causando problemas desde hacía tiempo, sino también los pies. Se dio cuenta de que, inconscientemente, había estado apoyándose en la parte externa de las plantas, pero de vez en cuando pisaba con el pie plano y daba un respingo. Cerró del todo la cremallera de la chaqueta y se subió las solapas para cubrirse el cuello. El aire seguía siendo húmedo y desapacible.

— ¡Eh, mirad ahí! — exclamó McVries alegremente.

Todos miraron hacia la izquierda. Estaban pasando junto a un camposanto situado en la cima de una pequeña loma cubierta de hierba. Un muro de piedra rodeaba el recinto, y la niebla resbalaba lentamente entre las lápidas inclinadas. Un ángel con un ala rota les contempló con ojos vacíos. Desde lo alto de un asta oxidada y

descascarada, recuerdo de alguna celebración patriótica, una ardilla les observaba gallardamente.

— Nuestro primer cementerio — dijo McVries. — Está de tu lado, Ray, así que pierdes todos tus puntos. ¿Recuerdas ese juego?

— Hablas demasiado — espetó Olson.

— ¿Qué hay de malo en los cementerios, Henry? Son lugares bellos y recogidos, como dijo el poeta. Un buen ataúd impermeable…

— ¡Cállate!

— ¡Bah! — replicó McVries, cuya cicatriz se veía muy pálida a la agonizante luz del atardecer. — No dirás en serio que te afecta la idea de morir, ¿verdad, Olson? Como dijo también el poeta, no es tanto el morir como el permanecer tanto tiempo en la tumba. ¿Es eso lo que te molesta? — McVries se puso a imitar una fanfarria. — ¡Vamos, ánimo, muchacho! Llegará un día luminoso en que…

— Déjale en paz — le interrumpió Baker.

— ¿Por qué? Olson intenta convencerse de que puede retirarse en el momento que le plazca. De que si cae y muere, no estará tan mal como todo el mundo imagina. Pues bien, no voy a tolerar que siga con eso.

— Aquí — dijo Garraty, — o muere él o mueres tú.

— Sí, lo sé — respondió McVries, dedicando a Garraty una de sus tensas y sesgadas sonrisas… Pero esta vez no había en ella asomo de humor. De pronto, McVries parecía furioso, y Garraty casi sintió temor. — Es él quien lo ha olvidado. Ese imbécil de ahí.

— No quiero seguir más con esto — declaró Olson. — Estoy harto.

— «Dispuesto a luchar» — repitió McVries, volviéndose hacia él. — ¿No fue eso lo que dijiste? Jódete, pues. ¿Por qué no te dejas caer y así acabas de una vez?

— Déjale en paz — dijo Garraty.

— Escucha, Ray…

— No, escucha tú. Ya basta con un Barkovitch. Deja a Olson que lo haga a su modo. Nada de boy scouts, ¿recuerdas?

— Está bien, Garraty. Tú ganas — aceptó McVries con una nueva sonrisa.

Olson no dijo nada y continuó su marcha irregular, alcanzándoles en ocasiones y retrasándose en otras.

A las seis y media la oscuridad era ya total. Caribou, que estaba ahora a menos de diez kilómetros, aparecía en el horizonte como un mortecino resplandor. Parecían haberse ido todos a casa para cenar. La niebla estaba helada en torno a los pies de Ray Garraty, y se cernía sobre las colinas como banderas fantasmagóricas y nacidas. Las estrellas resplandecían cada vez más en el firmamento: Venus brillaba sin parpadear, y la Osa Menor ocupaba su posición habitual. Garraty siempre había destacado en la localización de las constelaciones. Señaló Casiopea a Pearson, que

sólo respondió con un gruñido.

Se puso a pensar en Jan, su chica, y sintió remordimientos al recordar a la chica que había besado junto a la carretera. Ya no recordaba exactamente el aspecto de la muchacha, pero sabía que ésta le había excitado… ¿Qué habría sucedido si hubiera intentado ponerle la mano en la entrepierna? Sintió como un resorte en su propia entrepierna, que le hizo inclinarse un poco al caminar.

Jan tenía el cabello muy largo, casi hasta la cintura. Había cumplido los dieciséis y sus pechos no eran tan grandes como los de la chica a la que había besado. Garraty había jugueteado mucho con los pechos de Jan, y aquello le volvía loco. Ella no le habría permitido hacerle el amor, aunque deseaba acostarse con él, y él no habría sabido cómo convencerla. Garraty sabía que algunos chicos conseguían convencer a sus chicas para hacerlo, pero él no parecía tener la suficiente personalidad o voluntad para lograrlo. Se preguntó cuántos Marchadores serían vírgenes. Gribble había llamado asesino al Comandante. ¿Gribble sería virgen? Se contestó que probablemente sí.

Cruzaron el límite municipal de Caribou. Había allí una muchedumbre y una unidad móvil de una cadena de televisión. Era como sumergirse de pronto en una cálida laguna iluminada, vadeándola y saliendo de nuevo a tierra firme.

Un obeso periodista vestido de traje y corbata echó a trotar junto a los Marchadores plantando su micrófono ante los labios de diversos participantes. Detrás del periodista, dos técnicos se afanaban en desenroscar el carrete del cable eléctrico.

— ¿Cómo te sientes?

— Bien. Creo que me siento bien.

— ¿Estás cansado?

— Sí, claro, ya sabe… pero todavía me siento bien.

— ¿Crees que tienes posibilidades?

— No lo sé… Supongo que sí. Todavía me siento bastante fuerte.

El periodista preguntó a Scramm, un muchacho fuerte como un toro, qué opinaba de la Larga Marcha. Scramm sonrió, dijo que era la cosa más grande y jodida que había visto nunca, y el periodista indicó a los técnicos que cortaran.

Poco después, el entrevistador se quedó sin cable y empezó a retroceder hacia la unidad móvil, intentando no tropezar con el cable extendido. La multitud, atraída tanto por el equipo de televisión como por los propios Marchadores, animaba a éstos con entusiasmo y hacía ondear rítmicamente carteles con la efigie del Comandante, sujetos a unas estacas tan recientes que todavía rezumaban savia. Cuando las cámaras enfocaron a los espectadores, éstos aplaudieron aún más frenéticamente, mientras saludaban a tía Betty y tío Fred, que les estarían viendo.

Doblaron un recodo y pasaron frente a una tienda cuyo propietario, un hombrecillo que lucía una bata blanca llena de manchas, había instalado un

refrigerador con refrescos bajo un cartel en el cual se leía: ¡OBSEQUIO DE LA CASA PARA LOS MARCHADORES. CORTESÍA DE ALMACENES EV'S! Un coche patrulla estaba aparcado en las inmediaciones y dos agentes explicaban pacientemente a Ev, como sucedía sin duda cada año, que iba contra el reglamento que los espectadores ofrecieran a los Marchadores ayuda o asistencia de ningún tipo, incluido refrescos.

Pasaron ante la Compañía Papelera de Caribou, un edificio enorme ennegrecido por el hollín y situado junto a un sucio río. Los obreros estaban alineados ante la verja exterior, aplaudiendo con rostros sonrientes y saludando a los competidores. Cuando hubo pasado el último Marchador — Stebbins, — sonó una sirena y Garraty, volviendo la mirada atrás, les vio regresar en bloque al interior de la fábrica.

— ¿Te ha preguntado algo? — preguntó a Garraty una voz estridente.

Con una sensación de gran lasitud, Garraty volvió la vista hacia Gary Barkovitch.

— ¿Quién?

— El periodista, idiota. ¿Te ha preguntado cómo te sentías?

— No, no ha llegado hasta mí. Deseaba que Barkovitch se alejara. Deseaba que el dolor de las plantas de los pies se alejara también.

— Pues a mí sí me ha preguntado — prosiguió Barkovitch. — ¿Y sabes qué le he dicho?

— No. ¿Qué?

— Le he dicho que me siento estupendamente — respondió Barkovitch con aire agresivo. Todavía llevaba el gorro para la lluvia colgando del bolsillo trasero. — Le he dicho que me siento realmente fuerte, dispuesto a seguir eternamente. ¿Y sabes qué más le he dicho?

— ¡Cállate ya! — dijo Pearson.

— ¿Quién te ha dado vela en este entierro, estúpido larguirucho? — replicó Barkovitch.

— Lárgate — masculló McVries. — Me das dolor de cabeza.

Adoptando nuevamente su aire ofendido, Barkovitch les dejó atrás y se situó a la altura de Collie Parker.

— ¿Te ha preguntado algo…?

— Lárgate o te arranco la nariz — gruñó Collie Parker. Barkovitch se apartó rápidamente. Se decía de Collie Parker que era un mezquino hijo de perra.

— Ese tipo me saca de mis casillas — dijo Pearson.

— A Barkovitch le encantaría saberlo — murmuró McVries. — Le gusta. Le oí decir también al periodista que bailaría sobre un montón de tumbas. Y lo decía en serio. Eso es lo que le hace seguir adelante.

— La próxima vez que se acerque a mí le pondré la zancadilla — dijo Olson.

Su voz sonaba apagada y consumida.

— No — replicó McVries. — Consejo número 8: «No molestar a los demás Marchadores.”

— ¿Sabes dónde puedes meterte ese consejo número 8? — repuso Olson con una pálida sonrisa.

— Cuidado — sonrió McVries, — ya empiezas a pasarte otra vez.

A las siete de la tarde, el ritmo del grupo, que llevaba bastante rato rozando el mínimo, comenzó a avivarse ligeramente. Hacía frío, y si uno caminaba más aprisa, entraba mejor en calor. Pasaron bajo el paso elevado de una autopista y varias personas les vitorearon con la boca llena de golosinas procedentes del tenderete situado junto a la rampa de salida, cerca del peaje. — Tomaremos esa autopista más adelante, ¿verdad? — preguntó Baker. — En Oldtown — asintió Garraty. — Aproximadamente dentro de ciento noventa kilómetros. Harkness emitió un silbido entre dientes. Poco después llegaron al centro de la ciudad de Caribou. Estaban a 70 kilómetros de la salida.

4

El programa concurso definitivo sería aquel en que el perdedor pagara con su vida.

CHUCK BARRIS
Creador de programas concurso
Presentador de El Show del gong

Caribou decepcionó a todos los Marchadores.

Era como Limestone.

El número de espectadores era mayor pero, por lo demás, se trataba de otro pueblo grande con una sola industria, unas cuantas tiendas y gasolineras, un centro comercial que celebraba, según los carteles que cubrían su fachada, ¡LA MARCHA ANUAL DE LAS REBAJAS!, y un parque con un monumento a los soldados caídos. Una pequeña banda musical de estudiantes, espantosamente desafinada, interpretó el himno nacional, un popurrí de marchas y finalmente, en una soberana muestra de mal gusto, el Marchando hacia Pretoria.

Allí apareció de nuevo la mujer que había organizado el escándalo en el cruce de carreteras, muchos kilómetros atrás. Seguía buscando a Percy. Esta vez consiguió atravesar el cordón policial y saltar a la carretera. Se abrió paso entre los Marchadores, tropezando con uno de ellos, mientras gritaba a su Percy que regresara inmediatamente a casa. Los soldados prepararon sus armas y, por unos instantes, dio la impresión de que la madre de Percy iba a ganarse allí mismo su pasaporte por interferencia. Un policía consiguió asirla por el brazo y se la llevó a rastras. Un muchachito, sentado en una papelera con el lema MANTENGA LIMPIO MAINE, dio cuenta de una salchicha mientras observaba a los agentes introducir a la mujer en un coche patrulla. Esto fue lo más destacado del paso de la Larga Marcha por Caribou.

— ¿Qué viene después de Oldtown, Ray? — preguntó McVries.

— ¡Oye, no soy un mapa de carreteras viviente! — replicó Garraty, irritado. — Bangor, supongo. Y luego Augusta. Y después Kittery y la frontera del estado, a quinientos kilómetros de aquí. Tómalo o déjalo, ¿de acuerdo? no me preguntes más.

— ¡Quinientos kilómetros! — exclamó alguien con un silbido.

— Es increíble… — musitó Harkness tenebrosamente.

— Todo este maldito asunto es increíble — dijo McVries — ¿Dónde estará el Comandante?

— Bien instalado en Augusta — respondió Olson.

Todos sonrieron, y Garraty reflexionó sobre el extraño cambio que se había producido en el grupo, donde en sólo diez horas el Comandante había pasado de ser considerado un Dios a la encarnación de Satanás.

Quedaban noventa y cinco, pero eso ya no era lo peor. Lo más terrible era imaginar a McVries o a Baker recibiendo su pasaporte. O a Harkness, con su estúpida idea de escribir un libro.

Cuando hubieron dejado atrás Caribou, la carretera quedó casi desierta. Pasaron una encrucijada de caminos con una única farola iluminándola. Al atravesar el claro de luz, sus siluetas formaron en el asfalto sombras negras bien definidas. A lo lejos se oyó el silbido de un tren. La luna bañaba la niebla baja con una luz tenue, dándole un aspecto perlado y opalescente sobre los campos.

Garraty tomó un sorbo de agua.

— ¡Aviso! ¡Aviso, número 12! ¡Ultimo aviso, número 12!

El número 12 era un chico llamado Fenter, que llevaba una camiseta de manga corta con la leyenda YO HE VIAJADO EN EL TREN DE CREMALLERA DEL MONTE WASHINGTON. Fenter se estaba humedeciendo los labios. Corría el rumor de que padecía una terrible rigidez en los pies. Cuando, diez minutos después, fue abatido a tiros, Garraty no lo sintió demasiado. Estaba muy cansado. Esquivó el cuerpo caído de Fenter y observó algo que brillaba en la mano del muchacho: una medalla de san Cristóbal.

— Si salgo de ésta — dijo McVries, — ¿sabéis qué voy a hacer?

— ¿Qué? — preguntó Baker.

— Follar hasta que el pájaro se me ponga morado. No había estado en mi vida tan cachondo como en este momento, a las ocho menos cuarto de este primero de mayo.

— ¿De veras? — dijo Garraty.

— De veras — confirmó McVries. — Sería capaz hasta de hacerte proposiciones a ti, Ray, si no fuera porque necesitas un buen afeitado.

Garraty se echó a reír.

— El Príncipe Azul, eso es lo que soy — prosiguió McVries, llevándose los dedos a la cicatriz de su rostro y palpándola. — Lo único que necesito ahora es una Bella Durmiente. La despertaría con un beso profundo y apasionado y los dos cabalgaríamos juntos hasta el amanecer. O al menos hasta el motel más cercano.

— Caminaríamos — le corrigió Olson.

— ¿Qué?

—… caminaríamos hasta el amanecer.

— Está bien, caminaríamos hasta el amanecer — concedió McVries. — ¡Ah, el amor verdadero! ¿Tú crees en el amor verdadero, Hank?

— Yo creo en los buenos polvos — dijo Olson, y Art Baker se echó a reír.

— Pues yo creo en el amor verdadero — afirmó Garraty, arrepintiéndose

inmediatamente; parecía una niñería.

— ¿Quieres saber por qué yo no? — repuso Olson, mientras le dedicaba una sonrisa furtiva. — Pregúntale a Fenter, o a Zuck. Ellos te lo dirán.

— ¡Qué ideas tan horribles! — dijo Pearson, que había surgido de la oscuridad y volvía a caminar junto a ellos.

Pearson cojeaba. No mucho, pero cojeaba visiblemente.

— No, no lo son — replicó McVries. Y añadió crípticamente — : Nadie ama a los muertos.

— Edgar Allan Poe sí — dijo Baker. — Hice un trabajo sobre él en la escuela y se decía que tenía tendencias necro… necro…

— Necrófilas — completó Garraty.

— Sí, eso es.

— ¿Qué coño es? — preguntó Pearson.

— Querer follar a una mujer muerta — explicó Baker. — O a un hombre, si eres mujer.

— O si eres de la acera de enfrente — añadió McVries.

— Dejadlo ya, capullos — graznó Olson. — Es repulsivo.

— ¿Por qué? — dijo una voz ronca y sombría. Era Abraham, el número 2, un chico alto y desgarbado que caminaba arrastrando los pies. — Creo que podríamos dedicar un par de minutos a pensar en qué tipo de vida sexual habrá en el otro mundo.

— Yo iré a por Marilyn Monroe — dijo McVries. — Tú puedes quedarte con Eleanor Roosevelt, si quieres.

Abraham le dedicó un gesto obsceno. Delante, un soldado gritó un aviso.

— Cambiad de tema, maldita sea. — Olson hablaba con lentitud, como si tuviese dificultades para expresarse.

— «La cualidad trascendental del amor», conferencia a cargo del famoso filósofo Henry Olson — dijo McVries, y añadió — : Autor de Un melocotón no es un melocotón si no tiene hueso y otros ensayos…

— ¡Coño! — gritó Olson con un chillido agudo. — ¡El amor es una farsa! ¡No es más que una mentira podrida! ¿Lo entendéis?

Nadie contestó. Garraty clavó su mirada en el horizonte, donde las oscuras colinas de carbón se encontraban con la negrura del firmamento, tachonada de estrellas. Le pareció sentir los primeros indicios, de un calambre en el arco del pie izquierdo. Quiero sentarme, pensó con irritación. Maldita sea, quiero sentarme.

— ¡El amor es un fraude! — bramaba Olson. — Sólo hay tres grandes verdades en el mundo, y son una buena comida, un buen polvo y una buena cagada. ¡Y eso es todo! Y cuando a uno le sucede lo que a Fenter o a Zuck…

— ¡Cállate ya! — masculló una voz aburrida, y Garraty supo que había sido Stebbins aunque, cuando dirigió la mirada hacia éste, tenía la vista fija en la carretera

y caminaba junto al arcén contrario.

Un avión pasó sobre sus cabezas dejando tras de sí el zumbido de los motores y una fina línea blanca de tiza en el negro firmamento, con sus luces de posición de destellos amarillos y verdes. Baker volvía a silbar, y Garraty dejó que los párpados se le cerraran casi por completo. Sus pies se movían por sí solos.

Su mente adormilada empezó a desviarse de la realidad. Los pensamientos se sucedían al azar. Recordó a su madre cantándole una canción de cuna irlandesa cuando él era muy pequeño, una canción sobre almejas y mejillones, con un estribillo muy pegadizo. Y recordó el rostro de su madre mientras le cantaba, tan enorme y tan hermoso como el rostro de una actriz de cine. Él quería besarla y amarla para siempre. Cuando fuera mayor, se casaría con ella.

Entonces, la imagen fue reemplazada por el rostro sonriente de Jan, con aquel cabello tan largo que le caía casi hasta la cintura. Jan llevaba un biquini bajo un albornoz corto, porque iban a bañarse a Reid Beach. Y él llevaba pantalón corto y zapatillas.

Jan desapareció. Su rostro se convirtió en el de Jimmy Owens, el chico de la casa de al lado. Él tenía cinco años y Jimmy otros tantos, y la madre de Jimmy les había sorprendido jugando a médicos en la cantera de arena detrás de la casa de Jimmy. Ambos tenían pajarito. Así era como lo llamaban, «pajarito». La madre de Jimmy había llamado por teléfono a la suya, y ésta había acudido a llevárselo y le había hecho sentarse en su dormitorio y le había preguntado cómo se sentiría si ella le hacía salir a pasear por la calle desnudo. El cuerpo adormilado de Garraty dio un respingo al revivir la humillación y la vergüenza que había sentido ante tal idea. Había llorado y suplicado que no le obligara a pasear por la calle desnudo… y que no se lo dijera a su padre.

Ahora tenía siete años. Él y Jimmy Owens miraban a hurtadillas por los sucios ventanales de la oficina de Materiales para Construcción Burr's para observar los calendarios de chicas desnudas, sabiendo lo que miraban pero sin saberlo realmente, y sintiendo una mezcla de vergüenza y de excitación cuya causa no sabían concretar con exactitud. Había una foto de una chica rubia con un retal de seda azul colocado sobre las caderas, y los dos habían permanecido mucho tiempo contemplándola. Después habían discutido qué habría bajo la tela. Jimmy dijo que había visto a su madre desnuda, y dijo que lo sabía. Dijo que allí abajo había pelo y una especie de raja abierta, y Ray no había querido creerle porque lo que Jimmy decía parecía repugnante.

Pero, a pesar de todo, Ray estaba seguro de que las mujeres eran distintas de los hombres allí abajo, y él y Jimmy habían pasado un largo atardecer discutiéndolo mientras mataban mosquitos y contemplaban un entrenamiento de béisbol en el aparcamiento al aire libre de la compañía de mudanzas, frente a la tienda de Burr's.

Garraty pudo apreciar, medio dormido en plena carretera, la sensación real del duro bordillo bajo sus nalgas.

Al año siguiente, Ray le había dado a Jimmy Owens un golpe en la boca con el cañón de su carabina de aire comprimido mientras jugaban, y necesitó cuatro puntos de sutura en el labio superior. Un año después, se habían trasladado de domicilio. Ray no había tenido intención de golpear a Jimmy en la boca. Había sido un accidente, de eso estaba seguro, aunque para entonces ya sabía que Jimmy había estado en lo cierto porque también él había visto desnuda a su madre (no había sido un descubrimiento intencionado sino accidental). Allí abajo, las mujeres tenían pelo. Un pelo rizado y una especie de raja abierta.

Chist, no llores, mi niño. No es un tigre, ¿ves? Es sólo tu osito de peluche… Vamos a cantar… Almejas y mejillones, la, la, la… Mamá quiere a su niñito… Vamos a dormir…

— ¡Aviso! ¡Aviso, número 47!

Un codo se hundió en sus costillas.

— Ése eres tú, muchacho. Aviva el paso y despierta. Era McVries, que le sonreía.

— ¿Qué hora es? — preguntó Garraty con voz apagada.

— Las ocho y media.

— ¡Pero si he estado…!

—… durmiendo durante horas — completó McVries. — Ya conozco esa sensación.

— Desde luego, eso me ha parecido.

— Es tu mente, utilizando la puerta de escape. ¿No te gustaría hacer lo mismo con tus pies?

Garraty se puso a pensar en que los recuerdos eran como una línea trazada en el polvo. Cuanto más se retrocedía en ellos, más borrosa y difícil de ver se hacía la línea, hasta que finalmente no quedaba más que arena lisa y el agujero negro, la nada absoluta de la que uno había surgido. En cierto modo, los recuerdos eran como aquella carretera. Ahora, ésta era real, tangible y sólida. En cambio, el asfalto anterior, la carretera que habían pisado a las nueve de la mañana de aquel mismo día, quedaba ahora lejano y sin sentido.

Llevaban casi ochenta kilómetros de marcha. Llegó el rumor de que el Comandante acudiría para contemplarles y hacer un breve discurso cuando alcanzaran el punto exacto de los ochenta kilómetros. Garraty pensó que probablemente era mentira.

Ascendieron una cuesta larga y empinada, y Garraty estuvo tentado de quitarse de nuevo la chaqueta, pero no lo hizo. Sin embargo, abrió del todo la cremallera y, dando media vuelta, anduvo de espaldas durante un minuto. A lo lejos parpadeaban todavía las luces de Caribou, y se puso a pensar en la mujer de Lot, que se había

convertido en estatua de sal por mirar atrás.

— ¡Aviso! ¡Aviso, número 47! ¡Segundo aviso, número 47!

Garraty tardó unos instantes en advertir que se trataba de él. Era el segundo aviso en diez minutos, y empezó a sentir miedo de nuevo. Pensó en aquel chico sin nombre que había muerto porque había bajado de ritmo una vez más de las permitidas. ¿Era eso lo que estaba sucediéndole a él?

Miró alrededor. McVries, Harkness, Baker y Olson le observaban con atención. Olson tenía una extraña mirada de satisfacción. Garraty podía apreciar su atenta expresión pese a la oscuridad. Olson había dejado fuera a seis Marchadores, y deseaba que Garraty fuera el número siete. Deseaba verle morir.

— ¿Tengo monos en la cara, o qué? — le espetó Garraty con tono irritado.

— No — respondió Olson, apartando la vista de él. — Claro que no.

Garraty caminaba ahora con determinación, balanceando los brazos vigorosamente. Eran las nueve menos veinte. A las once menos veinte, unos trece kilómetros más allá, volvería a estar libre de avisos. Sintió el histérico impulso de proclamar que podía hacerlo, que no era necesario esparcir rumores acerca de él, que no iban a darle el pasaporte… al menos de momento. La niebla baja se extendía por la carretera en delicados jirones, como humo. Las siluetas de los muchachos avanzaban entre ella como islotes oscuros que, de algún modo, navegaban a la deriva. A los ochenta kilómetros exactos de marcha, pasaron ante un pequeño garaje cerrado con un poste de gasolina oxidado en la parte delantera, apenas una forma quieta y siniestra entre la niebla. La clara luz fluorescente de una cabina telefónica era el único punto que destacaba. El Comandante no apareció. Ni él, ni nadie.

La carretera se inclinó suavemente tras una curva y apareció a lo lejos un rótulo amarillo de tráfico. Llegaron rumores sobre lo que decía pero, antes de que alcanzara a Garraty, éste consiguió leerlo con sus propios ojos: PENDIENTE ACUSADA — CALZADA LATERAL PARA CAMIONES.

Hubo gemidos y gruñidos. Desde la cabeza del grupo, Barkovitch proclamó con voz alegre:

— ¡Vamos allá, colegas! ¿Quién quiere hacer una carrera conmigo hasta la cima?

— ¡Cállate, idiota! — respondió una voz baja.

— ¡Dímelo a la cara, gilipollas! — chilló Barkovitch. — ¡Ven aquí y dímelo a la cara!

— Se está volviendo loco — murmuró Baker.

— No — respondió McVries. — Sólo está desentumeciéndose. Los tipos como él tienen una resistencia increíble.

La voz de Olson llegó hasta ellos, sorda y apagada.

— No creo que pueda subir esa colina. A seis kilómetros y medio por hora no lo conseguiré.

La colina se alzaba ahora ante ellos. Casi habían llegado a la base y, con la niebla, era imposible divisar la cumbre. Por lo que sabían, pensó Garraty, la subida podía ser eterna.

Iniciaron la ascensión.

No era tan difícil, comprobó Garraty, si uno sólo miraba las puntas de sus pies y se inclinaba ligeramente hacia adelante. Si uno se limitaba a mirar la pequeña superficie de asfalto entre un paso y el siguiente, podía incluso imaginar que caminaba por terreno llano. Aunque, naturalmente, uno no podía esperar que los pulmones y la garganta no tuviesen problemas, porque los jadeos eran constantes.

De algún modo, seguían corriendo rumores. Al parecer, había quien todavía podía malgastar parte de su aliento charlando. El rumor era ahora que la colina tenía casi medio kilómetro de subida. Otro rumor decía que eran tres kilómetros. Otro decía que ningún Marchador había recibido nunca el pasaporte en aquella cuesta. Otro, que el año anterior lo habían recibido tres.

— No puedo — repetía Olson monótonamente. — Ya no puedo más.

Jadeaba como un perro, pero continuaba avanzando como los demás. Se oían ruidos de gemidos y respiraciones profundas. Salvo esto, no se oía otro sonido que la cantinela de Olson, el rumor de los pasos y el rechinar, como una chicharra, del vehículo oruga que traqueteaba detrás del grupo.

Garraty sintió crecer en su estómago el miedo y el aturdimiento. Podía morir en aquella subida. No sería muy difícil. Se había despistado un poco y ya tenía dos avisos. Ahora mismo, no debía ir muy por encima de la velocidad mínima. Con sólo perder un poco el ritmo, le caería el tercer y último aviso. Y entonces…

— ¡Aviso! ¡Aviso, número 70!

— Están tocando tu canción, Olson — logró decir McVries entre jadeo y jadeo. — Ánimo con esos pies. Quiero verte bailando en la cima de esa colina como Fred Astaire.

— ¿Y a ti qué más te da? — replicó Olson con furia.

McVries no respondió. Olson reunió un poco más de energía y consiguió acelerar la marcha. Garraty se preguntó, morbosamente, si aquellas energías de Olson serían las últimas. También se preguntó por Stebbins, allá en la cola del grupo. ¿Qué tal va, Stebbins? ¿Te cansas?

En la cabeza del pelotón, un chico llamado Larson, el número 60, se sentó de pronto sobre el asfalto. Recibió un aviso. El resto del grupo se dividió en dos partes longitudinalmente y le superó por ambos lados, como hizo el mar Rojo con Moisés y los hijos de Israel.

— Sólo voy a tomarme un descansito, ¿de acuerdo? — dijo Larson con una sonrisa confiada y neurótica. — Ahora mismo no puedo seguir, ¿de acuerdo?

Su sonrisa se hizo más amplia, y se volvió hacia el soldado que acababa de saltar

del vehículo con el fusil en una mano y el cronómetro de acero inoxidable en la otra.

— ¡Aviso! ¡Aviso, número 60! ¡Segundo aviso!

— Oiga, ahora mismo los alcanzo — se apresuró a asegurarle Larson. — Sólo me tomo un descanso. Nadie puede caminar todo el rato. Todo el rato no. ¿Verdad, colegas?

Olson emitió un gemido al pasar junto a Larson y se apartó cuando éste intentó tocarle la vuelta del pantalón.

Garraty notó que le latía ardientemente el pulso en las sienes. Larson recibió el tercer aviso. Ahora se dará cuenta, pensó Garraty. Se dará cuenta, se pondrá en pie y echará a andar otra vez.

Y, en efecto, Larson pareció comprenderlo por fin. La realidad cayó sobre él como una losa.

— ¡Eh! — dijo, ya detrás del grupo. Su voz sonó aguda y alarmada. — ¡Eh, un segundo, no haga eso! ¡Ahora mismo me levanto! ¡Ahora…!

Un disparo. Siguieron ascendiendo la cuesta.

— Quedan noventa y tres botellas de cerveza en la estantería — murmuró McVries en voz baja.

Garraty no respondió. Fijó la mirada en sus pies y siguió andando, y centró su atención en llegar a la cumbre sin recibir el tercer aviso. Ya no podía estar muy lejos la cima de aquella cuesta monstruosa. Claro que no.

En la cabeza de la Marcha, alguien emitió un grito agudo, casi un graznido, y los fusiles dispararon al unísono.

— Barkovitch — dijo Baker con voz ronca. — Ése ha sido Barkovitch, estoy seguro.

— ¡Te equivocas, imbécil! — gritó Barkovitch desde la oscuridad.

No alcanzaron a ver al muchacho que había sido abatido después de Larson. Había formado parte del grupito de vanguardia y los soldados lo habían apartado de la carretera antes de que el pelotón principal llegara hasta el lugar. Garraty se aventuró a levantar la mirada del asfalto y lo lamentó inmediatamente. Distinguió apenas la cima, para la que aún quedaban más de cien metros, que a él le parecieron cien kilómetros. Nadie volvió a pronunciar palabra. Todos se habían retirado a su propio mundo personal de esfuerzo y dolor. Los segundos parecían convertirse en horas. Cerca de la cumbre, un camino de tierra lleno de rodadas partía de la carretera principal. Junto al camino vieron apostados a un agricultor con su familia, que observaban el paso de los Marchadores. Eran un hombre ya anciano con la frente llena de profundas arrugas, una mujer de cara enjuta con un voluminoso abrigo de paño y tres hijos adolescentes con aspecto de medio atontados.

— Ese tipo sólo necesita… una horca… — dijo McVries a Garraty casi sin aliento, mientras le corría el sudor por la frente. — Se le podría utilizar… como

modelo para un cuadro.

Alguien les dirigió un saludo, pero ni el campesino, ni su esposa ni sus hijos respondieron. Ni sonrieron. Ni fruncieron el entrecejo, ni levantaron pancartas ni les animaron. Se limitaron a observar. A Garraty le recordaron aquellas películas del Oeste que veía de pequeño, todos los sábados por la tarde, en las que el héroe era abandonado en mitad del desierto para que muriera y los buitres acudían y empezaban a volar en círculo sobre él.

La familia campesina quedó atrás y Garraty se alegró de ello. Supuso que toda la familia el hombre, la mujer y los tres hijos medio atontados — estarían allí de nuevo hacia las nueve de la noche del siguiente primero de mayo, y del siguiente, y del otro… ¿A cuántos chicos habrían visto morir? Garraty no quiso pensar en ello. Dio un trago a su cantimplora y retuvo el agua en la boca unos instantes, intentando desprenderse de la densa saliva. Por fin, escupió.

La colina seguía ascendiendo. En el grupo de cabeza, Toland se desmayó y fue rematado por un soldado después de que éste gritara los tres avisos a su cuerpo inconsciente. A Garraty le parecía que llevaban un mes subiendo la cuesta. Sí, al menos debían de llevar un mes, y ése era un cálculo moderado, porque ya debían de llevar unos tres años caminando por aquella carretera. Rió, tomó un nuevo sorbo de agua y, tras mantenerla unos instantes en la boca, la tragó. No tenía calambres. Un calambre ahora sería fatal. Pero podía presentarse. Podía suceder, porque alguien le había llenado los zapatos de plomo líquido mientras estaba distraído.

Nueve eliminados, un tercio de ellos precisamente en aquella cuesta. El Comandante le había dicho a Olson que los aplastara a todos, y si aquél no era un buen momento para ello, se le parecía bastante. Sí, bastante…

¡Ah, muchacho…!

De pronto, Garraty se sintió bastante mareado, como si fuera a desmayarse. Levantó una mano y se dio unos cachetes en la mejilla, con la palma y con el revés.

— ¿Te encuentras bien? — preguntó McVries.

— Me siento mareado.

— Vierte la cantimplora… — dijo McVries, con palabras rápidas y entre jadeos — sobre la cabeza.

Garraty lo hizo. Yo te bautizo, Raymond Davis Garraty, pax vobiscum. El agua estaba fría. Dejó de sentirse mareado. Parte del agua se le coló por el cuello de la camiseta como lágrimas heladas.

— ¡Cantimplora! — gritó.

El esfuerzo del grito le hizo sentirse agotado una vez más. Deseó haber esperado un poco para pedirla.

Un soldado se acercó a paso ligero y le entregó una cantimplora llena. Garraty notó los ojos inexpresivos del soldado, que parecían estudiarle.

— Lárgate — dijo con voz de odio mientras asía la cantimplora. — Te han pagado para que me dispares, no para que me mires.

El soldado se alejó sin cambiar de expresión. Garraty se esforzó por acelerar el paso.

Siguieron subiendo, y nadie más fue eliminado, y por fin alcanzaron la cumbre. Eran las nueve en punto. Llevaban en la carretera doce horas, pero eso no importaba. Lo único que importaba era la fresca brisa que soplaba en la cumbre de la colina. Y el piar de un pájaro, y la sensación de la camiseta mojada sobre la piel.

Y los recuerdos que se agitaban en su cabeza. Todas aquellas cosas eran importantes, y Garraty se asía a ellas con desesperada determinación. Eran sus cosas, y seguía poseyéndolas.

— ¿Pete? — dijo.

— Chico, me alegra seguir vivo. McVries no respondió. Ahora enfilaban la bajada y resultaba fácil caminar.

— Intentaré seguir vivo — dijo Garraty, casi con tono de disculpa.

La carretera formaba una suave curva en bajada. Todavía estaban a 185 kilómetros de Oldtown y de la autopista, comparativamente mucho más plana.

— De eso se trata, ¿no? — respondió al fin McVries.

Su voz sonaba débil y enmarañada, como si procediera de una bodega polvorienta.

Ninguno de los dos volvió a decir nada durante un rato. Nadie hablaba. Baker caminaba con su ritmo constante — no había recibido aún ningún aviso, — con las manos en los bolsillos; su cabeza se movía en un leve gesto de asentimiento al ritmo de sus pasos. Olson había vuelto a sus avemarías Su rostro era una mancha blanca en la oscuridad. Harkness estaba comiendo.

— Garraty — dijo McVries.

— Aquí estoy.

— ¿Has visto alguna vez el final de una Larga Marcha?

— No, ¿y tú?

— No, diablos. Pensaba que, como no vives lejos, alguna vez…

— Mi padre odiaba la Larga Marcha. Una vez me llevó para darme una… ¿cómo se llama…? una lección objetiva. Pero ésa fue la única vez que la vi.

— Yo sí he visto un final.

Garraty dio un respingo al oír aquella voz. Era Stebbins, que había avanzado hasta situarse a su altura, con la cabeza aún inclinada y el cabello rubio revoloteándole alrededor de las orejas.

— ¿Y cómo era? — preguntó McVries. Su voz parecía haber rejuvenecido.

— No te gustaría saberlo — respondió Stebbins.

— Dímelo, venga.

Stebbins no lo hizo. La curiosidad que Garraty tenía por él era mayor que nunca. Stebbins no se había arrugado. Ni mostraba signos de arrugarse. Caminaba sin protestar y no había recibido un solo aviso desde aquel primero, casi en la salida.

— Sí, ¿cómo era? — se oyó decir a sí mismo.

— Presencié el final hace cuatro años — dijo al fin Stebbins. — Tenía entonces trece años.

Terminó a unos veinticinco kilómetros de la frontera del estado, ya en New Hampshire. Allí estaba la Guardia Nacional y dieciséis Escuadrones Federales para reforzar a la policía estatal. Era necesario ese despliegue porque la gente se agolpaba a ambos lados de la calzada a lo largo de casi setenta kilómetros. Más de veinte personas murieron pisoteadas antes de que todo finalizara. Sucedió porque la gente intentaba avanzar con los Marchadores para ver el final de la competición. Yo tuve un asiento de primera fila. Lo consiguió mi padre.

— ¿A qué se dedica tu padre? — preguntó Garraty.

— Está en los Escuadrones. Había calculado con toda precisión dónde terminaría la Marcha, y ni siquiera tuve que moverme para verlo. La Marcha terminó prácticamente delante de mí.

— ¿Qué sucedió? — preguntó Olson en voz baja.

— Les oí llegar mucho antes de que aparecieran a la vista. Fue como un gran rumor, una ola de sonido que se acercaba más y más. Y transcurrió una hora antes de que los dos últimos supervivientes se aproximaran lo suficiente para que les divisara. Los Marchadores no miraban a la multitud. Era como si ni siquiera se enteraran de la gente que les rodeaba. Sólo parecían ver la carretera. Los dos venían cojeando, como si les hubieran crucificado y después les hubieran bajado de la cruz y obligado a caminar con los clavos todavía hincados en los pies.

Todos estaban pendientes de la narración de Stebbins. Un silencio horrorizado había caído sobre el grupo.

— La muchedumbre gritaba a uno u otro, como si ellos pudiesen oírles. Unos gritaban el nombre de uno de los Marchadores, y otros el de su contrincante, pero lo único que se entendía en el griterío era una cantinela de «vamos, vamos, vamos». A mí me vapuleaban como si fuera un saco de patatas. Un tipo que estaba a mi lado se orinó encima o se masturbó bajo los pantalones.

»Entonces pasaron justo delante de mí. Uno de los Marchadores era un chico alto, fuerte y rubio que llevaba la camisa abierta. Una de las suelas de sus zapatos se había despegado, descosido o lo que fuera, y aleteaba con cada uno de sus pasos. El otro muchacho ni siquiera llevaba zapatos, sólo los pies envueltos en unos calcetines que le cubrían los tobillos, el resto de los calcetines se lo había tragado el asfalto, ¿comprendéis? Tenía los pies morados y podían apreciarse los vasos sanguíneos reventados bajo la piel. No creo que fuera consciente de ello desde hacía horas. Quizá

después pudieran hacer algo para recuperarlos en algún hospital, no lo sé. Quizá…

— ¡Basta, por el amor de Dios! — gritó McVries con expresión aturdida. — ¡Basta!

— Querías saberlo, ¿no? — repuso Stebbins casi jovialmente. — ¿No es así?

No hubo respuesta. El vehículo oruga rechinó, traqueteó y barboteó sonidos metálicos desde el arcén y, a cierta distancia, alguien recibió un aviso.

— Perdió el tipo grande y rubio. Lo vi todo. Acababan de pasar delante de mí y estaban apenas a unos metros. El chico levantó ambos brazos al aire, como si fuera Superman, pero en lugar de echar a volar cayó de bruces y le dieron el pasaporte al cabo de treinta segundos, porque ya llevaba tres avisos. Los dos tenían tres avisos.

»A continuación la gente se puso a aplaudir y dar vítores. Gritaban y gritaban, y entonces el chico que había ganado abrió la boca e intentó decir algo, así que enmudecieron unos instantes. El chico había caído de rodillas, como si fuera a rezar, pero sólo estaba llorando. Se arrastró hasta el otro muchacho y hundió el rostro en el pecho del muerto. Empezó a decirle algo, pero no pudimos oírle. Hablaba con el rostro hundido en la camisa del chico rubio. Se dirigía al muerto. Entonces los soldados acudieron y le dijeron que había ganado el Premio, y le preguntaron cómo quería empezar.

— ¿Y qué dijo él? — preguntó Garraty, y le pareció que con la pregunta ponía en juego toda su vida.

— No dijo nada. Al menos en aquel momento — añadió Stebbins. — El muchacho le estaba hablando al muerto. Le estaba diciendo algo, pero nadie pudo oírlo.

— ¿Qué sucedió luego? — preguntó Pearson.

— No me acuerdo — respondió Stebbins.

Nadie dijo una palabra. Garraty tuvo una sensación de pánico, de haber caído en una trampa, como si alguien le hubiera introducido en un estrecho conducto subterráneo del que nunca saldría. En la delantera del grupo, alguien recibió el tercer aviso y una voz emitió un gemido desesperado, como un jadeo de agonía. ¡Por favor, Dios mío, no permitas que maten a nadie ahora!, pensó Garraty. Me volvería loco si oyera disparar a alguien en este momento. ¡Por favor, Dios mío! ¡Te lo ruego!

Unos minutos después, los fusiles bramaron con su sonido metálico y mortífero en plena noche. Esta vez fue un muchacho de baja estatura que lucía un jersey de fútbol bastante amplio, rojo y blanco. Por un instante Garraty pensó que la madre de Percy no iba a tener que preocuparse o perseguirle más, pero no se trataba de Percy, sino de un muchacho llamado Quincy, o Quentin.

Garraty no perdió los nervios. Se volvió para dirigir unas palabras de recriminación a Stebbins, para preguntarle qué se sentía al castigar al muchacho con aquella historia tan terrible en sus últimos minutos de vida. Sin embargo, Stebbins

había regresado ya a su habitual posición y Garraty volvió a encontrase a solas.

Los noventa Marchadores que quedaban continuaron la competición.

5

No ha dicho usted la verdad, y por eso tendrá que pagar las consecuencias.

BOB BARKER
La verdad o las consecuencias

A las diez menos veinte de aquel interminable 1 de mayo, Garraty borró uno de sus avisos. Dos Marchadores más habían recibido el pasaporte después del chico del jersey de futbolista. Garraty apenas se enteró de ello, pues estaba realizando un meticuloso inventario de sí mismo.

Una cabeza un poco confusa y alterada, pero básicamente en buen funcionamiento. Dos ojos enrojecidos. Un cuello bastante rígido. Dos brazos sin problemas de momento. Un torso en buenas condiciones salvo por la sensación de languidez en el estómago que los alimentos concentrados no conseguían mitigar. Dos piernas condenadamente cansadas, con los músculos doloridos. Se preguntó cuánto tiempo más le seguirían llevando por sí mismas antes de que su cerebro se adueñara de ellas y las obligara a continuar más allá de toda cordura para evitar que una bala le hiciera caer de su armazón esquelético. ¿Cuánto pasaría hasta que las piernas empezaran a fallarle, y luego a trabarse, y por último a agarrotarse y detenerse? Tenía las piernas cansadas pero, hasta donde podía apreciar, estaba aún en buen estado. Y dos pies. Dos pies dolientes. Sí, le dolían, no había por qué negarlo. Él era un chico robusto y sus pies tenían que transportar en cada paso sus 73 kilos de peso. Le dolían las plantas, en las que a veces sentía extrañas punzadas. El dedo gordo del pie izquierdo había agujereado el calcetín (le vino a la cabeza la narración de Stebbins y sintió una especie de terror paralizante al recordarla) y la zapatilla había empezado a rozarle, produciéndole molestias. Sin embargo, sus pies seguían funcionando, seguían sin sufrir ampollas y los notaba en bastante buen estado, como el resto de su persona.

Garraty, se animó a sí mismo, estás en buena forma. Doce Marchadores eliminados, el doble de ese número probablemente en un estado deplorable, pero tú sigues bien. Avanzas sin problemas. Eres fantástico. Y sigues vivo.

La conversación, que se había interrumpido abruptamente tras el relato de Stebbins, empezó a reanudarse. Hablar era cosa de los vivos. Yannick, el número 98, hablaba de las madres de los soldados del vehículo oruga con Wyman, el número 97, en voz excesivamente fuerte. Ambos estaban de acuerdo en que eran unos bastardos, hijos de padres desconocidos y con un árbol genealógico lleno de negros y de enfermos. Pearson preguntó a Garraty:

— ¿Alguna vez te han puesto un enema?

— ¿Un enema? — repitió Garraty. — No, creo que no.

— ¿Y a alguno de vosotros, chicos? Vamos, decid la verdad.

— A mí sí — dijo Harkness con una risita sofocada. — Mi madre me administró uno cuando era pequeño, el día siguiente al Halloween, porque me había comido una bolsa entera de caramelos.

— ¿Te gustó? — quiso saber Pearson.

— ¡Claro que no! ¿A quién diablos puede gustarle que le metan medio litro de líquido por el…?

— A mi hermano pequeño — afirmó Pearson. — Le pregunté si le daba pena que me fuese y respondió que no, porque mi madre le había dicho que le pondría un enema si era bueno y no lloraba. A mi hermanito le encantan.

— ¡Eso es horroroso! — exclamó Harkness.

— Lo mismo pienso yo — asintió Pearson con aire apenado.

Unos minutos después, Davidson se acercó al grupo y les habló de la vez que se había emborrachado en la Feria del Estado, en Steubenville, y se coló en la tienda de las prostitutas y una mujerona gorda y enorme semidesnuda le agarró por la cabeza. Y cuando Davidson le explicó que estaba borracho y que creía haber entrado en la tienda de los tatuajes, la mujer le había dejado sobarla un rato. Y Davidson le había dicho que quería tatuarse una bandera de barras y estrellas en el estómago.

Art Baker les contó, seguidamente, un concurso que celebraban en su pueblo para ver quién soltaba el pedo más fuerte; un muchacho de culo peludo llamado Davey Popham había conseguido chamuscarse los pelos del trasero con una ventosidad que, según Baker, olía a hierba quemada. La anécdota le produjo a Harkness tal ataque de risa que se ganó un aviso.

Después de esto, la veda quedó levantada. Los chistes verdes se sucedían, hasta que todo el grupo se convirtió en un pelotón que avanzaba dando tumbos, presa de una risa histérica. Alguien recibió un aviso y, no mucho después, el otro Baker (James) recibió el pasaporte. El buen humor desapareció como por ensalmo. Algunos empezaron a hablar de sus novias y la conversación se hizo inconexa y sensiblera. Garraty no explicó nada acerca de Jan, pero cuando dieron las diez a Garraty le pareció que Jan era lo mejor que había conocido en toda su vida.

Pasaron bajo una breve hilera de farolas de mercurio, cruzando un pueblo de ventanas cerradas a cal y canto. Todos los Marchadores iban alicaídos, hablando en suaves murmullos. Frente a una tienda, cerca del final de la calle principal, una pareja joven dormitaba en un banco junto a la carretera, con las cabezas apoyadas una contra otra. Entre ambos se bamboleaba una pancarta que no alcanzaron a leer. La chica era muy joven — no mayor de catorce años, — y su novio llevaba una camiseta deportiva que había pasado demasiadas veces por la lavadora. Sus sombras sobre la calzada formaban un charco de oscuridad que los Marchadores cruzaron en silencio.

Garraty echó una mirada atrás, convencido de que el ronroneo del vehículo oruga les habría despertado, pero les vio todavía dormidos, ajenos a que la Larga Marcha había pasado ante ellos. La chica parecía demasiado joven, y se preguntó si su padre le daría una buena reprimenda por llegar tan tarde a casa. Se preguntó a sí mismo si en la pancarta pondría también «Viva Garraty. Arriba Maine». Por alguna razón, esperaba que no fuera así, ya que la idea le resultaba un poco repulsiva. Dio cuenta del último tubo de alimentos concentrados y se sintió un poco mejor. Ahora ya no quedaba nada que Olson pudiera pedirle. Lo de Olson resultaba curioso. Seis horas antes, Garraty habría apostado a que Olson estaba exhausto; sin embargo, el muchacho seguía caminando, y ahora sin avisos.

Garraty supuso que una persona era capaz de muchas cosas cuando estaba en juego su vida. Llevaban ya 87 kilómetros.

Los últimos comentarios se apagaron después del paso por aquel pueblo sin nombre. Durante una hora avanzaron en silencio y el frío empezó a calar de nuevo en Garraty. Engulló la última galleta de su madre, hizo una pelota con el papel de aluminio y la lanzó hacia los arbustos que flanqueaban la carretera. Apenas un papel más para la gran papelera de la vida.

McVries había sacado un cepillo de dientes de su macuto y se afanaba en limpiárselos en seco. Todo continuaba, pensó Garraty, admirándose de ello. Si uno soltaba un eructo, pedía perdón. Uno saludaba a quienes le animaban porque eso era lo correcto. Nadie discutía demasiado con los demás (salvo Barkovitch), porque así se comportaba la gente educada. Todo seguía funcionando igual.

¿O no? Pensó en McVries pidiéndole a Stebbins que no continuara su narración. En Olson aceptando el queso con la silenciosa humildad de un perro apaleado. Todo parecía poseer una intensidad superior a la normal, un contraste más marcado de colores, luces y sombras.

A las once sucedieron varias cosas. Llegó el rumor de que un pequeño puente de madera próximo se había derrumbado a causa de la crecida de un río tras una fuerte tormenta. Roto el puente, la Marcha tendría que detenerse temporalmente. Un débil grito de júbilo recorrió las abatidas filas, y Olson murmuró un «gracias a Dios».

Un momento después, Barkovitch empezó a desgranar una sarta de improperios al muchacho que iba a su lado, un tipo regordete y nada agraciado llamado Rank. Éste le lanzó un golpe a Barkovitch — algo expresamente prohibido por el reglamento — y recibió un aviso por ello. Barkovitch ni siquiera varió el paso. Sencillamente bajó la cabeza, se encogió al recibir el golpe y siguió gritando:

— ¡Vamos, hijo de perra! ¡Voy a bailar sobre tu maldita tumba! ¡Vamos, imbécil! ¡No me lo pongas demasiado fácil!

Rank le lanzó otro golpe. Barkovitch lo esquivó ágilmente, pero tropezó con el chico que caminaba al otro lado. Tanto él como Rank fueron advertidos por los

soldados, que ahora observaban los acontecimientos desapasionadamente, como si contemplasen a una pareja de hormigas peleándose por una migaja de pan, pensó Garraty con amargura.

Rank empezó a caminar más aprisa, sin mirar a Barkovitch. Éste, furioso por el aviso recibido (el chico con el que había tropezado era Gribble, el que había llamado asesino al Comandante), le gritó:

— ¡Tu madre es una chupapollas, Rank!

Rank se volvió de pronto y cargó contra Barkovitch.

Gritos de «¡Separaos!» y «¡Dejadlo ya!» llenaron el aire, pero Rank no hizo caso. Arremetió contra Barkovitch con la cabeza baja.

Barkovitch le esquivó. Rank trastabilló y rodó hasta el arcén, resbaló en la arena y quedó sentado con las piernas abiertas. Recibió el tercer aviso.

— ¡Vamos, imbécil! — le incitó Barkovitch. — ¡Levántate!

Rank lo hizo, pero resbaló en algo y cayó de espaldas. Parecía aturdido y ofuscado.

La tercera cosa que sucedió alrededor de las once fue la muerte de Rank. Hubo un momento de silencio cuando los fusiles apuntaron, y la voz de Baker se alzó, clara y audible:

— ¡Eh, Barkovitch, ahora ya no eres sólo un bastardo! ¡Ahora eres un asesino!

Los fusiles restallaron. El cuerpo de Rank fue levantado en el aire por la fuerza de las balas. Después quedó tendido e inerte, con un brazo en la carretera.

— ¡Fue culpa suya! — gritó Barkovitch. — ¡Vosotros lo visteis, lanzó el primer golpe! ¡Consejo número 8! Nadie dijo nada.

— ¡Iros a la mierda! ¡Todos!

— Vuelve ahí y baila un poco sobre él, Barkovitch — dijo McVries. — Vamos, diviértenos. ¡Baila un poco sobre él!

— ¡La tuya es otra chupapollas, caracortada! — rugió Barkovitch.

— ¡Cómo deseo ver tus sesos en el asfalto! — continuó tranquilamente McVries. Se había llevado la mano a la cicatriz y la frotaba con frenesí. — ¡Aplaudiré cuando eso suceda, cerdo asesino!

Barkovitch murmuró algo para sí. Los demás se habían alejado de él como de la peste y avanzaba absolutamente a solas.

Pasaron los 95 kilómetros hacia las once y diez, sin señal alguna del puente. Garraty empezaba a pensar que esta vez radio macuto se había equivocado, cuando salvaron una pequeña elevación y vieron al fondo un charco de luz donde se movía un pequeño equipo de hombres atareados.

Las luces eran los faros de varios camiones, dirigidos a un puente de madera que salvaba un torrente de rápidas aguas.

— ¡De veras que me encanta ese puente! — dijo Olson, mientras se llevaba a los

labios uno de los cigarrillos de McVries. — ¡De veras!

Pero al acercarse más, Olson emitió una especie de gemido y lanzó entre las zarzas el cigarrillo. Uno de los soportes y dos de los arcos de madera habían sido arrastrados, pero el Escuadrón había trabajado con gran diligencia. Se había plantado un poste telegráfico cortado en el lecho del río, anclado en lo que parecía un gigantesco taco de cemento. No les había dado tiempo a reponer los maderos, así que habían colocado en el hueco un gran contenedor de camión. Una improvisación, pero bastaría.

— El puente de San Luis Rey — dijo Abraham. — Si los de delante pisan con fuerza, se volverá a caer.

— Hay pocas probabilidades — respondió Pearson, y añadió luego con voz frágil y llorosa — : ¡Oh, mierda!

La vanguardia, ahora reducida a tres o cuatro chicos, estaba ya en el puente. Sus pisadas resonaron huecas al cruzar. Y pronto estuvieron al otro lado, avanzando sin volver la mirada. El vehículo oruga se detuvo. Dos soldados bajaron y cruzaron junto a los muchachos. Al otro lado del puente, otros dos controlaban a la vanguardia. Los tablones retumbaron con firmeza.

Dos hombres con pantalones de pana se apoyaban en un camión salpicado de asfalto que decía REPARACIONES VIARIAS. Estaban fumando y llevaban botas impermeables de caucho. Observaron el paso de los Marchadores y, cuando Davidson, McVries, Olson, Pearson, Harkness, Baker y Garraty pasaron en un grupo bastante disgregado, uno de ellos lanzó la colilla al torrente y dijo:

— ¡Ahí está! ¡Ése es Garraty!

— ¡Adelante, chico! — gritó el otro. — ¡He apostado diez dólares por ti, doce a uno!

Garraty advirtió algo de serrín del poste de teléfono en la parte trasera del camión. Aquellos hombres eran los que se habían cuidado de que siguiera avanzando, tanto si lo deseaba como si no. Levantó una mano hacia ellos y cruzó el puente. El contenedor que había sustituido a los tablones resonó bajo sus pies y pronto el puente quedó atrás. La carretera hizo una curva y el único recuerdo del descanso que casi habían disfrutado fue una franja de luz en forma de cuña entre los árboles de la cuneta. Pronto también aquello quedó fuera de la vista.

— ¿Alguna vez la Larga Marcha ha sido detenida por alguna causa? — preguntó Harkness.

— No lo creo — dijo Garraty. — ¿Más material para el libro?

— No — respondió Harkness con voz cansada. — Sólo para mi información personal.

— Se detiene cada año — dijo Stebbins desde detrás de ellos. — Una vez.

No hubo respuesta.

Media hora después, McVries se acercó a Garraty y anduvo en silencio a su lado un buen trecho. Por fin, en voz muy baja, le dijo:

— ¿Crees que vas a ganar, Ray? Garraty meditó la respuesta.

— No — dijo finalmente. — No, yo… No.

El sincero reconocimiento le atemorizó. Pensó otra vez en recibir el pasaporte… ¡no!, en recibir el balazo, en el último medio segundo gélido de absoluta certeza, en ver los agujeros sin fondo de los cañones apuntándole. Las piernas heladas. El estómago en un puño, los músculos, los genitales y el cerebro agazapándose en el olvido apenas a unas pulsaciones de la muerte.

Tragó saliva, con la garganta seca.

— ¿Y tú? — preguntó.

— Me parece que no. A las nueve he dejado de pensar que tengo alguna posibilidad real. Verás, yo… — McVries carraspeó. — Es difícil decir esto, pero yo vine aquí con los ojos abiertos, ¿comprendes? — Hizo un gesto hacia los demás muchachos. — Muchos de ésos no. Yo sabía las posibilidades, pero me olvidé de las personas. Creo que jamás entendí que el auténtico meollo del asunto era éste. Me parece que tenía la idea de que cuando el primer chico se encontrara con que no le quedaban más avisos, dirigirían contra él unas pistolas y, cuando dispararan, saldría confeti con la palabra BANG y… y el Comandante diría «¡Inocente! ¡Inocente!» y todos nos iríamos a casa. ¿Entiendes a qué me refiero?

Garraty recordó su lacerante horror cuando Curley fuera abatido en un amasijo de sangre y materia cerebral como harina de avena, los sesos en el asfalto.

— Sí — asintió. — Sé a qué te refieres.

— Me ha costado darme cuenta, pero desde que he superado el bloqueo mental lo he comprendido todo. Camina o muere, ésa es la moraleja de este cuento. Así de sencillo. No se trata de la supervivencia del más preparado. Ahí fue donde me equivoqué al meterme en esto. Si lo fuera, tendría bastantes posibilidades. Pero hay hombres débiles que llegan a levantar coches si sus esposas están atrapadas debajo. El cerebro, Garraty.

— La voz de McVries se había convertido en un ronco susurro. — No se trata de hombre o Dios. Es algo… del cerebro.

Un chotacabras cloqueó en la oscuridad. La niebla se estaba levantando.

— Algunos de esos chicos seguirán caminando mucho después de que las leyes de la bioquímica y la capacidad física hayan saltado por la borda. El año pasado hubo un chico que gateó durante tres kilómetros, a seis kilómetros y medio por hora, antes de sufrir un calambre en ambos pies, ¿recuerdas haberlo leído en alguna parte? Mira a Olson: está agotado pero sigue adelante. Ese maldito Barkovitch funciona a base de odio de alto octanaje y sigue fresco como una rosa. No creo que yo pueda hacerlo así. No estoy cansado, no cansado de verdad… todavía. Pero lo estaré. — La cicatriz

destacaba en su rostro fatigado mientras clavaba los ojos en la oscuridad. — Yo creo que… cuando esté lo bastante cansado… sencillamente me sentaré.

Garraty guardó silencio, pero se sintió alarmado. Muy alarmado.

— De todos modos, pienso sobrevivir a Barkovitch — añadió McVries, casi para sí mismo. — De eso estoy seguro.

Garraty echó un vistazo a su reloj: las 23.30. Pasaron por un cruce de caminos donde un agente de tráfico montaba guardia con aire soñoliento. Los posibles automóviles que el agente debía controlar en aquel punto brillaban por su ausencia. Los Marchadores pasaron junto a él cruzando el brillante charco de luz iluminado por una única farola de mercurio. La oscuridad cayó de nuevo sobre ellos como un saco de carbón.

— Podríamos escabullimos en el bosque y nunca nos encontrarían — dijo Garraty con aire meditabundo.

— Inténtalo — dijo Olson. — Los soldados disponen de miras telescópicas de rayos infrarrojos, además de muchas clases de aparatos de control, incluidos micrófonos de alta intensidad. Pueden oír todo cuanto hablamos. Casi pueden captar el latido de nuestros corazones, uno por uno. Y pueden vernos casi como si fuera de día, Ray.

Como para resaltar esto último, un chico situado en la cola del grupo recibió un aviso.

— Tú le quitas toda la diversión a la vida — masculló Baker. Su leve acento sureño le sonó extraño y fuera de lugar a Garraty.

McVries se había alejado. La oscuridad parecía aislar a cada Marchador de los demás, y Garraty sintió un hálito de profunda soledad. Se oían murmullos y gritos ahogados cada vez que algo crujía entre los árboles, y Garraty comprendió, con cierta sorpresa, que un paseo de noche cerrada por los bosques de Maine no debía de ser un camino de rosas para los muchachos de ciudad que había en el grupo. Un buho emitió un ruido misterioso en algún lugar, a su izquierda. En el otro lado se oyó un crujido, un silencio y un nuevo crujido; por fin, tras un nuevo silencio, la desconocida criatura empezó una estruendosa y rápida retirada a zonas del bosque menos pobladas. Hubo un grito nervioso de «¿Qué ha sido eso?”

En el firmamento, unas caprichosas nubes de primavera empezaron a surcar el aire con sus formas aborregadas, promesa de nuevas lluvias. Garraty se subió el cuello de la chaqueta y oyó el ruido de sus pies sobre el asfalto. Allí había algún truco, un sutil ajuste mental, igual que la visión nocturna se adapta mucho mejor cuanto más tiempo permanece uno en la oscuridad. Por la mañana, el rumor de sus propios pies le había pasado inadvertido, perdido entre los pasos de otros noventa y nueve pares de pies, por no hablar del ronroneo del vehículo oruga.

En cambio, ahora podía oírlos con claridad. Podía seguir sus propios pasos y

notar cómo su pie izquierdo rozaba la calzada de vez en cuando. Le pareció que el sonido de sus pisadas se había hecho casi tan intenso como el de sus latidos. Era un sonido vital, un sonido que representaba la vida frente a la muerte.

Los ojos, atrapados en sus cuencas, le escocían. Sentía los párpados pesados. Las energías parecían escapársele por algún sumidero en lo más profundo de su ser. Los avisos a los Marchadores se sucedían con monótona regularidad, pero nadie recibió el pasaporte. Barkovitch había enmudecido. Stebbins volvía a ser un fantasma, invisible en la cola del grupo.

Las manecillas de su reloj señalaban las 23.40. Se acercaba la hora de las brujas, pensó Garraty. La hora en que las tumbas se abren y los muertos envueltos en moho se levantan. La hora en que los niños buenos ya están acostados, en que los esposos y los amantes han cesado ya sus peleas de almohada, en que los pasajeros dormitan en el autobús a Nueva York, en que Glenn Miller suena sin cesar en las radios y los encargados de los bares empiezan a pensar en poner las sillas sobre las mesas, en que…

El rostro de Jan apareció de nuevo en sus pensamientos. Pensó en el beso que le había dado por Navidad, hacía ya casi medio año, bajo el muérdago de plástico que su madre siempre colgaba del gran globo de luz de la cocina. Tonterías de críos. Recordó que los labios de Jan le habían parecido sorprendidos y tiernos, sin ofrecer resistencia. Un bello beso, para soñar con él. Su primer beso de verdad, que repitió más tarde. Al acompañarla de vuelta a casa, se habían detenido en el camino del garaje, quietos bajo la silenciosa semioscuridad de la nieve navideña. Entonces había sido algo más que un hermoso beso. Él había puesto sus manos en la cintura de Jan, y ella le había pasado los brazos en torno al cuello, muy apretada contra él, con los ojos cerrados (él había abierto un instante los suyos), la suave sensación de sus pechos — amortiguada por los abrigos, naturalmente — contra él. Había estado a punto de decirle cuánto la amaba, pero no… eso habría sido ir demasiado deprisa.

Después de ese día, ambos se enseñaron cosas mutuamente. Ella le enseñó que algunos libros eran para leerlos y olvidarlos enseguida, sin profundizar en ellos (Ray era una especie de empollón, lo cual divertía a Jan; la actitud de ésta exasperaba al principio al muchacho, hasta que también él vio el lado divertido del asunto). Y él le enseñó a tejer con aguja. Se trataba de una curiosidad. Había sido su padre, no otra persona, quien había enseñado a Ray a tejer… antes de que los Escuadrones se lo llevaran. Y su padre había aprendido, a su vez, del abuelo. Era una especie de tradición masculina entre los Garraty, al parecer. Jan se había sentido fascinada por la técnica de aumentar y reducir puntos, y muy pronto superó a Ray en habilidad, pasando de las laboriosas bufandas y mitones del muchacho a suéteres y objetos más complicados, y finalmente al ganchillo y a la realización de tapetes, tarea que abandonó por ridícula en cuanto hubo dominado la técnica.

Ray también había enseñado a Jan a bailar la rumba y el cha — cha — cha, habilidades que había aprendido en interminables mañanas de domingo en la Escuela de Danza Moderna de la señora Amelia Dorgens. Eso había sido idea de su madre, y Ray se había opuesto a ella rotundamente. Sin embargo, su madre había permanecido en sus trece, y Ray lo había agradecido posteriormente.

Pensó ahora en los contrastes de luces y sombras del óvalo casi perfecto del rostro de Jan, su manera de caminar, los registros agudos y graves de su voz, y sus deseables balanceos de caderas. Volvió a preguntarse, presa del terror, qué estaba haciendo allí, avanzando por aquella carretera a oscuras. Ray deseaba a Jan en aquel instante. Deseaba repetir todo lo hecho anteriormente, pero de un modo distinto. Ahora, al pensar en el rostro bronceado del Comandante, en su bigote salpimentado, en las gafas de sol reflectantes y en el resto de sus facciones, Garraty sintió un terror tan profundo que notó las piernas débiles y gomosas. ¿Por qué estoy aquí?, se preguntó desesperado, sin encontrar respuesta. ¿Por qué estoy… ? Los fusiles resonaron en la oscuridad y se oyó el sonido de un cuerpo al caer, como el ruido de una saca de correos lanzada sobre el asfalto. El miedo volvió a hacer presa de él. Un miedo cálido, sofocante, que le hizo desear echar a correr a ciegas, internarse entre los arbustos y seguir corriendo hasta encontrar a Jan y refugiarse en su seguridad.

McVries tenía a Barkovitch para no dejar de caminar. Él lo haría por Jan. Había espacio reservado para los parientes y amigos de los Marchadores en las primeras filas de público. Allí podría verla.

Pensó en el beso que le había dado a la chica de la carretera y se avergonzó.

¿Cómo sabes que lo conseguirás?, se dijo. Un calambre…, una llaga… un corte o una hemorragia nasal que no se detiene…, una cuesta demasiado empinada o demasiado larga… ¿Cómo sabes que lo conseguirás? ¡Lo haré!, se contestó. ¡Lo conseguiré!

— Felicidades — dijo McVries a su lado, haciéndole dar un respingo.

— ¿Qué?

— Es medianoche. Estamos vivos para recibir un nuevo día, Garraty.

— Y muchos más — añadió Abraham. — Al menos yo.

— Ciento setenta kilómetros para Oldtown, si os interesa saberlo — intervino Olson con voz cansada.

— ¿A quién le importa Oldtown? — exclamó McVries. — ¿Has estado alguna vez allí, Garraty?

— No.

— ¿Y en Augusta? ¡Vaya!, yo pensaba que Augusta estaba en Georgia.

— Sí, he estado en Augusta. Es la capital del estado…

— Es la capital de la región — le corrigió Abraham.

— Está la mansión del gobernador, tiene un par de glorietas de tráfico y un par de

cines…

— ¿Hay de eso en Maine? — dijo McVries.

— Es una pequeña capital — resumió Garraty con una sonrisa.

— Esperad a que lleguemos a Boston — dijo McVries.

Se oyeron gruñidos.

A lo lejos se oían vítores, gritos y silbidos. Garraty se alarmó al oír su nombre. A menos de un kilómetro había una granja semiderruida. Sin embargo, se había conectado a alguna parte un foco que iluminaba un enorme cartel, confeccionado con ramas de pino, que ocupaba toda la fachada de la casa. En él se leía: «¡GARRATY ES NUESTRO HOMBRE! Asociación de Padres de Aroostook County.”

— ¡Eh, Garraty!, ¿dónde están los padres? — gritó alguien.

— ¡En casa, haciendo niños! — replicó Garraty.

No había duda de que Maine era terreno de Garraty, pero las pancartas, gritos y burlas de los demás le resultaban un poco mortificantes. En las últimas quince horas, había descubierto, entre otras cosas, que no le gustaba mucho atraer la atención del público. El pensamiento de un millón de personas en todo el estado animándole y haciendo apuestas por él (doce a una, había dicho aquel obrero; ¿eso era bueno o malo?) resultaba un tanto abrumador.

— Pensaba que habrían dejado unos cuantos padres rollizos y jugosos por ahí cerca — dijo Davidson. Las bromas y risas fueron frías y no duraron mucho. La carretera enmudecía las risas muy rápidamente. Cruzaron otro puente, esta vez uno de cemento que salvaba un río de buen caudal. Abajo, el agua se retorcía como un velo de seda negra. Unos grillos chirriaban cautelosamente y, a las doce y cuarto, empezó a caer una fina y fría lluvia.

Delante, alguien se puso a tocar la armónica. No duró mucho (consejo número 6: «Conserva el aire»), pero fue hermoso mientras duró. Sonaba un poco como Old Black Joe, pensó Garraty: «En el campo de maíz, / ahí va mi triste canción. / Todos los negros lloran, / Ewing está bajo el frío, frío suelo.» No, no era Old Black Joe; era una canción de algún otro racista clásico, como Stephen Foster. El viejo Stephen Foster. Alcohólico hasta la muerte. Como Poe, según se decía. Poe, el necrófilo que se había casado con su prima de catorce años, lo cual le convertía también en pedófilo. Tipos absolutamente depravados, Poe y Stephen Foster. Si hubieran podido ver la Larga Marcha, pensó Garraty, habrían podido colaborar en la primera revista musical morbosa del mundo: El amo está en la fría, fría carretera, o algo semejante.

En la cabeza del grupo, alguien empezó a gritar, y Garraty sintió que se le helaba la sangre. Era una voz muy joven, y no gritaba palabras. Sólo gritaba. Una silueta oscura se separó del pelotón, cruzó el arcén por delante del vehículo oruga (Garraty no había advertido cuándo el vehículo se había reintegrado al grupo después del puente en reparación) y se internó en el bosque. Las armas rugieron. Hubo ruido de

ramas partiéndose cuando el cuerpo cayó entre los enebros y las zarzas. Uno de los soldados saltó y asió el cuerpo inerte por las manos. Garraty observó los hechos con apatía y pensó que incluso el horror se asimilaba. Uno podía saciarse hasta de ver muertes.

El chico de la armónica tocó unos cuantos compases irónicos del toque de silencio militar y alguien — Collie Parker, por el tono — le dijo con voz hosca que se callara. Stebbins rió. Garraty se sintió repentinamente furioso con Stebbins y deseó volverse y preguntarle cómo se sentiría si alguien se pusiera a reír ante su muerte. Era algo que cabía esperar de un Barkovitch. Éste había dicho que bailaría sobre muchas tumbas, y ya había conseguido hacerlo sobre dieciséis.

Garraty dudó que Barkovitch tuviera pies para bailar sobre muchas más. De pronto, una punzada de dolor le atravesó el arco del pie derecho. Garraty aguardó, con el corazón en un puño, a que volviera a sucederle. Ahora sería más fuerte. Convertiría su pie en un taco de madera inútil. Pero no volvió a dolerle.

— No podré seguir mucho más — gimió Olson.

Su rostro era una mancha borrosa en la oscuridad. Nadie le contestó. La oscuridad. La maldita oscuridad. A Garraty le parecía estar enterrado vivo. Emparedado. Faltaba un siglo para el amanecer. Muchos de ellos no lo verían. Estaban todos enterrados bajo dos metros de oscuridad. Sólo faltaba la monótona salmodia del sacerdote, con su voz amortiguada pero no del todo apagada por la oscuridad que se cernía sobre aquel cortejo fúnebre. Y los presentes ni siquiera se daban cuenta de que ellos estaban allí, que estaban vivos, que estaban gritando y luchando y resistiendo en aquel ataúd de oscuridad; el aire era mohoso, se estaba volviendo ponzoñoso; la esperanza se difuminaba hasta no ser otra cosa que la propia oscuridad, y sobre todo ello, la voz acompasada del celebrante y los pies impacientes y rumorosos de los miembros del cortejo, inquietos por volver al sol del cálido mayo. Y por último, dominándolo todo, el coro de suspiros y crujidos de los escarabajos e insectos, abriéndose paso por entre la tierra, acercándose para el festín.

Podría volverme loco, pensó Garraty. Podría perder totalmente la cabeza.

Una leve brisa suspiró a través de los pinos. Garraty se volvió y orinó. Stebbins avanzó un poco y Harkness hizo un sonido extraño con la garganta. Avanzaba medio dormido.

De pronto, Garraty fue muy consciente de los pequeños sonidos de la vida: alguien carraspeó y escupió, otro estornudó; un tercero, delante y un poco a la izquierda de su posición, mascaba algo ruidosamente. Una voz preguntaba a alguien cómo se sentía. La respuesta fue apenas un murmullo. Yannick cantaba con un suspiro, suave y desafinado.

Era todo cuestión de conservarse consciente. Pero la conciencia no podía conservarse siempre.

— ¿Por qué me metí en esto? — preguntó Olson con tono desesperado, como un eco de los recientes pensamientos de Garraty. — ¿Por qué decidí meterme en esto? Nadie le respondió. Nadie había respondido a sus palabras desde hacía mucho tiempo. Garraty pensó que era como si Olson ya estuviera muerto.

Cayó una nueva llovizna, de corta duración. Pasaron ante otro viejo cementerio, una iglesia adosada, una tienda y, seguidamente, se encontraron atravesando una pequeña aldea típica de Nueva Inglaterra, de casas pequeñas y hermosas. La carretera cruzaba una zona comercial en miniatura, donde una docena de personas se había reunido para verles pasar. Les animaron contenidamente, como si temieran despertar a sus vecinos. Nadie entre el público era niño o adolescente. El más joven era un hombre de mirada intensa de unos veinticinco años. Llevaba gafas sin montura y una chaqueta raída, bien apretada para protegerse del frío. Tenía el cabello peinado hacia atrás y Garraty advirtió, irónicamente, que llevaba semiabierta la bragueta.

— ¡Adelante, adelante! ¡Vamos, ánimo, muchachos! — les decía en voz queda.

Agitaba una mano regordeta y fofa, y sus ojos parecían querer comerse a cada uno de los Marchadores que pasaban.

Al otro lado del pueblo, un policía de aspecto soñoliento retuvo a un rugiente camión de transporte hasta que hubieron pasado. Había cuatro farolas más, un edificio abandonado y en ruinas, con la inscripción GRANJA EUREKA N.° 81 sobre la gran puerta doble, y enseguida la población quedó atrás. Por alguna razón, Garraty se sentía como si acabara de cruzar un relato corto de Shirley Jackson.

— Mira a ese tipo — le señaló McVries con un gesto.

«Ese tipo» era un muchacho alto con un ridículo impermeable verde oliva que se le enredaba entre las rodillas. Caminaba con los brazos en torno a la cabeza como una gigantesca cataplasma, y se tambaleaba de un lado a otro. Garraty no recordaba haber visto a aquel Marchador hasta entonces… pero, naturalmente, la oscuridad deformaba los rostros.

El muchacho tropezó con uno de sus propios pies y casi cayó al suelo, pero siguió caminando. Garraty y McVries le observaron con fascinado interés durante varios minutos, olvidando sus propios dolores y fatigas. El chico del impermeable no emitía el menor sonido; ni un gemido, ni un gruñido.

Por último, cayó y recibió un aviso. Garraty no pensaba que pudiera incorporarse de nuevo, pero lo consiguió. Ahora caminaba casi a la altura de Garraty y los demás. Era un muchacho muy feo, con el número 45 adherido en el impermeable.

— ¿Qué te sucede, chico? — susurró Olson, pero el muchacho pareció no oírle.

Así se terminaba, pensó Garraty. Una desconexión absoluta de todos y de todo lo que les rodeaba. Nada, salvo la carretera. La mirada fija en la carretera con una especie de horrorizada fascinación, como si fuera una cuerda floja que tenían que recorrer sobre una infinita sima sin fondo.

— ¿Cómo te llamas? — preguntó al muchacho, pero no recibió respuesta. Garraty repitió la pregunta una y otra vez, como una letanía idiota a la que aferrarse para escapar del destino que pudiera surgir de la oscuridad como un tren expreso. — ¿Cómo te llamas? ¿Eh? ¿Cómo te llamas, cómo te llamas…?

— ¡Ray! — McVries le estaba tironeando de la manga.

— No quiere decírmelo, Pete. Haz que me lo diga, haz que me diga su nombre…

— No le molestes. Está muriéndose, no le molestes.

El muchacho del impermeable volvió a caer, esta vez de bruces. Cuando se levantó, tenía rasguños en la frente. Ahora iba detrás del grupo de Garraty, pero oyeron con claridad cuando le dieron el último aviso.

Pasaron por un hueco de oscuridad aún más cerrada, un paso inferior bajo el trazado del ferrocarril. En alguna parte rezumaba la lluvia, con un sonido hueco y misterioso en aquella garganta de piedra. Había una gran humedad. Pronto estuvieron de nuevo al descubierto, y Garraty vio con gratitud que sobre ellos había otra vez una gran extensión de firmamento.

El chico del impermeable volvió a caer. El sonido de las pisadas se aceleró cuando todos se apartaron de él. Poco después, las armas se dejaron oír. Garraty llegó a la conclusión de que al fin y al cabo el nombre del muchacho no importaba gran cosa.

6

Y ahora nuestros concursantes se encuentran en sus celdas de aislamiento.

JACK BARRY
Veintiuno

Las tres y media de la madrugada.

A Ray Garraty le pareció el minuto más largo de la noche más larga de su vida. Era la hora de la marea baja, la hora en que el mar se retira dejando bruñidos bancos de arena cubiertos de algas, latas de cerveza oxidadas, preservativos podridos, botellas rotas, boyas destrozadas y esqueletos recubiertos de algas con un raído traje de baño. Era la hora de la marea muerta.

Siete más habían recibido el pasaporte después del chico del impermeable. Hacia las dos de la madrugada, tres Marchadores habían sido abatidos casi al mismo tiempo, como un montón de tallos de maíz secos bajo el primer soplo fuerte del viento de otoño. Llevaban 120 kilómetros de marcha y habían quedado fuera veinticuatro.

Pero nada de eso importaba. Lo único importante era la marea muerta. Las tres y media y marea muerta. Se señaló otro aviso y, poco después, los fusiles dispararon una vez más. En esta ocasión se trataba de un rostro conocido: Davidson, el número 8, el que decía que se había colado en la tienda de las prostitutas en la Feria Estatal de Steubenville.

Garraty contempló el rostro blanco de Davidson, salpicado de sangre, durante un breve instante y volvió la cabeza hacia la carretera. Ahora miraba mucho la carretera. Unas veces la línea blanca era continua y otras discontinua, y en ocasiones era doble, como en las calles de doble sentido. Se preguntó cuánta gente utilizaría aquella carretera los restantes días del año sin ver el rastro de vida y de muerte en aquella pintura blanca. ¿O sí lo veían?

La calzada le fascinaba. Sería tan fácil y maravilloso sentarse sobre aquel asfalto… Empezaría por ponerse en cuclillas, y las rígidas articulaciones de las rodillas crujirían como una pistola de aire comprimido de juguete. Pondría luego las manos sobre la fría superficie rugosa y bajaría las nalgas hasta sentir que la gimiente presión de los 73 kilos abandonaba los pies… Y luego tenderse, dejarse caer de espaldas y quedarse así, abierto de brazos y piernas, sintiendo cómo se estira la cansada columna… contemplando el círculo de árboles y la majestuosa rueda de las estrellas, sin oír los avisos, mirando… sólo mirando al cielo y esperando… esperando…

Sí.

Oír el escurrirse de los pasos, mientras los Marchadores se apartan de la línea de fuego, dejándole solo, como una ofrenda de sacrificio. Y los susurros. «Es Garraty. ¡Eh, es Garraty, le van a dar el pasaporte!» Quizá tendría tiempo de oír la risa de Barkovitch mientras se calzaba sus metafóricos zapatos de baile una vez más. El movimiento de los fusiles hasta centrar el disparo y…

Se obligó a apartar la mirada de la carretera y contempló con visión turbia las sombras móviles que le rodeaban; después alzó los ojos al horizonte, al acecho del menor rastro de luz. No lo había, por supuesto. La noche seguía cerrada.

Pasaron por un par de pueblos dormidos, oscuros y cerrados. Desde medianoche, apenas habían visto tres docenas de espectadores soñolientos, de esos tipos inalterables que cumplen siempre los rituales, como la Nochevieja, llueva o truene. El resto de las últimas tres horas y media no había sido más que un montaje de imágenes soñadas, la pesadilla del duermevela de un insomne.

Garraty observó más a fondo los rostros que le rodeaban, pero ninguno le pareció conocido. Un pánico irracional se apoderó de él y dio unos golpecitos en el hombro del Marchador que avanzaba delante de él.

— ¿Pete? ¿Eres tú, Pete?

La figura en sombras se apartó de él con un irritado gruñido, sin volver la vista atrás. Olson estaba antes a su izquierda y Baker a su derecha, pero ahora no había nadie a la izquierda, y el chico de la derecha era mucho más bajo y robusto que Art Baker.

De alguna manera se había salido de la carretera y se había unido a un grupo de boy scouts en una marcha nocturna. Debían de estar buscándole. Debían de haber organizado una batida en su busca, con fusiles, perros. Escuadrones con radares y rastreadores de calor y…

Una sensación de alivio le invadió. Allí atrás estaba Abraham, no muy lejos de él. Sólo tenía que volver un poco la cabeza para verle. Su silueta larguirucha resultaba inconfundible.

— ¡Abraham! — susurró Garraty. — Abraham, ¿estás despierto?

Abraham murmuró algo.

— Digo que si estás despierto — repitió Garraty.

— ¡Sí, maldita sea! ¡Déjame en paz!

Por lo menos estaba todavía con los demás. El momento de desorientación había pasado.

En la parte delantera alguien recibió el tercer aviso, y Garraty pensó con júbilo que él todavía no tenía ninguno. Incluso podía sentarse un minuto, o un minuto y medio. Podía…

Pero jamás conseguiría volver a levantarse.

Sí podría, se respondió a sí mismo. Claro que podría. Sencillamente…

Sencillamente moriría. Recordó que le había prometido a su madre volver a verlas, a ella y a Jan, en Freeport. Había hecho aquella promesa con ligereza, casi despreocupadamente. A las nueve de la mañana del día anterior, su llegada a Freeport había sido un dato previsible. Pero ahora ya no se trataba de un juego, sino de una realidad en tres dimensiones, y la posibilidad de caminar hasta Freeport con un par de muñones ensangrentados parecía ahora una posibilidad terriblemente real.

Otro Marchador fue abatido, en esta ocasión detrás de Garraty. El disparo no fue del todo acertado y el desafortunado muchacho que recibía el pasaporte lanzó un ronco grito durante un interminable segundo hasta que otra bala rasgó el aire. Sin ninguna razón para ello, Garraty se puso a pensar en un buen jamón, y la boca se le llenó de una saliva densa y amarga que le hizo carraspear. Se preguntó si veintiséis eliminados era una cifra inusualmente alta o inusualmente baja después de 120 kilómetros de marcha.

La cabeza le caía poco a poco sobre el pecho y sus pies avanzaban por sí mismos. Recordó un funeral al que había asistido de pequeño, el de un chico llamado D'Allessio; su nombre de pila era George pero todos le llamaban el Bizco, porque no podía mover con normalidad los ojos.

Recordó al Bizco esperando ilusionado a que le sortearan para los partidos de béisbol, siempre entre los últimos a escoger, con sus ojos defectuosos saltando esperanzadamente de un capitán de equipo al otro, como un espectador de un partido de tenis. El Bizco jugaba siempre de defensa en una zona donde no solían lanzarse las pelotas, y donde no podía comprometer demasiado el juego del equipo; uno de sus ojos estaba casi ciego y carecía de la suficiente profundidad de campo para calcular las bolas que le llegaban. Una vez, había acudido a recoger una pelota alta y su guante se cerró en el aire, al tiempo que la pelota aterrizaba justo en mitad de su frente con un sonoro ¡bonk!, como un melón golpeado con el mango de un cuchillo de cocina. Las suturas de la pelota dejaron una huella impresa en la frente del muchacho durante más de una semana, como una especie de sello oficial.

El Bizco fue arrollado por un coche en la interestatal 1, a las afueras de Freeport. Uno de los amigos de Garraty, Eddie Klipstein, vio cómo sucedía. Eddie se pasó las seis semanas siguientes avasallando a sus compañeros de clase con el relato de cómo el coche había arrollado la bicicleta del bizco D'Allessio y cómo el muchacho había salido despedido por encima del manillar, sacudiendo ambas piernas en un espasmo espectacular mientras su cuerpo completaba el vuelo corto y sin alas desde el sillín de la bicicleta hasta el muro de piedra, y cómo se había abierto la cabeza formando un amasijo de sangre y materia cerebral sobre las piedras.

Garraty había acudido al funeral del Bizco, y antes de salir de casa estuvo a punto de vomitar el desayuno mientras se preguntaba si D'Allessio estaría en el ataúd en las

condiciones que Eddie había descrito. Sin embargo, el Bizco aparecía muy arreglado, con su chaqueta deportiva, su corbata y su insignia de miembro del club de excursionistas, y casi parecía a punto de saltar del ataúd en cuanto alguien mencionara el béisbol. Aquellos ojos que le habían valido el mote estaban cerrados, y Garraty se había sentido bastante aliviado.

El Bizco había sido la única persona a la que Garraty había visto muerta antes de iniciarse la Larga Marcha, y había sido un difunto limpio y bien arreglado. No como Ewing, o como el muchacho del impermeable verde oliva, o como Davidson, con la cara lívida y cansada, salpicada de sangre.

Es espantoso, pensó Garraty con desmayo. Espantoso.

A las cuatro menos cuarto recibió su primer aviso y rápidamente se dio unos cachetes en las mejillas para intentar despertarse. Su cuerpo parecía totalmente helado. Le dolían los riñones pero aún no tenía necesidad de orinar. Podía ser cosa de su imaginación pero hacia el este las estrellas parecían palidecer un poco. Le pasó por la cabeza que a aquella misma hora del día anterior estaba durmiendo en el asiento de atrás del coche mientras su madre le llevaba hacia el mojón fronterizo donde estaba el punto de salida. Casi podía verse a sí mismo, tumbado de espaldas, sin siquiera moverse. Sintió un profundo anhelo de volver allí. De regresar al día anterior de madrugada.

Eran las cuatro menos diez.

Miró alrededor con una especie de gratificante sensación de superioridad y soledad al advertir que era uno de los pocos que avanzaban con plena conciencia, totalmente despiertos. La claridad era mayor, suficiente para empezar a dibujar algunos rasgos en las siluetas deambulantes. Baker estaba en cabeza — se apreciaba que era Art por su ancha camisa a franjas rojas — y McVries iba junto a él. Vio a Olson a la izquierda, manteniendo el ritmo del vehículo oruga, y se sorprendió. Estaba seguro de que Olson sería uno de los que recibirían el pasaporte durante la madrugada, y se alegró de no haber tenido que contemplar el final de Hank. Todavía estaba demasiado oscuro para distinguir el aspecto de Olson, pero su cabeza se balanceaba arriba y abajo al ritmo de sus pasos, como un muñeco roto.

Percy, cuya madre seguía apareciendo de vez en cuando, estaba ahora atrás, junto a Stebbins. Caminaba de lado, casi como un marino en tierra firme tras una larga travesía. También vio a Gribble, Harkness, Wyman y Collie Parker. La mayoría de los conocidos seguía adelante.

Hacia las cuatro había una franja iluminada en el horizonte y Garraty se animó. Miró hacia atrás, hacia el largo túnel de la noche, y se preguntó con horror cómo era posible que hubiese resistido.

Aceleró un poco el paso y se acercó a McVries, que caminaba con la barbilla contra el pecho y los ojos semiabiertos, pero helados y vacíos, más dormido que

despierto. De la comisura de los labios le colgaba un fino hilo de saliva que recogía el primer toque trémulo del amanecer con una hermosa, perlada fidelidad. Garraty contempló fascinado el extraño fenómeno. No quería sacar a McVries de su sopor. De momento bastaba con estar cerca de alguien que le caía bien, de otro que había atravesado la noche.

Pasaron junto a un prado, rocoso y muy inclinado, donde cinco vacas permanecían quietas con aire grave junto a la cerca de troncos descortezados, viendo pasar a los Marchadores y rumiando pensativamente. Un perrillo apareció corriendo desde una granja y les ladró, desafiante. Los soldados del vehículo oruga alzaron sus armas, dispuestos a abatirlo si interfería en el avance de los Marchadores, pero el perro se limitó a ir y venir por el arcén, expresando valientemente su instinto de territorialidad desde una prudente distancia. Alguien le gritó con voz hosca que se callara de una vez.

Garraty se extasió ante la aurora que despuntaba. Vio iluminarse gradualmente el cielo y la tierra. Contempló la franja blanca del horizonte transformarse en un delicado rosa, luego en rojo y por fin en oro. Los fusiles tronaron una vez más antes de que la noche quedara definitivamente atrás, pero Garraty apenas lo advirtió. El primer arco rojo del sol asomó por el horizonte, quedó difuminado tras una tenue nube y reapareció en una embestida furiosa. Parecía iniciarse un día perfecto, y Garraty lo recibió con un pensamiento incoherente: «Gracias a Dios, podré morir de día.”

Un pájaro trinó, soñoliento. Pasaron ante otra granja, donde un hombre con barba les saludó después de dejar en el suelo una carretilla llena de azadones, rastrillos y plantones.

Un cuervo graznó ásperamente en el bosque en sombras. El primer calor del día tocó suavemente el rostro de Garraty, y él lo agradeció. Sonrió y pidió una cantimplora, en voz muy alta.

McVries torció la cabeza en un gesto extraño, como un perro interrumpido en pleno sueño de persecución de un gato. Después miró alrededor con ojos nebulosos.

— ¡Dios mío, es de día! ¡De día, Garraty! ¿Qué hora es?

Garraty echó un vistazo y se sorprendió al ver que eran las cinco menos cuarto. Le mostró la esfera a McVries.

— ¿Cuántos kilómetros? ¿Tienes idea?

— Unos ciento treinta, calculo. Y veintisiete eliminados. Ya hemos hecho una cuarta parte del camino, Pete.

— Sí — sonrió McVries. — Eso está bien, ¿verdad?

— Muy bien — repuso Garraty, y preguntó — : ¿Te sientes mejor?

— Un mil por ciento mejor.

— Yo también. Creo que es la luz del día.

— Dios mío, apuesto a que hoy veremos bastante gente. ¿Has leído ese artículo sobre la Larga Marcha en la revista World's Week?

— Por encima — respondió Garraty. — Sobre todo, para ver mi nombre en letra impresa.

— Decía que cada año se apuestan más de dos mil millones de dólares en la Larga Marcha. ¡Dos mil millones de dólares!

Baker había despertado de su embotamiento y se había unido a ellos.

— En mi escuela hacíamos una bolsa común — explicó — Todo el mundo ponía un cuarto de dólar y luego cada uno sacaba de un sombrero un número de tres cifras, y el que sacaba el número más aproximado al de kilómetros que alcanzaba la marcha se quedaba con el dinero.

— ¡Olson! — exclamó con júbilo McVries. — ¡Piensa en el dinero que han apostado por ti! ¡Piensa en esa gente cuya fortuna depende de tu culo huesudo!

Olson le respondió con voz exhausta que la gente cuya fortuna dependía de su culo huesudo podía dedicarse a practicar entre sí actos obscenos. McVries, Baker y Garraty se echaron a reír.

— Hoy habrá muchas chicas bonitas en la carretera — dijo Baker a Garraty con un pícaro guiño.

— Todo eso se acabó — respondió éste. — Tengo una chica ahí delante. Y a partir de ahora voy a ser un chico formal.

— No pecar de pensamiento, palabra u obra — sentenció McVries. — Tómalo como quieras — replicó Garraty encogiéndose de hombros.

— Tienes cien probabilidades contra una de no poder sino saludarla otra vez, antes de morir — insistió McVries, desafiante.

— Setenta y tres contra una, ahora.

— Sigue siendo mucho.

Pese a todo, el buen humor de Garraty era inalterable.

— Siento como si pudiera caminar eternamente — dijo imperturbable.

Un par de Marchadores, no lejos de él, hicieron una mueca.

Pasaron junto a una gasolinera abierta las 24 horas y el empleado salió a saludar. Casi todo el mundo le devolvió el saludo. El empleado daba ánimos a Wayne, el número 94.

— Garraty — dijo McVries en voz baja.

— ¿Qué?

— No recuerdo a todos los tipos que han recibido el pasaporte. ¿Tú sabes cuáles han sido?

— No.

— ¿Barkovitch?

— No. Va ahí delante, después de Scramm. ¿Lo ves?

— ¡Sí, creo que sí! — respondió McVries.

— Stebbins también sigue ahí detrás.

— No me sorprende. Vaya un tipo, ¿eh?

— Sí.

Hubo un silencio. McVries exhaló un profundo suspiro, se bajó el macuto del hombro y sacó unos dulces almendrados. Le ofreció uno a Garraty, que lo aceptó.

— Me gustaría que esto terminara ya — dijo. — De una manera o de otra.

Comieron los almendrados en silencio.

— Debemos de estar a medio camino de Oldtown, ¿no? — dijo McVries. — Ciento treinta hechos, ciento treinta por delante, ¿no?

— Supongo que sí — asintió Garraty.

— Entonces, no llegaremos allí hasta la noche. La mención de la noche puso a Garraty la piel de gallina.

— No — dijo. Y añadió con brusquedad — : ¿Cómo te hiciste la cicatriz, Pete?

McVries se llevó la mano a la mejilla.

— Es una vieja historia — dijo parcamente.

Garraty le observó más detenidamente. Tenía el cabello desgreñado y lleno de polvo y sudor. Sus ropas estaban arrugadas y desaliñadas. Tenía la cara pálida y los ojos inyectados en sangre y hundidos.

— Pareces salido de un vertedero — dijo, antes de estallar en una súbita carcajada. McVries sonrió.

— Pues tú no pareces precisamente un anuncio de desodorantes, Ray.

Ambos se echaron a reír entonces histéricamente, asiéndose e intentando caminar al mismo tiempo. Era una manera tan buena como cualquier otra de dar por finalizada la noche de una vez por todas. Cuando dejaron de reír y de hablar, dieron comienzo al trabajo del día.

Pensar, se dijo Garraty. El trabajo del día era pensar. La mente y el aislamiento, porque en el fondo no importaba si uno pasaba las horas con otro o no: en el fondo uno iba solo. Le parecía haber puesto tantos kilómetros en su cerebro como en sus pies. Los pensamientos seguían surgiendo y no había manera de rechazarlos. Era suficiente para que uno se preguntara qué pensaría Sócrates justo después de apurar el vaso de cicuta.

Poco después de las cinco pasaron ante el primer grupito de espectadores genuinos, cuatro muchachitos sentados con las piernas cruzadas al estilo indio ante una tienda de juguetes, sobre el húmedo suelo. Uno de ellos estaba envuelto todavía en su saco de dormir, solemne como un esquimal. Sus manos se agitaban de un lado a otro como metrónomos acompasados. Ninguno de ellos sonreía.

Poco después la carretera desembocaba en otra más ancha, de tres carriles. Pasaron ante un restaurante de camioneros y todos silbaron y aplaudieron a las tres

jóvenes camareras sentadas en la escalinata, sólo para demostrar a las muchachas que seguían en forma. El único que pareció hacerlo medio en serio fue Collie Parker.

— ¡El viernes por la noche! — gritó Collie. — Acordaos. Vosotras y yo, el viernes por la noche.

Garraty pensó que estaba actuando de un modo infantil, pero saludó también, y a las camareras no pareció importarles. Los Marchadores se repartieron por la ancha carretera mientras la mayoría iba despertando del todo al sol de la mañana de aquel 2 de mayo. Garraty divisó nuevamente a Barkovitch y se dijo que tal vez era uno de los más listos. Sin amigos, uno no sentía penas.

Minutos después empezaron a correr voces; esta vez, parecía que jugaban a una variante del juego del teléfono. Bruce Pastor, el chico que iba delante de Garraty, se volvió y le dijo:

— Hola.

— ¿Quién eres? — repuso Garraty.

— El Comandante.

— ¿Qué quiere el Comandante?

— El Comandante quiere darle por el culo a su madre antes de desayunar — dijo Bruce Pastor, y se echó a reír a carcajadas.

Garraty pasó el chiste a McVries, y éste a Olson. Cuando volvió de nuevo a Garraty, el Comandante estaba dándole por el culo a su abuela antes de desayunar. A la tercera, estaba haciéndolo con Sheila, la perrita terrier que solía aparecer con el Comandante en las fotografías de la prensa.

Garraty todavía estaba riéndose de la ocurrencia cuando advirtió que la risa de McVries se cortaba en seco. Miraba con extraña fijeza a los soldados del vehículo oruga. Éstos le devolvían la mirada con aire impasible.

— ¿Vosotros creéis que es divertido? — gritó de repente.

El sonido de su voz cortó las risas como un cuchillo, silenciándolas. McVries tenía el rostro sofocado, casi violáceo. La cicatriz destacaba en contraste por su palidez mortal, como un gran signo de interrogación. Por unos instantes, Garraty pensó que McVries estaba sufriendo una apoplejía.

— ¡El Comandante puede darse por el culo a sí mismo, eso es lo que yo digo! — gritó McVries con voz ronca. — ¡Vosotros es probable que os deis por el culo unos a otros! Muy divertido, ¿no? ¡Muy divertido, hatajo de hijos de perra! ¿Verdad que sí? ¡Muy DIVERTIDO, sí señor!

Otros Marchadores observaron con aprensión a McVries y se apartaron de él.

De pronto, McVries corrió hacia el vehículo oruga. Dos o tres soldados alzaron los fusiles, listos para abrir fuego, pero McVries se detuvo en seco y levantó los puños hacia ellos, agitándolos por encima de la cabeza como un mal director de orquesta.

— ¡Bajad aquí! ¡Dejad esos fusiles y bajad aquí! ¡Yo os enseñaré algo divertido de veras!

— ¡Aviso! — dijo uno de los soldados con un tono perfectamente neutro. — ¡Aviso, número 61! ¡Segundo aviso!

¡Oh, Dios mío!, pensó Garraty. Le van a dar el pasaporte, y está tan cerca de ellos… tan cerca… Saltará por los aires igual que D'Allessio el Bizco.

McVries echó a correr, llegó frente al vehículo oruga, se detuvo y escupió en él. El salivazo trazó una clara línea en el polvo del costado del vehículo.

— ¡Vamos! — gritó McVries. — ¡Bajad aquí! ¡Uno a uno o todos a la vez, me importa un pimiento!

— ¡Aviso! ¡Tercer aviso, número 61! ¡Último aviso!

— ¡A la mierda con vuestros avisos!

De pronto, sin darse cuenta de lo que hacía, Garraty se volvió y corrió hacia atrás, ganándose un aviso. Sólo lo oyó con una parte de su mente. Los soldados estaban apuntando a McVries cuando Garraty lo asió del brazo.

— ¡Vamos!

— ¡Lárgate, Ray! ¡Voy a machacarlos! Garraty lanzó las manos y le dio a McVries una bofetada con la mano abierta.

— ¡Vas a hacer que te maten, idiota!

Stebbins les dejó atrás.

McVries miró a Garraty y pareció reconocerle por primera vez.

Un segundo después, Garraty recibió su tercer aviso y supo que McVries estaba a unos segundos de recibir el pasaporte.

— Al diablo — dijo McVries con voz hueca.

Pero echó a caminar de nuevo.

Garraty avanzó a su lado.

— Creí que te lo iban a dar — murmuró.

— Pero no ha sido así, gracias al boy scout — repuso McVries. Se llevó la mano a la cicatriz y añadió — : ¡Mierda, el pasaporte nos lo darán a todos!

— Alguien ganará. Podríamos ser uno de los dos.

— Es un fraude — repuso McVries con voz temblorosa. — No hay ganador, ni Premio. Al último superviviente se lo llevan después detrás de cualquier granero y lo rematan también.

— ¡No seas estúpido! — le gritó Garraty, furioso. — No tienes la menor idea de lo que estás dicien…

— Todo el mundo pierde — repitió McVries.

Sus ojos destellaban en las oscuras profundidades de sus cuencas como los de un animal malvado. Garraty y él caminaban solos. Los demás Marchadores se apartaban de ellos, al menos de momento. McVries se había desquiciado, y Garraty también, en

cierto modo: había ido contra sus propios intereses al retroceder por McVries. Con toda certeza, había salvado a éste de ser el número veintiocho.

— Todo el mundo pierde — insistía McVries. — Será mejor que te convenzas.

Atravesaron un paso de ferrocarril y cruzaron bajo un puente de cemento. Al otro lado dejaron atrás un motel cerrado con un cartel: REAPERTURA ESTACIÓN DE VERANO, 5 DE JUNIO.

Olson recibió un aviso.

Garraty notó que le daban unos golpecitos en el hombro y se volvió. Era Stebbins. No tenía mejor ni peor aspecto que la noche anterior.

— Tu amigo está furioso con el Comandante — dijo. McVries no dio la menor señal de haberle oído.

— Me parece que sí — respondió Garraty. — Incluso yo he pasado del punto en que me gustaría invitarle a casa a tomar el té.

— Mira ahí detrás.

Un segundo vehículo oruga se había incorporado a la comitiva y, mientras Garraty miraba, un tercero apareció detrás, saliendo de una carretera secundaria.

— Llega el Comandante — dijo Stebbins, — y todo el mundo aplaudirá. — Sonrió, y su mueca tenía algo de lagarto. — Todavía no le odian de verdad. Todavía no. Creen que sí, creen que han atravesado el infierno. Pero espera a mañana. Ya verás.

Garraty miró a Stebbins con inquietud.

— ¿Y si le sisean, o le abuchean, o le lanzan cantimploras o algo así?

— ¿Tú vas a hacer alguna de esas cosas?

— No.

— Nadie lo hará. Ya verás.

— Stebbins… — dijo Garraty. El aludido enarcó las cejas. — Tú crees que vas a ganar, ¿verdad?

— Sí — dijo Stebbins tranquilamente. — Estoy seguro de ello.

Y con esto regresó a su posición habitual en la cola. A las 5.25 Yannick recibió su pasaporte. Y a las 5.30 en punto, como había predicho Stebbins, llegó el Comandante.

Hubo un rumor creciente mientras su jeep alcanzaba la cima de la colina que acababan de superar. Después, un rugido mientras pasaba junto al grupo, por el arcén. El Comandante estaba en posición de firmes. Como la primera vez, mantenía un saludo rígido, con los ojos fijos. Un curioso escalofrío de orgullo corrió por el pecho de Garraty.

No todos aplaudieron. Collie Parker escupió en el suelo. Barkovitch hizo un gesto burlón. McVries se limitó a mirar, moviendo los labios sin producir sonido alguno. Olson no pareció advertir en absoluto la presencia del Comandante; volvía a tener la mirada fija en sus pies.

Garraty aplaudió. Igual que Percy y Harkness, el que quería escribir un libro, y Wyman, Art Baker, Abraham y Sledge, que acababa de recibir el segundo aviso.

El Comandante desapareció carretera adelante, avanzando deprisa. Garraty se sintió algo avergonzado de sí mismo. Después de todo, acababa de desperdiciar energías.

Poco después la carretera les llevó junto a una tienda de coches usados donde les dedicaron veintiún bocinazos. Una voz amplificada rugió sobre las dobles hileras de banderitas de plástico de colores para decir a los Marchadores — y a los espectadores — que nadie ofrecía coches mejores y más baratos que McLaren's Dodge. Garraty hizo una mueca de fastidio.

— ¿Te sientes mejor? — preguntó a McVries.

— Desde luego. Muy bien. Voy a dedicarme a caminar y a verles caer a mi alrededor. Resulta curioso. He hecho las divisiones mentalmente, pues las matemáticas siempre han sido mi fuerte, y calculo que tendremos que hacer al menos unos quinientos diez kilómetros al ritmo que vamos. Y ni siquiera sería una distancia récord.

— ¿Por qué no te largas a otra parte si vas a ponerte a hablar así, Pete? — dijo Baker. Por primera vez, su voz sonaba fatigada.

— Lo siento, mami — replicó McVries de mal humor, pero no continuó.

El día era luminoso. Garraty se desabrochó la cazadora y se la colgó del hombro. La carretera era lisa, flanqueada por casas y pequeños negocios. Los pinos que bordeaban el camino la noche anterior habían dado paso a las cafeterías y gasolineras, y a pequeños ranchos tradicionales. Muchos ranchos estaban en venta. En un par de ventanas, Garraty vio los conocidos carteles: MI HIJO DIO LA VIDA EN LOS ESCUADRONES.

— ¿Dónde está el océano? — preguntó Collie Parker a Garraty. — Me parece estar de vuelta en mi Illinois.

— Sigue caminando — dijo Garraty. Estaba pensando de nuevo en Jan, y en Freeport. Freeport estaba en el océano. — Está allá. A unos doscientos noventa kilómetros al sur.

— ¡Mierda! — masculló Collie Parker. — ¡Vaya pozo de mierda es este estado!

Parker era un rubio musculoso con una camiseta tipo polo. Tenía una mirada insolente que ni siquiera una noche en la carretera había logrado borrar.

— ¡No hay más que malditos árboles por todas partes! ¿No hay ninguna ciudad en este maldito lugar?

— Los de por aquí somos gente rara — replicó Garraty. — Nos parece mejor respirar aire de verdad, en lugar de contaminación urbana.

— ¡En Joliet no tenemos contaminación, maldito montañés! — exclamó Collie Parker. — ¡Qué tendrás tú que decirme!

— No habrá contaminación, pero sí un montón de aire caliente — insistió Garraty. Se sentía airado.

— Si estuviera allí, te retorcería los huevos por eso.

— ¡Vamos, chicos! — intervino McVries. Se había recuperado por completo y volvía a hacer gala de su naturaleza sarcástica. — ¿Por qué no arregláis vuestras diferencias como caballeros? El primero al que le vuelen la cabeza tiene que pagarle al otro una cerveza.

— Odio la cerveza — replicó Garraty.

Parker cloqueó y se alejó mascullando entre dientes:

— ¡Maldito patán!

— ¡Está de malas pulgas! — dijo McVries. — Todo el mundo está de malas pulgas esta mañana. Incluso yo. Y hace un día espléndido. ¿No estás de acuerdo, Olson?

Olson no respondió.

— ¡Olson también está de malas pulgas! — dijo McVries a Garraty. — ¡Olson! ¡Eh, Hank!

— ¿Por qué no le dejas en paz? — inquinó Baker.

— ¡Eh, Hank! — insistió McVries, sin hacer caso a Baker. — ¿Quieres dar un paseo?

— Vete al infierno — murmuró Olson.

— ¿Cómo? — exclamó en tono alegre McVries, llevándose una mano al oído. — ¿Qué dices, chico?

— ¡Al infierno! — gritó Olson. — ¡Que te vayas al infierno!

— ¡Ah!, era eso lo que decías — asintió McVries con los ojos muy abiertos.

Olson volvió a clavar la mirada en sus pies y McVries se cansó de azuzarle.

Garraty se puso a pensar en lo que había dicho Parker. Éste era un cerdo. Un gran cowboy de feria y un duro de sábado por la noche. Era un héroe de chaqueta de cuero. ¿Qué sabía él de Maine? Garraty había vivido desde siempre en Maine, en una pequeña población llamada Porterville, justo al oeste de Freeport. Tenía una población de novecientas setenta personas y apenas un par de farolas; y, de todos modos, ¿qué podía haber de especial en Joliet, Illinois?

El padre de Garraty solía decir que Porterville era la única población del condado con más sepulturas que habitantes. Pero era un lugar limpio. El desempleo era alto, los coches estaban oxidados y todo el mundo andaba en líos de cama, pero era un lugar limpio. La única emoción estaba en el bingo de los miércoles en el Casino Agrícola (la última jugada, un cartón especial por un pavo de nueve kilos y un billete de veinte dólares), pero era limpio. Y tranquilo. ¿Qué había de malo en ello?

Contempló con aire resentido la espalda de Collie Parker. Tú te lo has perdido, tío, pensó. Ya puedes coger tu Joliet y tus molinos y tus pastelillos de tiendas de

caramelos y metértelos donde te quepan.

Volvió a pensar en Jan. La necesitaba. Te quiero, Jan, pensó. No era tonto; sabía que se había convertido para él en mucho más de lo que era en realidad. Se había convertido en un símbolo vital. Un escudo contra la súbita muerte que surgía del vehículo oruga. Cada vez más, la deseaba porque ella simbolizaba un tiempo en que por fin tendría un cuerpo de mujer para disfrutarlo.

Eran las seis menos cuarto de la mañana. Observó a un grupo de alegres amas de casa reunidas junto a un cruce de carreteras, el pequeño centro neurálgico de un villorrio anónimo. Una de ellas llevaba pantalones muy ajustados y un suéter más ajustado todavía. Su rostro era ordinario, y llevaba en la muñeca derecha tres brazaletes de oro que sonaban mientras saludaba. Garraty los oyó tintinear. Devolvió los saludos mecánicamente. Tenía sus pensamientos puestos en Jan, que había llegado de Connecticut con su aire suave y de confianza en sí misma, con su largo cabello rubio y sus zapatos bajos. Casi siempre llevaba zapatos bajos, porque era muy alta. La había conocido en la escuela. Se hicieron amigos lentamente, hasta que al fin prendió la llama. ¡Dios, si había prendido!

— Garraty…

— ¿Sí? — Era Harkness. Su semblante mostraba preocupación.

— Tengo un calambre en el pie, tío. No sé si podré caminar.

La expresión de Harkness parecía suplicar a Garraty que hiciera algo por él.

Garraty no supo qué decir. La voz de Jan, su risa, su suéter color caramelo, sus pantalones rojos como arándanos, la vez que habían tomado el trineo de su hermano pequeño y habían terminado revolcándose en un banco de nieve (hasta que ella le coló una bola de nieve por la espalda)… todo eso era la vida. Harkness era la muerte. Ahora, Garraty casi podía olería.

— No puedo ayudarte — dijo. — Tienes que conseguirlo por ti mismo.

Harkness le miró con pánico y consternación y puso una expresión sombría mientras asentía. Se detuvo y, arrodillándose, se quitó una zapatilla.

— ¡Aviso! ¡Aviso, número 49!

Se estaba dando masaje en el pie. Garraty se había vuelto de espaldas para observarle mientras avanzaba. Dos chiquillos con camisetas de la Liga Juvenil y los guantes de béisbol colgados en los manillares de sus bicicletas contemplaban también a Harkness desde el borde del camino, con la boca abierta.

— ¡Aviso! ¡Segundo aviso, número 49!

Harkness se levantó y empezó a avanzar cojeando sin haberse puesto el zapato aún, y con la pierna buena raqueando ya con el peso extra que tenía que soportar. Se le cayó el zapato de la mano, se agachó a recogerlo, puso los dedos sobre él, se le resbalo y lo perdió. Se detuvo a recogerlo y recibió el tercer aviso.

El rostro habitualmente encarnado de Harkness enrojeció como las brasas. Su

boca abierta formaba una húmeda y desgarbada O. Garraty se encontró animando mentalmente a Harkness. ¡Vamos!, le decía, ¡vamos, recupera el ritmo, Harkness! ¡Tú puedes hacerlo!

Harkness avanzaba cojeando más aprisa. Los chiquillos montaron en sus bicicletas y empezaron a pedalear junto a la calzada, observándole. Garraty dio media vuelta y fijó la mirada en la carretera, sin querer ver más a Harkness. Clavó la mirada en el horizonte, intentando concentrarse sólo en lo que había sentido al besar a Jan, al tocar sus turgentes pechos.

A la derecha, una estación de servicio iba perfilándose gradualmente, al ritmo de su lento avance. En el área asfaltada de la gasolinera había una furgoneta polvorienta, con el guardabarros abollado, y dos hombres con camisas de caza a cuadros rojos y negros sentados en la parte posterior, bebiendo cerveza. Al final de un camino secundario de tierra, con las huellas de los tractores marcadas, había un buzón de correos con la tapa abierta como una gran boca hambrienta. Un perro ladraba ronca e incesantemente, fuera de la vista.

Los fusiles, que hasta entonces habían apuntado al aire, bajaron hasta centrar a Harkness en su punto de mira.

Hubo un largo y terrible momento de silencio, y las armas volvieron a alzarse, según estipulaban las normas, según establecía el reglamento. Después volvieron a apuntar. Hasta Garraty llegó la respiración de Harkness, húmeda y acelerada.

Los fusiles se alzaron de nuevo al cielo, apuntaron a Harkness otra vez y volvieron a levantarse, lentamente.

Los chiquillos de las bicicletas seguían todavía a su altura.

— ¡Largaos de aquí! — bramó Baker. — ¡No os va a gustar ver esto! ¡Largo!

Los chiquillos observaron a Baker con insípida curiosidad y siguieron avanzando junto a los Marchadores. Habían mirado a Baker como si éste fuera una especie de pez. Uno de ellos, un chico menudo y de cabeza alargada, con el cabello despeinado y ojos como platos, hizo sonar la bocina montada en su bicicleta y sonrió. Llevaba un aparato dental, y el sol puso un salvaje resplandor metálico en su boca.

Los fusiles volvieron a apuntar. Era como un movimiento de danza, como un ritual. Harkness se pegó al arcén. ¿Has leído algún buen libro, últimamente?, pensó Garraty alocadamente. Esta vez van a disparar. Sólo un paso demasiado lento y…

La eternidad.

Todo congelado.

Y los fusiles volvieron a señalar hacia el cielo.

Garraty consultó el reloj. El segundero dio una, dos, tres vueltas. Harkness llegó a su altura y le dejó atrás. Tenía el rostro tenso, rígido. Sus ojos miraban al frente, fijamente. Sus pupilas contraídas eran apenas dos cabezas de alfiler. Tenía los labios de un leve tono azulado, y sus fieras facciones estaban difuminadas, pálidas, salvo

dos llamativos puntos de color, uno en cada mejilla. Pero ya no vacilaba en apoyar el pie del calambre. Éste había pasado. Su pie descalzo sonaba sobre la carretera rítmicamente. ¿Cuánto puede resistir uno caminando sin zapatos?, se preguntó Garraty.

Y al propio tiempo, sintió que algo se desgarraba en su interior, mientras oía a Baker exhalar un jadeo. Era ridículo sentirse así. Cuanto antes se detuviera Harkness, antes podría él detenerse. Aquélla era la sencilla verdad. Lo lógico. Pero había otra cosa más profunda, una lógica más sincera y espantosa. Harkness era parte del mismo grupo al que pertenecía Garraty, un segmento de su subclán. Parte de un círculo mágico al que Garraty estaba unido. Y si una parte de ese círculo podía romperse, a todas las demás podía sucederles lo mismo.

Los chiquillos de las bicicletas pedalearon junto a ellos otros tres kilómetros. Después perdieron interés y dieron media vuelta. Era preferible, pensó Garraty. No importaba que hubieran contemplado a Baker como si éste fuera un bicho de un zoo. Era mejor para ellos que se sintieran defraudados por no ver ninguna muerte. Les observó alejarse.

Delante, Harkness se había situado en vanguardia en solitario, avanzando con gran rapidez, casi a la carrera. No miraba a izquierda ni a derecha. Garraty se preguntó en qué estaría pensando.

7

> Me gusta pensar que soy un tipo encantador, de verdad. La gente que conozco me considera un esquizofrénico sólo porque soy absolutamente distinto fuera de la pantalla de como aparezco ante las cámaras…

NICHOLAS PARSONS
La venta del siglo

Scramm, el número 85, no fascinaba a Garraty por su deslumbrante inteligencia, ya que Scramm no era en absoluto brillante. Ni fascinaba a Garraty por su cara de luna, su corte de pelo militar o su físico, imponente como el de un alce. Fascinaba a Garraty porque estaba casado.

— ¿De verdad? — le preguntó Garraty por tercera vez. Temía que Scramm le tomara el pelo. — ¿De verdad estás casado?

— Aja. — Scramm alzó la mirada al primer sol de la mañana con placer. — Dejé la escuela a los catorce. No había nada que hacer allí, al menos para mí. No era ningún buscalíos, no señor; es que las cosas no me entraban. Y nuestro profesor de historia nos leyó un artículo acerca de la superpoblación en las escuelas, así que me dije: ¿por qué no dejo mi sitio a alguien que pueda aprovechar el tiempo, y yo me dedico a lo mío? De todos modos, quería casarme con Cathy.

— ¿Cuántos años tenías? — preguntó Garraty, más asombrado que antes.

Estaban atravesando otra pequeña población, con las aceras llenas de pancartas y espectadores, pero apenas lo advirtió. Los espectadores ya pertenecían a otro mundo, en modo alguno relacionado con él. Podían perfectamente estar tras una gruesa cristalera blindada.

— Quince — respondió Scramm.

Se rascó el mentón, oscuro por la barba incipiente.

— ¿Nadie intentó convencerte de que siguieras estudiando?

— En la escuela había un tutor de estudios que me dio la lata para que me quedara y no acabara de peón caminero. Pero alguien tiene que hacer de peón caminero, ¿no?

Saludó con entusiasmo a un grupo de niñas que realizaban una espontánea demostración de majorettes, con las falditas plisadas y flexionando las rodillas hacia el cielo.

— De todos modos, nunca he hecho de peón caminero, ni he cavado zanjas. Ni una sola vez en mi vida. Entré a trabajar en una fábrica de sábanas cerca de Phoenix, a tres dólares la hora. Yo y Cathy somos felices — añadió Scramm con una sonrisa.

— A veces estamos viendo la tele, y Cathy me abraza y dice: «Somos personas felices, cielo.» Cathy es un bombón.

— ¿Tenéis hijos? — preguntó Garraty, cada vez más convencido de que aquélla era una conversación de locos.

— Bueno, Cathy está embarazada ahora mismo. Dijo que esperaríamos hasta tener en el banco lo suficiente para pagar el parto. Cuando juntamos setecientos dólares, ella dijo «adelante», y así fue. Se quedó embarazada en un abrir y cerrar de ojos. — Miró a Garraty con ademán decidido y añadió — : Mi hijo irá a la universidad. Dicen que los tipos borricos como yo no tienen hijos inteligentes, pero Cathy es lo bastante lista por los dos. Cathy ha terminado la secundaria. Yo hice que terminara. Cuatro cursos nocturnos y sacó el certificado. Y mi chico tendrá toda la universidad que quiera.

Garraty no dijo nada. No se le ocurría qué decir. McVries iba a su lado, conversando con Olson. Baker y Abraham estaban enfrascados en un juego de palabras que llamaban «el fantasma». Se preguntó por Harkness. Estaba fuera de su vista. Mira, Scramm, creo que has cometido un grave error, pensó. Tu esposa está embarazada, Scramm, pero eso no te concede ningún privilegio especial aquí. ¿Setecientos dólares en el banco? Con ese dinero ni siquiera se puede pronunciar «embarazo». Y ninguna compañía de seguros del mundo haría una póliza a un Marchador.

Garraty posó la mirada, sin fijarse, en un hombre con una chaqueta de pata de gallo que hacía ondear un sombrero de paja con una cinta, con gesto delirante.

— Scramm, ¿qué sucederá si te dan el pasaporte? — inquirió precavidamente.

Él replicó con una suave sonrisa.

— A mí no. Creo que podría caminar eternamente. Mira, yo quise estar en la Larga Marcha desde que tuve edad para querer alguna cosa. Hace apenas dos semanas, hice ciento treinta kilómetros tan tranquilo.

— Pero suponte que sucede algo… Scramm se limitó a soltar una carcajada.

— ¿Qué edad tiene Cathy? — preguntó Garraty.

— Casi un año más que yo. Cumplirá dieciocho. Su familia está con ella ahora, allá en Phoenix.

A Garraty le dio la impresión de que la familia de Cathy Scramm sabía algo que al propio Scramm se le escapaba.

— Debes de quererla mucho — murmuró.

Scramm sonrió, enseñando las últimas piezas que resistían, obstinadas, en su dentadura.

— No he vuelto a mirar a nadie desde que me casé con ella. Cathy es un bombón.

— Y tú te has metido en esto.

— ¿No es divertido? — sonrió Scramm.

— Para Harkness no lo es — replicó Garraty agriamente. — Ve y pregúntale si es divertido.

— No tienes la menor idea de las consecuencias — intervino Pearson, situándose entre Scramm y Garraty. — Podrías perder. Tienes que reconocer que podrías perder.

— Las apuestas en Las Vegas me daban favorito al inicio de la Marcha — dijo Scramm. — Favorito claro.

— Desde luego — asintió Pearson. — Y además estás en forma, eso nadie puede negarlo. — El mismo Pearson estaba pálido y demacrado tras la larga noche en la carretera. Echó una mirada a la muchedumbre reunida en el aparcamiento de un supermercado ante el cual pasaban. Después añadió — : Todos los que no estaban en forma han muerto ya, o están casi muertos, pero todavía quedamos setenta y dos.

— Sí, pero…

Una arruga de meditación se extendió por el rostro de Scramm. Garraty casi pudo oír su maquinaria mental empezando a funcionar, lenta y laboriosamente, pero a la postre segura como la muerte e inevitable como los impuestos. Resultó algo asombroso.

— No quiero haceros sentir mal, chicos — añadió Scramm. — Me caéis bien, pero no os habéis metido en este asunto convencidos de ganar y llevaros el Premio. La mayoría no sabe por qué se ha metido en esto. Mirad a Barkovitch. No está aquí para conseguir el Premio, sino que camina para ver morir a los demás. Vive de ello. Cuando le dan a alguien el pasaporte, es como si le dieran nuevas energías. Eso no basta. Se secará como una hoja en la rama.

— ¿Y yo? — preguntó Garraty.

— Bueno, diablos…

— Vamos, dímelo.

— Bien, tal como yo lo veo, tú tampoco sabes por qué estás aquí. Es lo mismo. Ahora sigues porque tienes miedo pero… pero eso tampoco es suficiente. Eso cansa. — Scramm fijó los ojos en la distancia y se frotó las manos. — Y cuando te hayas desgastado, me temo que te darán el pasaporte como a los demás, Ray.

Garraty pensó en lo que McVries había dicho: «Cuando esté cansado… cansado de verdad… bueno, creo que me sentaré.”

— Tendrás que caminar mucho para desgastarme — dijo Garraty, pero la cruda valoración de la situación hecha por Scramm le había afectado.

Enfilaron una pendiente en bajada, y luego un paso a nivel con los raíles hundidos en el asfalto. Pasaron ante un puesto de almejas fritas cerrado. Después, se encontraron de nuevo en pleno campo.

— Yo comprendo qué es morir — dijo de pronto Pearson. — Ahora lo comprendo. No la muerte en sí, a eso todavía no llego; pero entiendo qué es morir. Si dejo de caminar, punto final. Tragó saliva con un chasquido en la garganta. — Igual

que un disco tras el último surco. — Observó a Scramm y, con aire sincero, añadió —: Quizá sea como dices. Quizá no baste, pero… no quiero morir.

Scramm le devolvió una mirada casi desdeñosa.

— ¿Y crees que comprender la muerte te librará de morir?

Pearson esbozó una sonrisa torcida, como un hombre de negocios en una barca intentando mantener la cena en el estómago pese al balanceo.

— Ahora mismo, es casi lo único que me hace seguir andando.

Y Garraty sintió una enorme gratitud, porque sus defensas todavía no se habían reducido a eso. Al menos por el momento.

Delante de ellos, como para ilustrar lo que habían hablado, un muchacho con un suéter negro de cuello alto sufrió de repente una convulsión. Cayó al suelo y empezó a revolverse y estremecerse espantosamente. Agitaba brazos y piernas y daba golpes en el asfalto. Su garganta emitía un sonido barboteante, un sonido como un débil balido. Cuando Garraty pasó apresuradamente a su lado, el muchacho le tocó la zapatilla con una de sus temblorosas manos y Ray sintió una oleada de repulsión. Los ojos del chico estaban en blanco, y tenía los labios y la barbilla salpicados de espumarajos. Recibió el segundo y tercer avisos, pero ni siquiera podía oírlos y, cuando hubo transcurrido el tiempo reglamentario, los soldados le remataron como a un perro.

No mucho después alcanzaron la cima de una suave subida y pudieron contemplar la extensión de campo verde y despoblado que se abría ante ellos. Garraty agradeció la fría brisa matinal que acarició su cuerpo sudoroso.

— ¡Vaya panorámica! — exclamó Scramm.

Podía apreciarse la carretera en una extensión de unos veinte kilómetros. Se deslizaba por una larga ladera, corría en zigzag por el llano a través de los bosques como una marca de carboncillo gris negruzco sobre un trozo de papel rizado de un verde intenso y, a lo lejos, ascendía de nuevo y se difuminaba bajo el halo rosado de la luz de la mañana.

— Esto debe de ser lo que llaman los bosques de Hainesville — dijo Garraty. — Cementerio de camioneros. Un infierno de hielo en invierno.

— Nunca había visto nada igual — exclamó Scramm con aire reverente. — Hay más verde aquí que en todo el estado de Arizona.

— Disfrútalo mientras puedas — dijo Baker, uniéndose al grupo. — Hoy va a hacer un día sofocante. Ya hace calor y sólo son las seis y media…

— Pensaba que estarías acostumbrado a eso, viniendo de donde vienes — dijo Pearson.

— Uno no se acostumbra — replicó Baker mientras se colgaba del brazo su liviana chaqueta. — Aprende a vivir con ello.

— Me gustaría tener una casa aquí — dijo Scramm. Estornudó dos veces. — La

construiría aquí mismo, con mis propias manos, y contemplaría el panorama cada mañana. Yo y Cathy. Quizá lo haga algún día, cuando todo esto haya terminado.

Nadie respondió.

A las 6.45 las colinas quedaban atrás, por encima de ellos; la brisa casi había desaparecido y el calor ya les acompañaba. Garraty se quitó la chaqueta, la enrolló y se la ató a la cintura. La calzada a través de los bosques ya no estaba desierta. Aquí y allá algunos madrugadores habían detenido sus coches junto a la carretera y permanecían en pie o sentados en grupos, aplaudiendo, saludando y agitando pancartas. Dos chicas les miraron, apoyadas contra los restos de un coche abandonado en el arcén. Llevaban pantalones cortos veraniegos muy ajustados, blusas ceñidas y sandalias. En el grupo hubo silbidos y vítores. Las muchachas se ruborizaron, excitadas y arrastradas por un oscuro impulso erótico. Garraty sintió crecer una lujuria animal, tan agresivamente viva que estremeció su cuerpo con una fiebre paralizante.

Fue Gribble, el más osado de todos, quien de pronto corrió hacia ellas, levantando nubes de polvo en el arcén. Una de las chicas se inclinó hacia atrás en el capó del coche y abrió las piernas ligeramente, volviendo las caderas hacia él. Gribble le puso las manos en los pechos y ella no hizo nada por detenerle. Recibió un aviso, titubeó, y luego se lanzó sobre ella como una figura apresurada, frustrada y atemorizada, con su camiseta blanca sudorosa y sus pantalones de pana. La muchacha enroscó sus tobillos en torno a las piernas de Gribble y pasó los brazos con ligereza en torno a su cuello. Se besaron.

Gribble recibió el segundo aviso, después el tercero, y por fin, apenas a quince segundos del final definitivo, se apartó tambaleándose y echó a correr frenéticamente, arrastrando los pies. Cayó al suelo, se levantó, se llevó las manos al vientre y avanzó de nuevo, bamboleándose. Sus finos rasgos habían enrojecido.

— No podía — sollozaba. — No tenía suficiente tiempo, y ella me deseaba, y yo… yo no…

Seguía llorando y tambaleándose, con las manos en la entrepierna. Sus palabras eran gemidos ininteligibles.

— Pero le has dado a ésa un poco de emoción — murmuró Barkovitch. — Algo de que poder hablar mañana en algún programa de televisión local.

— ¡Cállate! — gritó Gribble, inclinado sobre sí mismo. — Me duele. Tengo un calambre…

— Un buen sifilazo — dijo Pearson. — Eso es lo que tienes.

Gribble le miró entre los mechones de cabello negro que le caían sobre los ojos. Parecía una comadreja aturdida.

— Me duele — murmuró otra vez.

Lentamente, cayó de rodillas, con las manos en la entrepierna, la cabeza baja y la

espalda inclinada. Se estremecía y resollaba, y Garraty observó las gotas de sudor que le corrían por el cuello, algunas de ellas prendidas en el fino vello de la nuca, eso que el padre de Garraty siempre llamaba «pelusa de pato».

Un momento después, Gribble estaba muerto.

Garraty volvió la cabeza para observar a las chicas, pero éstas se habían marchado.

Hizo un decidido esfuerzo por apartarlas de su mente, pero aparecían una y otra vez en sus pensamientos. ¿Cómo habría sido penetrar en seco aquella carne cálida y receptiva? La chica había crispado los muslos. ¡Dios mío!, se habían crispado en una especie de espasmo, de orgasmo. ¡Oh, Dios!, ese impulso incontrolable de apretar y acariciar… y sobre todo de sentir aquel calor…

Sintió que iba a eyacular. Aquella cálida sensación de un fluido que se dispara, calentándole. Mojándole. ¡Oh, Jesús, no! Empaparía los pantalones y alguien se daría cuenta. Lo vería y le señalaría con el dedo, y le preguntaría si acaso quería pasearse por el vecindario sin ropas, caminar desnudo… caminar, caminar y caminar…

¡Oh, Jan!, te quiero de verdad, se dijo; pero todo le resultaba confuso, entremezclado con tantas cosas…

Se ató con más fuerza la chaqueta en torno a la cintura y siguió avanzando como antes, y el recuerdo fue amortiguándose y apagándose rápidamente, como un negativo Polaroid expuesto al sol.

El ritmo se incrementó. Ahora estaban en una bajada bastante pronunciada y resultaba difícil caminar despacio. El sudor le corría por el cuerpo. Los músculos funcionaban como pistones y se apretaban unos contra otros. Garraty se descubrió deseando que cayera de nuevo la noche. Observó a Olson, preguntándose cómo podía resistir.

Olson volvía a tener la mirada fija en sus pies. Los músculos del cuello parecían agarrotados e hinchados, y llevaba los labios tensos en una sonrisa helada.

— Ya está casi a punto — murmuró McVries junto a Garraty, sobresaltando a éste. — Cuando empiezan a medio desear que alguien les dispare y así por fin poder descansar los pies, no les queda mucho.

— ¿De verdad? ¿Cómo es que todo el mundo aquí sabe mucho de esto, menos yo?

— Porque eres muy tierno — dijo McVries con dulzura, antes de acelerar el paso, dejándose llevar por la pendiente en bajada y rebasando a Garraty.

Stebbins. Llevaba mucho tiempo sin pensar en Stebbins. Pero Stebbins seguía allí. El grupo se había estirado en el descenso de la larga cuesta y Stebbins estaba unos cuatrocientos metros más atrás, pero aquellos pantalones púrpura y aquella camisa resultaban inconfundibles. Stebbins seguía a la cola del grupo como una especie de buitre escuálido, esperando a que todos fueran cayendo…

Garraty sintió un arrebato de furia, el súbito impulso de correr hacia atrás y estrangular a Stebbins. No tenía ninguna razón concreta para ello, pero tuvo que esforzarse para contenerse.

Cuando llegaron al final de la pendiente, Garraty sentía las piernas inestables, como de goma. El estado de entumecido cansancio en que más o menos se mantenían sus músculos se vio alterado por unas inesperadas punzadas de dolor en los pies y las piernas, amenazando con agarrotar los músculos y provocar un calambre. ¿Y por qué no?, pensó. Llevaba veintidós horas en la carretera. Veintidós horas de caminar sin parar. Era increíble.

— ¿Qué tal te sientes ahora? — preguntó a Scramm, como si hubieran transcurrido doce horas desde la última vez que se lo había preguntado.

— Perfectamente — replicó Scramm. Se pasó el dorso de la mano por la nariz, estornudó y escupió. — Todo lo perfectamente que se puede estar.

— Parece que has pillado un resfriado.

— No. Es el polen. Me sucede cada primavera. La fiebre del heno. Incluso me sucede en Arizona, pero nunca he pillado un resfriado.

Garraty abrió la boca para añadir algo cuando un sonido hueco llegó hasta ellos desde la lejanía, carretera adelante. Eran disparos de fusil. Después llegó la noticia: Harkness había sido eliminado.

Una sensación extraña, casi de exaltación, atenazó el estómago de Garraty mientras pasaba la noticia a quienes le seguían. El círculo mágico se había roto. Harkness no escribiría jamás su libro sobre la Larga Marcha. Harkness estaba siendo retirado de la carretera en algún lugar allá delante, como un saco de trigo, o estaba siendo cargado en un camión, envuelto en un saco de lona. Para Harkness, la Larga Marcha había terminado.

— Harkness — dijo McVries. — El viejo Harkness ya tiene su pasaporte para ver los prados eternos.

— ¿Por qué no le escribes un poema? — repuso Barkovitch.

— ¡Cállate, asesino! — replicó McVries con aire ausente, meneando la cabeza. — El viejo Harkness, el muy…

— Yo no soy un asesino — gritó Barkovitch. — ¡Voy a bailar sobre tu tumba, Caracortada! Voy a…

Un coro de gritos airados le silenció. Entre murmullos, Barkovitch miró a McVries. Después apretó el paso, sin volver más la mirada.

— ¿Sabéis a qué se dedicaba mi tío? — dijo Baker.

Estaban cruzando un túnel sombrío de árboles rebosantes de hojas, y Garraty intentaba olvidar a Harkness y Gribble y concentrarse en la sensación de frescor.

— ¿A qué? — preguntó Abraham.

— Tenía una funeraria.

— Magnífico — respondió Abraham sin interés.

— Cuando yo era pequeño, siempre me preguntaba… — Baker pareció perder el hilo de lo que estaba diciendo, miró a Garraty y sonrió. Era una sonrisa muy especial. — Me preguntaba quién le embalsamaría a él. Igual que uno se pregunta quién le corta la barba al barbero o quién opera de cálculos renales al cirujano. ¿Comprendes?

— Se necesitan muchos riñones para llegar a médico — dijo McVries con tono solemne.

— No, no. Ya sabes de qué estoy hablando.

— Está bien — intervino Abraham. — ¿A quién llamaron cuando llegó el momento?

— Sí — se sumó Scramm. — ¿A quién?

Baker levantó la mirada hacia las ramas gruesas y torneadas bajo las cuales estaban pasando y Garraty volvió a observar que parecía agotado. Claro que ninguno de ellos tenía mejor aspecto, añadió para sí.

— Vamos — dijo McVries. — No nos tengas en ascuas. ¿Quién le enterró?

— Ésta es la broma más vieja del mundo — murmuró Abraham. — Ahora, Baker dirá: «¿Y qué os hace creer que ha muerto?”

— Pues no — dijo Baker. — Murió hace seis años, de cáncer de pulmón.

— ¿Fumaba mucho? — preguntó Abraham mientras saludaba con la mano a una familia de cuatro personas y un gato persa de aspecto hosco.

— No, ni siquiera en pipa — informó Baker. — Tenía miedo de que le provocara cáncer.

— ¡Oh, maldita sea! — dijo McVries. — ¿Quién le enterró? Dínoslo de una puta vez para que así podamos discutir de los problemas del mundo, o de béisbol, o de control de la natalidad o cualquier otra cosa.

— Pues yo opino que el control de la natalidad es un auténtico problema mundial — dijo Garraty con seriedad. — Mi novia es católica y…

— ¡Vamos! — aulló McVries. — ¿Quién diablos enterró a tu abuelo, Baker?

— A mi tío. Era mi tío. Mi abuelo era abogado en Shreveport y…

— Me importa una mierda si tu abuelo tenía tres pichas — le interrumpió McVries. — Sólo me interesa saber quién le enterró para poder pasar a otra cosa.

— En realidad, no le enterró nadie. Quiso que le incineraran.

— ¡Oh, vaya estupidez! — exclamó Abraham, con una breve carcajada.

— Mi tía guardó sus cenizas en una vasija de cerámica en su casa de Baton Rouge. La mujer intentó seguir adelante con la empresa de pompas fúnebres, pero nadie parecía aceptar a una mujer con esa profesión.

— Dudo que fuera ésa la razón — replicó McVries.

— ¿Ah, no?

— No. Creo que tu tío le gastó una jugarreta.

— ¿Una jugarreta? ¿A qué te refieres? — Baker parecía muy interesado.

— Bueno, tendrás que reconocer que no era un buen reclamo para el negocio…

— ¿El qué? ¿Morirse?

— No — terminó McVries. — Hacerse incinerar. Scramm emitió una carcajada medio sofocada a través de su obturada nariz y dijo:

— Ahí te ha pescado.

— Tu tío me la trae floja — masculló Abraham con hosquedad. — Y puedo añadir también que…

En ese instante Olson se puso a suplicar a uno de los soldados que le dejara descansar…

No dejó de caminar ni aminoró el ritmo lo suficiente para recibir un aviso, pero su voz desgranaba una letanía de súplicas monótonas y pusilánimes que hizo que Garraty se volviera hacia él. La conversación cesó. Los espectadores contemplaban a Olson con aterrada fascinación. Garraty deseó que Olson se callara antes de que les creara a los demás mala fama entre el público. Él tampoco deseaba morir pero, si así tenía que ser, no quería que la gente dijese que era un cobarde. Los soldados observaron a Olson con sus rostros pétreos, sordos y mudos. Sin embargo, de vez en cuando le daban a alguien un aviso, de modo que Garraty llegó a la conclusión de que no podía llamárseles mudos.

Eran casi las ocho menos cuarto cuando corrió la noticia de que estaban a punto de cumplir los 150 kilómetros. Garraty recordó haber leído que la cifra más alta de Marchadores que había completado los 150 primeros kilómetros era de sesenta y tres. Parecía casi seguro que iban a batir ese récord, pues quedaban sesenta y nueve en el grupo. De todos modos, no era un asunto que importara demasiado…

Las súplicas de Olson subieron de tono, en una plegaria constante y confusa, haciendo casi que el día pareciera más caluroso e incómodo de lo que realmente era. Varios chicos le habían gritado a Olson que se callara pero, o no les oía, o no le importaban.

Cruzaron un puente de madera cubierto y los tablones retumbaron y crujieron bajo sus pasos. Garraty captó el aleteo y el rumor de las golondrinas que habían hecho sus nidos entre las vigas. Hacía un frío refrescante, y el sol pareció caer todavía con más fuerza cuando aparecieron por el otro lado. Espera a más tarde si ahora crees que hace calor, se dijo Garraty. Espera a que salgamos a campo abierto. ¡Ay, Señor!

Pidió una cantimplora con un grito y un soldado trotó hasta él, se la tendió sin pronunciar palabra y volvió atrás, también al trote. El estómago le pedía también comida. A las nueve en punto, calculó. Tengo que seguir caminando hasta entonces. Estaría bueno que se muriese por tener el estómago vacío.

Baker pasó por delante de él repentinamente, miró alrededor en busca de espectadores y, al no divisar ninguno, se bajó los pantalones y se puso en cuclillas.

Recibió un aviso. Garraty pasó junto a él y le dejó atrás, pero oyó al soldado darle un nuevo aviso. Unos veinte segundos después, Baker volvió a situarse a la altura de Garraty y McVries, jadeando mientras terminaba de ceñirse el cinturón.

— ¡La cagada más rápida de mi vida! — dijo mientras resollaba.

— Tendrías que haber traído el orinal — respondió McVries.

— Nunca he podido aguantar mucho sin aligerarme — añadió Baker. — Hay gente que sólo tiene que ir al baño una vez por semana. Yo soy de los de una vez al día. Si no cago una vez al día, tomo un laxante.

— Esos laxantes te dañarán el estómago — dijo Pearson.

McVries echó la cabeza hacia atrás y rió. Abraham volvió la mirada para sumarse a la conversación.

— Mi abuelo no tomó un laxante en su vida y llegó a…

— Supongo que guardas los datos archivados — se mofó Pearson.

— No estarás dudando de la palabra de mi abuelo, ¿verdad?

— ¡Por supuesto que no! — repuso Pearson, haciendo rodar los ojos.

— Así me gusta. Mi abuelo… — Mirad — dijo Garraty en un susurro.

Como no le interesaba el tema de los laxantes, había dejado que su mirada vagara hasta centrarse distraídamente en Percy. Ahora, contemplaba al muchacho casi sin creer lo que veían sus ojos. Percy se había ido situando cada vez más cerca del borde de la carretera, y ahora ya estaba avanzando por el polvoriento arcén. De vez en cuando, dirigía a hurtadillas una tensa y atemorizada mirada en dirección a los soldados situados en la torreta del vehículo oruga; después volvía la vista hacia la derecha, en dirección a la espesa arboleda distante apenas un par de metros.

— Creo que va a correr hacia los árboles — dijo Garraty.

— Le derribarán, puedes estar seguro — repuso Baker con un susurro.

— No parece que nadie esté pendiente de él — replicó Pearson.

— Entonces no llaméis la atención de los soldados sobre él — dijo McVries. — ¡Pandilla de estúpidos!

Durante los siguientes minutos ninguno de ellos dijo nada importante. Simulaban conversar y observaban a Percy, que miraba a los soldados una y otra vez, mientras medía mentalmente la corta distancia que le separaba del tupido bosque.

— No tiene cojones — murmuró Pearson finalmente.

Antes de que nadie pudiera responder, Percy torció lentamente y sin prisa hacia los árboles. Dos pasos, luego tres. Uno más, dos como mucho, y llegaría. Sus piernas, enfundadas en tejanos, se movían con tranquilidad. Su cabello rubio blanqueado por el sol se agitó levemente bajo un breve soplo de brisa. Podría haber sido perfectamente, un boy scout en plena jornada de observación de pájaros.

No hubo avisos. Percy había perdido el derecho a ellos cuando su pie derecho había cruzado el extremo exterior del arcén. Se había salido de la carretera, y los

soldados le habían visto en todo momento. El bueno de Percy no había engañado a nadie. Un limpio y seco disparo así lo anunció, y Garraty desvió la mirada hacia el soldado que se había levantado en la parte trasera del vehículo oruga. El soldado era una escultura viviente de rasgos marcados y angulosos, con el fusil bien colocado en el hueco del hombro y la cabeza algo adelantada a lo largo del cañón.

Garraty volvió de nuevo la vista hacia Percy. El muchacho seguía de pie, ahora con ambos pies en el borde de la línea de árboles, pisando la maleza. Estaba tan inmóvil como el soldado que le había disparado. Era como otra estatua. Ambos habrían constituido un buen tema pictórico, pensó Garraty. Percy permanecía extrañamente quieto bajo el cielo azul primaveral, con una mano apretada contra el pecho, como un poeta a punto de recitar. Tenía los ojos muy abiertos, en una expresión casi de éxtasis.

Entre sus dedos rezumaba un brillante chorro de sangre, que refulgía bajo el sol. ¡Eh, Percy, te llama tu mamá! ¡Eh, Percy!, ¿sabe tu madre que estás eliminado? ¡Eh, Percy!, ¿qué clase de estúpido nombre es ése? Percy, Percy, ¿no eres un encanto? Percy transformado en un brillante Adonis bañado por el sol, en contraposición a su salvaje cazador de colores pardos.

Una, dos, tres gotas de sangre como monedas cayeron sobre los zapatillas negras, polvorientas de tanto caminar. Todo sucedió en tres segundos. Garraty apenas tuvo tiempo de dar un par de pasos, y no recibió ningún aviso. ¡Oh, Percy!, ¿qué va a decir tu mamá? Vamos, Percy, ¿tendrás valor para morir?

Lo tuvo. Se tambaleó, tropezó con un arbolito joven, trastabilló de medio lado y cayó de cara al cielo. El momento de gracia, la helada simetría, habían quedado atrás. Percy estaba muerto.

— Que esta tierra quede sembrada de sal — dijo de pronto McVries. — Y que no crezca jamás una espiga de trigo ni una mazorca de maíz. Malditos sean los hijos de esta tierra y malditos sus riñones, y sus muslos y sus pantorrillas. Dios te salve, María, llena eres de gracia, reventemos este maldito lugar. — Y se echó a reír.

— Cállate — dijo Abraham con voz ronca. — Deja de decir gilipolleces.

— Todo el mundo es el Señor — dijo McVries con una risita histérica. — Estamos caminando hacia el Señor, y ahí atrás las moscas están arremolinándose sobre el Señor; de hecho, las moscas son también el Señor, así que bendito el fruto de tu vientre, Percy. Amén, aleluya, y manteca de cacahuete. Padre nuestro, que estás en hojalata, bendito sea tu nombre.

— ¡Te voy a atizar! — advirtió Abraham. Su rostro estaba pálido. — ¡Voy a hacerlo, Pete!

— ¡Un devoto, — se burló McVries, riendo de nuevo. — ¡Oh, mi cuerpo y mi sangre! ¡Ah, mi santa mitra!

— ¡Voy a atizarte, capullo! — rugió Abraham.

— No — intervino Garraty, asustado. — Por favor, no os peleéis. Vamos… vamos a comportarnos bien.

— Percy era demasiado joven para meterse en esta excursión — dijo Baker con voz triste. — Me extrañaría mucho que hubiese cumplido los catorce.

— Su mamá le echó a perder — añadió Abraham con voz temblorosa. — Se notaba. — Miró alrededor, a Garraty y Pearson. — Se notaba, ¿verdad?

— Ya no seguirá estropeándolo — sentenció McVries.

Olson se puso a balbucear de nuevo sus súplicas a los soldados. El que había disparado contra Percy estaba ahora sentado y comiendo un bocadillo. Los pies llevaron al grupo hasta las ocho de la mañana. Pasaron ante una soleada gasolinera, donde un mecánico con un grasiento mono regaba el asfalto.

— Me gustaría que nos rociara un poco con eso — dijo Scramm. — Tengo más calor que una caldera.

— Todos tenemos calor — dijo Garraty.

— Yo pensaba que en Maine nunca hacía calor — declaró Pearson con voz exhausta. — Creía que aquí era la tierra del frío.

— Bien, ahora ya sabes que no es así — respondió Garraty con sequedad.

— Eres muy gracioso, Garraty — dijo Pearson. — ¿Lo sabías? Muy gracioso. ¡Sí, señor!, me alegro de haberte conocido.

McVries se echó a reír.

— ¿Sabes una cosa? — replicó Garraty. — Tienes unas manchas sospechosas en tus calzoncillos — dijo Garraty. Era lo más agudo que se le ocurrió.

Pasaron ante otra parada de camioneros. Dos o tres enormes camiones articulados estaban detenidos fuera de la carretera, sin duda para dejar paso a los Marchadores. Uno de los camioneros estaba de pie junto a su vehículo, con aire nervioso, apoyado contra el remolque, un enorme contenedor frigorífico.

Varias camareras animaron a los Marchadores cuando pasaron ante ellas, y el camionero, que seguía apoyado contra su remolque, dedicó al grupo un corte de mangas. Era un tipo enorme, con un cuello de toro sobresaliéndole de una sucia camiseta.

— ¿Por qué habrá hecho eso? — gritó Scramm.

— Ese ha sido el primer hombre sincero que hemos encontrado desde que empezó esta merienda campestre — dijo riendo McVries. — ¡Me ha encantado ese tipo, Scramm!

— Probablemente va cargado de productos perecederos camino de Montreal — dijo Garraty. — Directamente desde Boston. Y le hemos sacado del camino. Probablemente tiene miedo de perder su empleo o su camión, si trabaja por cuenta propia.

— ¿No resulta estúpido? — dijo Collie Parker con voz ronca. — ¿No es una gran

estupidez? Llevan más de dos meses avisando a la gente del itinerario de la Marcha. ¡Ese tipo es un palurdo!

— Pareces saber mucho de esto — dijo Abraham a Garraty.

— Un poco — contestó éste con la mirada fija en Parker. — Mi padre llevaba un camión articulado antes de… antes de marcharse. Es un trabajo duro en el que cada dólar cuesta mucho de ganar. Probablemente ese tipo creía que le daría tiempo de llegar hasta la siguiente salida. No habría venido por aquí si hubiese una ruta más corta.

— Pero no tenía que dedicarnos ese gesto — insistió Scramm. — No tenía por qué hacerlo. ¡Sus malditos tomates no son una cuestión de vida o muerte, como lo nuestro!

— ¿Tu padre abandonó a tu madre? — preguntó McVries a Garraty.

— A mi padre se lo llevaron los Escuadrones — repuso lacónicamente.

Su silencio era un reto a Parker y a los demás para que se atrevieran a abrir la boca, pero nadie respondió.

Stebbins seguía en la cola del grupo. Acababa de pasar por la parada de camioneros, y el tipo que les había dedicado el corte de mangas ya estaba sentado al volante de su vehículo, esperando que le dieran paso. En la parte delantera del grupo, los fusiles soltaron de nuevo sus macabros monosílabos. Un cuerpo giró sobre sí mismo, se tambaleó y cayó al suelo. Dos soldados lo arrastraron fuera de la carretera mientras un tercero les lanzaba una bolsa para meter el cuerpo.

— Yo tenía un tío al que se llevaron los Escuadrones — informó Wyman.

Garraty advirtió que la lengüeta del zapato izquierdo de éste se había salido de entre los cordones y aleteaba obscenamente.

— Los Escuadrones sólo se llevan a los estúpidos — declaró Collie Parker.

Garraty le miró y deseó sentirse furioso, pero se limitó a bajar la cabeza y fijar la mirada en la carretera. Estaba de acuerdo con Parker: su padre había sido un estúpido. Un maldito borracho incapaz de ahorrar dos centavos. Un hombre carente del sentido común suficiente para guardar para sí sus opiniones políticas. Garraty se sintió viejo y enfermo.

— Cierra ya tu puta boca — masculló McVries.

— ¿Quieres hacérmela cerrar tú?

— No, no tengo ganas. Sencillamente cierra la boca, maldito imbécil.

Collie Parker se dejó alcanzar por Garraty y McVries y se colocó entre los dos. Pearson y Abraham se apartaron ligeramente. Incluso los soldados se incorporaron, dispuestos a intervenir en caso de necesidad. Parker estudió a Garraty. Tenía el rostro perlado de sudor, pero su mirada seguía llena de arrogancia. Le dio a Garraty unos golpecitos tranquilizadores en el brazo.

— A veces me paso cuando hablo. No pretendía molestarte, ¿vale?

Garraty asintió con gesto cansino y Parker se volvió para observar a McVries.

— Y una mierda para ti, Jack — musitó Parker, antes de acelerar el paso y encaminarse hacia la vanguardia.

— Vaya un fantasma, ese Parker — murmuró McVries.

— No es peor que Barkovitch — respondió Abraham. — Quizá un poco mejor, incluso.

— Además — añadió Pearson, — ¿qué significa que a uno se lo lleven los Escuadrones? Eso es mucho mejor que morir, ¿no?

— ¿Cómo quieres que lo sepamos? — intervino Garraty. — ¿Cómo quieres que lo sepa ninguno de nosotros?

Su padre había sido un grandullón de cabellos rubios como la arena, con una voz estruendosa y una risa estridente que al pequeño Ray Garraty le sonaba como una montaña desmoronándose. Después de perder su camión articulado, se ganó la vida conduciendo camiones del gobierno desde Brunswick. Podría haber vivido bien si hubiera sabido guardar para sí sus opiniones políticas. Pero cuando uno trabaja para el gobierno, éste estaba doblemente pendiente de uno, doblemente dispuesto a llamar a un Escuadrón si la lealtad ofrecía dudas. Y el padre de Garraty no había demostrado ser un gran amante de la Larga Marcha, así que un día recibió un telegrama y al día siguiente dos soldados se presentaron a la puerta de su casa. Jim Garraty desapareció con ellos, profiriendo bravatas, y su esposa cerró la puerta tras ellos con las mejillas pálidas. Y cuando Ray Garraty preguntó a su madre dónde iba su padre con aquellos soldados, ella le dio un par de bofetones en la boca, haciéndole sangrar los labios, mientras le decía que se callara. Garraty no había vuelto a ver a su padre desde entonces. En aquella época el pequeño tenía apenas once años. Había sido una detención limpia, higiénica, inodora.

— Yo tenía un hermano que se metió en problemas con la ley — murmuró Baker. — No con el gobierno sino con la ley. Hurtó un coche y fue con él desde nuestro pueblo a Hattiesburg, Misisipí. Le cayó una sentencia de dos años. Ahora, mi hermano está muerto.

— ¿Muerto? — preguntó una voz de ultratumba. Olson se había aproximado al grupo. Su rostro macilento parecía ir un kilómetro por delante del resto de su cuerpo.

— Tuvo un ataque cardíaco — dijo Baker. — Sólo tenía tres años más que yo. Mamá decía siempre que era una cruz para ella, pero sólo se metió en problemas graves en esa ocasión. Yo fui peor. Durante tres años estuve en una banda de merodeadores nocturnos.

Garraty se volvió para observarle. Había un aire avergonzado en las cansadas facciones de Baker, pero también algo de dignidad, perfilada contra los rayos polvorientos de luz que se colaban entre las ramas.

— Es un delito competencia de los Escuadrones, pero no me importaba. Sólo

tenía doce años cuando empecé. Apenas éramos otra cosa que niños jugando a delincuentes nocturnos. Los mayores eran más precavidos. Nos decían que saliéramos y nos daban palmaditas de ánimo, pero ellos no se arriesgaban a ser detenidos por los Escuadrones. No, ellos no. Lo dejé después de que quemáramos una cruz en el jardín de un negro. Pasé un miedo atroz. Y vergüenza también. ¿Por qué ha de querer nadie quemar una cruz en el jardín de un negro? ¡Menuda estupidez! — Baker movió la cabeza con pesar.

En aquel instante, los fusiles volvieron a sonar.

— Ahí va otro — dijo Scramm. Su voz sonó obstruida y nasal, y se limpió la nariz con el dorso de la mano.

— Treinta y cuatro — añadió Pearson. Sacó una moneda de un bolsillo y la metió en el otro. — He traído noventa y nueve monedas de un centavo. Cada vez que a alguien le dan el pasaporte, cambio una de bolsillo. Y cuando…

— ¡Eres un maldito gilipollas! — dijo Olson. Sus ojos vidriosos miraban a Pearson ominosamente. — ¿También has traído tu reloj de la muerte? ¿Tus muñecos de vudú?

Pearson no respondió. Observó el campo en barbecho junto al que avanzaban, con aire nervioso y avergonzado. Por último, murmuró:

— No tenía intención de mencionárselo a nadie… Sólo era para que me diera suerte.

— Jodido bastardo — gruñó Olson.

— ¡Déjalo ya! — dijo Abraham. — Me estás poniendo nervioso.

Garraty echó un vistazo a su reloj. Eran las 8.20. Quedaban cuarenta minutos para el desayuno. Pensó en lo magnífico que sería colarse en alguno de aquellos merenderos que salpicaban la carretera (¡oh, Señor, qué alivio poder hacer siquiera eso!) y pedir un filete con cebollas fritas, y una ración de patatas fritas y un gran helado de vainilla con salsa de fresas. O quizá un gran plato de espaguetis y albóndigas, con pan italiano y una ración de guisantes en mantequilla. Y leche. Una jarra entera de leche. Al diablo con los tubos de concentrados y las cantimploras de agua destilada. Leche y comida de verdad, y un lugar donde sentarse a comer y beber. ¿No sería maravilloso?

Delante de él, una familia de cinco miembros — papá, mamá, el niño, la niña y la abuela de sienes plateadas — estaba tendida bajo un gran olmo, disfrutando de un picnic matinal de bocadillos y algo que parecía chocolate caliente. Todos vitorearon alegremente a los marchadores.

— Vaya gente más desconsiderada — murmuró Garraty.

— ¿A qué te refieres? — preguntó McVries.

— Pues a que me gustaría sentarme a comer con esos de ahí.

Garraty devolvió el saludo y sonrió, reservando la parte más resplandeciente de su

sonrisa a la abuela, que correspondía agitando la mano y mascando…, bien, rumiando sería más próximo a la verdad, algo que parecía un bocadillo de huevo y ensalada.

— Pero yo no me sentaría ahí a comer mientras un grupo de gente famélica…

— No estamos famélicos, Garraty. Sólo nos lo parece.

—… de gente hambrienta, entonces.

— La mente sobre la materia — salmodió McVries en una mala imitación de W. C. Fields. — La mente sobre la materia, mi joven amigo.

— ¡Vete al infierno! Sencillamente, no quieres reconocerlo: esa gente es un hatajo de animales. Quieren ver los sesos de alguno en el asfalto. Para eso vienen.

— ¿No dijiste que tú mismo habías presenciado la Larga Marcha cuando eras pequeño? respondió McVries.

— ¡Sí, pero entonces no sabía lo que hacía!

— Y eso ya te justifica, ¿verdad? — insistió McVries, emitiendo una breve risa. — Naturalmente que son unos animales. ¿Crees que has hecho un gran descubrimiento? A veces me sorprende lo ingenuo que llegas a ser. Los franceses se dedicaban a follar después de las ejecuciones en la guillotina. Los antiguos romanos llenaban las gradas de los circos durante los combates de gladiadores. Es el espectáculo, Garraty. No es ninguna novedad.

Se echó a reír de nuevo y Garraty le contempló.

— Vamos, ya estás en la segunda base, McVries — dijo una voz. — ¿No quieres intentar la tercera?

Garraty no tuvo necesidad de volverse. Era Stebbins, naturalmente. Stebbins, el Buda flaco. Sus pies le transportaban automáticamente, pero tuvo la vaga sensación de que los tenía hinchados y resbaladizos, como si se estuvieran llenando de pus.

— La muerte constituye un gran estímulo para los apetitos — dijo McVries. — ¿Qué me decís de esas dos chicas y Gribble? Ellas querían saber qué era joder con un muerto. Querían algo completamente nuevo y diferente. No sé si Gribble se dio cuenta de ello, pero seguro que ellas sí. Da igual si se trata de comer, de beber o de cualquier otra cosa. Todo gusta más, sabe mejor y se siente más intensamente porque se está mirando a un muerto.

»Pero ni siquiera ése es el objeto real de esta pequeña expedición, Garraty. Lo fundamental es que los listos son ellos. No son ellos los arrojados a los leones. No son ellos los que se tambalean por el asfalto con la esperanza de no tener la urgencia de una meadita cuando se tienen ya dos avisos. Y el estúpido eres tú, Garraty. Tú y yo y Pearson y Barkovitch y Stebbins. Todos somos los estúpidos. Scramm lo es porque cree comprenderlo todo, y no es así. Olson lo es porque ha entendido demasiadas cosas demasiado tarde. Ellos son animales, de acuerdo, pero ¿por qué crees que eso nos convierte a nosotros en seres humanos?

Hizo una pausa, casi sin respiración.

— Bueno, tú has empezado y me has hecho hablar — añadió. — Ha sido el pequeño sermón número trescientos de una serie de seis mil… Probablemente, con esto he reducido en cinco horas mis expectativas de vida.

— Entonces, ¿por qué estás aquí? — le preguntó Garraty. — Si lo sabes y estás tan seguro, ¿por qué estás aquí?

— Por la misma razón que estamos aquí todos — dijo Stebbins con una sonrisa. Sus labios estaban ligeramente cuarteados por el sol; por lo demás, su rostro no mostraba todavía arrugas y tenía un aire invencible. — Queremos morir, por eso estamos aquí. ¿Por qué si no, Garraty? ¿Por qué si no?

8

Tres, seis, nueve, el pato vino bebe. En la cola del tranvía, el mono tabaco masca. La cola rota está, el mono atragantado está, y todos al cielo se han ido remando en una barca.

Canción infantil

Ray Garraty se ciñó el cinturón de concentrados alimenticios alrededor de la cintura y se dijo que no comería absolutamente nada hasta las nueve y media. Su estómago gruñía y se quejaba. Alrededor, los Marchadores celebraban compulsivamente las primeras veinticuatro horas en la carretera.

Scramm sonrió a Garraty con la boca llena de pasta de queso. Baker había sacado el recipiente de las aceitunas y se las iba llevando a la boca con regularidad. Pearson estaba dando cuenta de unas galletas saladas con pasta de atún, y McVries mascaba lentamente pasta de pollo. Tenía los ojos entrecerrados, como si sintiera un dolor extremo o se encontrara en la cumbre del placer.

Otros dos Marchadores habían sido eliminados entre las ocho y media y las nueve. Uno de ellos había sido Wayne, el que había recibido los gritos de ánimo del encargado de la gasolinera antes del amanecer. Con todo, habían cubierto más de 150 kilómetros y el grupo había mermado sólo en treinta y seis Marchadores. Resultaba asombroso, pensó Garraty, notando la saliva en la boca mientras McVries extraía el último gramo de concentrado de pollo y lanzaba el tubo vacío a un lado de la carretera. Muy bien, se dijo Garraty, ya podían caer todos reventados allí mismo.

Un adolescente con unos vaqueros ajustados y un ama de casa de mediana edad se lanzaron por el tubo vacío de McVries, que había dejado de ser un objeto de utilidad para convertirse en recuerdo a conservar. La mujer estaba más cerca, pero el muchacho fue más rápido y le ganó por medio cuerpo. «¡Gracias!», vociferó a McVries, mientras sostenía en alto el tubo retorcido. Luego, el muchacho regresó junto a su pandilla, todavía enarbolando el tubo. La mujer le siguió con la mirada y gesto irritado.

— ¿No comes? — preguntó McVries.

— Me obligo a esperar.

— ¿A qué?

— A que sean las nueve y media.

— ¿Es parte de los viejos hábitos de autodisciplina? — repuso McVries.

Garraty se encogió de hombros, dispuesto a recibir un comentario sarcástico, pero McVries se limitó a seguir mirándole.

—¿Sabes una cosa? —dijo por último. —Si tuviera un dólar… un solo dólar… lo apostaría por ti, Garraty. Creo que tienes posibilidades de ganar esta competición.

—¿Intentas echarme mal de ojo? —se burló Garraty.

—¿Cómo?

—Mal de ojo. Como cuando se le dice a un jugador de baloncesto que no puede fallar el tiro libre.

—Quizá sea así. —repuso McVries, y extendió las manos ante sí.

Garraty observó que le temblaban ligeramente. McVries frunció el entrecejo al comprobarlo; su expresión era casi la de un lunático.

—Espero que Barkovitch recoja pronto su pasaporte —dijo por fin.

—Pete… —dijo Garraty.

—¿Qué?

—Si tuvieras que empezar con esto otra vez… Si supieras que llegarías hasta aquí y que todavía estarías andando, ¿volverías a hacerlo?

McVries bajó las manos y lo miró. —¿Estás de broma?

—No. Lo pregunto en serio.

—Pues no creo que lo hiciera otra vez aunque el Comandante me pusiera su pistola en los riñones. Esto es lo más parecido al suicidio, sólo que el suicidio normal es más rápido.

—Es cierto —terció Olson. —Jodidamente cierto. —Les dedicó una sonrisa hueca, como de campo de concentración.

Diez minutos después cruzaron bajo una enorme pancarta rojiblanca que proclamaba:

¡KILÓMETRO 160!
¡FELICITACIONES DE LA CÁMARA DE COMERCIO DE JEFFERSON PLANTATION!
¡FELICITACIONES A LOS MARCHADORES DEL CLUB CENTURY!

—Yo sé dónde se pueden meter su maldito club Century —masculló Collie Parker.

De pronto, las manchas de bosque renacido de pinos y abetos que habían bordeado hasta entonces la carretera en pequeñas arboledas desaparecieron, ocultas por la primera multitud auténtica que encontraban en la Marcha. Una ovación de ánimo surgió de ella, seguido de otra y otra. Era como el oleaje al batir contra el acantilado. Los flashes de las cámaras les acribiliaron, desorientándoles. La policía estatal contenía a las apretadas filas de espectadores, y en los arcenes se habían tendido cintas de plástico anaranjado brillante para mantener libre la calzada. Un agente pugnaba con un chiquillo que gritaba. El muchacho tenía la cara tiznada y la nariz mocosa. Llevaba un planeador de juguete en una mano y una libreta de autógrafos en la otra.

— ¡Caray! — gritó Baker. — ¡Mirad eso, mirad a toda esa gente!

Collie Parker saludaba con la mano en alto y sonreía, y Garraty se acercó a él para oírle decir con su acento del Medio Oeste:

— Me alegro de veros, hatajo de mamarrachos. — Otra sonrisa y otro saludo. — ¿Cómo estás, mamá McCree, viejo saco de patatas? Tu cara y mi culo hacen buena pareja. ¿Cómo estáis, cómo estáis?

Garraty soltó una risita histérica. Un tipo de la primera fila de espectadores, con un chapucero cartel en el que se leía el nombre de Scramm, llevaba abierta la bragueta. En la segunda fila, una gorda con un ridículo traje amarillo estaba siendo triturada entre tres estudiantes que lucían la camiseta de su universidad y apuraban una cerveza tras otra. Grasa triturada, pensó Garraty, y se echó a reír con más fuerza.

Te vas a poner histérico, se advirtió. ¡Oh, Señor! No lo permitas… Tienes que pensar en Gribble… No te dejes…

Pero no logró evitarlo. La risa surgió estentórea de su boca hasta que su estómago quedó hecho un nudo, y siguió avanzando con las piernas dobladas. Alguien le gritaba algo por encima del rugido de la multitud.

— ¡Ray! ¡Ray! ¿Qué sucede? ¿Estás bien?

— ¡Son tan divertidos! — Garraty casi lloraba de risa —. Pete, son tan divertidos… Son… son… ¡tan divertidos!

Una niña de expresión adusta con un sucio bañador estaba sentada en el suelo con aire enfurruñado y el entrecejo fruncido. Cuando pasaron ante ella, les hizo una mueca horrible. Garraty soltó otra carcajada y casi cayó al suelo. Recibió un aviso. Era extraño: pese al ruido, seguía captando los avisos con toda claridad.

Podría morir, pensó. Podría morir riendo. ¿No sería eso una auténtica sorpresa?

Collie seguía sonriendo alegremente, saludando con la mano y lanzando insultos contra espectadores y periodistas, y aquello parecía lo más divertido. Garraty cayó de rodillas al suelo y recibió un nuevo aviso. Continuó riendo en accesos breves, como ladridos, que era cuanto daban de sí sus pulmones.

— ¡Va a vomitar! — gritó alguien. — ¡Mírale, Alice, va a vomitar!

— ¡Garraty! ¡Garraty, por el amor de Dios! — gritaba McVries a su lado.

Pasó un brazo por la espalda de Garraty y le asió por la axila. Consiguió que se pusiera otra vez en pie y avanzara con paso vacilante.

— ¡Oh, Dios! — jadeó Garraty. — ¡Me están matando! ¡No… no puedo…!

Y prorrumpió en una débil risa. Sus rodillas cedieron. McVries volvió a levantarle. El cuello de la camisa de Garraty se desgarró. Los dos recibieron un aviso. Ese es mi último aviso, pensó Garraty vagamente. Estoy camino de ver por fin esos prados de que tanto hablan. Lo siento, Jan, yo…

— ¡Vamos ya, idiota, no puedo llevarte a rastras! — susurró McVries.

— ¡No puedo! — jadeó Garraty. — No puedo respirar, yo…

McVries le dio dos rápidos bofetones en las mejillas. Después se apartó de él rápidamente, sin mirar atrás.

Garraty dejó de reír, pero su estómago era de gelatina y sus pulmones parecían incapaces de oxigenarse otra vez. Se tambaleó como un borracho, zigzagueó e intentó recuperar la respiración. Ante sus ojos danzaban puntos negros, y una parte de él comprendió lo cerca que estaba de desvanecerse. Uno de sus pies tropezó con el otro, trastabilló y casi cayó, pero de algún modo consiguió recuperar el equilibrio.

Si caigo, estoy muerto, se dijo. Jamás me levantaré.

Los espectadores le estaban observando. Los vítores habían callado para dar paso a un murmullo sordo, oscuramente lascivo. Estaban esperando a que cayera.

Siguió caminando, concentrado en poner un pie delante del otro. Cierta vez, en la escuela, había leído un cuento de un tipo llamado Ray Bradbury acerca de las multitudes que se reúnen en los escenarios de accidentes mortales. Decía que esas multitudes tienen siempre los mismos rostros, y que parecen saber si la víctima vivirá o morirá. Yo viviré un poco más, se dijo. Lo conseguiré. Voy a vivir un poco más…

Obligó a sus pies a avanzar con la cadencia precisa. Borró de su mente todo lo demás, incluida Jan. Ni siquiera pensó en el calor, en Collie Parker o en D'Allessio el Bizco. Ni siquiera advirtió el dolor sordo y constante de sus pies y la helada rigidez de los músculos y tendones en las corvas. Sólo una idea latía en su cerebro como un gran timbal: Viviré un poco más. Viviré un poco más. Viviré un poco más. Hasta que las palabras perdieron sentido y dejaron de significar algo.

Fue el disparo de los fusiles lo que le sacó de su ensimismamiento. Entre los susurros silenciosos de la muchedumbre, el estampido resultó sorprendentemente sonoro, y Garraty oyó gritar a alguien. Bueno, se dijo, ahora ya lo sabes. Has vivido lo bastante para oír los disparos, lo suficiente para oír tus propios gritos…

Pero, en ese instante uno de sus pies tropezó con un guijarro y sintió el dolor y comprendió que no era a él a quien habían dado el pasaporte, sino al número 64, un chico agradable y sonriente llamado Frank Morgan. Ya estaban arrastrando a Frank Morgan fuera de la carretera. Llevaba las gafas colgando y dando tumbos por el asfalto, enganchadas todavía a su oreja derecha. El cristal de la izquierda estaba roto.

— No estoy muerto — dijo, todavía confuso.

La sorprendente conclusión llegó hasta él como una cálida ola azul que amenazó con derretir de nuevo sus piernas.

— No, pero deberías estarlo — dijo McVries.

— Tú le has salvado — dijo Olson, como si pronunciara una maldición. — ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué? — Olson tenía los ojos tan brillantes e inexpresivos como dos picaportes. — Te mataría si pudiera. Vas a morir, McVries. Espera y verás. Dios va a fulminarte por lo que has hecho, va a eliminarte como a un perro. — Su voz sonaba apagada.

Garraty casi podía oler en ella la mortaja. Se llevó las manos a la boca y emitió un gemido. Lo cierto era que el olor de mortaja estaba presente en todos ellos.

— Vete al infierno — replicó McVries. — Pago mis deudas, eso es todo. — Se volvió hacia Garraty y añadió — : Estamos en paz. Se acabó, ¿de acuerdo?

Se apartó sin prisas, y pronto no fue más que otra camiseta de color a veinte metros de distancia.

Garraty fue recuperando el resuello muy lentamente, y durante un largo trecho notó una punzada en el costado, pero finalmente desapareció. McVries le había salvado la vida. Se había puesto histérico, había sufrido un ataque de risa y McVries le había salvado de ser eliminado. «Estamos en paz. Se acabó, ¿de acuerdo?» De acuerdo.

— ¡Dios le castigará! — gritaba Hank Olson. — ¡Lo fulminará!

— ¡Cállate o seré yo quien te fulmine a ti! — replicó Abraham.

El día se hizo todavía más caluroso y surgieron pequeñas discusiones llenas de indirectas. La enorme multitud se redujo un poco cuando salieron del radio de acción de las cámaras de televisión y los micrófonos, pero no desapareció ni se limitó a grupos aislados de espectadores. La muchedumbre había hecho acto de presencia, y ya no iba a abandonarles. La gente se fundía en un gran rostro anónimo, una cara insípida y ansiosa que se repetía kilómetro tras kilómetro. Una cara que poblaba dinteles, jardines, caminos, zonas de picnic, gasolineras (donde los propietarios cobraban entrada) y, en la siguiente población que cruzaron, ambas aceras de la calle principal y el aparcamiento del supermercado. El rostro anónimo hacía fotografías, gesticulaba y animaba, pero siempre seguía fundamentalmente igual. Contemplaba con avidez a Wyman agacharse para hacer funcionar sus tripas. Hombres, mujeres, niños… El rostro anónimo era siempre el mismo, y Garraty se cansó de él muy pronto.

Quería hablar con McVries pero, por alguna razón, dudaba que éste deseara oír su agradecimiento. Le vio en la cabeza del grupo, caminando detrás de Barkovitch. Tenía la mirada fija en la nuca de éste.

Las nueve y media. La multitud parecía incrementar el calor, y Garraty se desabrochó la camisa hasta la hebilla del cinturón. Se preguntó si D'Allessio el Bizco se habría enterado de que le daban el pasaporte. Supuso que, de todos modos, saberlo no habría cambiado las cosas para él.

La carretera tenía una pendiente muy pronunciada y la multitud desapareció momentáneamente mientras subían el paso elevado sobre cuatro líneas férreas que corrían en dirección este/oeste, refulgiendo cálidamente en su lecho de cenizas. Arriba, mientras cruzaban un puente de madera, Garraty divisó a lo lejos otro cinturón de arboledas, y a izquierda y derecha la zona urbanizada, casi residencial, que acababan de pasar.

Una brisa refrescante acarició su piel sudorosa, haciéndole estremecerse. Scramm estornudó sonoramente tres veces.

— ¡Me estoy resfriando! — anunció, malhumorado.

— Eso te dejará sin energías — dijo Pearson. — Es una mala cosa.

— Sólo tendré que esforzarme más — replicó Scramm.

— Debes de estar hecho de acero… — insistió Pearson. — Si yo me resfriara, me dejaría caer y que me mataran. Así de escaso ando de energías.

— ¡Déjate caer y muérete ya! — aulló Barkovitch. — ¡Y ahórranos energía a los demás!

— ¡Cállate y sigue caminando, cabrón! — replicó McVries.

Barkovitch se volvió a mirarle.

— ¿Por qué no dejas de caminar detrás de mí, McVries? Vete a otra parte.

— La carretera es de todos. Camino por donde me da la puñetera gana.

Barkovitch carraspeó, escupió y le dedicó un gesto obsceno.

Garraty abrió un tubo de concentrado y se puso a comer crema de queso con galletas. Su estómago gruñó con el primer bocado y tuvo que esforzarse para no devorar todas las provisiones. Exprimió un tubo de carne y lo engulló apresuradamente. Después lo acompañó con un buen trago de agua y se obligó a no comer más.

Pasaron junto a una serrería. Los obreros estaban de pie sobre pilas de tablones, recortados contra el cielo como pieles rojas, agitando las manos hacia los Marchadores. Después, éstos se encontraron de nuevo en el bosque y el silencio se abatió sobre el grupo. Naturalmente, el silencio no era tal: los Marchadores hablaban, el vehículo oruga avanzaba por el asfalto, alguien jadeaba, otro reía, y otro emitía gruñidos de desesperación. Los arcenes de la calzada seguían llenos de espectadores, pero la gran multitud del club Century había desaparecido y, en comparación, parecían callados. Los pájaros trinaban en las copas de los árboles, la brisa aliviaba el calor unos instantes con alguna ráfaga furtiva, como un alma en pena. Una ardilla parda se detuvo en una rama alta, con la cola erguida y los ojillos negros muy atentos, sosteniendo entre sus manos ratoniles una nuez. Les dedicó un chillido, se escurrió tronco arriba y desapareció. Un avión zumbó a lo lejos como una mosca gigantesca.

A Garraty le pareció que todo el mundo le hacía un vacío de silencio. McVries seguía caminando detrás de Barkovitch. Pearson y Baker hablaban de ajedrez. Abraham comía ruidosamente y se limpiaba las manos en la camiseta. Scramm había rasgado un trozo de su camiseta y lo utilizaba como pañuelo. Collie Parker charlaba de chicas con Wyman. Y Olson… Garraty no quería ni mirar a Olson, quien parecía querer implicar a todo el mundo como instigadores o cómplices de su propia y cercana muerte.

Así pues, Garraty empezó a retroceder posiciones, con cuidado, un poco cada vez

(muy atento a sus tres avisos), hasta que estuvo a la altura de Stebbins. Sus pantalones púrpura estaban ahora llenos de polvo. Bajo las axilas su camisa de cambray lucía unos grandes círculos oscuros de sudor. Fuera Stebbins lo que fuese, desde luego no era Superman. Sus ojos se posaron un instante en los de Garraty, como interrogándole, y volvió a clavarlos en la carretera. El bulto de sus vértebras cervicales era muy pronunciado.

— ¿Cómo es que no hay más espectadores? — preguntó Garraty con voz titubeante.

Durante un largo segundo, creyó que Stebbins no iba a responder. Finalmente, éste apartó el cabello de la frente y contestó:

— Ya vendrán. Espera un poco. Ocuparán los tejados en tres filas para verte.

— He oído decir que hay miles de millones en apuestas durante la Marcha. Yo pensaba que estarían apretujados en los arcenes durante todo el recorrido. Y que habría cámaras de televisión…

— No es conveniente.

— ¿Por qué?

— ¿Por qué lo preguntas?

— Porque tú lo sabes — repuso Garraty exasperado.

— ¿Cómo lo sabes?

— ¡Cielo santo!, me recuerdas a la oruga de Alicia en el País de las Maravillas. ¿Tú nunca hablas por hablar? — ¿Cuánto tiempo durarías con la gente gritándote desde ambos lados de la carretera? Sólo el olor corporal podría volverte loco al cabo de un rato. Sería como caminar quinientos kilómetros por Times Square en Nochevieja.

— Pero la gente puede venir, ¿verdad? Alguien dijo que a partir de Oldtown había multitudes.

— De todos modos, yo no soy la oruga — ironizó Stebbins con una sonrisa sigilosa. — Más bien soy el estilo del conejo blanco, ¿no te parece? Salvo que he dejado el reloj de oro en casa y nadie me ha invitado a tomar el té. Al menos, que yo sepa nadie lo ha hecho. Quizá sea eso lo que pida cuando me pregunten qué deseo como Premio. Sí, cuando me lo pregunten les diré: «Bueno, quiero que me inviten a tomar el té.”

— ¡Maldita sea!

Stebbins ensanchó su sonrisa, pero sólo se trataba de un nuevo ejercicio de estiramiento de labios.

— Sí, a partir de Oldtown y alrededores ya no hay freno. Pero para entonces ninguno de nosotros estará para asuntos mundanos como el olor corporal. Y a partir de Augusta hay un seguimiento continuado por televisión. Después de todo, la Larga Marcha es el pasatiempo nacional.

— Entonces, ¿por qué no hay nadie aquí?

— Es demasiado pronto — murmuró Stebbins.

En la siguiente curva se oyeron de nuevo los fusiles, y un faisán alzó el vuelo de unos matorrales con un electrizante batir de alas. Cuando Garraty y Stebbins tomaron la curva, la bolsa del cadáver ya estaba cerrada. Un trabajo rápido. Se quedaron sin saber quién había sido.

— Llega un momento en que la gente deja de importar — dijo Stebbins, — lo mismo como estímulo que como estorbo. Deja de estar ahí. Es como un hombre en una cápsula, digamos. Uno se aisla de la multitud.

— Creo que te entiendo — asintió Garraty. Se sentía apocado.

— Si lo entendieras, no te habrías dejado llevar por la histeria hace un rato, ni habrías necesitado que tu amigo te salvara el pellejo. Pero acabarás entendiéndolo.

— ¿Cuánto se llega uno a aislar?

— ¿Cuánto crees que puedes aislarte tú?

— No lo sé.

— Bien, eso también tendrás que descubrirlo. Profundizarás en lo más profundo de Garraty. Suena como un anuncio de viajes, ¿no? Profundizarás hasta que des con la roca viva. Y luego seguirás ahondando en ella. Y por fin llegarás al fondo. Eso es lo que creo. Oigamos ahora tu versión.

Garraty permaneció callado. En ése instante no tenía ninguna versión que ofrecer.

La Larga Marcha continuó adelante. Y el calor. El sol estaba ahora suspendido sobre la línea de árboles por entre los que cruzaba la carretera. Las sombras de los Marchadores eran las de unos robustos enanos. Hacia las diez, uno de los soldados desapareció por la abertura posterior del vehículo oruga y reapareció con una larga percha. Los dos tercios superiores de ésta iban envueltos en una tela. Tras cerrar la escotilla, colocó el extremo de la percha en una rendija, metió la mano bajo la tela y manipuló algo, probablemente un resorte. Un instante después, un parasol marrón grisáceo se abrió sonoramente, dejando en sombras la mayor parte de la superficie metálica del vehículo. El soldado y sus dos compañeros de guardia se sentaron con las piernas cruzadas a la sombra del parasol militar.

— ¡Malditos hijos de puta! — gritó alguien — ¡Voy a pedir como Premio vuestra castración en público!

Los soldados no parecieron inquietarse por la amenaza. Continuaron observando a los Marchadores con miradas inexpresivas y consultando en ocasiones el ordenador del vehículo.

— Probablemente después descargan todo eso en sus mujeres — dijo Garraty. — Cuando la Marcha termina.

— ¡Ah!, estoy seguro de ello — confirmó Stebbins con una carcajada.

Garraty ya no quería seguir caminando junto a Stebbins. De momento no.

Stebbins le ponía nervioso y sólo podía tragarlo a pequeñas dosis. Aceleró el paso, dejándole solo de nuevo. Las 10.02. Dentro de veintitrés minutos se libraría de uno de los avisos. Sin embargo, de momento seguía con tres. El hecho no le asustaba tanto como había previsto. Conservaba todavía la certeza de que aquel organismo llamado Ray Garraty no podía morir. Los otros sí podían, pues eran meros extras en la película de su vida, pero no Ray Garraty, protagonista del prolongado éxito de la pantalla La historia de Ray Garraty. Quizá llegara un momento en que se diera cuenta de la irrealidad de su convicción, tanto intelectual como emocionalmente… Acaso fuera aquélla la profundidad última de que había hablado Stebbins. Fue un pensamiento incómodo.

Sin advertirlo, había avanzado a tres cuartas partes del pelotón. Volvía a estar detrás de McVries. Ahora iban tres en una especie de grupito agobiado por la fatiga: Barkovitch delante, intentando mantener un aire amenazante, sin llegar a conseguirlo del todo; después McVries, con la cabeza abatida, las manos semicerradas y una leve cojera en la pierna izquierda; por último, cerrando la fila, el protagonista de La historia de Ray Garraty en persona. ¿Qué aspecto tendría él?, se preguntó.

Se frotó una mejilla y oyó el raspar de la mano contra su barba incipiente. Probablemente tampoco su aspecto era muy impresionante.

Apretó un poco el paso hasta situarse hombro con hombro junto a McVries, que le miró por un instante y clavó de nuevo la vista en Barkovitch. Sus ojos estaban apagados y era difícil leer nada en ellos.

Ascendieron una rampa corta, empinada y furiosamente bañada por el sol, y cruzaron un nuevo puente. Pasaron quince minutos, luego veinte. McVries no decía nada. Garraty carraspeó un par de veces pero no llegó a abrir la boca. Pensó que cuanto más se tardaba en hablar, más difícil era luego romper el silencio. Tal vez McVries estaba ahora furioso por haberle salvado, arrepentido de ello. La idea le provocó un vacío en el estómago. Todo era irremediable, estúpido e inútil; sobre todo eso, condenadamente inútil, tanto que resultaba de veras lastimoso. Abrió la boca para decírselo a McVries pero, antes de poder hacerlo, masculló unas palabras.

— Todo está en orden.

Barkovitch dio un respingo al oír la voz, y McVries añadió:

— No va por ti, asesino. Nada va a estar nunca en orden en lo que a ti respecta. Sigue caminando.

— Bésame el culo — replicó Barkovitch.

— Me parece que te he causado problemas — dijo Garraty en voz baja.

— Ya te lo dije, lo justo es justo, y ahora estamos en paz — respondió McVries. — No volvería a hacerlo. Quiero que lo sepas.

— Lo comprendo. Sólo…

— ¡No me haga daño! — gritó una voz. — ¡Por favor, no me haga daño!

Era un pelirrojo con una camisa a cuadros atada a la cintura. Se había detenido en medio de la carretera y estaba llorando. Recibió el primer aviso. Entonces corrió hacia el vehículo oruga, con lágrimas en su rostro sucio y sudoroso y el cabello rojo encendido bajo el sol.

— ¡No…! Yo… Por favor, mi madre… No puedo… no puedo más… ¡Mis pies…!

Intentó escalar el costado del vehículo y uno de los soldados descargó la culata de su arma sobre las manos del muchacho. Este gritó y cayó al suelo.

Y volvió a gritar. Un grito agudo, increíblemente alto, casi lo bastante para hacer estallar el cristal. Y ese grito era:

— ¡Mis pieeeeeeeeeeeeeeeee…!

— ¡Dios mío! — murmuró Garraty. — ¿Por qué no se calla?

El grito seguía y seguía.

— Dudo que pueda — respondió McVries con ironía. — La cadena trasera le ha pasado por encima de las piernas.

Garraty miró y sintió que el estómago se le revolvía. Era cierto. No era extraño que el pelirrojo estuviera gritando por sus pies. Habían quedado aplastados.

— ¡Aviso! ¡Aviso, número 38!

— ¡… eeeeeeeeeeeeeeeeee…!

— Quiero irme a casa — dijo una voz queda detrás de Garraty. — ¡Jesús, cuánto deseo irme a casa!

Un momento después, la cabeza del chico pelirrojo quedó hecha añicos.

— Yo voy a ver a mi chica en Freeport — afirmó rápidamente Garraty. — Y no voy a recibir más avisos y voy a darle un beso, porque la quiero y…, ¡Dios mío!, ¿le viste las piernas? Y todavía seguían dándole avisos, como si pensaran que iba a levantarse y caminar…

— Otro muchachito camino de la ciudad dorada, ja, ja — empezó a entonar Barkovitch.

— ¡Cállate, asesino! — mascullo McVries. — ¿Es muy guapa, Ray? Tu chica, quiero decir…

— Es guapísima. La quiero.

— ¿Te casarás con ella?

— Sí. Vamos a ser gente sencilla y normal; cuatro hijos y un perro de raza… Sus piernas… ¡No tenía piernas! ¡No se puede atropellar a uno, eso no está en las reglas, y ellos le arrollaron! Alguien tendría que informar de esto, alguien…

— Dos chicos y dos chicas. ¿Es eso lo que vais a tener?

— Sí, sí. Ella es guapísima. Sólo quisiera no haber…

— Y el primer chico se llamará Ray Júnior y el perro tendrá un plato con su nombre grabado, ¿verdad?

Garraty levantó lentamente la cabeza, como un boxeador medio sonado.

— ¿Te estás burlando o qué?

— ¡No! — exclamó Barkovitch. — ¡Se está cagando en ti! No lo olvides. Pero tranquilo, no te preocupes, también bailaré sobre su tumba. — Dejó escapar una breve carcajada.

— ¡Cállate, cabrón! — dijo una vez más McVries. — No me burlo de ti, Ray. Vamos, apartémonos de ese cabrón.

— ¡Que os den por el culo! — gritó Barkovitch en respuesta.

— ¿Te quiere tu chica?

— Sí, creo que sí — contestó Garraty. McVries meneó la cabeza.

— Todas esas tonterías románticas… — dijo. — Sí, son ciertas; al menos para algunas personas, durante breves períodos, lo son. Para mí lo fueron. Sentía lo mismo que tú ahora. Observó a Garraty y añadió — : ¿Todavía quieres conocer el origen de la cicatriz?

Doblaron una curva y un montón de niños excursionistas les saludaron y vitorearon.

— Sí — dijo Garraty.

— ¿Por qué?

McVries miró a Garraty, pero sus ojos, repentinamente inermes, parecían estar mirándose a sí mismo.

— Quiero ayudarte — murmuró Garraty. McVries dirigió la mirada hacia su pie izquierdo.

— Me duele. Ya no puedo mover los dedos. Tengo el cuello rígido y me duelen los riñones Mi chica resultó una zorra, Garraty. Yo me metí en esta mierda de la Larga Marcha igual que muchos tipos se alistaban en la Legión Extranjera. En palabras del gran poeta del rock and roll, yo le entregué mi corazón, ella lo hizo trizas, y a quién le importa un pimiento.

Garraty no respondió. Eran las 10.30. Freeport quedaba lejos todavía.

— Ella se llamaba Priscilla — dijo McVries. — ¿Creías ser un caso especial? Yo era un romántico enamorado que solía besarle las yemas de los dedos. Incluso le leía a Keats en la parte de atrás de la casa, cuando el viento soplaba en la buena dirección. Su padre tenía vacas, y el olor a mierda de vaca resulta, por decirlo del modo más delicado, muy especial cuando se recita a ese gran poeta. Quizá debería haberle leído a Swmburne, cuando el viento venía contrario.

McVries se echó a reír, pero Garraty replicó:

— Estás engañando tus propios sentimientos.

— Eres tú el que está fingiendo, Ray, aunque eso no importe mucho. Lo único que recuerdas es el gran romance, no las veces en que volvías a tu casa y tenías que masturbarte después de susurrarle palabras de amor a su oído nacarado como una

ostra.

— Tú te engañas a tu manera, yo a la mía. McVries pareció no oírle.

— Estas cosas ni siquiera merecen la pena hablarse — murmuró. — Me disgustan todos esos autores que escriben sobre amores juveniles. Casi han destruido la adolescencia, Garraty. Si tienes dieciséis años y los lees, ya no puedes hablar más de un amor adolescente con sinceridad. Enseguida pareces un obseso sexual en plena erección.

McVries rió histéricamente. Garraty no sabía a qué se refería su compañero. Estaba seguro de que amaba a Jan, y no sentía la menor vergüenza o timidez al respecto. Los pies hollaban el asfalto. Garraty notó que le vacilaba el tacón derecho. Pronto, los clavos se soltarían y el tacón se desprendería del zapato como una piel seca. Detrás de ellos, Scramm tenía un acceso de tos. Era la Marcha lo que preocupaba a Garraty, no toda aquella basura sobre el amor romántico.

— Pero eso no tiene nada que ver con la historia — dijo McVries, como si le leyera la mente. — Lo de la cicatriz. Fue el verano pasado. Los dos queríamos irnos de casa, lejos de nuestros padres, del hedor a mierda de vaca, para que nuestro gran romance pudiera florecer en toda su plenitud. Por eso nos buscamos un empleo en una fábrica de pijamas de Nueva Jersey. ¿Cómo te suena eso, Garraty? Una fábrica de pijamas en Nueva Jersey.

»Alquilamos unos apartamentos separados en Newark. Una gran ciudad, Newark. Hay días en que puede olerse la peste de toda la mierda de vaca de Nueva Jersey. Nuestros padres protestaron un poco, pero un buen empleo de verano y el detalle de los apartamentos separados hicieron que las protestas no fueran muchas. Yo estaba con otros dos chicos y Pris vivía con tres chicas. Salimos el tres de junio en mi coche y nos detuvimos una vez, hacia las cuatro de la tarde, en un motel, donde nos libramos del problema de la virginidad. Me sentí un auténtico rufián. Ella no quería hacer el amor, pero deseaba complacerme. Eso fue en el motel Shady Nook. Cuando hubimos terminado, arrojé el preservativo por el retrete y me enjuagué la boca. Fue todo muy romántico, muy etéreo.

»Después continuamos hasta Newark, donde el olor de la mierda de vaca nos parecía diferente. La dejé en su apartamento y seguí hasta el mío. El lunes siguiente empezamos a trabajar en la fábrica de lencería Plymouth. No se parecía en nada a las películas. Apestaba a tela virgen y el encargado era un cerdo, y durante el descanso del bocadillo solíamos lanzarles ganchos de embalador a las ratas que aparecían bajo los fardos de tejido. Pero a mí no me importaba porque tenía el amor. ¿Entiendes? Tenía el amor.

Escupió sobre el polvo del arcén, bebió un trago de su cantimplora y pidió otra con un grito. Estaban ascendiendo una colina larga, de curvas peraltadas, y las palabras surgían ahora como jadeos.

— Pris estaba en la planta baja, la que enseñaban a los turistas idiotas que no tenían otra cosa mejor que hacer que visitar las instalaciones acompañados de un guía, para admirar cómo se fabricaban sus pijamas. Allá abajo, donde trabajaba Pris, se estaba bien. Hermosas paredes de colores pastel, maquinaria moderna y cuidada, aire acondicionado. Pris cosía botones de siete a tres. Piensa en eso, por todo el país hay hombres que usan pijamas que se abrochan con botones cosidos por Priscilla. Es un pensamiento que puede inflamar el corazón más frío.

»Yo estaba en el cuarto piso. Era ensacador. En el sótano se teñía el tejido virgen y se enviaba al cuarto piso por tubos de aire caliente. Cuando ya estaba todo el lote, sonaba un timbre. Entonces abría mi contenedor y sacaba un montón de tela suelta, de todos los colores del arco iris. La sacaba con unas horcas, la metía en sacos de cien kilos y levantaba con poleas cada saco hasta el montón de ellos que aguardaba ser llevado a la desmotadora. Allí se separaba, las tejedoras se encargaban de trabajarla, otros tipos la cortaban y la cosían en los correspondientes pijamas, y abajo, en la bella planta baja de tonos pastel, Pris les cosía los botones mientras los estúpidos turistas la observaban, junto a sus compañeras, como si estuvieran detrás de un cristal… Igual que hoy nos observa la gente. ¿Entiendes lo que estoy contando, Garraty?

— La cicatriz… — le recordó Garraty.

— Sigo divagando, ¿es eso lo que quieres decir?

McVries se limpió el sudor de la frente y se desabrochó la camisa mientras terminaban de ascender la colina. Ante ellos se extendían oleadas de bosques hasta un horizonte salpicado de montañas. Éstas encajaban en la línea del cielo como piezas de un rompecabezas. A quince kilómetros, quizá, casi perdida entre la calina, una torre contra incendios se alzaba entre los árboles. La carretera se internaba entre el verdor como una resbaladiza serpiente gris.

— Al principio, la alegría y la felicidad fueron como salidas de Keats. Hice el amor con ella tres veces más, todas en el cine al aire libre, con el olor de la mierda de vaca entrando por la ventanilla desde el pastizal contiguo. Y nunca conseguí quitarme del todo la pelusilla del tejido que se me metía en el cabello, por muchas veces que me lo lavara. Y lo peor era que Pris se alejaba, la perdía. Yo la amaba de verdad; estaba seguro, pero no había modo en que pudiera hacérselo entender. Ni siquiera haciendo el amor. Siempre aparecía aquel olor a mierda de vaca.

»Lo que sucedía, Garraty, era que en la fábrica trabajábamos a destajo. Eso significaba un sueldo de miseria, y un porcentaje de lo que pasaba de cierto mínimo. Yo no era un buen ensacador. Hacía unos veintitrés sacos al día, pero lo normal era hacer treinta. Y eso no me procuraba muchos afectos entre mis compañeros, porque les estaba perjudicando. Abajo, en la sección de tintes, Harlan no podía hacer más trabajo porque le bloqueaba los tubos con mi lentitud. Ralph, en la desmotadora, tampoco podía rendir más porque no le hacía llegar suficientes sacos. No era nada

agradable. Ya se cuidaban ellos de que no lo fuera. ¿Entiendes?

— Sí — contestó Garraty.

Se pasó el dorso de la mano por el cuello y la secó en los pantalones, dejando en éstos una mancha de suciedad.

— Mientras, en la sección de botones, Pris se mantenía ocupada. Algunas noches hablaba durante horas de sus amigas, y normalmente siempre decía lo mismo. Cuánto sacaba ésta, cuánto sacaba la otra. Y, sobre todo, cuánto estaba ganando ella. Y era mucho. Así, hube de descubrir qué significaba competir con la chica con la que quieres casarte. Al final de la semana, yo volvía casa con un cheque de sesenta y cuatro dólares con cuarenta centavos, y tenía que ponerme una pomada milagrosa para las ampollas. Pris se sacaba unos noventa por semana, y los guardaba en el banco. Y cuando sugerí que fuéramos a algún sitio pagando a medias, cualquiera hubiera dicho que acababa de proponerle un asesinato ritual.

»Al cabo de un tiempo dejamos de hacer el amor. Preferiría decir que dejamos de acostarnos juntos, es más adecuado, pero nunca dispusimos de una cama para hacerlo. Yo no podía llevarla a mi apartamento, pues habitualmente allí había más de una docena de chicos bebiendo cerveza. En el apartamento de ella también había gente siempre, al menos eso decía, y no podía permitirme pagar otra habitación en un motel; y desde luego, no iba a sugerirle que la pagáramos a medias, así que todas las veces fue en el asiento de atrás, en el cine al aire libre. Yo veía que a Pris le desagradaba. Y pese a saberlo, y a que ya había empezado a odiarla aunque todavía la quería, le pedí que se casara conmigo. En aquel mismo instante, ella empezó a escabullirse, pero la obligué a que contestara. Sí o no.

— Y dijo no.

— Claro que dijo no. «Pete, no tenemos dinero. ¿Qué diría mi madre? Pete, tenemos que esperar.» Pete esto y Pete lo otro, y en todo momento la auténtica razón era el dinero. El dinero que estaba ahorrando gracias a los botones que cosía.

— Mira — dijo Garraty, — fuiste muy injusto al pedírselo.

— ¡Naturalmente que fui injusto! — replicó McVries. — Ya lo sabía. Quería que se sintiera mezquina y egoísta, porque ella me estaba haciendo sentir un fracasado. — Se llevó la mano a la cicatriz. — Sólo que no era preciso que me hiciera sentir como tal, porque yo lo era de verdad. No tenía nada que ofrecerle salvo un pene para introducírselo, y ella ya no me hacía sentir siquiera como un hombre, al negarse a ello.

Detrás de ellos, rugieron los fusiles.

— ¿Olson? — preguntó McVries.

— No, sigue ahí detrás… Y en cuanto a la cicatriz… — insistió Garraty.

— ¿Por qué no lo dejas correr?

— Porque me has salvado la vida.

— Vete a la mierda.

— La cicatriz…

— Me metí en una pelea — dijo por fin McVries, tras una pausa. — Con Ralph, el tipo de la desmotadora. Me puso los ojos morados y me advirtió que dejara el trabajo o me rompería también los brazos. Terminé la jornada y esa noche le dije a Pris que dejaba el trabajo. Ella pudo ver por sí misma mi aspecto. Y lo comprendió. Dijo que probablemente era lo mejor. Le conté que volvía a casa y le pedí que regresara conmigo. Dijo que no podía. Le respondí que era una esclava de sus malditos botones y que deseaba no haberla conocido nunca. Estaba lleno de veneno, Garraty. Le dije que era una estúpida y una zorra sin sentimientos, y que no sabía ver más allá de la cuenta bancaria que siempre llevaba en el bolso. Nada de cuanto dije era justo, pero… algo de verdad había en ello, me parece. Bastante. Estábamos en su apartamento. Era la primera vez que estaba allí a solas con ella, sin ninguna de sus compañeras. Estaban en el cine. Intenté llevarla a la cama y ella me rajó la cara con un abrecartas. Era un recuerdo que una amiga le había enviado desde Inglaterra y llevaba grabado el oso de Paddington. Pris me cortó con él como si hubiera intentado violarla, como si tuviera alguna infección y pudiera transmitírsela. ¿Vas captando lo que digo, Ray?

— Sí, lo voy captando — respondió Garraty.

Delante de ellos, una furgoneta blanca con la inscripción UNIDAD MÓVIL WHGH pintada en el costado estaba aparcada junto a la carretera. Al aproximarse, un tipo casi calvo con un mono brillante empezó a filmarlos con una cámara cinematográfica. Pearson, Abraham y Jensen se llevaron una mano a la entrepierna e hicieron un gesto de burla con la otra. En aquel pequeño acto de rebeldía hubo una precisión de majorette que sorprendió y divirtió a Garraty.

— Me eché a llorar como un crío — continuo McVries. — Me arrodillé y la agarré de la falda y le supliqué que me perdonara. La sangre estaba manchando el suelo y la escena resultaba muy desagradable. Pris tuvo una arcada y corrió al baño. La oí vomitar. Cuando salió, dijo que no quería volver a verme y me secó la cara con una toalla. Me preguntó por qué le había hecho aquello, por qué la había herido así. Dijo que no tenía derecho. Ahí estaba yo, Garraty, con la cara rajada, ¿y ella preguntándome por qué la había herido yo?

— Sí.

— Me fui con la toalla apretada contra la cara. Me dieron doce puntos. Ésa es la historia de la fabulosa cicatriz. ¿Satisfecho, Garraty?

— ¿Has vuelto a verla?

— No. Ni tengo ningún deseo de verla. Ahora, Pris me parece muy pequeña y distante, una mota de polvo en el horizonte. En realidad, se trataba de una cuestión de mentalidad, Ray. Algo… Su madre, quizá. La madre de Pris era codiciosa y, de algún

modo, le había inculcado la preocupación por el dinero. Era una auténtica tacaña. Dicen que la distancia da perspectiva. Ayer por la mañana, Pris era todavía importante para mí. Ahora no representa nada. Estaba seguro de que la historia que acabo de narrarte me dolería, pero no ha sido así. Además, dudo que todo eso haya tenido que ver con mi presencia aquí. En realidad, creo que sólo fue una excusa oportuna para aprovechar la ocasión.

— ¿A qué te refieres?

— ¿Por qué estás aquí, Garraty?

— No lo sé.

Su voz sonó mecánica, como la de un muñeco. D'Allessio el Bizco no había conseguido ver la pelota que se aproximaba, la cual le había golpeado en la frente y le había dejado grabada la marca. Y después (o antes, pues ahora todo su pasado resultaba confuso y fluido a la vez) el propio Ray le había dado un golpe en la boca con el cañón de la carabina de aire comprimido. Quizá Jimmy también tenía una cicatriz, como McVries. Él y Jimmy solían jugar a médicos.

— ¡No lo sabes! — exclamó McVries. — ¡Estás a punto de morir y no sabes por qué!

— Cuando uno está muerto no importa mucho saberlo.

— Ya — asintió McVries, — pero hay una cosa que debes saber, para que nada de todo esto parezca tan absurdo.

— ¿Cuál es?

— Pues que estás acabado. ¿Quieres hacerme creer que de verdad no lo sabías, Ray? ¿De verdad que no?

9

Muy bien, Noroeste, aquí va su pregunta de diez puntos para el empate.

ALLEN LUDDEN
Trofeo escolar

A la una, Garraty realizó un nuevo inventario.

Llevaban 185 kilómetros recorridos. Se hallaban a 70 kilómetros al norte de Oldtown, a 200 al norte de Augusta, la capital del estado, 240 de Freeport (o más, pues tuvo la terrible certeza de que había más de 40 kilómetros entre Augusta y Freeport); probablemente, debía de haber 370 hasta la frontera con New Hampshire. Y corría el rumor de que, este año, la Marcha llegaría al menos hasta allí.

Durante un largo rato — hora y media o más — no le habían dado el pasaporte a nadie. Todos caminaban, casi sin oír los vítores procedentes de los arcenes, y contemplaban kilómetro a kilómetro los monótonos bosques de pinos y abetos. Garraty sintió nuevas punzadas de dolor en la pantorrilla izquierda, que acompañaban al latir constante y pesado que sentía en ambas piernas y a la sorda agonía que representaban sus pies.

Después, cuando el calor llegó a su grado máximo, los fusiles empezaron a dejarse oír nuevamente. Un chico llamado Tressler, el número 92, sufrió una insolación y fue despachado mientras yacía en el asfalto, inconsciente. Otro chico padeció unas convulsiones y recibió el pasaporte mientras se agitaba en el suelo emitiendo horrendos gemidos con la lengua hinchada. Aaronson, el número 1, sufrió un calambre en ambos pies a la vez, y fue abatido como una estatua, con el rostro hacia el sol en un gesto de concentración, como forzando los músculos del cuello. Y a los pocos minutos, otro Marchador al que Garraty no conocía fue víctima de otra insolación.

Así me encontraré yo, se dijo Garraty, mientras pasaba junto al cuerpo que temblaba y murmuraba sobre el asfalto. Vio cómo apuntaban los fusiles y se concentró en las gotas de sudor que caían del cabello del muchacho, agotado y próximo a morir. Así me encontraré yo, se repitió. ¿No podría ser ahora mismo?

Los fusiles resonaron, y un grupo de chicos de secundaria sentados a la escasa sombra de una tienda de campaña aplaudió brevemente.

— Me gustaría que viniera el Comandante — masculló Baker. — Quiero verle.

— ¿Qué? — preguntó mecánicamente Abraham. Durante las últimas horas, parecía más sombrío. Sus ojos aparecían más hundidos en las cuencas. Su rostro estaba cubierto por una ligera sombra de barba azulada.

— Quiero verle para cagarme en él — insistió Baker.

— Tranquilo — le aconsejó Garraty. — Procura relajarte. Garraty había borrado ya sus tres avisos.

— ¡Vete al infierno! — replicó Baker. — ¡Métete en tus asuntos!

— No tienes derecho a odiar al Comandante. Él no te obligó.

— ¿Obligarme? ¡Está matándome, eso es lo que está haciendo!

— Todavía no…

— Cállate — le cortó Baker con aspereza.

Garraty obedeció. Se frotó la nuca y alzó la mirada al cielo. Su sombra era una mancha informe casi bajo sus pies. Levantó su tercera cantimplora del día y la apuró.

— Lo lamento — le dijo Baker al cabo de unos minutos. — No quería gritarte. Mis pies…

— Está bien.

— Todos nos estamos volviendo así — añadió Baker. — A veces pienso que eso es lo peor.

Garraty cerró los ojos. Tenía sueño.

— ¿Sabes qué me gustaría hacer a mí? — intervino Pearson, que caminaba entre ambos.

— Cagarte en el Comandante — contestó Garraty. — Todo el mundo quiere cagarse en el Comandante. Cuando vuelva a presentarse, le haremos caer del jeep y nos bajaremos los pantalones y le llenaremos la boca de…

— Eso no es lo que me gustaría hacer.

Pearson caminaba como si estuviera en los últimos momentos de conciencia de una borrachera. La cabeza le bamboleaba, mientras los párpados se le abrían y cerraban como espasmódicos postigos.

— No tiene nada que ver con el Comandante — continuó. — Lo que me gustaría es desviarme a ese prado de ahí, tenderme y cerrar los ojos. Tumbarme ahí, sencillamente, con la espalda sobre el trigo…

— En Maine no se cultiva trigo — repuso Garraty. — Es heno.

—… en el heno, pues. Y componer un poema mientras me duermo.

Garraty se llevó la mano al cinturón de los alimentos y no encontró nada en la mayoría de las bolsas. Por fin, tropezó con una caja de galletas saladas y empezó a engullirlas, acompañadas de sorbos de agua.

— Me siento como una regadera — dijo. — Bebo y el agua me sale por los poros a los dos minutos.

Los fusiles volvieron a dejarse oír y otra figura se derrumbó como un muñeco de caja de sorpresas con el resorte destensado.

— Cuarenta y cinco — dijo Scramm con voz gangosa, aproximándose a ellos. — A este ritmo, no creo que lleguemos a Portland.

— No andas muy bien de voz — murmuró Pearson.

— Menos mal que tengo buena constitución — prosiguió Scramm con alegría. — Creo que tengo un poco de fiebre.

— ¡Cielo santo! ¿Cómo puedes seguir? — preguntó Abraham.

— ¿Yo? ¿Me lo dices a mí? — Señaló con el pulgar a Olson. — ¡Mira a ese capullo! ¡Eso me gustaría saber!

Olson no había dicho una sola palabra en las últimas dos horas ni había tocado su cantimplora. Miradas codiciosas se posaban de vez en cuando en su cinturón, que seguía casi intacto. Sus ojos, de negra obsidiana, estaban fijos al frente. Su rostro, tiznado por una barba de dos días, parecía enfermizo y lobuno. Hasta su cabello, erizado en la nuca y en mechones pegados a la frente, contribuía a darle un aspecto fantasmal. Tenía los labios resecos, partidos y con ampollas. La lengua le colgaba como una culebra muerta a la boca de una cueva. El saludable tono rosado de su piel había desaparecido y era ahora grisáceo. Como el polvo del camino.

Ahí está, pensó Garraty; eso era lo que Stebbins había dicho que les sucedería a todos con el tiempo. ¿Qué tan concentrado debía de estar Olson en sí mismo? ¿A qué profundidad debía de hallarse? ¿A una braza? ¿A kilómetros? ¿A años luz? ¿En qué honduras, en qué oscuridades? Y la respuesta le llegó a Garraty: Demasiado profundo para poder salir otra vez. Olson estaba ocultándose allí, en la oscuridad, a demasiada profundidad para volver a salir.

— ¿Olson? — dijo en voz baja. — ¿Olson? Él no respondió. No movió nada, salvo los pies.

— Me gustaría que al menos escondiera la lengua — susurró Pearson con aire nervioso. La Marcha continuó.

Los bosques se retiraron, y se encontraron atravesando otra zona de amplios arcenes, ocupados por espectadores entusiastas. Las pancartas con el nombre de Garraty predominaban de nuevo. Después volvieron los bosques. Pero ahora ni los árboles hacían retroceder a la multitud. Chicas guapas con pantalones cortos y camisetas de tirantes. Chicos con pantalones de baloncesto y camisetas de gimnasia.

Unas buenas vacaciones, pensó Garraty.

Ya no podía seguir deseando no estar allí; estaba demasiado cansado y aturdido para hacer memoria. Lo hecho, hecho estaba. Nada en el mundo podría cambiarlo. Pensó que muy pronto resultaría demasiado esfuerzo incluso hablar con los demás. Deseó poder ocultarse dentro de sí como los niños se ocultan bajo la alfombra, sin más preocupaciones. Así todo sería más sencillo.

Había estado dándole vueltas a las palabras de McVries. Todos ellos habían sido estafados, timados. Pero eso no podía ser cierto, se repitió testarudamente. Uno de ellos no había sido estafado. Uno de ellos iba a timar a todos los demás… ¿O no era así?

Se humedeció los labios y bebió un poco.

Pasaron junto a un pequeño cartel verde que informaba que la autopista de Maine quedaba a 70 kilómetros.

— Eso es — dijo para sí. — Setenta kilómetros para Oldtown.

Garraty ya pensaba en acercarse de nuevo a McVries, cuando alcanzaron un nuevo cruce y una mujer empezó a gritar. El tráfico de la otra calzada estaba interrumpido mediante un cordón policial, y la multitud se agolpaba ansiosamente contra las barreras y los guardias que las custodiaban. Los espectadores agitaban las manos, las pancartas, los frascos de loción para el sol…

La mujer que gritaba era alta y tenía el rostro encendido. Se lanzó contra uno de los caballetes de la valla, que le alcanzaba hasta la cintura, lo derribó e hizo caer gran parte de la cinta amarilla brillante. Después se encontró luchando, arañando y gritando a los agentes que la contenían. Los policías jadeaban debido al esfuerzo.

La conozco, pensó Garraty. ¿Verdad que la conozco?

El pañuelo azul. Los ojos brillantes y fieros, incluso el vestido azul marino con el lazo blanco. Todo eso le resultaba familiar. Los gritos de la mujer se habían hecho incoherentes. Unas uñas afiladas marcaron cuatro líneas de sangre en la mejilla de uno de los policías que intentaban sujetarla.

Garraty pasó a tres metros de la mujer. Al dejarla atrás, supo dónde la había visto con anterioridad. Era la madre de Percy, aquel chico que había intentado perderse entre los árboles y que en cambio se había perdido en el otro mundo.

— ¡Quiero a mi chico! — aullaba la mujer. — ¡Devolvedme a mi chico!

La multitud la vitoreó. Detrás de ella, un chiquillo le escupió en la pierna y salió corriendo.

Jan, camino por ti, pensó Garraty. A la mierda todo lo demás; juro por Dios que llegaré. Sin embargo, Jan no había querido que él participara en la Larga Marcha. Había llorado, le había suplicado que cambiara de idea. Podían esperar, ella no quería perderle. «Por favor, Ray, no seas tonto, la Larga Marcha no es más que un puro asesinato…”

Eso había sucedido hacía más de un mes, en abril. Estaban los dos sentados en un banco, junto al quiosco de la orquesta, y él tenía el brazo alrededor de su talle. Ella llevaba el perfume que Ray le había regalado por su aniversario, y que parecía estimular el secreto olor a mujer de Jan, un aroma carnal y embriagador.

— Tengo que ir — había respondido él. — Tengo que ir, ¿no lo comprendes? Tengo que hacerlo.

— Ray, no sabes lo que dices. Ray, por favor, no lo hagas. Te quiero.

Bien, pensó ahora Garraty, mientras continuaba carretera adelante, ella había tenido razón en eso. Desde luego, no había tenido la menor idea de dónde se estaba metiendo. Y ni siquiera ahora lo entiendo, pensó. Eso es lo más condenado de todo.

— ¿Garraty?

Dio un respingo. Había vuelto a quedarse medio dormido. La voz era de McVries, que caminaba a su lado.

— ¿Cómo te sientes?

— ¿Sentirme? — repitió Garraty. — Bien, supongo. Sí, creo que estoy bien.

— Barkovitch se está desmoronando. Estoy seguro. Está hablando consigo mismo. Y cojea.

— Tú también cojeas — replicó Garraty. — Y Pearson, y yo mismo…

— Me duele, eso es todo. Pero Barkovitch no deja de frotarse la pierna. Creo que tiene un tirón muscular.

— ¿Por qué lo odias tanto? ¿Por qué no a Collie Parker, o a Olson, o a cualquiera de los demás?

— Porque Barkovitch sabe lo que se hace.

— ¿Porque juega a ganar, te refieres?

— No sabes a qué me refiero, Ray.

— Me parece que no lo sabes ni tú. Desde luego es un cerdo. Pero quizá sea preciso serlo para vencer.

— ¿Siempre ganan los malos?

— ¿Cómo diablos voy a saberlo?

Pasaron ante una escuela, prefabricada en madera, y los niños salieron al patio a saludarles. Un grupo se había subido a lo alto de los laberintos de tubo metálico, como centinelas, y a Garraty le recordaron los hombres de la serrería, muchos kilómetros atrás.

— ¡Garraty! — gritaba uno de ellos. — ¡Ray Garraty! ¡Garraty!

Un chiquillo de cabello enmarañado saltaba arriba y abajo en lo más alto del laberinto, levantando ambas manos. Garraty le devolvió el saludo, con indiferencia. El chiquillo hizo una acrobacia, quedó colgado boca abajo por las rodillas y siguió agitando las manos. Garraty se sintió aliviado cuando el niño y la escuela quedaron atrás.

— He estado pensando… — dijo Pearson, uniéndoseles.

— Ahorra energías — aconsejó McVries.

— ¿Qué has estado pensando? — inquirió Garraty.

— En lo duro que va a ser para el finalista.

— ¿Por qué lo dices? — preguntó McVries…

— Bien… — Pearson se frotó los ojos y contempló un pino que había sido fulminado por un rayo. — Fijaos, el tipo que ha resistido más que ninguno, salvo ese último contrincante. Tendría que haber un Premio para el finalista, eso es lo que opino.

— ¿Cuál? — inquirió con voz plana McVries.

— No lo sé.

— ¿Qué te parece su vida? — preguntó Garraty.

— ¿Quién querría participar en la Marcha para conservar la vida?

— Antes de empezar, es posible que nadie. Pero ahora mismo me conformaría con ello, y al diablo con el Premio. Al diablo con conseguir lo que desee mi corazón. ¿Tú qué dices?

Pearson meditó su respuesta.

— Lo siento, pero no le veo sentido — dijo por fin.

— Díselo tú, Pete — dijo Garraty.

— ¿Qué quieres que le diga? Él tiene razón. O te llevas todo el pastel o te quedas en ayunas.

— Estás chiflado — replicó Garraty sin mucha convicción.

Estaba acalorado y muy fatigado, y en la parte interior de los ojos sentía los primeros indicios de un dolor de cabeza. Quizá era así como se iniciaba la insolación, pensó. Por otro lado, tal vez fuera la mejor forma de recibir el pasaporte. Sencillamente, caer al suelo en un movimiento a cámara lenta, casi en un sueño y apenas consciente, y despertarse muerto.

— Claro — asintió McVries. — Todos estamos chiflados, o no estaríamos aquí. Creía que ya habíamos discutido esto hace horas. Todos deseamos morir, Garraty. ¿Todavía no te has metido eso en tu obtusa cabezota? Mira a Olson. Es apenas una calavera sobre un palo. Ya es suficientemente penoso que uno de nosotros haya visto cómo sus auténticos deseos quedaban defraudados.

— Yo no tengo la menor idea de esa condenada psicohistoria — dijo por último Pearson. — No creo que nadie se conformara con quedar segundo.

— Estás chiflado — repitió Garraty, con una carcajada. McVries también se echó a reír.

— Veo que empiezas a entender mi punto de vista — dijo. — Aguanta un poco más de sol, deja que tu cerebro se ase un poco más, y pronto haremos de ti un auténtico creyente.

La Marcha continuó.

El sol parecía colocado limpiamente en el techo del mundo. La temperatura había alcanzado los 26 °C (uno de los Marchadores llevaba un termómetro de bolsillo) y durante unos minutos llegó a rozar los 27 °C. ¡Veintiséis grados!, se dijo Garraty. No era tanto. En julio, el termómetro podía subir diez grados más. Veintiséis grados. La temperatura ideal para sentarse bajo un olmo en el jardín trasero y engullir una buena ensalada de pollo con lechuga. Veintiséis grados. Lo justo para una buena zambullida en el río Royal. ¡Jesús!, ¿no sería eso maravilloso? En su rincón favorito del río el agua estaba caliente en la superficie, pero a la altura de los tobillos estaba bastante fría y se podía apreciar cómo la ligera corriente tiraba un poco de uno; allí, junto a las

rocas, solía haber sanguijuelas, pero uno mismo podía arrancárselas si no era un cobarde. ¡Ah, el agua, bañándole a uno la piel, el cabello, la entrepierna…! Se estremeció al pensarlo. Veintiséis grados. Lo justo para quedarse en traje de baño y tenderse en la hamaca de lona en el patio de atrás, con un buen libro en las manos. Y quizá para echar una cabezada. En cierta ocasión había hecho subir a Jan a la hamaca con él, y allí habían estado juntos un buen rato, balanceándose y besuqueándose hasta que el pájaro se le había puesto tieso como una estaca. A Jan no había parecido importarle. Veintiséis grados…

Veintiséisveintiséisveintiséis. La palabra, a fuerza de repeticiones, perdía sentido y realidad.

— En mi vida había tenido tanto calor — murmuró Scramm con voz gangosa, debido al resfriado.

Su rostro cuadrado estaba encendido y bañado en sudor. Se había quitado la camisa y llevaba desnudo el velludo torso. Las gotas de sudor le corrían por el cuerpo como pequeños arroyos procedentes del deshielo.

— Será mejor que te pongas otra vez la camisa — dijo Baker. — Vas a coger frío cuando el sol empiece a bajar, y entonces sí tendrás problemas de verdad.

— ¡Este maldito resfriado! — masculló Scramm. — Estoy ardiendo.

— Lloverá — contestó Baker. Sus ojos escrutaron el cielo limpio de nubes. — Tiene que llover.

— ¡Y una mierda! — exclamó Collie Parker. — Nunca he visto un estado más asqueroso.

— Si no te gusta, ¿por qué no vuelves al tuyo? — repuso Garraty con una risita estúpida.

— ¡Métetelo en el culo!

Garraty se obligó a beber sólo un sorbo de la cantimplora. No quería que le diera un calambre estomacal. Ésa sería un forma horrible de recibir el pasaporte. En cierta ocasión había sufrido uno de tales calambres, y ya tenía suficiente. Había sido un verano, mientras ayudaba a sus vecinos, los Elwell, a guardar el heno. En la parte superior del granero de los Elwell el calor era explosivo. Mientras amontonaban las grandes balas de heno de treinta kilos formando una cadena, Garraty había cometido el error de beber tres tragos seguidos del agua helada que la señora Elwell acababa de traer. De pronto había sentido unos dolores insoportables en el pecho, el vientre y la cabeza, había resbalado y caído desde el piso superior al camión del heno. El señor Elwell le había sostenido por la cintura con sus manos encallecidas por el trabajo mientras Ray vomitaba por el costado del vehículo, exhausto de dolor y de vergüenza. Los vecinos le habían enviado a casa. Había sido el regreso de un muchacho que había fracasado en una de sus primeras pruebas de hombría, con los brazos llenos de arañazos del heno y el cabello repleto de polvo y restos de paja. De

vuelta a casa, el sol había caído a plomo sobre su nuca tostada por el sol como un martillo de cinco kilos.

Se estremeció y, al instante, todo el cuerpo empezó a latirle convulsivamente. El dolor de cabeza le martilleaba tras los ojos… ¡Qué fácil resultaría soltarse de la cuerda!, pensó.

Volvió la mirada hacia Olson. Seguía allí. Se le estaba ennegreciendo la lengua, tenía el rostro sucio y los ojos miraban sin ver. Como él no. ¡Dios mío, no quiero acabar como Olson!

— Este calor va a agotar nuestras energías — pronosticó lúgubremente Baker. — No llegaremos a New Hampshire. Apostaría algo.

— Hace dos años tuvieron aguanieve — intervino Abraham. — Y llegaron a la frontera. Al menos llegaron cuatro.

— Sí, pero el calor es distinto — dijo Jensen. — Cuando hace frío puedes caminar más deprisa y calentarte. Cuando hace calor puedes caminar más despacio… y quedarte helado. ¿Qué se puede hacer?

— No es justo — dijo Collie Parker. — ¿Por qué no celebran la maldita Marcha en Illinois, donde el terreno es llano?

— A mí me gusta Maine — afirmó Scramm. — ¿A qué viene ese mal humor, Parker?

— ¿Y tú por qué tienes que limpiarte los mocos tan a menudo? — replicó Parker. — Tengo mal humor porque soy así, y basta. ¿Alguna protesta?

Garraty echó un vistazo al reloj, pero éste se había detenido a las 10.16. Se había olvidado de darle cuerda.

— ¿Alguien tiene hora? — preguntó.

— Veamos… — Pearson entrecerró los ojos para consultar su reloj. — La misma de ayer a estas horas, Garraty.

Todo el mundo se echó a reír.

— Venga — insistió Garraty. — Se me ha parado el reloj. Pearson volvió a consultar la esfera. Después dirigió la mirada hacia el firmamento.

— Son las dos y dos. El sol tardará aún mucho en ponerse.

El astro rey seguía malévolamente colocado sobre la orla de árboles. Todavía no estaba lo bastante inclinado para dejar la carretera en sombras, ni lo haría en horas. Muy al sur, Garraty creyó percibir unas manchas púrpura que podían ser nubes de tormenta o una mera ilusión óptica.

Abraham y Collie Parker estaban discutiendo lánguidamente sobre las características de los carburadores múltiples. Nadie parecía muy dispuesto a hablar, y Garraty se separó del grupo por el lado opuesto de la calzada, saludando con la mano a algún que otro espectador, pero despreocupado del público la mayor parte del tiempo.

Los Marchadores no iban tan dispersos como en otros momentos. La vanguardia estaba claramente a la vista: dos muchachos altos y de tez morena con chaquetas negras atadas a la cintura. Se decía que eran novios, pero Garraty se lo creía tanto como que la luna era un queso. Los dos muchachos no parecían afeminados, y sí bastante agradables…, aunque ninguna de ambas cosas, pensó, tenía mucho que ver con el que fueran o no novios. Tampoco era asunto suyo si lo eran, pero…

Barkovitch iba detrás de los chicos de las chaquetas negras, y McVries seguía detrás de Barkovitch con la mirada fija en su espalda. Barkovitch todavía llevaba colgando del bolsillo posterior el gorro amarillo para la lluvia, y a Garraty no le dio la impresión de que estuviera a punto de desmoronarse. En realidad, pensó con una punzada de dolor, era McVries el que parecía agotado.

Detrás de McVries y Barkovitch iba un grupo disperso de siete u ocho chicos, en una de aquellas asociaciones urdidas espontáneamente que se formaban y reformaban durante el transcurso de la Marcha, dando entrada y salida a nuevos miembros. Detrás de ellos venía otro grupo más reducido, y detrás el grupo de Scramm, Pearson, Baker, Abraham, Parker y Jensen. Su grupo. Al empezar había otros más en él, pero Garraty apenas recordaba sus nombres.

Más atrás venían otros dos grupos, y esparcidos a lo largo de la abigarrada columna de Marchadores como motas de pimienta entre la sal, avanzaban los solitarios. Algunos de éstos, como Olson, iban ensimismados y catatónicos. Otros, como Stebbins, parecían preferir su propia y única compañía. Y casi todos ellos tenían aquella mirada atemorizada y decidida que Garraty había llegado a conocer tan bien.

Los fusiles apuntaron a uno de los solitarios que Garraty había estado observando, un chico bajo y robusto con un deshilachado chaleco de seda verde. A Garraty le parecía que el muchacho había recibido el tercer aviso media hora antes. Le vio lanzar una mirada breve y horrorizada a los fusiles, y apretar el paso. Los fusiles perdieron su amenazador interés por él, al menos de momento.

Garraty sintió de pronto una exaltación incomprensible. No debía de faltar mucho más de 60 kilómetros para Oldtown y la civilización, si se podía llamar civilización a una ciudad con un par de fábricas textiles y poco más. Llegarían allí a una hora avanzada de la noche, y alcanzarían la autopista. Comparada con la carretera, la autopista sería una maravilla. En la autopista uno podía caminar por la franja central de hierba y quitarse los zapatos. Y sentir la fresca humedad. ¡Dios santo, aquello sería magnífico! Se secó el sudor de la frente con el antebrazo. Quizá, después de todo, las cosas acabaran bien. Las manchas púrpura estaban un poco más cerca y eran, efectivamente, nubes de tormenta.

Los fusiles rugieron y Garraty ni siquiera se sobresaltó. Acababan de darle el pasaporte al chico del chaleco verde, que había caído de espaldas. Quizá ni siquiera la

muerte era tan terrible. Todos, incluso el Comandante, tendrían que afrontarla tarde o temprano. Entonces, ¿quién estaba timando a quién, en el fondo? Tomó nota mentalmente de mencionárselo a McVries la próxima vez que hablaran.

Aceleró el paso y decidió saludar a la siguiente chica guapa que encontrara. Pero antes de ver a ninguna, se fijó en un tipo que era una auténtica caricatura de italiano, bajito y menudo, con una raída gorra de fieltro y un bigotillo negro enroscado en las puntas. Estaba junto a una vieja camioneta con la puerta posterior levantada. Saludaba y sonreía con unos dientes increíblemente blancos y bien alineados.

En el fondo del maletero de la camioneta, el hombre había colocado una esterilla aislante. Sobre ella había un montón de hielo picado, y surgiendo del hielo en todas direcciones, como grandes sonrisas rojas mentoladas, grandes tajadas de sandía.

Garraty sintió que el estómago se le contraía por dos veces, exactamente igual que a un saltador de trampolín al hacer una pirueta. Sobre la camioneta podía leerse en un cartel: DOM L'ANTIO QUIERE A TODOS LOS MARCHADORES. ¡SANDIA GRATIS!

Varios Marchadores, entre ellos Abraham y Collie Parker, se dirigieron al trote hacia el arcén. Todos recibieron el correspondiente aviso. Iban a más de 6,5 kilómetros por hora, pero no en la dirección correcta. Dom L'Antio les vio venir y se echó a reír, con una carcajada cristalina, alegre, fresca. Aplaudió, metió las manos en el hielo y las sacó con dos tajadas de roja y jugosa sandía. Garraty sintió que se le hacía la boca agua. Pero no iban a permitirlo, pensó. Igual que no habían dejado al tipo del almacén repartir los refrescos. ¡Pero, Señor, qué buena debía de estar! ¿No sería posible que esta vez fueran un poco más condescendientes? Y de todos modos, ¿de dónde sacaba aquel tipo sandías en esa época del año?

Los Marchadores se arremolinaron junto a las cuerdas de los arcenes, el grupo de espectadores próximo a Dom se volvió loco de fervor, sonaron varios segundos avisos y, milagrosamente, aparecieron tres policías estatales para contener a Dom, que gritaba en voz alta:

— ¿Qué quieren decir? ¿Qué es eso de que no puedo? ¡Estas sandías son mías, agente! ¡Y si quiero regalarlas, las regalo! ¡Déjenme en paz!

Uno de los policías intentó arrebatar a Dom L'Antio las tajadas que tenía en las manos, y otro cerró la puerta del maletero de la furgoneta.

— ¡Cerdos! — gritó Garraty.

Su aullido cortó el claro día como una lanza de cristal, y uno de los agentes miró alrededor, sorprendido y casi avergonzado.

— ¡Cerdos hijos de puta! — siguió gritando Garraty. — ¡Ojalá vuestras madres os hubieran abortado, hijos de perra!

— ¡Vamos, Garraty! — gritó otra voz.

Era Barkovitch, con una sonrisa que dejó al descubierto unos dientes largos y

puntiagudos como clavos. Después levantó los puños hacia los policías y gritó con furia:

— ¡Cabrones! Todos los Marchadores estaban gritando ahora, y los policías estatales no eran como los soldados de los Escuadrones encargados de cubrir la Larga Marcha. Tenían los rostros azorados y contritos, pero aun así retuvieron a Dom y sus sandías, lejos del arcén y el alcance de los competidores.

Dom olvidó su inglés o decidió dejar de utilizarlo, y se puso a gritar sonoros insultos en italiano. Los espectadores abuchearon a la policía estatal. Una mujer con un sombrero de paja de ala ancha lanzó un transistor a uno de los policías. El objeto lo golpeó en la cabeza y le arrancó la gorra. Garraty lo lamentó por el agente, pero siguió maldiciendo. Parecía no poder reprimirse. Jamás se había creído capaz de proferir aquellas maldiciones.

En el mismo instante en que Dom L'Antio parecía a punto de desaparecer de su vista afortunadamente, el menudo italiano se liberó de los policías y volvió a correr hacia los Marchadores. El público pareció abrirse mágicamente para dejarle paso, cerrándose a continuación — o intentando hacerlo — para impedir a los agentes que pudieran darle alcance. Uno de éstos se lanzó para hacerle un placaje de rugby, le asió por las rodillas y le hizo caer. En el último instante, antes de caer, Dom lanzó al aire sus hermosas sonrisas rojas.

— ¡Dom L'Antio os quiere a todos! — gritó.

La multitud rugió de entusiasmo, al borde de la histeria. Dom cayó de cabeza en el polvo y, en un abrir y cerrar los ojos, se encontró con las manos esposadas a la espalda. Las tajadas de sandía volaron por el aire dando vueltas, y Garraty soltó una estentórea carcajada, con ambas manos alzadas hacia el cielo en un gesto triunfante, cuando vio que Abraham atrapaba una con habilidad.

Otros Marchadores recibieron su tercer aviso por detenerse a recoger pedazos de sandía pero, sorprendentemente, nadie recibió el pasaporte, y seis chicos terminaron con un trozo de sandía entre las manos. Los demás se dedicaron a aplaudir a los que habían conseguido hacerse con la fruta y a insultar a los soldados de rostro pétreos, cuyas expresiones eran ahora interpretadas como sutilmente furiosas, para satisfacción de todos.

— ¡Os quiero a todos! — gritó Abraham.

Su rostro sonriente estaba bañado en el jugo rosado de la sandía. A continuación, escupió al aire tres pepitas oscuras.

— ¡Maldita sea, esto es fantástico! — exclamó Collie Parker, con semblante de felicidad. — ¡Fantástico, maldita sea!

Hundió el rostro en la tajada de sandía, le dio un voraz bocado y partió el resto en dos partes. Después le lanzó uno de los pedazos a Garraty, que estuvo a punto de dejarlo caer debido a la sorpresa.

— ¡Ahí tienes, pueblerino! — gritó Collie. — ¡Para que no digas que nunca he hecho nada por ti!

— ¡Vete a la mierda! — respondió Garraty con una risotada.

La sandía estaba fría. Unas gotas de jugo se le colaron por la nariz, otras le resbalaron por la barbilla, y la mayor parte, ¡oh, maravilla!, le bañó la boca y le corrió, dulce y refrescante, por la garganta. Se obligó a comer sólo la mitad de su parte. Después se volvió hacia McVries y le lanzó el pedazo restante.

McVries cogió la sandía del revés con gran habilidad, en una demostración de buen jugador de béisbol universitario. Tras dedicar una sonrisa a Garraty, engulló la dulce fruta.

Garraty echó un vistazo alrededor y notó que le embargaba una alegría loca; los latidos de su corazón se aceleraron y sintió deseos de ponerse a dar volteretas. Casi todos los Marchadores habían conseguido un pedazo de sandía, aunque no fuera más que un trocito de carne roja adherido a la cascara.

Stebbins, como casi siempre, era la excepción. Seguía con la mirada fija en la carretera. No tenía nada entre las manos y seguía sin sonreír.

Al cuerno con Stebbins, pensó Garraty. Sin embargo, no pudo evitar que su alegría se resintiera un poco. Volvió a notar cansados los pies. Ray sabía que lo malo no era que Stebbins no hubiera conseguido un pedazo, o que no hubiese querido. Lo malo era que Stebbins no lo necesitaba.

Las 14.30. Llevaban recorridos 195 kilómetros y las nubes de tormenta se aproximaban. Se levantó una brisa fresca, que causó un escalofrío en la acalorada piel de Garraty. Va a llover otra vez, pensó. Magnífico.

A ambos lados de la carretera la gente estaba recogiendo los manteles y volvía a cargar sus cestas de picnic, entre servilletas de papel levantadas por el viento. La tormenta se deslizó indolentemente hacia ellos y, en unos instantes, la temperatura descendió hasta hacerles sentir que había llegado el otoño. Garraty se abrochó la camisa rápidamente.

— Aquí viene otra vez — le dijo a Scramm. — Será mejor que te pongas la camisa.

— ¿Estás de broma? — sonrió Scramm. — ¡No me había sentido mejor en todo el día!

— Va a ser una tronada — afirmó Parker con tono alegre.

Se encontraban en la cima de una meseta suavemente inclinada y contemplaron la cortina de lluvia que se abatía sobre los bosques en dirección a ellos, bajo las nubes color púrpura. El cielo encima de ellos se había vuelto de un color amarillo enfermizo. Un cielo de tornado se dijo Garraty. Eso sería definitivo. ¿Qué harían si un tornado se abatía sobre ellos y se los llevaba a todos a Oz en un torbellino de zapatillas destrozadas y semillas de sandía?

Se echó a reír, pero el viento arrancó la carcajada de sus labios. Llamó a McVries.

Éste se volvió ligeramente para observarle. McVries iba inclinado contra el viento con las ropas pegadas al cuerpo y ondeando por detrás. El cabello oscuro y la blanca cicatriz grabada en su rostro bronceado le daban el aspecto de un curtido lobo de mar, ligeramente chiflado, en el puente de su nave.

— ¿Hay alguna mención a las intervenciones divinas en el Reglamento? — le preguntó.

— No, me parece que no — replicó McVries tras una pausa, al tiempo que empezaba a abrocharse la camisa.

— ¿Qué sucedería si nos cayera encima un rayo?

— ¡Que estaríamos todos muertos! — contestó McVries, echando la cabeza atrás y soltando una carcajada.

Garraty masculló algo y se alejó. Algunos Marchadores observaban el firmamento con gesto ansioso. Ahora no iba a caer un pequeño chubasco como el que les había ayudado a aliviar el calor del día anterior. ¿Cómo había dicho Parker…? Una tronada. Eso era: desde luego, iba a ser una buena tronada.

Una pequeña gorra de béisbol pasó dando tumbos entre sus pies y Garraty se volvió. Vio a un chiquillo contemplar la gorra con tristeza. Scramm la atrapó e intentó devolvérsela, pero el viento la llevó en dirección contraria y terminó colgada de un árbol que se agitaba con furia.

Se dejó oír un trueno. La línea quebrada de un relámpago apareció en el horizonte. El reconfortante suspiro del viento entre los pinos se había convertido en el amenazador gemido de un centenar de fantasmas furiosos.

Rugieron los fusiles, como pequeños estampidos casi perdidos bajo los truenos y la lluvia. Garraty volvió la cabeza y tuvo la premonición de que Olson había recibido, por fin, el pasaporte. Sin embargo, Olson seguía allí. El ondear de sus ropas ponía de manifiesto la asombrosa rapidez con que estaba perdiendo peso. Olson había perdido su chaqueta en algún momento de la marcha, y los brazos que salían de su camisa de manga corta eran huesudos y delgados como lápices.

El Marchador eliminado había sido otro, cuyo rostro aparecía crispado y agotado, muy muerto bajo su mata de pelo batida por el viento.

— ¡Si el viento fuera de cola, podríamos estar en Oldtown a las cuatro y media! — dijo Barkovitch con alegría.

Se había vuelto a calar el gorro para la lluvia hasta las orejas y su rostro anguloso parecía alegre y demente. Garraty lo comprendió súbitamente, y tomó nota mental de comentárselo a McVries. Barkovitch no estaba en sus cabales.

Unos minutos después, el viento amainó de pronto. Los truenos se redujeron a una serie de leves murmullos. El calor les envolvió de nuevo, pegajoso y casi insoportable después del frescor del viento.

— ¿Qué ha sucedido? — bramó Collie Parker. — ¡Garraty! ¿Acaso este jodido estado también ahuyenta a las tormentas?

— Creo que no, que tendrás lo que deseas — respondió Garraty. — Aunque no sé si seguirás deseándolo cuando llegue…

— ¡Eh, Raymond! ¡Raymond Garraty!

Garraty levantó la cabeza. Durante un terrible instante pensó que era su madre y su cabeza se llenó con las imágenes de Percy. Sin embargo, sólo se trataba de una anciana de dulce rostro que le contemplaba por debajo de un ejemplar de la revista Vogue con que se protegía de la lluvia.

— ¡Vaya pellejo! — murmuró Art Baker al lado de Ray.

— ¿Sabes quién es?

— Conozco el tipo — respondió Baker. — Es igual que mi tía Hattie. Le gustaba asistir a los funerales y escuchaba los llantos y gemidos de los acompañantes con una sonrisa en el rostro, idéntica a esa mujer de ahí.

— Probablemente será la madre del Comandante — bromeó Garraty, pero no tuvo éxito.

Baker tenía el rostro pálido y tenso bajo la luz agonizante del cielo agitado.

— La tía Hattie tuvo nueve hijos, Garraty. Y enterró a cuatro con esa misma expresión. Cuatro hijos, carne de sus entrañas. Hay gente a la que le gusta ver morir a los demás. Es algo que no puedo entender, ¿y tú?

— Tampoco — respondió Garraty. Baker le estaba poniendo nervioso. Los truenos se dejaron oír de nuevo en el firmamento. — ¿Tu tía ha muerto?

— No. — Baker levantó la mirada al cielo. — Está en casa. Probablemente en el porche, en su mecedora. Ya no puede andar mucho. Estará allí sentada, meciéndose y escuchando noticias de la radio. Y sonriendo cada vez que digan la nuevas cifras de eliminados. — Baker se frotó los codos con las manos. — ¿Has visto alguna vez a una gata devorando a sus propios cachorros, Garraty?

Garraty no respondió. En el aire había una tensión eléctrica, algo procedente de la tormenta situada sobre ellos, y algo más… Garraty no pudo averiguar qué era. Al parpadear, le pareció ver los ojos de D'Allessio el Bizco observándole desde la oscuridad. Por último, le dijo a Baker:

— ¿Es que toda tu familia está especializada en la muerte?

Baker le dedicó una sonrisa torcida.

— Mira, yo tenía la intención de acudir a la escuela de servicios de pompas fúnebres dentro de unos años. Es un buen trabajo. Las funerarias dan de comer incluso en épocas de crisis.

— Y yo siempre he querido dedicarme a la fabricación de sanitarios — contestó Garraty. — Conseguir contratos con cines, boleras y locales grandes. Es un éxito seguro. ¿Cuántas fábricas de sanitarios puede haber en el país?

— No creo que todavía quiera ser funerario — añadió Baker. — Pero eso ya no importa mucho.

El resplandor de un relámpago cruzó el cielo, seguido del estampido del trueno. El viento se levantó en furiosas ráfagas. Las nubes cruzaron el cielo como enloquecidos corsarios.

— Ya está aquí — dijo Garraty. — Ya viene, Art.

— Algunas personas dicen que no les importa — murmuró Baker. — «Cuando me vaya, quiero algo sencillo, Don», le decían a mi tío. Pero a la mayoría le importa mucho. Eso es lo que siempre me decía mi tío. Dicen: «Con una caja sencilla de pino tendré bastante», pero terminan por quedarse el ataúd más grande… con plancha de plomo, si pueden permitírselo. Muchos incluso escriben el número del modelo elegido en sus testamentos.

— ¿Por qué?

— Donde yo vivo, casi todo el mundo quiere ser enterrado en mausoleos. Por encima del suelo. No quieren estar por debajo porque en mi pueblo hay una capa de agua subterránea a muy poca profundidad. Y todo se pudre rápidamente con la humedad. Pero si te entierran por encima del suelo, entonces el problema son las ratas. Grandes ratas de pantano de Luisiana. Ratas de sepultura. Pueden abrirse paso por un ataúd de pino como si nada.

El viento tiraba de ellos con manos invisibles. Garraty deseaba que la tormenta descargara de una vez. Era como un loco tiovivo. Se hablara con quien se hablase, se volvía una y otra vez a aquel maldito tema.

— Yo jamás haría una cosa así — dijo Garraty. — Soltar mil quinientos dólares o más sólo para evitar las ratas después de muerto…

— Yo no lo sé — murmuró Baker. Tenía los ojos entrecerrados, soñolientos. — Lo que me preocupa es que buscan las partes blandas. Las veo abrir un agujero en mi propio ataúd hasta abrirse paso a través de él. Y lanzarse sobre mis ojos como si fueran golosinas. Se comerían mis ojos y pasaría a ser parte de esa rata, ¿no es así?

— No lo sé — repuso Garraty, asqueado.

— Me quedaría el ataúd con la plancha de plomo. Una y mil veces.

— Aunque en realidad sólo lo necesitarás una vez — añadió Garraty con una risita.

— ¡Es cierto! — asintió Baker con aire solemne.

Un nuevo relámpago cruzó el cielo, como una línea quebrada casi rosa que dejó el aire impregnado de ozono. Un instante después, la tormenta se abatió de nuevo sobre los Marchadores. Sin embargo, esta vez no se trataba de lluvia. Caía granizo.

Al cabo de apenas cinco segundos, todos se vieron golpeados por una lluvia de granizo del tamaño de guijarros. Se oyeron gritos de dolor, y Garraty se protegió los ojos con una mano. El viento arreció y el granizo golpeó y rebotó sobre el asfalto.

Jensen echó a correr haciendo un gran círculo, trastabillando. Sus pies tropezaban y se enredaban, presa de un pánico absoluto. Se salió del arcén sin advertirlo y los soldados del vehículo oruga lanzaron hasta seis ráfagas bajo la ondulante cortina de granizo, para asegurarse. Adiós, Jensen, pensó Garraty. Lo siento, colega.

Y luego empezó a caer la lluvia entre el granizo, bañando la colina que estaban ascendiendo. El granizo empezó a fundirse bajo sus pies. Una nueva oleada se abatió sobre ellos. La lluvia y el granizo se sucedieron un par de veces más hasta que, por fin, la lluvia descargó en forma constante y abundante, acompañada por el poderoso estampido de los truenos.

— ¡Maldita sea! — gritó Parker acercándose a Garraty. Tenía el rostro cubierto de manchas rojas, y parecía una rata acuática ahogada. — Garraty, éste es…

— Ya sé: el estado más jodido de los cincuenta y uno — terminó Garraty.

Parker echó la cabeza hacia atrás, abrió la boca y dejó que la fría lluvia cayera en ella.

Garraty se inclinó contra el viento y apresuró el paso hasta alcanzar a McVries. — ¿Qué te parece esto? — le preguntó. McVries se encogió y se estremeció. — No se puede ganar así. Ahora me gustaría que saliera el sol. — No durará mucho — dijo Garraty. Pero se equivocaba. A las cuatro, seguía lloviendo.

10

¿Sabéis por qué me llaman el Contable? ¡Porque me gusta contar! ¡Ja, ja, ja!

EL CONTABLE
Barrio Sésamo

No tuvieron crepúsculo al iniciarse la segunda noche en la carretera. Hacia las cuatro y media, la tormenta dio paso a una llovizna ligera y helada que se prolongó hasta casi las ocho. A esa hora, las nubes empezaron a abrirse y aparecieron unas estrellas brillantes con su frío parpadeo.

Garraty se encogió dentro de sus ropas empapadas. No precisaba de ningún meteorólogo para saber de dónde soplaba el viento. La veleidosa primavera se había llevado el balsámico calor que hasta entonces les había acompañado.

Quizá la multitud proporcionaría un poco de calor. Como un radiador, o algo parecido. Cada vez eran más los que se agolpaban junto a la calzada. Se apretaban unos contra otros para mantenerse en calor, pero no gesticulaban. Observaban el paso de los Marchadores y se volvían a casa o corrían a tomar posiciones más adelante. Si lo que buscaba el público era sangre, no habían conseguido mucha. Sólo habían perdido dos chicos después de Jensen, ambos muy jóvenes, que se habían desmayado y así habían recibido su pasaporte. Eso les dejaba exactamente a mitad de camino. No… En realidad, a más de la mitad. Cincuenta eliminados, cuarenta y nueve por delante.

Garraty avanzaba en solitario. Hacía demasiado frío para sentir sueño. Apretaba los labios para evitar que le temblaran. Olson aún seguía allí; se habían cruzado algunas apuestas indiferentes sobre si Olson sería el número cincuenta en recibir el pasaporte, si con él se cubriría la mitad. Pero no había sido así. El señalado honor había correspondido al número 13, Roger Fenum. El tópico número 13 de la desgracia. Garraty empezaba a pensar que Olson seguiría indefinidamente. Quizá hasta que muriera de hambre. Se había encerrado en sí mismo, a salvo de cualquier dolor. Pensó que, en cierto modo, sería un acto de justicia poética si Olson vencía. Ya veía los titulares: ¡UN MUERTO GANA LA LARGA MARCHA!

Garraty no notaba los dedos de los pies. Los movió dentro del forro deshilachado de las zapatillas y no notó nada. El dolor de verdad no lo tenía ahora en los dedos, sino en los arcos. Un dolor agudo que le laceraba hasta la pantorrilla como una cuchillada cada vez que daba un paso. Se acordó de un cuento que su madre le hacía cuando era pequeño. Era sobre una sirena que quería ser mujer. Ella tenía cola de pez,

pero un hada buena o algo así le había dicho que podría tener piernas si lo deseaba con suficiente ahínco. Cada paso que diera en tierra firme sería como caminar sobre cuchillos pero, si quería tener piernas, las tendría. Y la sirena dijo que sí, que aceptaba, y así empezó la Larga Marcha…

— ¡Aviso! ¡Aviso, número 47!

— ¡Ya te he oído! — mascullό Garraty, acelerando el paso.

Los bosques no eran tan densos ahora. El norte del estado había quedado atrás. La carretera había atravesado un par de ciudades residenciales muy tranquilas cuyas aceras estaban repletas de espectadores que resultaban poco más que sombras bajo la luz de las farolas, difuminada por la lluvia. Nadie había aplaudido demasiado. Garraty supuso que hacía demasiado frío y demasiada oscuridad y, ¡Jesús!, tenía otro aviso que quitarse de encima. Si aquello no era una auténtica mierda, entonces ¿qué cosa lo era?

Sus pies volvían a ser más lentos, y se obligó a aumentar el ritmo. Delante de él, a bastante distancia, Barkovitch dijo algo y soltó una desagradable carcajada. La respuesta de McVries llegó hasta Garraty con claridad:

— ¡Cállate, asesino!

Barkovitch le dijo a McVries que se fuera a la mierda, y en su voz hubo un tono de profunda irritación. Garraty sonrió.

Poco a poco, había ido retrocediendo casi hasta la cola del pelotón y, de mala gana, advirtió que de nuevo estaba dirigiéndose hacia Stebbins. Había algo en Stebbins que le fascinaba, pero Garraty decidió que no le importaba saber qué era aquel algo. Ya era tiempo de dejar de preguntarse por las cosas. Eso no conducía a nada y era sólo otra mierda.

Delante de ellos, en la oscuridad, apareció una enorme flecha luminosa y una banda inició una marcha. La flecha luminosa destellaba como un espíritu maléfico. Los vítores subieron de tono, el aire se llenó de pequeños copos blancos y, por un instante, Garraty creyó que estaba nevando. Pero no era nieve sino confeti. Estaban a punto de cambiar de carretera. La que habían recorrido hasta entonces se unía con la nueva en ángulo recto, y otro cartel de la autopista de Maine anunciaba que Oldtown quedaba apenas a 25 kilómetros. Garraty notó una tentativa de animación, quizá incluso de orgullo, que pretendía inflamar su ánimo. Desde Oldtown conocía la ruta. Casi la podía trazar en la palma de la mano.

— A lo mejor es tu ciudad.

Garraty dio un brinco. Era como si Stebbins hubiera abierto la tapa de su mente y hubiera mirado en su interior.

— ¿Cómo?

— Estamos en tu tierra, ¿no?

— Tan al norte no. Nunca he subido más allá de Greenbush, salvo para el viaje

hasta el mojón fronterizo donde se inicia la Larga Marcha. Y mi madre me llevó por otra ruta.

La banda de música quedó atrás. Sus tubas y clarinetes brillaban suavemente en la noche húmeda.

— Pero cruzaremos por tu pueblo, ¿verdad?

— No, sólo pasaremos muy cerca.

Stebbins emitió un gruñido. Garraty le miró los pies y vio con sorpresa que se había quitado sus zapatillas de tenis y llevaba ahora un par de mocasines de aspecto blando y suave. Las zapatillas de tenis metidas en su camisa de cambray.

— Guardo las zapatillas por si acaso — le explicó Stebbins. — Pero creo que los mocasines resistirán.

— Ya.

Pasaron por delante de una antena de radio que se alzaba como un esqueleto en un campo vacío. En su vértice superior, una luz roja titilaba con la regularidad de un latido.

— ¿Esperas encontrar a tus seres queridos?

— Sí, eso espero — asintió Garraty.

— ¿Y después de eso?

— ¿Después? — repitió encogiéndose de hombros. — Seguir carretera adelante, supongo. A menos que para entonces todos hayáis tenido el detalle y la consideración de haberos ganado el pasaporte.

— ¡Ah, no confíes en ello! — dijo Stebbins con una sonrisa distante. — ¿Estás seguro de que no vas a quedar eliminado después de haberles visto?

— Ya no estoy seguro de nada — replicó Garraty. — No sabía gran cosa cuando empezamos, y ahora todavía sé menos.

— ¿Crees que tienes posibilidades?

— Eso tampoco lo sé. Ni siquiera sé por qué me molesto en hablar contigo. Es como hablarle al humo.

A lo lejos, las sirenas de la policía rasgaron la noche con sus aullidos.

— Alguien ha irrumpido en la calzada ahí delante, donde el cordón policial es más débil murmuró Stebbins. — Los nativos están impacientes, Garraty. Piensa en toda esa gente que contribuye diligentemente a abrirte paso.

— Y a ti también.

— Es cierto — asintió Stebbins. Después permaneció callado un rato. El cuello de su camisa de cambray batía contra su piel. — Es sorprendente cómo actúa la mente sobre el cuerpo — dio por fin. — Es asombroso cómo puede imponerse y mandar sobre el organismo. Un ama de casa normal quizá camina veinticinco kilómetros diarios desde la nevera a la tabla de planchar y de allí al tendedero. Y al final del día seguro que le apetece poner los pies en alto, pero no está exhausta. Un vendedor

puerta a puerta quizá hace treinta. Un estudiante que se entrena en algún deporte hace cuarenta o cuarenta y cinco… todo en un día, desde que se levanta hasta que se acuesta. Y todos ellos terminan cansados, pero no agotados.

— Sí.

— Ahora supón que le dices al ama de casa que hoy debe caminar veinticinco kilómetros antes de la cena.

— Se encontrará agotada, en lugar de cansada — asintió Garraty.

Stebbins guardó silencio. Garraty tuvo la sensación de que estaba disgustado con él.

— ¿Y bien?

— ¿No crees que intentaría terminar los veinticinco kilómetros a mediodía, para así poder descalzarse — y pasar la tarde viendo telenovelas? Yo sí. ¿Estás cansado, Garraty?

— Sí — repuso éste lacónicamente. — Estoy cansado.

— ¿Agotado?

— Bueno, no lejos de eso…

— No, Garraty, todavía no estás agotado — dijo, señalando la silueta de Olson. — Eso es estar agotado. Ya casi está acabado.

Garraty observó a Olson, esperando casi verle caer bajo el influjo de las palabras de Stebbins.

— ¿Adonde quieres llegar?

— Pregúntale a ese palurdo amigo tuyo, Art Baker. A las mulas no les gusta tirar del arado, pero les gustan las zanahorias. Por eso se las cuelgan delante de los ojos. Las mulas sin zanahorias se agotan. Las que tienen delante una zanahoria resisten mucho tiempo cansadas. ¿Me vas siguiendo?

— No.

Stebbins volvió a sonreír.

— Ya lo entenderás. Observa a Olson. Ha perdido el apetito por la zanahoria. Todavía no se ha dado cuenta, pero lo hará. Obsérvale, Garraty. Puedes aprender de Olson.

Garraty lo miró, sin saber hasta qué punto tomarle en serio. Stebbins soltó una carcajada, franca y abierta, un sonido estentóreo que hizo volver la cabeza a varios Marchadores.

— Continúa. Sigue hablando con él, Garraty. Y si no quiere hablar, acércate a él y obsérvale bien. Nunca es tarde para aprender.

Garraty tragó saliva.

— ¿Tú dirías que es una lección tan importante? Stebbins interrumpió sus risas y le cogió la muñeca con fuerza.

— La lección más importante de tu vida — dijo. — El secreto de la vida sobre la

muerte. Despeja esa ecuación y estarás preparado para la muerte, Garraty. Puedes pasarte la vida como un borracho en una parranda.

Stebbins le soltó la mano. Garraty se frotó la muñeca. Stebbins parecía haberle despreciado una vez más. Nervioso, se alejó de él y se acercó a Olson.

Casi le pareció que era arrastrado hacia éste por un cable invisible. Llegó hasta él por atrás e intentó escrutar su rostro.

Cierta vez, hacía mucho tiempo, una película protagonizada por… ¿quién era? ¿Robert Mitchum? Bien, esa película le había provocado una noche de miedo e insomnio. Trataba sobre un clérigo sureño que también era un asesino psicópata. Ahora, la silueta de Olson se parecía un poco a aquel personaje. Sus formas parecían haberse estirado debido a la pérdida de peso. Su piel aparecía agrietada y reseca a causa de la deshidratación. Tenía los ojos hundidos en las cuencas, y su cabello se agitaba como la barba de maíz sacudida por el viento.

Olson no era más que un robot, un autómata. ¿Podía existir todavía un Olson real oculto tras aquella fachada? No. Olson ya no existía. Garraty tuvo la certeza de que el Olson que había conocido, aquel muchacho sentado en la hierba, que gastaba bromas y hablaba del chico que quedó paralizado en la línea de salida y recibió el pasaporte, aquel Olson ya no existía. Lo que veía ahora era una figura de barro.

— ¿Olson? — susurró.

Olson continuó caminando. Era como una casa encantada ambulante. Y apestosa. Olson se había ensuciado con sus propios excrementos.

— ¿Olson, puedes hablar?

Olson continuó adelante. Su rostro se volvió hacia la oscuridad. Estaba reaccionando. Sí, estaba reaccionando. Dentro de su cuerpo exhausto había algo vivo, algo que todavía respondía a los impulsos, pero… ¿qué?

Acometieron una nueva subida. La respiración se hizo más y más corta en los pulmones de Garraty, hasta que se encontró jadeando como un perro. Sus ropas húmedas despedían ligeras columnas de vapor. Debajo de los Marchadores corría un río que se perdía en las sombras como una serpiente plateada. Debía de ser el Stillwater, se dijo Garraty. El Stillwater pasaba cerca de Oldtown. Se levantaron algunos gritos de ánimo indiferentes, pero no muchos. Más adelante, agrupadas al otro lado del río, en un recodo (quizá era el Penobscot, después de todo) había numerosas luces encendidas. Oldtown. Otro grupo de luces, de menor tamaño y situado al otro lado del río, debía de ser Milford y Bradley. Oldtown. Habían conseguido llegar a Oldtown.

— Olson — musitó. — Eso es Oldtown. Esas luces son Oldtown. Estamos llegando, colega.

Olson no respondió. Y, por fin, Garraty recordó lo que durante los últimos kilómetros había tenido en la punta de la lengua sin conseguir concretar y que,

después de todo, no era nada importante. Simplemente, que Olson le recordaba al Holandés Errante, que seguía navegando eternamente después de desaparecida toda la tripulación.

Descendieron a buen paso una larga colina, dejaron atrás una doble curva y cruzaron un puente que salvaba, según pudieron leer en el rótulo correspondiente, el río Meadow Brook. Al otro lado del puente, un nuevo rótulo indicaba PENDIENTE PRONUNCIADA. MARCHAS CORTAS. Algunos Marchadores gruñeron y protestaron.

Realmente, la subida de la colina resultaba terrible. La carretera parecía alzarse ante ellos como un tobogán. No era muy larga, pues incluso en la oscuridad podían ver la cima, pero sí empinada. Muy empinada.

Iniciaron la ascensión.

Garraty se inclinó y notó que su respiración empezaba a debilitarse. Al llegar a la cima estaría jadeando sin resuello, pensó. Si es que llego… De ambas piernas se alzaba ahora un clamor de protesta, que se iniciaba en los muslos y bajaba hasta los pies. Sus piernas le gritaban que no pensaban seguir adelante con aquella mierda de competición.

Sí que lo haréis, les dijo Garraty. Lo haréis, o moriréis.

No nos importa, le replicaron las piernas. No nos importa morir, morir, morir…

Los músculos parecían estar ablandándosele, licuándose como la gelatina al sol. Le temblaban casi incontrolablemente, y se le crispaban como marionetas mal movidas.

Empezaron a oírse avisos, y Garraty advirtió que también él iba a recibir uno muy pronto. Mantuvo los ojos fijos en Olson y se obligó a igualar su paso. Subirían juntos hasta la cima de aquella colina asesina, y entonces haría que Olson le contara su secreto. Después, todo estaría en orden y ya no tendría que preocuparse de Stebbins, de McVries, de Jan o de su padre; ni siquiera importaría ya D'Allessio el Bizco, que había incrustado la cabeza en un muro de piedra junto a la interestatal 1, como un grumo de cola.

¿Cuánto faltaba aún para la cima? ¿Cien pasos? ¿Cincuenta? ¿Cuántos?

Garraty jadeaba.

Los disparos rasgaron el aire. Hubo un grito estentóreo, desgarrador, que quedó ahogado por una nueva salva de disparos. Garraty no podía ver nada en la oscuridad. El pulso le martilleaba en las sienes, y advirtió que no le importaba conocer quién había recibido el pasaporte en esta ocasión. No importaba nada. Sólo el dolor, ese dolor lacerante en las piernas y los pulmones.

La carretera fue nivelándose, continuó plana durante un trecho y luego inició la correspondiente bajada. La inclinación era muy suave, perfecta para recuperar la respiración. Sin embargo, persistía la sensación de que sus piernas eran de gelatina.

Las piernas van a dejar de sostenerme, pensó. Jamás conseguiré que me lleven hasta Freeport. Ni siquiera llegaré a Oldtown. Creo que estoy a punto de morir.

Entonces empezó a abrirse paso en la noche oscura un sonido salvaje y orgiástico. Era una voz, muchas voces, que repetían una y otra vez la misma palabra:

¡GARRATY! ¡GARRATY! ¡GARRATY! ¡GARRATY!

Era Dios, o quizá su padre, dispuesto a cortarle las piernas antes de que pudiera conocer el secreto, el secreto, el secreto de…

¡GARRATY! ¡GARRATY! ¡GARRATY!

Como un trueno.

No se trataba de su padre, ni tampoco de Dios. Parecía tratarse de todo el alumnado del instituto de Oldtown, entonando su nombre al unísono. Cuando los estudiantes divisaron su rostro pálido y tenso, el grito unitario se transformó en un sonoro jolgorio de gritos, vítores y aplausos. Las animadoras agitaron sus pompones de colores. Los chicos silbaron estentóreamente y besaron a sus chicas. Garraty devolvió los saludos, sonrió, se aproximó más a Olson.

— Olson — susurró. — Eh, Olson…

Los ojos de éste parpadearon ligeramente. Era un chispazo de vida, como el carraspeo del arranque de un viejo coche.

— Dime cómo, Olson — susurró Garraty. — Dime qué tengo que hacer.

Los chicos y chicas del instituto (Garraty se preguntó si también él había asistido al instituto o si se trataba de otro sueño) quedaron atrás, todavía con sus animados aplausos y gritos.

Olson movió espasmódicamente los ojos en las ojerosas cuencas, como si llevaran mucho tiempo oxidados y necesitaran lubricante. Después abrió la boca dejando caer la mandíbula.

— Eso es — susurró Garraty con vehemencia. — Habla. Dímelo, Olson. Habla.

— ¡Ah! — dijo Olson. — ¡Ah!

Garraty se aproximó aún más. Posó una mano en el hombro de Olson e inclinó la cabeza hacia aquel fétido cúmulo de sudor, halitosis y orina.

— Por favor — insistió. — Inténtalo. Vamos, haz un esfuerzo.

— El jar… el jardín de Dios. Dios…

— El jardín de Dios — repitió Garraty. — ¿Qué significa eso?

— Está… lleno… de cizaña — balbuceó. — Yo…

Garraty no respondió. No podía. Estaban subiendo otra cuesta y el esfuerzo le hacía jadear de nuevo. Olson no parecía haber perdido un ápice de resuello.

— No… quiero… morir — terminó Olson.

Los ojos de Garraty parecían fijados a la ruina en sombras que constituía el rostro de Olson. Éste se volvió hacia él con una especie de crujido.

— ¿Eh? — Alzó lentamente la cabeza, que le colgaba sobre el pecho. — Ga…

Ga… ¿Garraty?

— Sí, soy yo.

— ¿Qué… hora es?

Garraty había dado cuerda a su reloj anteriormente, Dios sabía por qué.

— Las nueve menos cuarto.

— No… ¿Sólo… esa hora…? — Una leve expresión de sorpresa inundó las facciones ajadas y seniles de Olson.

— Olson… — Le sacudió ligeramente el hombro y todo su cuerpo pareció temblar. — ¿De qué va todo esto? ¿Qué significa todo esto, Hank?

Olson le dirigió una mirada de calculada astucia.

— Garraty — susurró, y su aliento parecía salir de una alcantarilla. — ¿Qué hora es?

— ¡Maldita sea! — le gritó Garraty.

Stebbins tenía la mirada fija en la calzada. Había demasiada oscuridad para saber si estaba riéndose de Garraty.

— ¿Garraty? Jesús… Jesús nos… salvará. Olson levantó del todo la cabeza. Empezó a salirse de la calzada y se dirigió hacia el vehículo oruga.

— ¡Aviso! ¡Aviso, número 70!

Olson no aminoró el paso. Había en él una lastimosa dignidad. El parloteo de la multitud enmudeció. Todos contemplaban la escena con los ojos muy abiertos.

Olson no titubeó. Pisó el arcén, apoyó las manos contra el costado del vehículo y empezó a trepar trabajosamente.

— ¡Olson! — gritó Abraham, asombrado. — ¡Mirad a Hank Olson!

Los soldados levantaron sus armas en perfecta armonía. Olson cogió el cañón del fusil más próximo, se lo arrancó de las manos al soldado y lo sostuvo un momento. Después lo arrojó a la multitud, que se apartó del arma como si se tratara de una víbora.

Entonces resonó uno de los tres fusiles restantes. Garraty vio el destello en la boca del cañón. Vio la sacudida instantánea de la camisa de Olson cuando la bala le penetró en el vientre y le salió por la espalda.

Olson no se detuvo. Alcanzó la torreta del vehículo y cogió el cañón del arma que acababa de herirle. Alzó el fusil y, tras luchar con el soldado, consiguió arrojarlo también a la multitud.

— ¡Dales! — gritó con furia McVries desde la cabeza del grupo. — ¡Dales, Olson! ¡Mátalos! ¡Acaba con esos cabrones!

Los otros dos fusiles rugieron al unísono y el impacto de las balas lanzó a Olson fuera del vehículo. Aterrizó de espaldas en el asfalto, con los brazos y las piernas abiertos, como un hombre clavado a una cruz. La mitad de su vientre era una masa ennegrecida y destrozada. Tres balas más hicieron impacto en su cuerpo. El primer

guardia al que Olson había desarmado había sacado del interior del vehículo — sin inmutarse — un nuevo fusil.

Olson se incorporó hasta quedar sentado. Se llevó las manos al vientre y contempló a los soldados encaramados en el vehículo. Éstos le devolvieron la mirada.

— ¡Hijos de perra! — sollozó McVries. — ¡Malditos bastardos!

Olson empezó a levantarse. Una nueva salva de disparos le derribó otra vez.

Garraty captó otro sonido a su espalda. No necesitó volver la cabeza para saber que era Stebbins, que estaba riendo casi en silencio.

Olson se sentó de nuevo. Los fusiles seguían apuntándole, pero los soldados no dispararon. Sus siluetas en el vehículo parecían expresar casi curiosidad.

Lentamente, Olson se puso en pie, con las manos sujetándose el vientre. Pareció olisquear el aire para saber qué dirección tomar, se volvió hacia donde avanzaba la Marcha y empezó a caminar tambaleándose.

— ¡Terminad con él de una vez! — gritó una voz ronca y emocionada. — ¡Por el amor de Dios, hacedlo de una vez!

Los intestinos de Olson se escurrían entre sus dedos y le caían como una ristra de salchichas sobre la entrepierna, balanceándose obscenamente. Olson se detuvo, se inclinó sobre sí mismo como para recogerlos (¡Recogerlos!, pensó Garraty casi en un éxtasis de asombro y horror) y vomitó un borbotón de sangre y bilis. Después reemprendió la marcha, inclinado. Su rostro expresaba una serena dulzura.

— ¡Oh, Dios mío! — exclamó Abraham, al tiempo que se volvía hacia Garraty cubriéndose la boca con las manos. Tenía la cara pálida y fláccida. Los ojos le sobresalían de las órbitas, presas de un frenético terror. — ¡Oh, Dios mío, Ray, qué asquerosidad!

Abraham vomitó, con las manos todavía delante de la boca.

Bien, Abraham ha devuelto por fin sus galletas, pensó Garraty. Ésa no es manera de cumplir el consejo número 13, Abraham.

— Le han disparado al vientre — murmuró Stebbins. — Y volverán a hacerlo. Es algo deliberado, para que a nadie más se le ocurra repetir el numerito de la carga del séptimo de caballería.

— ¡Apártate de mí! — masculló Garraty. — ¡Apártate o te arranco la cabeza!

Stebbins dejó que la distancia entre ellos aumentara rápidamente.

— ¡Aviso! ¡Aviso, número 88!

La risa de Stebbins llegó hasta Garraty.

Olson cayó de rodillas. La cabeza le colgaba entre los brazos, que apoyaba en el suelo. Uno de los fusiles volvió a disparar y una bala rebotó en el asfalto junto a la mano izquierda de Olson. Olson empezó a ponerse en pie trabajosamente. Garraty pensó que estaban jugando con él. La Marcha debía de resultarles muy aburrida, así que ahora se divertían con Olson. ¿Resulta gracioso, muchachos? ¿Os entretiene

Olson?

Garraty se puso a gritar. Retrocedió hasta Olson y cayó de rodillas junto a él. Sostuvo contra su pecho el rostro cansado, enfebrecido de Olson y sollozó sobre su cabello seco y maloliente.

— ¡Aviso! ¡Aviso, número 47!

— ¡Aviso! ¡Aviso, número 61!

McVries estaba tirando de él. De nuevo McVries.

— ¡Levántate, Ray! ¡Ya no puedes ayudarle: ¡Por el amor de Dios, levántate!

— ¡No es justo! — decía Garraty entre lágrimas; en la mejilla tenía un mancha de sangre de Olson. — ¡No es justo!

— Ya lo sé. Vamos, vamos…

Garraty se levantó. Ambos empezaron a caminar de espaldas, a buen ritmo, con la mirada puesta en Olson, que estaba de rodillas. Consiguió ponerse en pie. Dio un paso adelante en la línea blanca sobre el asfalto. Levantó ambas manos al cielo y la muchedumbre emitió un sofocado jadeo.

— ¡Lo he hecho mal! — gritó Olson con voz temblorosa, antes de caer de nuevo, muerto.

Los soldados del vehículo le metieron un par más de balas en el cuerpo y luego le sacaron rápidamente de la carretera.

— Sí, tienes razón.

Avanzaron en silencio más de diez minutos. La mera presencia de McVries aportaba a Garraty una especie de sosiego moderado.

— Empiezo a comprender algo, Pete — dijo por fin. — No es todo un sinsentido.

— ¿Ah, sí…? No estés muy seguro de eso.

— Olson me habló, Pete. No estuvo muerto hasta que le dispararon. Seguía vivo. — Aquello parecía ahora lo más importante de la experiencia de Olson. Garraty repitió la palabra — : Vivo…

— No creo que eso cambie las cosas — replicó McVries con un suspiro de cansancio. — No es más que un número. Parte del rosario. El número cincuenta y tres. Significa que estamos un poco más cerca, y nada más que eso.

— Tú no piensas así de verdad. —

— ¡No me digas qué pienso y qué no!

— Me parece que estamos a veinte kilómetros de Oldtown — le informó Garraty.

— ¡Me importa un rábano!

— ¿Sabes cómo se encuentra Scramm?

— No soy su médico. ¿Por qué no te largas y me dejas en paz?

— ¿Qué bicho te ha picado? — ¿Y encima me preguntas qué bicho me ha picado? — McVries soltó una carcajada. — ¡Fíjate dónde estamos! Si te parece, mi preocupación son los impuestos del próximo año. ¿Que qué bicho me ha picado?

Olson… Los intestinos se le caían, Garraty. Al final caminaba con los intestinos cayéndole… ¡Eso es lo que me ha picado, maldita sea…!

Garraty vio que luchaba por no vomitar. De improviso, McVries añadió:

— Scramm está mal.

— ¿De veras?

— Collie Parker le ha puesto la mano en la frente y dice que está ardiendo. Dice incoherencias. Respecto a su mujer, a Phoenix, a Flagstaff, cosas raras sobre los hopis y los navajos y… Resulta difícil saber de qué habla.

— ¿Cuánto podrá seguir?

— ¿Quién sabe? Aún puede sobrevivirnos a todos. Tiene la fuerza de un toro y todavía aguanta. ¡Señor, estoy tan cansado!

— ¿Qué hay de Barkovitch?

— Se le están abriendo los ojos. Se da cuenta de que a muchos nos encantaría verle recibir el pasaporte. Ha decidido resistir más que yo, el muy maldito. — McVries emitió de nuevo su estrepitosa carcajada, y a Garraty no le gustó en absoluto. — Pero está asustado. Está pasando de impulsarse con los pulmones a confiar en sus piernas.

— Igual que todos.

— Sí. Oldtown está cerca. ¿Veinte kilómetros?

— Más o menos.

— ¿Puedo decirte un secreto, Garraty?

— Claro. Me lo llevaré a la tumba.

— Supongo que eso es verdad.

Alguien, entre las primeras filas del público, lanzó un petardo, y los dos muchachos dieron un salto. Varias mujeres se pusieron a chillar mientras un hombre fornido de la primera fila soltaba una maldición entre una bocanada de palomitas de maíz.

— La razón de que esto sea tan terrible es precisamente su trivialidad, ¿comprendes? — dijo McVries. — Hemos vendido nuestras almas por cuatro banalidades. Olson era un tipo trivial. También era bueno, pero ambas características no son excluyentes. Olson era bueno y trivial. Sea como fuere, ha muerto como un insecto bajo un microscopio.

— Eres peor que Stebbins — musitó Garraty con enojo.

— Me gustaría que Priscilla me hubiera matado. Al menos eso no habría sido…

— Trivial — terminó la frase Garraty.

— Sí. Me parece…

— Escucha, me gustaría echar una cabezadita. ¿Te importa?

— Está bien. — La voz de McVries sonó tensa y ofendida.

— Lo lamento — respondió Garraty. — Escucha, no te lo tomes tan a pecho. Sólo

era una…

— Trivialidad… — terminó McVries, y soltó por tercera vez su salvaje carcajada. Luego se alejó.

Garraty deseó (y no por ver primera) no haber hecho amigos durante la Larga Marcha. Aquello iba a complicarlo todo. De hecho, ya lo estaba haciendo.

Notó un lento movimiento en sus intestinos. Pronto tendría que vaciarlos. La idea le hizo rechinar los dientes mentalmente. La gente le señalaría y se reiría. Dejaría los excrementos en la calle como un perro y la gente se agolparía con toallitas de papel para llevárselos a casa como recuerdo. Parecía imposible que la gente pudiera comportarse así, pero él sabía que ya había sucedido.

Olson con las tripas fuera…

McVries y Priscilla, y la fábrica de pijamas.

Scramm, incandescente a causa de la fiebre.

Abraham… «¿Cuánto daría el público por tu sombrero de copa?”

Garraty dejó caer la cabeza para dormitar.

La Larga Marcha continuó por colinas, valles, puentes y montañas.

Garraty sonrió en los recovecos de su mente. Su tacón suelto se aflojó todavía más, como la vieja contraventana de una casa abandonada.

Pienso, luego existo. Primer año de latín. Viejas frases en una lengua muerta. Viejas tonadas infantiles.

Existo, luego sigo vivo.

Estalló otro petardo. Hubo nuevos gritos y vítores. El vehículo oruga apisonaba el asfalto con su traqueteo, y Garraty oyó su número en un aviso y se adormiló todavía más profundamente.

Papá, no me gustó que tuvieras que irte, pero en realidad nunca te eché de menos cuando no estabas. Lo lamento. Pero no es ésa la razón de que esté aquí. No tengo un ansia subconsciente de matarme, Stebbins, lo siento.

De nuevo los fusiles, despertándole sobresaltado, y la habitual saca de correos que cae al suelo; otro muchacho camino de la casa del Señor.

Y la muchedumbre que grita horrorizada y ruge de aprobación.

— ¡Garraty! — gritó una mujer. — ¡Ray Garraty! — Su voz era ronca y basta. — ¡Estamos contigo, muchacho! ¡Estamos contigo, Ray!

Su voz se alzaba entre la multitud, y las cabezas se volvieron hacia él, con los cuellos estirados, para contemplar con más atención al muchacho de Maine. Se oyeron algunos abucheos ahogados en un creciente clamor.

La multitud se añadió al cántico. Garraty oyó su nombre hasta que quedó reducido a una confusión de sílabas sin sentido.

Saludó brevemente con la mano y volvió a adormilarse.

11

¡Vamos, Micos! ¿Acaso queréis vivir eternamente?

Sargento mayor desconocido
Primera Guerra Mundial

Llegaron a Oldtown alrededor de medianoche. Entraron a través de dos carreteras secundarias hasta la carretera 2, y se adentraron hasta el centro de la ciudad.

Para Ray Garraty, el paso de la ciudad fue una pesadilla borrosa, cargada de sueño. El griterío se elevó hasta que pareció anular toda posibilidad de pensar o razonar. La noche se convirtió en un día resplandeciente, sin sombras, gracias a unos focos de sodio que despedían una extraña luz anaranjada. Bajo aquella luz, hasta el rostro más amistoso se convertía en algo surgido de ultratumba. Desde las ventanas de los primeros y segundos pisos les lanzaban confetis, hojas de periódico y de guías telefónicas, y largas tiras de papel higiénico. Era una imitación de los desfiles de Nueva York tras la final de la liga de béisbol.

No murió nadie en Oldtown. Las lámparas anaranjadas de sodio quedaron atrás y la muchedumbre disminuyó un poco mientras recorrían la ribera del río Stillwater en la oscuridad de la noche. Ya estaban a 3 de mayo. Les envolvió el olor de una fábrica de papel, una mezcla pestilente de productos químicos, humo de madera, contaminación fluvial y cáncer de estómago al acecho. Junto a la factoría papelera había pilas cónicas de serrín más altas que los edificios del centro de la ciudad. Montones de madera para pasta se alzaban hacia el firmamento como monolitos. Garraty siguió dormitando, perdido en nebulosos sueños de alivio y redención y, tras lo que le pareció una eternidad, notó que alguien le estaba lanzando codazos. Era McVries.

— ¿Qué sucede?

— Vamos a entrar en la autopista — murmuró McVries con voz excitada. — Ha llegado el rumor de que han situado una condenada guardia de honor en el carril de acceso. ¡Nos van a dedicar una salva de cien disparos!

— «Hacia el valle de la muerte cabalgan los Cuatrocientos» — citó Garraty, mientras se frotaba los ojos intentando despejarse. — Ya he oído suficientes salvas de tres disparos por esta noche. No me interesa. Déjame dormir.

— No se trata de eso. Cuando haya terminado la salva, nosotros les vamos a responder con otra.

— ¿Qué…?

— Una pedorreta a cuarenta y seis voces. Garraty sonrió. Todavía sentía los

labios tensos e inseguros.

— Me parece buena idea — dijo.

— Desde luego. Bueno… digamos a cuarenta voces. Algunos muchachos están ya demasiado agotados.

Garraty tuvo una breve visión de Olson, el Holandés Errante de la expedición.

— Está bien. Contad conmigo.

— Entonces acércate al grupo.

Garraty aceleró el paso. Ambos se colocaron más cerca de Pearson, Abraham, Baker y Scramm. La distancia con los chicos de las chaquetas negras que caminaban en vanguardia se había reducido nuevamente.

— ¿Barkovitch participa en esto? — preguntó Garraty. McVries asintió con un bufido.

— Lo considera la mejor idea desde la invención de los lavabos públicos.

Garraty intentó reunir nuevas fuerzas y emitió una risita apagada.

— Apuesto a que su pedorreta es asquerosa.

Ahora caminaban en paralelo a la autopista. Garraty observó el empinado terraplén a la derecha y el resplandor borroso de más farolas de sodio (ahora de color blanco hueso) por encima de la calzada. A cierta distancia, a menos de un kilómetro, el carril de acceso ascendía hasta la autopista.

— Allá vamos — musitó McVries.

— ¡Cathy! — exclamó Scramm. Garraty dio un respingo. — ¡Todavía no me he rendido, Cathy!

Después volvió sus ojos febriles hacia Garraty. Tenía la mirada perdida y no pareció reconocerle. Sus mejillas estaban encendidas, y tenía los labios agrietados y llagados por la fiebre.

— No está nada bien — murmuró Baker con tono de disculpa, como si fuera responsable de su estado. — Le hemos dado agua de vez en cuando, y también le hemos vertido una cantimplora por la cabeza, pero ahora su cantimplora está casi vacía y si quiere otra tendrá que pedirla por sí mismo. Son las reglas.

— Scramm — dijo Garraty.

— ¿Quién es?

Los ojos de Scramm se movieron violentamente en sus cuencas.

— Soy Garraty.

— ¡Ah! ¿Has visto a Cathy?

— No… Yo…

— Allá vamos — dijo McVries.

El clamor de la multitud había aumentado otra vez, y un cartel verde surgió fantasmagóricamente de la oscuridad:

INTERESTATAL 95

AUGUSTA — PORTLAND — PORTSMOUTH — SUR DEL ESTADO.

— Ahí es donde vamos — susurró Abraham. — Con la ayuda de Dios, hacia el sur.

El carril de acceso ascendía bajo sus pies. Pasaron bajo el primer charco de luz de las farolas. El pavimento de la nueva calzada se notaba más liso bajo los pies, y Garraty sintió un ápice de renovada excitación.

Los soldados de la guardia de honor habían desplazado al público en la curva de entrada a la autopista y mantenían los fusiles cruzados sobre el pecho, en silencio. Sus uniformes de media gala resplandecían, impolutos. Los soldados del sucio vehículo oruga parecían harapientos, en comparación.

Era como si de pronto se hubieran elevado de un enorme e inquieto mar de ruido hacia un aire silencioso y tranquilo. El único sonido era ahora el de sus pisadas y el ritmo apresurado de sus jadeos. La rampa de entrada pareció prolongarse eternamente, flanqueada por soldados de uniformes escarlata y las armas con los cañones hacia el cielo.

Entonces, desde un punto en la oscuridad, se oyó la voz del Comandante, amplificada electrónicamente:

— ¡Presenten… armas!

Las manos de los soldados realizaron el movimiento, golpeando las culatas.

— ¡Preparados para la salva!

Las armas se apoyaron en los hombros, apuntando al cielo a ambos lados de la calzada, sobre las cabezas de los Marchadores. Todos se encogieron instintivamente a la espera de aquella descarga que significaba muerte; el sonido había sido estampado en sus mentes como un reflejo pauloviano.

— ¡Fuego!

Cien fusiles en la noche, prodigiosos y atronadores. Garraty pugnó por vencer el impulso de cubrirse la cabeza con las manos.

— ¡Fuego!

De nuevo el aroma acre de la pólvora mezclada con cordita. ¿En qué libro había leído que disparaban sobre el agua para hacer salir a la superficie el cuerpo de un ahogado?

— Mi cabeza — gimió Scramm. — ¡Oh, Señor, me duele la cabeza!

— ¡Fuego!

Los fusiles rugieron por tercera y última vez. McVries se volvió para caminar de espaldas. Su rostro enrojeció debido al esfuerzo que le supuso gritar:

— ¡Presenten… armas!

Cuarenta chicos se prepararon.

— ¡Preparados para la salva!

Garraty aspiró profundamente y pugnó por conservar el aire en los pulmones.

— ¡Fuego!

Resultó penoso. Un grotesco rumor de desafío en la enorme oscuridad. No lo repitieron. Los rostros pétreos de la guardia de honor no se inmutaron pero, con todo, parecieron expresar un sutil reproche.

— ¡Bah, a la mierda! — masculló McVries.

Dio media vuelta y continuó caminando, con la cabeza gacha.

La calzada se niveló por fin. Habían alcanzado la autopista. Divisaron por un breve instante el jeep del Comandante alejándose hacia el sur, con un destello de fría luz fluorescente sobre sus gafas de sol, y la muchedumbre volvió a apiñarse alrededor, aunque ahora a mayor distancia de ellos, pues la autopista tenía cuatro carriles. Cinco, si se contaba la franja central de hierba.

Garraty se dirigió hacia ésta rápidamente y pisó la hierba, agradeciendo el rocío que se colaba por sus zapatos cuarteados y le lamía los tobillos. Se oyó un aviso. La autopista se extendía ante ellos, lisa y monótona. Una interminable cinta de asfalto dividida por esta banda verde, y envuelta en las franjas de luz blanca de las farolas de sodio. Sus sombras eran ahora nítidas, definidas y alargadas, como las de una luna de verano.

Garraty alzó la cantimplora, bebió un largo trago, volvió a taparla y empezó a dormitar otra vez. Ciento treinta kilómetros para Augusta, quizá algo más. La sensación de la hierba húmeda resultaba confortante…

Tropezó, casi cayó al suelo y se despertó con un sobresalto. Algún estúpido había plantado pinos en la franja central. Garraty sabía que era el árbol de Maine, pero eso era llevar las cosas demasiado lejos, ¿no? ¿Cómo podían esperar que uno anduviera por la hierba si…?

No lo esperaban, claro.

Garraty pasó al carril izquierdo, donde caminaba la mayoría. En la entrada de Orono aparecieron dos vehículos oruga más que se unieron a la marcha para cubrir con garantías a los cuarenta y seis Marchadores que restaban. Nadie esperaba que caminaran por la hierba. Una broma pesada más, como siempre. La vieja historia de Garraty. Nada vital; sencillamente, otro pequeño disgusto. Una trivialidad, en el fondo. Sencillamente… no cabía esperar nada, ni contar con nada. Las puertas se cerraban. Una a una, se cerraban.

— Caerán esta noche — dijo. — Como insectos aplastados contra una pared.

— Yo no contaría con ello — replicó Collie Parker con voz abatida y cansada.

— ¿Por qué no?

— Es como pasar una caja de galletas por un tamiz, Garraty. Las migajas caen muy aprisa. Después, los trozos pequeños se deshacen y caen también. Pero las galletas enteras… — La sonrisa de Parker era un destello de dientes cubiertos de saliva en la oscuridad, como una media luna. — Las galletas enteras tienen que

deshacerse migaja por migaja.

— Pero eso supone caminar tanto… todavía.

— Yo aún deseo vivir — replicó Parker con rudeza. — Y tú también, Garraty, no me fastidies. Tú y ese McVries podéis caminar discutiendo de lo divino y de lo humano; da igual, no es más que una sarta de tonterías, pero ayuda a pasar el tiempo. Pero en el fondo aún deseas vivir. Lo mismo que la mayoría de los demás. Irán muriendo lentamente. Morirán de migaja en migaja. Quizá yo también, pero de momento me siento capaz de llegar a Nueva Orleans antes que doblar las rodillas ante esos tipos en sus ridículos vehículos.

— ¿De veras? — Garraty notó una oleada de desesperación. — ¿De veras?

— Sí. Tranquilízate, Garraty. Todavía nos queda mucho por delante.

Baker apretó el paso hacia la vanguardia, donde los muchachos de las chaquetas negras mantenían unos metros de ventaja sobre el grupo. Garraty inclinó la cabeza y se adormiló de nuevo.

La mente empezó a separársele del cuerpo como una enorme cámara en la que se fijaban múltiples imágenes, de todo y de nada, que se sucedían libremente, indoloras, sin fricciones. Pensó en su padre caminando, como un gigante, con sus botas verdes de caucho. Pensó en Jimmy Owens; había golpeado a Jimmy con el cañón del fusil de aire comprimido, y lo había hecho a propósito, porque había sido idea de Jimmy quitarse las ropas y tocarse; sí, había sido idea de él. El fusil, cayendo en un arco centelleante, un arco centelleante y deliberado, la salpicadura de sangre en la barbilla de Jimmy («Lo siento, Jim. ¡Oh, necesitas un esparadrapo! »), el camino hasta su casa, y Jimmy gritando… gritando…

Garraty alzó la cabeza, medio estupefacto y algo sudoroso pese al frío de la noche. Alguien había gritado. Los fusiles apuntaban hacia una silueta pequeña, casi solemne. Parecía Barkovitch. Las armas hicieron fuego al unísono y la silueta pequeña, casi solemne, fue lanzada dos carriles más allá como un saco de ropa sucia en una lavandería. La granujienta cara de luna no era la de Barkovitch. A Garraty le pareció que el rostro parecía relajado, en paz.

Se preguntó si no estarían mejor muertos, y rehuyó tal pensamiento con inquietud. Sin embargo, ¿no era cierto? La verdad era inexorable. El dolor de pies se duplicaría, antes de que llegara el final, y ya le parecía insoportable ahora. Y ni siquiera el dolor era lo más insoportable. Lo peor era la muerte, la muerte constante, el hedor a carroña que impregnaba sus fosas nasales.

Los gritos de la multitud eran el fondo de sus pensamientos. El ruido le arrullaba. Se adormiló de nuevo, y esta vez apareció ante él la imagen de Jan. Durante unas horas se había olvidado por completo de ella. En cierto modo, pensó era mejor dormitar que soñar. El dolor de los pies y las piernas parecía pertenecer a otro individuo, con el que sólo mantenía una ligera relación, y con un pequeño esfuerzo

podía controlar los pensamientos. Ponerlos a trabajar para él.

Construyó la imagen de Jan en su mente, poco a poco. Sus pies menudos. Sus piernas firmes y absolutamente femeninas: pantorrillas torneadas y muslos rotundos y robustos, de campesina. La cintura fina, los pechos generosos y altivos. Los rasgos redondeados e inteligentes de su rostro. El cabello rubio, muy largo. Cabello de puta, pensó sin saber por qué. Una vez la había llamado así; sencillamente se le había escapado, y supuso que ella se enfadaría; pero Jan no dijo nada. Ray pensó que, secretamente, a Jan le había complacido…

En esta ocasión fue la desagradable contracción de sus intestinos lo que le sacó del sopor. Tuvo que apretar los dientes para seguir caminando al ritmo preciso hasta que pasó la sensación. Las manecillas fluorescentes de su reloj señalaban casi la una de la madrugada.

¡Oh, Señor!, por favor no permitas que tenga que hacerlo delante de toda esta gente. ¡Por favor, Dios mío! Te daré la mitad de lo que consiga si gano, pero haz que siga estreñido. Por favor, por favor…

Sus intestinos se contrajeron de nuevo, dolorosa e imperiosamente, reafirmando el hecho de que seguía sano en el fondo, pese al esfuerzo realizado por su cuerpo. Se obligó a seguir hasta dejar atrás las irritantes miradas del público situado en un paso elevado. Se desabrochó nerviosamente el cinturón, se detuvo y, con una mueca en el rostro, se bajó los pantalones, colocando una mano ante los genitales en gesto de protección, y se acuclilló. Las rodillas le chasquearon. Los muslos y las pantorrillas protestaron quejumbrosos y amenazaron con acalambrarse.

— ¡Aviso! ¡Aviso, número 47!

— John! ¡Eh, John, mira a ese pobre diablo de ahí!

Dedos que le señalaban, entrevistos o imaginados en la oscuridad. Una descarga de flashes y Garraty volvió la cabeza, abatido. Nada podía ser peor que aquello. Nada.

Casi cayó de espaldas, pero consiguió apoyar un brazo en el suelo. Una voz aguda y aniñada gritó:

— ¡La veo! ¡Veo su cosa!

Baker pasó a su lado sin mirar.

Por un terrible momento pensó que todo iba a ser por nada, por una falsa alarma, pero de inmediato su intestino se puso en marcha y pudo ocuparse del asunto. Después, con una mezcla de gruñido y jadeo, consiguió incorporarse y se tambaleó hacia adelante, medio caminando y medio corriendo, mientras se ajustaba los pantalones a la cintura, dejando tras de sí una parte de él humeante en la oscuridad, contemplada ávidamente por un millar de personas. ¡Embotelladla!, pensó Garraty. ¡Ponedla en la estantería! ¡La mierda de un hombre cuya vida estaba pendiente de un hilo! «Aquí está, Betty, ya te dije que teníamos algo especial en la sala de juegos…,

aquí arriba, encima del tocadiscos. Le remataron veinte minutos después…”

Garraty se situó a la altura de McVries y caminó junto a él, cabizbajo.

— ¿Duro? — preguntó McVries.

En su voz había matiz de admiración.

— Mucho — repuso Garraty, exhalando un suspiro estremecedor para relajarse. — Sabía que me había olvidado algo.

— ¿El qué?

— El papel higiénico. Me lo dejé en casa. McVries emitió un cloqueo y comentó:

— Como decía mi abuela, si no tienes una hoja de mazorca, abre un poco más las nalgas.

Garraty soltó una carcajada franca y alegre. Se sentía más ligero y relajado. Sucediera lo que sucediese, no tendría que volver a pasar por aquello.

— ¡Vaya!, lo has hecho — dijo Baker, retrasándose hasta él.

— ¡Vaya! — exclamó Garraty, sorprendido. — ¿Por qué no me mandáis tarjetas de felicitación, o algo así?

— No debe de ser divertido, con toda esa gente mirando — dijo Baker. — Escuchad, acabo de enterarme de algo. No sé si creerlo. Ni siquiera sé si deseo creerlo.

— ¿De qué se trata?

— De Joe y Mike, los chicos de las chaquetas negras que habíamos tomado por novios. Son hopis. Creo que eso era lo que Scramm trataba de explicarnos antes, sin que le entendiéramos. Me han dicho que son hermanos.

Garraty se quedó boquiabierto.

— Me he adelantado y les he observado de cerca — continuó Baker. — Y, maldita sea, realmente parecen hermanos.

— ¡Eso es retorcido! — repuso McVries airadamente. — ¡Condenadamente retorcido! ¡Los Escuadrones deberían llevarse a toda su familia por permitir una cosa así!

— ¿Habéis conocido alguna vez a un indio? — preguntó Baker.

— No, salvo que vinieran de Passaic — respondió McVries, todavía con tono irritado.

— Cerca de mi pueblo hay una reserva seminóla, junto a la frontera del estado — continuó Baker. — Son gente curiosa. Tienen ideas muy diferentes de las nuestras. Son orgullosos. Y pobres. Supongo que los hopis no serán muy distintos de los seminólas. Y saben morir.

— Nada de todo eso les disculpa — insistió McVries.

— Llegaron de Nuevo México — añadió Baker.

— Es una idea endemoniada — masculló McVries. Y Garraty asintió.

Las conversaciones languidecieron a lo largo y ancho del grupo de Marchadores,

en parte debido al ruido de la multitud pero, en opinión de Garraty, más a causa de la propia monotonía de la autopista. Las colinas eran largas y poco empinadas, hasta casi no parecerlo. Los Marchadores dormitaban, resoplaban penosamente y parecían estrecharse los cinturones y resignarse a la prolongada y apenas comprendida amargura que les esperaba. Los pequeños núcleos que formaban se disolvieron en tríos, parejas e islotes solitarios.

La multitud no conocía la fatiga. Animaba de forma constante con una voz ronca, mientras hacía ondear pancartas ilegibles. El nombre de Garraty se hacía audible con monótona frecuencia, mientras grupos de personas procedentes de otros estados aplaudían de vez en cuando a Barkovitch, Pearson o Wyman. Otros nombres sonaban un instante y desaparecían rápidamente, bajo un ruido similar al de la nieve de las pantallas de televisión.

Las tracas de petardos estallaban continuamente. Alguien lanzó al frío cielo una bengala de señales, y la multitud se apartó gritando cuando empezó a caer con un susurro de su resplandeciente luz púrpura hacia el arcén de grava, más allá del carril de emergencia. Había otros tipos que destacaban entre el público. Un hombre con un megáfono que, alternativamente, animaba a Garraty y anunciaba su propia candidatura para representar al segundo distrito; una mujer con un cuervo en una jaula, que sostenía celosamente apretada contra su enorme regazo; una pirámide humana formada por estudiantes que llevaban el chándal de la Universidad de New Hampshire; un tipo de mejillas hundidas y desdentado, vestido de Tío Sam, con un cartel que rezaba: LES HEMOS DEVUELTO EL CANAL DE PANAMÁ A LOS NEGROS COMUNISTAS. Salvo estos contados casos, la muchedumbre parecía tan informe y neutra como la propia autopista.

Garraty dormitó a intervalos, y las visiones de su mente fueron de amor y de horror. En uno de los sueños, una voz baja y monótona le preguntaba una y otra vez: ¿Tienes experiencia? ¿Tienes experiencia? ¿Tienes experiencia? No supo concretar si la voz era de Stebbins o del Comandante.

12

Me voy andando y el camino está enfangado. Doy un traspiés y ya estoy sangrando. ¿Estáis todos aquí?

Canción inglesa para el juego del escondite

Sin saber cómo, habían llegado de nuevo a las nueve de la mañana. Ray Garraty derramó el contenido de la cantimplora sobre su cabeza, inclinando ésta hacia atrás hasta que le chasqueó el cuello. La temperatura apenas había subido lo suficiente para hacer invisible el aliento que expulsaba, y el agua estaba helada. La impresión le hizo despenar un poco de la somnolencia que le embargaba.

Echó un vistazo a sus compañeros de marcha. McVries lucía ya una buena barba, tan negra como su cabello. Collie Parker parecía macilento pero más duro que nunca, y Baker parecía casi etéreo. Scramm no estaba tan encendido, pero tosía constantemente, con un sonido profundo que a Garraty le recordó a sí mismo, mucho tiempo atrás. Con apenas cinco años, había padecido neumonía.

La noche había transcurrido como una secuencia soñada de nombres extraños en los carteles iluminados de la autopista: Veazie, Bangor, Hermon, Hampden, Winterport. Los soldados sólo habían expedido dos pasaportes más, y Garraty empezaba a aceptar como cierta la comparación con las galletas que le había comentado Parker.

Y ahora, otro día luminoso había nacido. Los pequeños grupos protectores se habían vuelto a formar. Todos gastaban bromas respecto a las barbas, pero no acerca de los pies…

Nunca acerca de los pies. Durante la noche Garraty había notado que se le reventaban algunas ampollas pequeñas en el talón derecho pero, de algún modo, el suave y absorbente calcetín había hecho de algodón sobre la carne viva. Acababan de dejar atrás un cartel de AUGUSTA 77 — PORTLAND 187.

— Hay más distancia de la que habías dicho — le reprochó Pearson. Estaba terriblemente demacrado y el cabello le caía sobre las mejillas.

— No soy un mapa ambulante — respondió Garraty.

— Pero… éste es tu estado.

— Pues ya ves…

— Sí, claro… Chico, no volvería a meterme en esto aunque viviera mil años.

— Deberías vivir todo ese tiempo.

— Sí. — Pearson bajó la voz para añadir — : Pero ya he tomado una resolución. Si llego a estar tan cansado que no puedo continuar, echaré a correr y me mezclaré

entre la multitud. Así no se atreverán a dispararme. Quizá pueda escapar.

— Eso sería como saltar a un trampolín — replicó Garraty. — La gente te devolvería a la calzada para ver cómo te disparan y te desangras. ¿No recuerdas a Percy?

— Percy no sabía lo que se hacía. Sólo intentaba escurrirse hacia el bosque… Está bien, a Percy le dieron una buena lección. — Pearson lo miró con curiosidad. — ¿No estás cansado, Ray?

— ¡Diablos, no! — replicó Garraty sacudiendo los enflaquecidos brazos con fingida animación. — Funciono con el automático, ¿no lo ves?

— Yo estoy bastante mal — reconoció Pearson y se humedeció los labios. — Me cuesta mucho incluso pensar con claridad. Y siento en las piernas una especie de arpones que se me clavan hasta…

McVries apareció detrás de ellos.

— Scramm está muriéndose — anunció. Garraty y Pearson respondieron al unísono con un «¿Eh?».

— Tiene neumonía — añadió McVries.

— Ya me lo temía — asintió Garraty.

— Se le pueden oír los pulmones desde dos metros de distancia. Y suena como si estuvieran bombeando la corriente del Golfo en su interior. Si hoy hace mucho calor, morirá de fiebre.

— Pobre diablo — dijo Pearson, y su tono de alivio resultó inconfundible. — Creo que habría podido con todos nosotros. Y está casado. ¿Qué va a hacer su mujer?

— ¿Qué puede hacer? — inquirió Garraty.

Avanzaban bastante cerca de la multitud, sin notar ya los brazos extendidos que pugnaban por tocarles. Uno aprendía pronto a medir la distancia después de que las uñas le rasguñaran el brazo un par de veces. Un niño gritaba entre sollozos que quería volver a casa.

— He hablado con todos — dijo McVries. — Bueno, con casi todos. Creo que el ganador tendría que hacer algo por ella.

— ¿Como qué? — preguntó Garraty.

— Esto tendrá que quedar entre el ganador y la viuda de Scramm. Y si el muy cerdo no cumple lo estipulado, regresaremos para darle su merecido.

— Está bien — accedió Pearson. — ¿Qué puedo perder?

— ¿Ray?

— Claro. Está bien. ¿Has hablado con Gary Barkovitch?

— ¿Con ese engreído? Ése no le haría a su madre la respiración artificial si se estuviera ahogando.

— Hablaré con él — se ofreció Garraty.

— No conseguirás nada.

— Da igual. Voy ahora.

— Ray, ¿por qué no hablas también con Stebbins? Pareces el único con el que habla.

— Puedo decirte por anticipado qué contestará — bufó Garraty.

— ¿Que no?

— Preguntará por qué. Y cuando termine, seguiré sin tener la menor idea.

— Entonces no le digas nada.

— He de hacerlo — dijo Garraty, mientras empezaba a desviarse en diagonal hacia la pequeña y hundida figura de Barkovitch. — Es el único que todavía piensa que va a ganar.

Barkovitch estaba adormilado. Con los ojos casi cerrados y el suave vello de melocotón que cubría sus mejillas oliváceas, parecía un raído osito de peluche. O había perdido el gorro para la lluvia, o se había desembarazado de él.

— Barkovitch.

Éste despertó con un sobresalto.

— ¿Qué sucede? ¿Quién es? ¿Garraty?

— Sí. Escucha, Scramm está muriéndose.

— ¿Quién? ¡Ah, bien! Un cerebro de mosquito. Mejor para él.

— Tiene neumonía. Probablemente no llegará al mediodía.

Barkovitch volvió lentamente hacia Garraty sus ojillos negros y brillantes. Sí, esa mañana tenía un decidido aspecto de osito de peluche.

— ¿Qué pretendes con esa cara de honradez? ¿Qué buscas?

— Scramm está casado y…

Barkovitch abrió ojos como platos.

— ¿Casado? ¿Me estás diciendo que ese pedazo de asno…?

— ¡Cállate, idiota! ¡Te va a oír!

— ¡Me importa un carajo! ¡Está loco! — Barkovitch se volvió hacia Scramm, furioso e indignado. — ¿Qué creías que estabas haciendo, imbécil? ¿Pensabas que esto era una partida de cartas? — gritó.

Scramm le dirigió una mirada turbia y alzó la mano en una especie de saludo distante. Parecía haber confundido a Barkovitch con un espectador. Abraham, que avanzaba cerca de Scramm, le hizo un corte de mangas a Barkovitch. Éste se lo devolvió y se volvió hacia Garraty. De pronto, sonrió.

— ¡Ah, Dios mío! — dijo. — Lo leo en tu estúpida cara de paleto, Garraty. Pasando el sombrero para la viuda del muerto, ¿no es eso? ¡Muy hábil!

— No contamos contigo, ¿verdad? — mascculló Garraty con voz tensa. — Muy bien. Empezó a retrasarse. Barkovitch sonreía por la comisura de los labios. Asió a Garraty de la manga y le dijo:

— Aguarda. No he dicho que no, ¿verdad? ¿Me has oído decir que no?

— No…

— Bien. — Barkovitch esbozó de nuevo su sonrisa. Ahora, sin embargo, había en ella algo de desesperación. Había desaparecido el cinismo. — Escucha, creo que empecé con mal pie entre vosotros, chicos. No era mi intención. Mierda, soy un tipo bastante bueno cuando se me conoce, pero siempre empiezo con el pie izquierdo. Nunca he tenido mucha gente detrás en mi pueblo. En la escuela, me refiero. Y no sé por qué. Cuando se me conoce soy bastante buen tipo, como cualquiera, pero siempre empiezo con mal pie, ¿entiendes? Quiero decir que uno tiene que tener un par de amigos o algo así. No es bueno estar solo, Garraty, lo sabes muy bien. Y ese Rank… Él empezó. Me estaba tocando las narices. Siempre hay alguien que quiere tocarme las narices. En la escuela llevaba una navaja por si alguien quería tocarme las narices. Ese Rank… No pretendía que muriera. Quiero decir que no fue culpa mía. Vosotros sólo visteis el final, y no cómo me estaba tocando las narices, ¿comprendes…? — Su voz fue apagándose.

— Sí — respondió Garraty, sintiéndose un hipócrita.

Quizá Barkovitch pudiera reescribir la historia para sí mismo, pero él recordaba el incidente de Rank con claridad.

— ¿Y bien? — le apremió. — ¿Quieres participar en el trato?

— Claro que sí. — La mano de Barkovitch se aferró convulsivamente a la manga de Garraty, tirando de ella como del freno de emergencia de un tren. — Le mandaré suficiente dinero para que viva en la abundancia el resto de su vida. Lo que quería hacerte comprender es que cualquiera necesita amigos… necesita a otros, ¿entiendes? ¿Quién quiere morir odiado, si es que ha de morir? Yo… yo…

— Entiendo.

Garraty empezó a retrasarse, sintiéndose un cobarde. Seguía odiando a Barkovitch, pero en cierto modo también le compadecía.

— Gracias — dijo.

Era el toque de humanidad de Barkovitch lo que le asustaba. Le espantaba por alguna razón que no podía concretar.

Se retrasó demasiado aprisa, le dieron un aviso y pasó los diez minutos siguientes retrocediendo posiciones lentamente hasta encontrarse cerca de Stebbins.

— Ray Garraty — dijo Stebbins. — Feliz tres de mayo, Garraty.

— Lo mismo digo.

— Me estaba contando los dedos de los pies — comentó Stebbins. — Son una compañía fantástica, porque siempre suman lo mismo. ¿Qué tienes en la cabeza?

Garraty pasó a explicar el asunto de Scramm y de la esposa de Scramm por segunda vez, y a media conversación otro Marchador recibió el pasaporte (LOS ÁNGELES DEL INFIERNO llevaba estampado en la parte de atrás de su raída chaqueta), haciendo que todo pareciera trivial y sin sentido. Al terminar, esperó una

respuesta.

— ¿Por qué no? — contestó Stebbins con tono amable. — Nadie tiene realmente nada que perder. Eso hace más fácil ser generoso.

Garraty lo miró. Había demasiada verdad en lo que acababa de decir, y hacía parecer mezquino su gesto para con Scramm.

— No me interpretes mal, Garraty. Soy un poco raro, pero no me tomes por un miserable. Si pudiera hacer que Scramm muriera antes gracias a mi promesa, lo sería. Pero no puedo. Apuesto a que en cada Larga Marcha existe un pobre diablo como Scramm y tiene lugar un gesto como éste, Garraty. Y apostaría también a que sucede a estas alturas, cuando la realidad y la condición de mortales empieza a hacer mella. En los viejos tiempos, antes del Gran Cambio y de los Escuadrones, cuando todavía existían millonarios, solían instituirse fundaciones y se edificaban bibliotecas y todo eso. Todos buscaban un baluarte contra la condición de mortales, Garraty. Hay gente que se engaña pensando que sigue viviendo en sus hijos. Pero ninguno de esos pobres hijos perdidos… — Movió un débil brazo para señalar a los demás Marchadores mientras reía con amargura. — Ésos nunca dejarán ningún bastardo. — Le hizo un guiño y añadió — : ¿Sorprendido?

— Yo… creo que no.

— Tú y tu amigo McVries destacáis en esta abigarrada multitud. No entiendo cómo ninguno de vosotros llegó hasta aquí, aunque apuesto a que es algo más profundo de lo que podría pensarse. Anoche me tomaste demasiado en serio respecto a Olson, ¿verdad?

— Supongo que sí — contestó Garraty. Stebbins rió.

— Eres un auténtico ingenuo, Ray. Olson no tenía secretos.

— ¿Sabes lo que pienso? — repuso Garraty con una tensa sonrisa. — Creo que tuviste alguna especie de visión y ahora quieres negarla. Quizá te asustó.

— Tómalo como quieras, Garraty. Es tu funeral. — Los ojos de Stebbins se volvieron grises. — Y ahora, ¿por qué no te largas? Ya tienes tu promesa.

— Quieres engañarte. Quizá ése sea tu problema. Te gusta pensar que el juego está amañado, pero quizá resulte ser limpio. ¿Es eso lo que te asusta, Stebbins?

— ¡Lárgate!

— ¡Vamos, reconócelo!

— No reconozco nada, salvo que eres un estúpido integral. Sigue creyendo que hay juego limpio. — En las mejillas de Stebbins había aparecido un ligero color. — Todos los juegos son limpios si todo el mundo es engañado a la vez.

— Estás equivocado — afirmó Garraty con escasa convicción.

Stebbins sonrió brevemente y volvió a fijar la mirada en sus pies.

Estaban saliendo de una hondonada larga y suave, y Garraty notó la frente perlada de sudor mientras reducía la distancia que le separaba del grupo que formaban

McVries, Pearson, Abraham y Baker, junto a Scramm o, más exactamente, alrededor de éste. Tenían aspecto de preocupados cuidadores de un boxeador a punto de ser noqueado.

— ¿Cómo está? — preguntó Garraty.

— ¿Por qué les preguntas a ellos? — replicó Scramm.

Su voz, antes ronca, se había convertido en un mero susurro. Le había bajado la fiebre y tenía el rostro cerúleo, descolorido.

— Bien, entonces te lo pregunto a ti.

— No muy mal — respondió con un acceso de tos. Era un sonido chirriante, barboteante. — No estoy muy mal. Es muy bonito lo que estáis haciendo por Cathy, muchachos. A un hombre le gusta cuidarse de lo suyo, pero supongo que no estaría bien que me mostrara orgulloso. Al menos, tal como están las cosas.

— No hables tanto — dijo Pearson, — o vas a agotarte.

— ¿Qué importa eso? Antes o después, ¿qué más da? — Scramm les miró unos instantes y meneó la cabeza. — ¿Por qué tendría que ponerme enfermo? Caminaba muy bien, realmente cómodo. Y era el favorito en las apuestas. Incluso cuando estoy cansado me gusta caminar, ver gente, oler el aire… ¿Por qué? ¿Es cosa de Dios? ¿Ha sido Dios quien me ha hecho esto?

— No lo sé — musitó Abraham.

Garraty notó de nuevo la fascinación por la muerte, y sintió repugnancia. Intentó sacudírsela de encima. No era justo. No cuando se trataba de un amigo.

— ¿Qué hora es? — preguntó Scramm. Garraty recordó con un escalofrío a Olson.

— Las diez y diez — dijo Baker.

— Más de trescientos kilómetros en las piernas — añadió McVries.

— No tengo cansados los pies — dijo Scramm. — Eso ya es algo.

Un niño gritaba jubiloso en las primeras filas. Su voz aguda se alzaba sobre el grave murmullo de la multitud.

— ¡Mamá! ¡Eh, mamá! ¡Mira a ese grandullón! ¡Mira ese toro! ¡Mamá, mira!

Los ojos de Garraty recorrieron a la muchedumbre hasta distinguir al niño en la primera fila. Llevaba una camiseta del robot Randy y mascaba un bocadillo de jamón. Scramm le dedicó un saludo.

— Los niños son un encanto — dijo. — Sí, espero que Cathy tenga un niño. Una niña también estaría bien, pero ya sabéis, un chico mantiene el apellido y lo transmite. No es que Scramm sea un gran apellido, pero… — Se echó a reír, y Garraty pensó en lo que Stebbins había dicho respecto a los baluartes contra la muerte.

Un Marchador de mejillas como manzanas, vestido con un suéter azul muy amplio, llegó hasta el grupo con una noticia. A Mike, uno de los chicos de chaquetas

negras, le había dado un calambre abdominal.

Scramm se pasó una mano por la frente. Su pecho se alzó y volvió a caer en un espasmo de tos violenta.

— Esos chicos son de un lugar próximo al mío — dijo. — Si lo hubiera sabido, habríamos venido a Maine todos juntos. Son dos hopis.

— Sí — asintió Pearson. — Ya nos lo has dicho.

— ¿De veras? — Scramm pareció sorprendido. — Bueno, no importa. Parece que, de todos modos, no voy a hacer solo el viaje. Me pregunto si…

Una expresión de determinación se dibujó en el rostro de Scramm, que empezó a acelerar el paso. Después frenó la marcha un instante y se volvió a mirarles. Ahora parecía sereno. Garraty le contempló, fascinado a su pesar.

— No creo que volvamos a vernos, muchachos. — En la voz de Scramm había dignidad y sencillez. — Adiós. McVries fue el primero en responder.

— Adiós, colega — dijo con voz ronca. — Buen viaje.

— Sí, buena suerte — añadió Pearson, apartando la mirada.

Abraham intentó hablar pero no lo consiguió. Se volvió, pálido y con los labios apretados.

— Tómalo con calma — musitó Baker.

— Adiós — dijo Garraty con los labios helados. — Adiós, Scramm, buen viaje, buen descanso.

— ¿Buen descanso? — Scramm sonrió. — La Marcha de verdad quizá esté por llegar.

Aceleró hasta llegar a la altura de Mike y Joe, con sus miradas impasibles y sus raídas chaquetas negras. Mike no había permitido que los calambres le hicieran doblarse. Avanzaba con ambas manos apretadas contra el vientre, y su velocidad era constante.

Scramm habló con ellos.

Todos les observaron.

— ¿Qué diablos están tramando? — susurró Pearson con voz atemorizada.

De pronto, Scramm se adelantó a Mike y Joe. Incluso desde su posición retrasada, Garraty podía oír el áspero sonido de las toses de Scramm. Los soldados observaban al terceto con atención. Joe puso una mano en el hombro de su hermano y la apretó con fuerza. Los dos se miraron. Garraty no vio emoción alguna en sus rostros bronceados. Después, Mike apresuró el paso ligeramente y alcanzó a Scramm.

Un momento más tarde, Scramm y Mike dieron una brusca vuelta a la derecha y echaron a andar hacia la multitud, que al sentir el intenso olor de lo irremediable, emitió un chillido, se disgregó y retrocedió apartándose como si ellos fueran la peste.

Garraty miró a Pearson, que tenía los labios apretados.

Mike y Scramm recibieron un aviso y, al llegar junto a las bandas protectoras que

bordeaban la autopista, se volvieron nuevamente y quedaron de frente al vehículo oruga que se acercaba. Dos cortes de mangas se levantaron al aire al unísono.

— ¡Me cago en vuestra puta madre! — gritó Scramm.

Mike añadió algo en su idioma.

Un clamor se levantó entre los Marchadores, y Garraty notó unas débiles lágrimas bajo los párpados. La muchedumbre quedó en silencio. La zona detrás de Mike y Scramm estaba yerma y vacía. Los dos recibieron el segundo aviso, se sentaron uno junto al otro con las piernas cruzadas y empezaron a hablar tranquilamente. Y resultaba condenadamente extraño, pensó Garraty mientras pasaban junto a ellos, pues Mike y Scramm no parecían hablar el mismo idioma.

No volvió la mirada atrás. Ninguno de ellos lo hizo, ni siquiera cuando todo hubo terminado.

— ¡Será mejor que quien gane cumpla su palabra! — dijo McVries. — ¡Recordadlo!

Nadie respondió.

13

Joanie Greenblum, ¡abandónese!

JOHNNY OLSON

El nuevo precio es correcto

Las dos de la tarde.

— ¡Me estás engañando, maldita sea! — gritó Abraham.

— De ninguna manera — respondió Baker con tranquilidad. — Me debes un dólar cuarenta, borrico.

— ¡Yo no le pago a un tramposo!

Abraham cogió con fuerza la moneda que había estado sosteniendo apretadamente entre las yemas de sus dedos.

— Y yo no suelo jugarme monedas con los tipos que me llaman eso — replicó Baker. — Pero en tu caso, Abraham, haré una excepción. Me caes tan bien que no puedo evitarlo.

— ¡Cállate y lanza la moneda!

— No uses ese tono de voz conmigo — insistió Baker en actitud humilde mientras hacía girar los ojos. — Puedo desmayarme de la impresión.

Garraty se echó a reír. Abraham soltó un bufido, lanzó la moneda al aire, y la recogió sobre el dorso de su mano izquierda, tapándola.

— Ahora juega tú.

— Está bien.

Baker lanzó su moneda más alta, la recogió y la colocó sobre el dorso de la mano. Garraty tuvo la certeza de que ocultaba la moneda de canto entre sus dedos.

— Esta vez la enseñas tú primero — dijo Baker.

— Y una mierda. La última vez la enseñé yo.

— ¡Oh, venga, Abraham! Antes la enseñé yo primero en tres ocasiones seguidas. Quizá eres tú el que hace trampas.

Abraham masculló por lo bajo, pensó un momento y enseñó su moneda. Era cruz, y en ella se veía el río Potomac enmarcado en hojas de laurel.

Baker levantó la mano, miró debajo y sonrió. Su moneda también era cruz.

— Con ésta me debes un dólar cincuenta.

— ¡Joder! Debes de pensar que estoy ciego — gritó Abraham. — ¿O acaso me tomas por idiota? Pretendes desplumar al pobre palurdo.

Baker pareció meditar la respuesta.

— ¡Vamos, vamos! — continuó gritando Abraham. — ¡Dímelo a la cara!

— Ya que has planteado el tema — contestó Baker, — te diré que jamás se me había pasado por la cabeza que fueras un palurdo. Que eres un idiota ha quedado bien demostrado. Y en cuanto a desplumarte — añadió, apoyando una mano en el hombro de Abraham, — en eso, amigo mío, tienes toda la razón.

— Doble o nada — propuso Abraham con aire astuto. — Y esta vez enseño yo primero.

Baker se lo pensó y miró a Garraty.

— Ray, ¿tú lo harías?

— ¿Hacer qué? — Garraty había perdido el hilo de la conversación. Su pierna izquierda había empezado a experimentar sensaciones extrañas.

— ¿Jugarías a doble o nada contra este tipo?

— ¿Por qué no? Después de todo, Abraham es demasiado estúpido para engañarte.

— Garraty, pensaba que éramos amigos — replicó Abraham con frialdad.

— Está bien, un dólar y medio. Doble o nada — dijo Baker.

En ese instante un dolor infernal recorrió la pierna izquierda de Garraty, haciendo que el dolor de las últimas treinta horas pareciera, en comparación, una caricia.

— ¡Mi pierna! — gritó, incapaz de moverse.

— ¡Garraty! — dijo Baker. — ¿Qué coño te ocurre?

No había en su voz más que un tono de leve sorpresa, y muy pronto él y Abraham le dejaron atrás. Parecía que todos le superaban, mientras él permanecía inmóvil, con la pierna izquierda reducida a un pedazo de mármol agarrotado y doliente. Le pasaban, le dejaban atrás…

— ¡Aviso! ¡Aviso, número 47!

Manten la calma, pensó. Si te dejas llevar por el pánico estás perdido.

Se sentó en la calzada con la pierna izquierda estirada, como si fuera de madera. Empezó a darse masaje en los músculos. Intentó amasarlos, pero era como intentar amasar el marfil.

— Garraty… — Era McVries; parecía asustado. — ¿De qué se trata? ¿Un calambre?

— Sí, creo que sí. Continúa. Ya me recuperaré.

El tiempo. Los segundos empezaban a contar, pero todo cuanto le rodeaba parecía haberse ralentizado, como las imágenes a cámara lenta de la repetición de un gol. McVries avanzaba despacio, mostrando ora un talón ora el otro, acompañados de la breve imagen de una suela cuarteada y desgastada. Barkovitch pasó lentamente por su lado, con una leve sonrisa en los labios.

Una oleada de tenso silencio se extendió entre la multitud poco a poco, alejándose en ambas direcciones desde el punto donde se había sentado, como una ola encrespada corriendo hacia la playa.

El segundo aviso, pensó Garraty. El segundo aviso está a punto de caer, y la pierna, la maldita pierna, no se recupera. No quiero recibir el pasaporte. ¡Vamos!, reacciona…

— ¡Aviso! ¡Segundo aviso, número 47!

Sí, claro, esos suponen que no sé contar. ¿Qué creéis, que estoy aquí sentado para darme un baño de sol?

La visión de la muerte, tan real e indiscutible como una fotografía, intentaba abrirse paso y hacer presa en él. Intentaba paralizarle. Ray la desechó con una frialdad nacida de la desesperación. El muslo era una agonía torturadora pero, en su concentración, apenas la sentía. Quedaba un minuto. No, cincuenta segundos ya. No, cuarenta y cinco… El tiempo se agota, se me escurre entre los dedos.

Con una expresión abstraída, casi docta, en el rostro, Garraty hundió los dedos entre los músculos. Los masajeó, los estrujó, les habló mentalmente. Vamos, vamos, maldita sea. Los dedos empezaron a dolerle, pero apenas se enteró. Stebbins pasó junto a él y murmuró algo. Garraty no alcanzó a entenderle. Pudo tratarse de un deseo de buena suerte. Y luego se encontró solo, sentado sobre la línea blanca discontinua, entre el carril derecho y el de adelantamiento.

Todos se alejaban. El circo ambulante dejaba la ciudad, se mudaba en plena temporada y abandonaba la ciudad. Y no dejaba a nadie atrás, salvo a aquel Garraty, para enfrentarse al vacío de los envoltorios de caramelos, las colillas aplastadas y las etiquetas arrancadas de los artículos de oportunidades.

Todos se alejaban, salvo un soldado joven, rubio y vagamente apuesto. Llevaba el cronómetro de plata en una mano y el fusil en la otra. En sus facciones no había rastro de piedad.

— ¡Aviso! ¡Aviso, número 47! ¡Tercer aviso, número 47!

Y el músculo no se distendía en absoluto. Iba a morir. Después de todo lo pasado, después de haberse dejado las agallas, allí estaba la simple y definitiva verdad.

Dejó de masajearse la pierna y contempló al soldado. Se preguntó quién ganaría la Marcha. Y si McVries sobreviviría a Barkovitch. Se preguntó si notaría la entrada de una bala en la cabeza, o si sólo sería una repentina oscuridad.

Los escasos últimos segundos empezaron a agotarse.

Y el calambre se distendió. La sangre fluyó de nuevo al músculo como un torrente de alfileres y agujas, calentándolo. El soldado rubio guardó el cronómetro de bolsillo y movió los labios sin emitir sonido alguno, mientras contaba los últimos segundos.

Garraty pensó que no podría levantarse. Se estaba tan a gusto allí sentado… Sentado y dejando que el teléfono sonara. Al diablo con el teléfono. ¿Por qué no desconectarlo?

Inclinó hacia atrás la cabeza. El soldado parecía observarle desde lo alto, como

desde la boca de un pozo o un túnel. Con un movimiento ralentizado, sujetó el fusil con ambas manos y deslizó el índice de la derecha sobre el disparador, enroscándolo en torno al gatillo. El cañón del arma empezó a descender hacia Garraty. La mano izquierda del soldado sostenía con firmeza el cañón. Una alianza de boda reflejó un rayo de sol. Todo sucedía lentamente, muy lentamente. Sólo… dejar sonar el teléfono.

Así es, pensó Garraty. Así es morirse.

El pulgar derecho del soldado estaba liberando el seguro del fusil con exquisita parsimonia. Tres mujerucas delgadas estaban justo detrás de él. Las tres brujas de Macbeth. Dejar sonar el teléfono… dejarlo sonar apenas un minuto más. No puedo contestar ahora, estoy muy ocupado en morirme. El sol, las sombras, el cielo azul. Las nubes apresuradas sobre la autopista. Stebbins era ya apenas una espalda en la lejanía, una camisa azul con una gran mancha de sudor. Adiós, Stebbins.

Los sonidos se hicieron más nítidos y perceptibles en su cabeza. No tenía idea de si era producto de su imaginación, de un estado de hipersensibilidad, o sencillamente de la muerte que extendía los brazos hacia él. El seguro del arma saltó con un crujido de rama al romperse. El aire que inspiraba entre los dientes sonaba como un túnel de viento. Los latidos de su corazón eran golpes de bombo. Y había también un pitido agudo, no en sus oídos sino entre ellos, en una espiral cada vez más aguda, y tuvo la descabellada certeza de que se trataba del auténtico sonido de las ondas cerebrales.

De pronto, Garraty se puso en pie de un brinco convulsivo. Lanzó un grito y emprendió una carrera cada vez más rápida. Sus pies eran como plumas. El dedo del soldado se tensó en el gatillo. Echó un vistazo al indicador que llevaba a la cintura, conectado al ordenador, y que tenía incorporado un pequeño y sofisticado aparato de radar. Garraty había leído en cierta ocasión un artículo acerca de tales aparatos en Mecánica Popular. Podían determinar la velocidad de un Marchador en concreto con una exactitud increíble.

El dedo del soldado se retiró del gatillo.

Garraty moderó su carrera hasta convertirla en un paso rápido. Tenía la boca seca como si estuviera llena de algodón, y el corazón le latía como un martillo pilón. Delante de los ojos veía destellos blancos irregulares y, por un terrible instante, tuvo la seguridad de que iba a desmayarse. Pero la sensación pasó. Sus pies, que parecían enfurecidos por habérseles negado el descanso que tanto se merecían, le gritaron insoportablemente. Apretó los dientes y resistió el dolor. Los músculos de la pierna izquierda todavía le provocaban punzadas alarmantes, pero al menos no cojeaba.

Echó un vistazo al reloj. Eran las 14.17. Durante la hora siguiente, Garraty estaría a menos de dos segundos de la muerte.

— De nuevo en el país de los vivos — dijo Stebbins cuando Ray llegó a su altura.

— Sí, señor — musitó Garraty, aturdido.

Notó una repentina oleada de resentimiento. Todos habrían seguido caminando aunque a él le hubieran dado el pasaporte. Nadie habría derramado una lágrima por él. Sencillamente, un nombre y un número que anotar en los registros oficiales: «Garraty, Raymond, n° 47.

Eliminado en el kilómetro 349.» Y una historia de interés humano en los periódicos del estado durante un par de días: «¡Garraty muere! ¡El chico de Maine, baja número 61 de la Larga Marcha.”

— Espero ganar — murmuró Garraty.

— ¿De veras lo crees?

Garraty pensó en el rostro del soldado rubio. Había demostrado la misma emoción que un plato de guisantes.

— Lo dudo — reconoció. — Ahora tengo tres avisos en mi haber. Eso significa que no me queda ningún margen, ¿verdad?

— Bien, digamos que te queda una propina perversa — dijo Stebbins con la mirada fija en sus pies.

Garraty aumentó su velocidad. El margen de un par de segundos era una losa sobre su cabeza. Esta vez no habría avisos. Ni siquiera daría tiempo a que nadie le advirtiera: «Será mejor que apresures el paso, Garraty, o te va a caer un aviso.”

Llegó a la altura de McVries, que levantó la mirada hacia él.

— Creí que esta vez te quedabas fuera, chico — dijo McVries.

— Yo también.

— ¿Tan justo ha sido?

— Por apenas un par de segundos. McVries contuvo un silencioso silbido.

— No me gustaría estar en tu pellejo. ¿Cómo tienes la pierna?

— Mejor. Oye, no puedo seguir hablando. Me voy a la vanguardia un rato.

— Eso no le sirvió de nada a Harkness.

Garraty meneó la cabeza y respondió:

— Da igual. Tengo que asegurarme de que voy a buena velocidad.

— Está bien. ¿Deseas compañía?

— Si tienes fuerzas…

— Yo tengo tiempo si tú tienes dinero, encanto… — se burló McVries.

— Tomemos un buen ritmo ahora que aún tengo ánimos para ello.

Garraty apretó el paso hasta que sus piernas estuvieron al borde de la rebelión y, junto con McVries, avanzó rápidamente entre los primeros Marchadores. Había cierta distancia entre el muchacho que iba segundo, un tipo larguirucho de rostro malvado que se llamaba Harold Quince, y el superviviente de los hopis, Joe. De cerca, la piel de éste resultaba asombrosamente cobriza. Tenía la mirada fija en el horizonte, y las facciones inexpresivas. Las múltiples cremalleras de su chaqueta tintineaban como el rumor de una música lejana.

—Hola, Joe —dijo McVries.

—Hola —respondió lacónicamente Joe. Le dejaron atrás y la autopista fue suya entonces. Una amplia calzada con dos pistas de asfalto y alquitrán, separadas por la franja central de hierba y bordeadas por un constante muro de gente.

—Adelante, siempre adelante —dijo McVries. —Soldados de Cristo, desfilando para ir a la guerra. ¿Has oído alguna vez ese himno, Ray?

—¿Qué hora es?

—Las dos y veinte —dijo McVries, consultando su reloj. —Escucha, Ray, si piensas…

—¿Sólo esa hora? Yo calculaba que…

Garraty notó que el pánico le subía por la garganta, denso y viscoso. No podría conseguirlo; el margen era demasiado estrecho.

—Si sigues pensando en la hora te volverás loco e intentarás huir entre la gente, y te rematarán como a un perro. Te dispararán cuando tengas la lengua fuera y te resbale la saliva por la barbilla. Intenta olvidarte del reloj.

—No puedo. —Garraty pugnaba por contener el pánico que le invadía y que le hacía sentirse nervioso, acalorado y débil. —Olson… Scramm… Los dos murieron. Y Davidson también. Igual puede sucederme a mí, Pete. Ahora lo veo con claridad. Siento la muerte jadeando justo a mi espalda…

—Piensa en esa chica tuya, Jan. O en tu madre. O en tu maldita gata. O no pienses en nada. Limítate a poner un pie delante del otro. Sigue caminando carretera adelante. Concéntrate en eso.

Garraty luchó por recuperar el control y lo consiguió ligeramente, pero siguió al borde del pánico. Sus piernas ya no querían responder a las órdenes de su mente, y parecían más seniles y temblorosas que una bombilla vieja.

—No va a durar mucho —comentó una mujer de la primera fila.

—¡Tus tetas no van a durar mucho! —replicó Garraty con furia, y el público le aplaudió. —Sois todos una mierda —añadió. —Una auténtica mierda. ¡Pervertidos! ¿Qué hora es, McVries?

—¿Qué fue lo primero que hiciste cuando te llegó la carta de confirmación? —preguntó McVries en voz baja. —¿Qué hiciste cuando supiste que realmente estabas seleccionado?

Garraty frunció el entrecejo, se pasó la mano por la frente rápidamente y dejó que su mente volara del presente sudoroso y terrible a aquel momento concreto de su pasado.

—Estaba solo. Mi madre trabaja. Era viernes, después del mediodía. La carta estaba en el buzón y llevaba matasellos de Wilmington, Delaware, así que supe enseguida de qué se trataba. Sin embargo, estaba seguro de que me dirían que había fallado en el examen físico, en el psicológico o en ambos. Tuve que leerlo dos veces

para creérmelo. No me puse a dar saltos de alegría, pero me sentí complacido. Y confiado. Entonces no me dolían los pies, ni sentía la espalda como si alguien me hubiera puesto en ella una tonelada de cemento. Era uno entre un millón, y no me di cuenta de que también la mujer barbuda del circo lo es.

Se interrumpió un instante mientras recordaba, el aroma de aquel día, a primeros de abril. Después continuó:

— No pude volverme atrás. Había demasiada gente pendiente de mí. Supongo que a todo el mundo debe de pasarle lo mismo. Ese es uno de los métodos que utilizan para estimular a los participantes, ¿comprendes? Dejé pasar la fecha de la renuncia, el quince de abril, y al día siguiente celebraron un banquete en mi honor en el ayuntamiento. Allí estaban todos mis amigos y, después del postre, todos se pusieron a gritar: «¡Qué hable! ¡Qué hable!» Me levanté y, con la mirada fija en el suelo, murmuré que haría todo lo que pudiera si participaba, y todo el mundo me aplaudió a rabiar. Era como si acabara de embutir en sus mentes la jodida proclama de Gettysburg. ¿Comprendes a qué me refiero?

— Sí, lo comprendo — afirmó McVries con una carcajada, pero sus ojos estaban sombríos.

Detrás de ellos, los fusiles tronaron repentinamente. Garraty dio un brinco espasmódico y casi se quedó helado donde estaba. Sin embargo, sin saber muy bien cómo, continuó avanzando. Esta vez le había ayudado el puro instinto, pensó. ¿Cómo se salvaría la siguiente?

— Hijos de puta — masculló McVries. — Ha sido Joe.

— ¿Que hora es? — preguntó Garraty y, antes de que McVries pudiera responder, recordó que también él llevaba un reloj en la muñeca. Eran las 14.38.

Oh, Dios… El margen de dos segundos era como una losa sobre su cabeza.

— ¿Nadie intentó convencerte de que renunciaras? — preguntó McVries.

Los dos se hallaban muy alejados del grupo principal de Marchadores, con más de cien metros de ventaja. Un soldado había sido destacado para controlarles. Garraty se alegró de que no fuera el rubio.

— ¿Nadie intentó convencerte de que utilizaras el último plazo de renuncia del treinta de abril? — insistió McVries.

— Al principio no. Al principio, tanto Jan como mi madre y el doctor Patterson, el amigo íntimo de mi madre, un tipo con el que lleva saliendo más de cinco años, intentaron insinuarlo levemente. Se sentían complacidos y orgullosos, porque la mayoría de los chicos de más de doce años de este país se someten a las pruebas y sólo las pasan uno de cada cincuenta. Y eso todavía deja miles de candidatos, de los que sólo se seleccionan doscientos: cien Marchadores y cien reservas. Aunque ya sabes que no tiene ningún mérito que te escojan…

— Desde luego. Los nombres seleccionados se extraen por puro azar de ese

maldito sombrero. Un buen espectáculo de televisión… — asintió McVries con voz quebrada.

— Sí. El Comandante extrae doscientos nombres, que es lo único que anuncia. Uno no sabe si es un Marchador o sólo un reserva.

— Y no se notifica a qué categoría pertenece uno hasta el mismo día del último plazo añadió McVries, hablando como si ese último día de plazo estuviera a años de distancia, en lugar de haber acaecido apenas cuatro día antes. — Les encanta mantener la emoción a su modo…

Entre el público, alguien había soltado un atado de globos, que se elevaron hacia el cielo en un arco de rojos, azules, verdes y amarillos que se disgregó rápidamente. El viento del sur los arrastró con burlona y rauda facilidad.

— Supongo que así es — dijo Garraty. — Nosotros estábamos viendo la emisión cuando el Comandante extrajo los nombres, y yo fui el número setenta y tres en salir. Me caí de la silla. Sencillamente no podía creerlo.

— Claro. Nunca puede ocurrirle a uno — asintió McVries. — Estas cosas siempre les suceden a los demás.

— Sí, ésa fue la sensación que tuve. Entonces fue cuando todos empezaron a insistir. Y no fue como en la primera fecha de retirada, con los discursos, los pasteles y tiempo todavía por delante. Y Jan…

Garraty se interrumpió. Sin embargo, si ya lo había contado todo hasta allí, ¿por qué no ser sincero con el resto? Él o McVries iban a morir antes de que terminara la Marcha.

Probablemente morirían ambos, así que poco importaba…

— Jan dijo que se acostaría conmigo cuando quisiera, como quisiera y las veces que quisiera, con tal de que aprovechara el último plazo de retirada. Yo le respondí que eso me haría parecer aprovechado. Ella se puso furiosa y dijo que era preferible a sentirse muerto. Y lloró mucho, suplicándome que me retirara. — Garraty alzó la mirada hacia McVries y continuó: Si me hubiera pedido otra cosa, cualquier otra cosa, yo habría intentado complacerla. Pero en esto… no podía. Era como si tuviese una piedra atada al cuello. Al cabo de un buen rato, Jan comprendió que no podía decirle: «Está bien, de acuerdo, renunciaré.» Creo que empezó a comprenderlo. Quizá lo comprendió tanto como yo mismo, y Dios sabe que yo no lo entendía mucho entonces, ni lo entiendo todavía.

»Luego intervino el doctor Patterson. Es médico de cabecera y tiene una mentalidad ferozmente lógica. Me dijo: “Mira, Ray, contando a los Marchadores y a los reservas, tienes una probabilidad entre cincuenta de sobrevivir. No le hagas eso a tu madre, Ray.” Yo me mostré paciente cuanto me fue posible, pero al final tuve que mandarle a paseo. Le respondí que, según mis cálculos, sus posibilidades de casarse con mi madre eran mucho menores, pero que nunca le había visto retroceder por esa

razón.

Garraty se pasó ambas manos por el revuelto y tupido cabello. Se había olvidado totalmente del margen de dos segundos que le amenazaba, así que continuó el relato:

— ¡Se puso furioso! Despotricó y bramó diciendo que le rompería el corazón a mi madre, que era más insensible que… un colchón de madera. Sí, creo que eso fue lo que dijo, más insensible que un colchón de madera. Quizá era un dicho de su familia, o algo parecido. No lo sé. Me preguntó cómo me sentía al hacerle aquello a mi madre y a una chica tan bonita como Janice, así que me vi obligado a responder con mi propia lógica indiscutible.

— ¿De veras? — dijo McVries con una sonrisa. — ¿Qué le dijiste?

— Que si no se largaba le molería a golpes.

— ¿Y tu madre?

— No dijo mucho. Me parece que no acababa de creérselo. Además, pensaba en lo que conseguiría si ganaba. El Premio, eso de tener todo lo que uno quisiera el resto de su vida, la tenía deslumbrada. Yo tuve un hermano, Jeff, que murió de neumonía a los seis años y… resulta cruel decirlo, pero no sé cómo habríamos sobrevivido si no hubiese muerto. Supongo que seguía pensando que podría retirarme en el último momento si resultaba ser Marchador titular. El Comandante es un tipo simpático, decía ella. Estaba segura de que me dejaría salirme si comprendía las circunstancias. Pero los Escuadrones se llevan a la gente tanto por hablar en contra de la Larga Marcha como por intentar escabullirse de ella. Por fin llegó la llamada y supe que era Marchador titular.

— Yo no lo era.

— ¿No?

— No. Doce Marchadores titulares utilizaron la fecha tope de retirada del treinta de abril. Yo era el reserva número doce. Recibí la llamada a las once de la noche de hace sólo cuatro días.

— ¡Señor! ¿En serio?

— Aja. Por ese poco.

— ¿Y no te sientes amargado por ello?

McVries se limitó a encogerse de hombros.

Garraty echó un nuevo vistazo a su reloj. Eran las 15.02. Todo iba a salir bien. Su sombra, alargada bajo el sol de la tarde, parecía avanzar más confiada. Era un día primaveral, agradable y estimulante. Volvía a notar perfecta la pierna.

— ¿Sigues pensando que, si llega el momento, te sentarás sin más? — preguntó a McVries. — Has sobrevivido ya a sesenta y uno. Eso es mucho.

— A los que hayamos sobrevivido tú o yo, no importa. Pienso que llega un momento en que la voluntad sencillamente se agota. No importa lo que yo piense, ¿entiendes? Hubo una época en que me gustaba emborronar telas con pinturas al

óleo. Tampoco era un inepto total, pero un día… No lo abandoné gradualmente, sino que lo dejé de golpe. No sentí interés por continuar un solo minuto más. Me acosté una noche loco por pintar y, al despertar por la mañana, se me había pasado por completo la afición.

— Seguir vivo no puede catalogarse precisamente de afición…

— Eso no lo sé. ¿Qué me dices de los saltadores de trampolín, los que se dedican a la caza mayor, los alpinistas o incluso esos obreros de taller cuya noción de la diversión consiste en una buena pelea el sábado por la noche? Todas esas cosas reducen la supervivencia a la categoría de entretenimiento. Parte del juego.

Garraty no respondió.

— Será mejor que aceleremos un poco — dijo McVries. — Estamos perdiendo velocidad, y eso no conviene.

Garraty apresuró el paso.

— Mi padre es medio dueño de un cine al aire libre — dio McVries. — Quería atarme y encerrarme en el sótano del bar del cine para que no pudiera acudir a la Marcha, con o sin Escuadrones.

— ¿Y qué hiciste tú? ¿Agotaste su paciencia?

— No hubo tiempo para eso. Cuando llegó la llamada, sólo disponía de diez horas. Me prepararon un avión y un coche de alquiler en el aeropuerto de Presque Isle. Mi padre gruñó y bramó, y yo me senté y asentí y me mostré de acuerdo hasta que llamaron a la puerta y, cuando mi madre abrió, al otro lado aparecieron los dos soldados más enormes y de aspecto más fiero que puedas imaginar. Eran tan feos que podrían haber roto un espejo con sólo mirarse en él. Mi padre echó un vistazo a uno y me dijo: «Pete, será mejor que subas a buscar tu macuto de boy scout.» — McVries palpó el macuto, haciéndolo saltar arriba y abajo sobre los hombros, y se echó a reír al recordar el incidente. — Y el siguiente recuerdo que tengo es ya en el avión, toda la familia. Hasta mi hermanita Katrina, que sólo tiene cuatro años. Tomamos tierra a las tres de la madrugada y llegamos en coche hasta la frontera. Y creo que Katrina fue la única que realmente comprendió lo que sucedía. La pequeña repetía: «Pete se va a una aventura.» — McVries sacudió las manos en un gesto extraño. — Ahora están en un hotel de Presque Isle. No querían regresar a casa hasta que todo terminara. De una manera o de otra. Garraty miró su reloj. Eran las 15.20.

— Gracias — dijo.

— ¿Por salvarte la vida otra vez? — se burló McVries.

— Sí, precisamente por eso.

— ¿Estás seguro de que te he hecho un favor?

— No lo sé. Pero te diré algo. Para mí nunca volverá a ser lo mismo. Me refiero al límite de tiempo. Aunque se esté caminando sin avisos, sólo hay dos minutos de distancia entre uno y la verja del cementerio. No es mucho tiempo…

Como para subrayarlo, los fusiles se dejaron oír una vez más. El Marchador abatido emitió un gemido agudo, como el gluglutear de un pavo atrapado repentinamente por un silencioso granjero. La muchedumbre exhaló un gemido ronco que tanto podía ser un suspiro, un gruñido o una exclamación de placer lascivo.

— Es muy poco tiempo, realmente — asintió McVries.

Continuaron avanzando. Las sombras se hicieron más alargadas. Entre la multitud empezaron a aparecer chaquetas como si un prestidigitador las hiciese aparecer de un sombrero de copa. En cierto momento, llegó hasta Garraty un cálido aroma a tabaco de pipa que le evocó un recuerdo agridulce de su padre. Un perro faldero se escapó de los brazos de alguien y se internó en la calzada, arrastrando la correa roja de plástico con la lengua fuera. El perrillo ladró, se puso a perseguir febrilmente su propia cola y recibió un disparo cuando tropezó a ciegas con Pearson, que masculló una maldición al soldado que había hecho el disparo.

El impacto de la bala había arrojado al animal hasta cerca de la multitud, donde quedó agonizante, entre jadeos y convulsiones. Nadie parecía tener prisa por reclamarlo. Por fin, un niño se coló entre el cordón policial, y se quedó allí, llorando. Un soldado avanzó hacia él. La madre del niño emitió un chillido entre la multitud. Garraty pensó que el soldado iba a dispararle al niño como acababan de hacer con el perro, pero el soldado se limitó a empujar indiferentemente al chiquillo para devolverle a la multitud.

A las seis de la tarde, el sol tocó el horizonte y volvió el firmamento de un intenso color anaranjado por el oeste. El aire se volvió frío. Empezaron a subirse los cuellos. Los espectadores saltaban sobre sus pies y se frotaban las manos.

Collie Parker efectuó su habitual protesta sobre el maldito clima de Maine.

Antes de las nueve llegarían a Augusta, pensó Garraty. Luego un salto más y estarían en Freeport. La depresión se apoderó de él. Y entonces, ¿qué? Dos minutos para ver a Jan, a menos que la perdiera entre la multitud, ¡Dios no lo permitiera! ¿Y después? ¿Derrumbarse? ¿Morir?

De pronto, tuvo la certeza de que Jan y su madre no estarían allí. Sólo acudirían sus compañeros de instituto ansiosos de ver al suicida que, sin saberlo, habían estado cultivando entre ellos. Y también estarían allí las Damas de la Caridad que le habían ofrecido un té dos noches antes de que se iniciara la Marcha… en aquella época tan remota.

— Vayamos cediendo terreno — dijo McVries. — Lo haremos lentamente, hasta alcanzar a Baker. Entraremos juntos a Augusta. ¿Qué me dices, Garraty?

— De acuerdo — respondió éste; le parecía buena idea.

Fueron reduciendo la distancia poco a poco, hasta dejar que el siniestro Harold Quince encabezara de nuevo la marcha. Supieron que volvían a estar entre su grupo cuando oyeron decir a Abraham, en medio de la oscuridad cada vez más acusada:

— ¡Por fin os habéis decidido a regresar con vuestros pobres amigos!

— ¡Señor, realmente se parece a Abraham Lincoln! — exclamó McVries al contemplar el rostro fatigado de Abraham, con barba de tres días. — Sobre todo con esta luz.

— «Hace ochenta y siete años — entonó Abraham y por un instante fue como si un espíritu se hubiera apoderado de él — nuestros padres se instalaron en este continente…» ¡Bah, bobadas! He olvidado el resto. En historia de octavo teníamos que aprenderlo si queríamos un sobresaliente.

— Tiene la cara de un Padre Fundador y el cerebro de un asno sifilítico — dijo McVries. — Abraham, ¿cómo fue que te metiste en un enredo como éste?

— Por hacerme el chulo — respondió.

Iba a continuar cuando le interrumpieron los fusiles. Oyeron el familiar sonido de la saca de correos al caer.

— Ha sido Gallant — dijo Baker tras echar una mirada atrás. — Llevaba todo el día caminando exhausto.

— Por hacerte el chulo… — murmuró Garraty, y soltó una débil risa.

— Así es.

Abraham se pasó una mano por la mejilla.

— ¿Conocéis el test de la prueba escrita? — preguntó. Todos asintieron. Una prueba escrita, ¿Por qué se considera candidato a participar en la Larga Marcha?, formaba parte del examen de admisión.

Garraty notó un líquido caliente en el talón derecho y se preguntó si sería sangre, pus, sudor o una mezcla de todo ello. No parecía dolerle, aunque en esa parte ya tenía el calcetín hecho trizas.

— Bien — continuó Abraham, — lo cierto es que no me sentía preparado para participar en nada. Realicé el examen sin pararme a pensarlo en absoluto. Iba camino del cine y pasé por un gimnasio donde estaban haciendo el test. Había que enseñar el Permiso de Trabajo para entrar, ¿sabéis? Precisamente ese día llevaba el mío encima. De lo contrario no me habría molestado en volver a casa a recogerlo. Habría seguido hasta el cine y no estaría ahora aquí, muriéndome en tan alegre compañía.

Meditaron aquellas palabras.

— Pasé el examen físico y contesté rápidamente el test objetivo, y luego vi esas tres páginas en blanco al final de la carpeta. «Por favor, responda a esta pregunta con objetividad y sinceridad, utilizando menos de mil quinientas palabras.» Mierda, me dije. Y el resto eran puras tonterías. ¡Vaya puñado de malditas preguntas!

— Sí. «¿Con qué frecuencia tiene movimientos intestinales?» — murmuró Baker con sequedad. — «¿Ha tomado alguna vez drogas?”

— Sí, cosas de ésas — asintió Abraham. — Me había olvidado completamente de la pregunta esa de la droga. Hice el test al azar, repartiendo las contestaciones,

¿entendéis? Y por fin llegué a la redacción sobre las razones por las que me sentía candidato a participar en la Larga Marcha. No se me ocurría nada. Y entonces llegó un gorila de uniforme que se plantó en medio de la sala y dijo: «¡Cinco minutos! Vayan terminando, por favor.» Así que sólo alcancé a poner: «Me considero candidato a participar en la Larga Marcha porque soy un inútil hijo de perra y el mundo estaría mejor sin mí, a menos que yo ganara y me hiciera rico, en cuyo caso me compraría un Van Gogh para cada habitación de mi mansión y pediría sesenta fulanas con clase y no molestaría a nadie.» Y después de pensarlo casi un minuto, añadí entre paréntesis: «Y a las fulanas con clase les daría pensión de vejez.» Pensó que eso les conmovería de verdad… Así que un mes más tarde, cuando ya me había olvidado del asunto, me llegó una carta diciendo que era candidato. Un poco más y me meo en los pantalones.

— ¿Y seguiste adelante? — preguntó Collie Parker.

— Sí. Resulta difícil de explicar. Lo cierto es que todo el mundo lo tomó como una gran broma. Mi novia quiso fotografiar la carta y hacérsela estampar en una camiseta porque le parecía el mejor chiste del siglo. Y así todo el mundo. Todos me saludaban efusivamente; siempre había quien decía algo como: «¡Eh, Abraham!, realmente le has tocado las pelotas al Comandante, ¿verdad?» Y era tan divertido que les seguí la corriente. Creed que fue una auténtica conmoción — añadió con una sonrisa morbosa. — Todo el mundo estaba convencido de que seguiría tocándole las pelotas al Comandante hasta el mismísimo final. Y eso fue lo que hice. Una buena mañana, desperté y ya estaba todo listo. Era uno de los Marchadores titulares; concretamente, el decimosexto. Supongo que así fue como el Comandante empezó a tocarme las pelotas a mí.

Un breve grito de júbilo rápidamente abortado salió de las bocas de algunos Marchadores y Garraty alzó la mirada. Sobre la autopista, un enorme letrero iluminado les informó: AUGUSTA 15. — Y ahora estás a punto de morirte de risa, ¿no? — sentenció Collie Parker.

Abraham permaneció un rato mirando a Parker.

— Al Padre Fundador no le hace ni pizca de gracia — dijo por fin con voz hueca.

14

Y recuerden: si utilizan las manos o hacen gestos con cualquier parte del cuerpo, o utilizan cualquier fragmento de la palabra en cuestión, perderán la oportunidad de ganar los diez mil dólares. Limítense a dar una lista de palabras. Buena suerte.

DICK CLARK
La pirámide de los 10.000 dólares

Todos creían que quedaban en ellos pocas emociones, sentimientos o estímulos. Sin embargo, pensó Garraty cansinamente mientras avanzaban en la rugiente oscuridad a lo largo de la interestatal 202 después de dejar atrás Augusta, al parecer no era así. Como una guitarra maltratada por las manos de un músico sin sensibilidad, las cuerdas no estaban rotas, sino sólo desafinadas, discordantes, caóticas.

Augusta no había sido como Oldtown, que le había parecido una imitación rústica de Nueva York. Augusta era una ciudad nueva, el lugar de cita una vez al año de alocados juerguistas, una ciudad festiva llena de borrachos, excéntricos y maníacos.

Augusta se había dejado oír y ver mucho antes de que alcanzaran sus calles. Al aproximarse, Garraty tuvo en repetidas ocasiones la imagen de las olas batiendo una playa lejana. La muchedumbre podía oírse desde ocho kilómetros de distancia. Las luces llenaban el cielo con un fulgor pastel como una burbuja que resultaba atemorizador y apocalíptico, y que a Garraty le recordaba las ilustraciones que había visto en los libros de historia sobre las incursiones aéreas alemanas en la costa Este norteamericana durante los últimos días de la Segunda Guerra Mundial.

Los Marchadores se miraron, inquietos, y se agruparon como niños bajo una tormenta de relámpagos o como las vacas bajo una ventisca. Había una cruda rojez en aquel rugido creciente de la multitud, una voracidad que resultaba apabullante. Garraty tuvo una vívida y espeluznante visión de la gran diosa Multitud abriéndose camino desde la hondonada de Augusta con sus patas de araña, para devorarles a todos.

La propia ciudad había sido ahogada y enterrada. Con toda propiedad, podía decirse que Augusta no existía. Ya no había mujeres gordas, chicas guapas u hombres pomposos, ni niños enarbolando esponjosas nubes de algodón de azúcar. No había allí ningún italiano bullicioso que les lanzara rajas de sandía. Sólo la multitud, una criatura sin cuerpo, sin cabeza ni mente. La multitud no era más que una voz y un ojo, y no era sorprendente que fuera a la vez Dios y Mammón. Garraty se dio cuenta. Y supo que los demás también. Era como caminar entre torres de alta tensión,

notando las vibraciones y sacudidas. Los cabellos erizados, la lengua retorciéndose en la boca, y los ojos despidiendo destellos al girar en sus húmedas cuencas. Había que complacer a la multitud. Había que mostrar temor y veneración por la multitud. Y, finalmente, había que ser sacrificado a la multitud.

Avanzaron a duras penas entre masas de confeti que les llegaban a los tobillos. Se perdieron y se volvieron a encontrar bajo la intensa lluvia de papeles. Garraty cogió al azar uno y se encontró leyendo un anuncio de culturismo de un tal Charlie Atlas. Cogió otro y se halló cara a cara con John Travolta.

En el paroxismo de la excitación, justo en la cima de la primera colina de la 202, sobre la autopista abigarrada por la multitud y sobre la ciudad devorada y digerida por ella, dos enormes reflectores, blanco y púrpura, hendieron el aire delante de los Marchadores y apareció el Comandante, bajando del jeep con su rígido saludo habitual, despreocupado por completo de la muchedumbre que se afanaba penosamente por acercarse a él.

Y los Marchadores… Las cuerdas de sus emociones no estaban rotas, sino sólo desafinadas. Todos vitorearon con entusiasmo, con voces roncas inaudibles. Los treinta y siete que quedaban. La multitud no podía saber que estaban dando vítores pero, de algún modo, lo adivinó; de algún modo, comprendió que el círculo entre la adoración a la muerte y el deseo de ésta se había completado un año más. Y la multitud se volvió absolutamente desquiciada, estremeciéndose en paroxismos cada vez mayores. Garraty sintió un dolor lacerante, como una cuchillada, en el costado izquierdo del pecho, pero fue incapaz de dejar de vitorear, aunque se daba cuenta de que con ello se encontraba al borde del desastre.

Un Marchador de mirada huidiza llamado Milligan les salvó a todos al caer de rodillas, con los ojos cerrados y las manos apretadas contra las sienes, como si intentara mantener el cerebro en su sitio. Después cayó hacia adelante, aplastándose contra la calzada. ¡Qué asombroso!, pensó Garraty cuando le vio. Aquel chico, arrastrando la nariz por el asfalto… Y en ese instante Milligan fue despachado piadosamente. De inmediato, los Marchadores dejaron de vitorear. Garraty estaba muy asustado a causa de dolor del costado, que sólo había remitido en parte. Se prometió que aquélla era la última locura a la que se dejaba arrastrar.

— Estamos acercándonos a tu chica, ¿verdad? — preguntó Parker.

No parecía más débil, pero sí más maduro. Ahora, a Garraty le caía bien.

— Quedan ochenta kilómetros, o incluso cien.

— Eres un hijo de perra con suerte, Garraty — repuso Parker con añoranza.

— ¿De veras? — Garraty estaba sorprendido. Se volvió para ver si Parker se burlaba de él, pero no era así.

— Vas a ver a tu chica y a tu madre. ¿A quién diablos voy a ver yo desde ahora hasta el final? A nadie, salvo a esos cerdos. — Dedicó un gesto obsceno a la

muchedumbre, que pareció tomarlo por un saludo y le aplaudió delirantemente. — Tengo nostalgia — murmuró. — Y miedo.

De pronto, se volvió hacia la multitud y gritó:

— ¡Cerdos! ¡Sois unos cerdos!

La multitud le aplaudió más que nunca.

— Yo también tengo miedo y nostalgia. Yo… es decir, todos… — jadeó Garraty, — todos estamos demasiado lejos de casa. La carretera nos aparta de ella. Quizá pueda ver a Jan o a mi madre, pero no podré tocarlas.

— Las normas dicen…

— Sí, ya conozco las normas. Se permite el contacto corporal con quien se desee, mientras no se deje la carretera. Pero no es lo mismo. Existe un muro.

— A ti te resulta fácil hablar. De todos modos, vas a verlas…

— Quizá eso sólo empeore las cosas — dijo McVries, que se había acercado a ellos.

Acababan de pasar bajo un semáforo de precaución, de un amarillo cegador y destellante, en la intersección de Winthrop. Garraty lo vio encenderse y apagarse, reflejado en el asfalto, cuando lo hubieron dejado atrás.

Era como un temible ojo amarillo en un constante guiño.

— Estáis todos chiflados — dijo Parker. — Me largo de aquí.

Apretó un poco el paso y pronto desapareció en la oscuridad. Divertido, McVries murmuró:

— Está convencido de que hemos ligado.

— ¿Qué?

Garraty levantó la mirada.

— No es mal tipo — dijo McVries con aire pensativo, y después le guiñó el ojo con humor. — Quizá incluso tenga algo de razón. Puede que por eso te salvara el pellejo. Quizá sea cierto que me siento atraído por ti.

— ¿Con una cara como la mía? Pensaba que vosotros los pervertidos preferíais a los tipos lánguidos y esbeltos.

De pronto, Garraty se sentía incómodo. McVries se volvió y le preguntó:

— ¿Quieres que te masturbe?

— ¿Qué diablos…? — susurró Garraty, asombrado.

— ¡Oh, vamos! — replicó McVries. — ¿Qué pretendes con ese aire de ofendido? Ni siquiera voy a facilitarte las cosas dejándote saber si va en serio o en broma. ¿Qué dices?

Garraty sintió una sequedad pegajosa en la garganta. Lo cierto era que tenía ganas de ser tocado. Si eso era o no viril, no parecía importar mucho, ahora que todos estaban a punto de morir. Lo único importante era McVries. Y no quería que McVries le tocara, al menos no de aquel modo.

— Bien, supongo que como me salvaste la vida… Garraty dejó la frase en suspenso, y McVries se echó a reír.

— Y ahora se supone que soy un bribón porque me debes algo y me aprovecho de ello, ¿no es eso?

— Piensa lo que quieras. Pero déjate de juegos.

— ¿Eso significa que sí?

— ¡Tómalo como quieras!

Pearson, que llevaba la mirada fija, casi hipnotizada, en sus pies, levantó los ojos con aire sobresaltado.

— ¡Como te dé la gana! — añadió Garraty. McVries se echó a reír otra vez.

— Eres un buen tipo, Ray. Nunca lo he dudado.

Le dio unas palmaditas en el hombro y se distanció de él, retrasándose. Garraty le siguió con la vista perplejo.

— Nunca tiene bastante — dijo Pearson cansinamente.

— ¿Cómo?

— Llevamos casi cuatrocientos kilómetros — gruñó Pearson, — siento los pies como una mezcla de plomo y veneno, me arde la espalda, y ese maldito McVries todavía no tiene bastante. Es como un desnutrido atracándose de laxantes.

— ¿Tú crees que le gusta ser maltratado?

— ¿Tú qué crees? Debería llevar un rótulo que pusiera «Dadme duro». Me pregunto qué culpa pretende expiar.

— No lo sé — respondió Garraty.

Iba a añadir algo pero vio que Pearson ya no le escuchaba. Volvía a tener la mirada fija en los pies, con sus cansadas facciones cubiertas de arrugas. Había perdido los zapatos y sus sucios calcetines blancos deportivos trazaban arcos en la oscuridad.

Pasaron ante un cartel que ponía LEWISTON 50; un kilómetro más allá, un rótulo eléctrico en arco proclamaba GARRATY NÚM. 47, con letras formadas por bombillas.

Garraty intentó dormitar pero no lo consiguió. Sabía a qué se refería Pearson con lo de la espalda. Notaba la espina dorsal como una vara de fuego. Los músculos de las pantorrillas y de la parte posterior de los muslos eran una herida abierta y ardiente. La insensibilidad de los pies era reemplazada por una agonía más nítida y definida que en ningún momento anterior. Ya no sentía hambre, pero aun así engulló algunos tubos de concentrados. Varios Marchadores no eran más que esqueletos cubiertos de piel, despojos salidos de un campo de concentración. Garraty no quería terminar así… aunque así terminaría de todos modos. Se llevó la mano al costado y tamborileó en sus costillas.

— No he sabido nada de Barkovitch desde hace rato — dijo en un esfuerzo por

sacar a Pearson de su concentración; se parecía demasiado a un Olson reencarnado.

— No. Por lo visto se le quedó rígida una pierna cuando pasamos por Augusta.

— ¿De veras?

— Eso decían.

Garraty sintió el súbito impulso de retrasarse y observar a Barkovitch. Era difícil localizarle en la oscuridad, y le costó un aviso, pero finalmente lo encontró en el pelotón de cola. Barkovitch caminaba arrastrando la pierna, con el rostro desencajado y lleno de arrugas de concentración. Llevaba los ojos entrecerrados. Su chaqueta había desaparecido, y hablaba consigo mismo con voz monótona, tensa y baja. Garraty se acercó a él.

— Hola, Barkovitch.

Barkovitch parpadeó, tropezó, y recibió el tercer aviso.

— ¡Mira! — gritó indignado. — ¿Ves lo que has hecho? ¿Estáis satisfechos, tú y esa mierda de amigos tuyos?

— No tienes buen aspecto — dijo Garraty. Barkovitch sonrió.

— Todo es parte de mi plan. ¿Recuerdas lo que te expliqué acerca de mi plan? No me creíste. Olson tampoco. Ni Davidson. Ni Gribble. — Su voz se convirtió en un susurro gangoso, lleno de esputos. — ¡Y bailé sobre sus tumbas, Garraty!

— ¿Te duele la pierna?

— Sólo treinta y cinco por derrotar. Todos caerán esta noche. Ya lo verás. Cuando salga el sol no quedará ni una docena de Marchadores. Tú y tus malditos amigos, Garraty, estaréis todos muertos por la mañana. ¡Muertos a medianoche!

Garraty se sintió, de pronto, muy fuerte. Sabía que a Barkovitch le iban a dar el pasaporte muy pronto, y quiso echar a correr, pese al dolor de riñones y al fuego de la espalda y a la agonía de los pies. Echar a correr para decirle a McVries que iba a poder cumplir su promesa.

— ¿Qué pedirás, cuando ganes? — dijo en voz alta.

Barkovitch sonrió, como si estuviera esperando la pregunta. Bajo la luz incierta, su rostro pareció retorcerse.

— Unos pies de plástico, Garraty — susurró. — ¡Unos pies de plástico! Voy a hacer que me quiten éstos, y a la mierda con ellos si no han sabido aguantar una broma. Me haré poner un par de pies nuevos de plástico y meteré éstos en una lavadora automática y miraré cómo giran y giran y giran…

— Pensaba que pedirías hacer amigos — dijo Garraty. Le invadió una embriagadora sensación de triunfo, sofocante y avasalladora.

— ¿Amigos?

— Porque no tienes ninguno. Todos nos alegraremos de verte morir. Nadie va a echarte de menos, Gary. Quizá me ponga detrás de ti y escupa en tus sesos cuando salpiquen con ellos la carretera. Quizá lo haga, sí. Quizá todos lo hagamos.

Era un impulso irreprimible, como si la cabeza le diera vueltas, como cuando había descargado el cañón del rifle de aire comprimido sobre Jimmy, y la sangre… y los gritos de Jimmy… La cabeza absolutamente ida con el acaloramiento de aquel sentido de la justicia, primitivo y salvaje.

— ¡No me odies! — Barkovitch estaba gimoteando. — ¿Por qué quieres odiarme? ¡No quiero morir, igual que tú! ¿Qué quieres? ¿Quieres que lo sienta? ¡Ya lo sentiré! Yo… yo…

— Escupiremos sobre tus sesos — gritó Garraty como un poseso. — ¿Tú también quieres tocarme?

Barkovitch le dirigió una mirada lívida, con los ojos confusos y vacíos.

— Lo… lo siento — susurró Garraty. Se sentía sucio y degradado.

Se alejó apresuradamente de Barkovitch. ¡Maldito McVries!

De pronto, los fusiles tronaron y dos cuerpos cayeron. Uno de ellos tenía que ser el de Barkovitch, tenía que serlo. Y esta vez la culpa era suya, pensó Garraty. Ahora, el asesino era él.

Y entonces oyó reír a Barkovitch con una carcajada más aguda y enloquecida, y hasta más audible, que la locura de la multitud.

— ¡Garraty! ¡Garratyyy! ¡Bailaré sobre tu tumba, Garraty! ¡Bailaré…!

— ¡Cállate! — bramó Abraham. — ¡Cállate, cerdo asqueroso!

Barkovitch enmudeció y se puso a sollozar.

— ¡Vete al infierno! — murmuró Abraham.

— ¡Ay, ay, ay! — bromeó Collie Parker con tono de reproche. — ¡Eres un mal chico, Abraham, le has hecho llorar! Ahora se irá a casa a contárselo a su mamá.

Barkovitch continuó sollozando. Era un sonido vacío que puso a Garraty la piel de gallina. Un sollozo sin esperanza.

— ¿Ese niño feo se lo va a decir a mamá? — añadió Quince. — ¡Ah, Barkovitch, qué mal están las cosas!

Dejadle en paz, gritó Garraty mentalmente. Dejadle en paz; no tenéis idea de lo que duele. Sin embargo, ¿qué asquerosa hipocresía era aquélla? Deseaba que Barkovitch muriera, y debía reconocerlo. Deseaba que Barkovitch se derrumbara y fuera liquidado.

Y Stebbins seguía probablemente allá atrás, en la oscuridad, riéndose de todos.

Apresuró el paso y alcanzó a McVries, que caminaba con la mirada perdida en la muchedumbre. Y la gente lo contemplaba ávidamente.

— ¿Por qué no me ayudas a decidir? — dijo McVries.

— Claro. ¿Cuál es el tema a tratar?

— Quién está en la jaula, ¿ellos o nosotros?

— Todos — dijo. — Y la jaula está en la casa del Comandante.

McVries no se unió a las risas de Garraty.

— Barkovitch está a punto de pasar al otro barrio, ¿verdad? — preguntó.

— Sí, creo que sí.

— Ahora ya no lo deseo. Es un asco. Y un fraude. Te concentras en una cosa… te dedicas sólo a eso… y al final no la deseas. ¿No es una lástima que las grandes verdades sean grandes mentiras?

— Nunca he pensado mucho en ello. ¿Te das cuenta de que son casi las diez.

— Es como practicar salto con pértiga toda la vida y, al llegar a las Olimpiadas, decir: «¿Para qué quiero saltar por encima de ese estúpido listón?”

— Claro.

— Al menos podrías escucharme, ¿no? — dijo McVries, irritado.

— A mí también me cuesta más estimularme — reconoció Garraty.

Después guardó silencio. Había algo que le venía preocupando desde hacía algún tiempo. Baker estaba ahora junto a ellos. Garraty pasó la vista de uno a otro varias veces y dijo por fin:

— ¿Os fijasteis en Olson… en el cabello de Olson cuando le dieron el pasaporte?

— ¿Qué tenía su cabello?

— Estaba volviéndose canoso.

— Tonterías — replicó McVries. Sin embargo, su voz pareció atemorizada. — No; era polvo, o algo así.

— Era gris — dijo Garraty. — Parece que llevemos en esta carretera toda la eternidad. Fue el cabello de Olson volviéndose así lo que me hizo pensar en ello por primera vez. Quizá… quizá ésta sea una absurda especie de inmortalidad.

La idea resultaba terriblemente deprimente. Fijó la mirada en la oscuridad y agradeció la leve brisa que le acarició el rostro.

— Camino, caminé, caminaré, habré caminado — entonó McVries. — ¿Quieres que lo traduzca al latín?

Estamos suspendidos en el tiempo, pensó Garraty.

Sus pies se movían, pero ellos no. El rojo resplandor de los cigarrillos de la multitud, los esporádicos flashes y las bengalas de estrellitas podrían haber sido astros, constelaciones extraordinariamente bajas que señalaban su existencia delante y detrás, estrechándose hasta difuminarse en ambas direcciones.

— ¡Brrr! — exclamó Garraty con un escalofrío. — Uno podría volverse loco.

— Tienes razón — asintió Pearson con una risita nerviosa.

Iniciaban el ascenso de una colina larga y llena de curvas. El suelo era ahora de asfalto con juntas de dilatación, duro para los pies. A Garraty le dio la impresión de que podía notar cada guijarro alquitranado a través de las suelas de las zapatillas, delgadas como papeles de fumar. El viento había esparcido leves ventiscas de confeti, envoltorios de caramelos, cajas de palomitas de maíz y otras basuras diversas que, en algunos lugares, obligaban a los Marchadores a esforzarse para avanzar. No era justo,

se dijo Garraty autocompasivamente. McVries le preguntó:

— ¿Cuál es ese pueblo de ahí delante?

Garraty cerró los ojos e intentó visualizar el mapa.

— No recuerdo todas las poblaciones menores. Llegaremos a Lewiston, la segunda ciudad del estado, mayor que Augusta. Iremos derechos a la calle principal, que antes se llamaba Lisbon Street pero que ahora es la Cotter Memorial Avenue. Reggie Cotter fue el único tipo de Maine que ganó una Larga Marcha. Eso sucedió hace mucho.

— ¿Murió, no es así? — intervino Baker.

— Sí. Tuvo una hemorragia en un ojo y terminó la Larga Marcha medio ciego. Tenía un coágulo sanguíneo en el cerebro, y murió una semana después de terminar la Marcha. — Y en un débil intento de quitarse responsabilidades, Garraty repitió — : Eso sucedió hace mucho.

Nadie dijo nada durante un largo rato. Los envoltorios de caramelos crujían bajo sus pies como el crepitar de un incendio en un bosque lejano. Garraty percibió una leve luz en el horizonte. Probablemente eran las ciudades gemelas de Lewiston y Auburn, la tierra de los Dussette, los Aubuchon y los Lavesque, el país del nous parlons français ici. De pronto, a Garraty le entró un deseo casi obsesivo de mascar chicle.

— ¿Qué viene después de Lewiston?

— Tomamos la carretera 196 y luego la 126 hasta Freeport, donde voy a ver a mi madre y a Jan. Y allí entramos también en la interestatal 1. Por esa autopista seguiremos hasta que todo termine.

— En la gran autopista… — murmuró McVries.

— Exacto.

Los fusiles rugieron y todos dieron un brinco.

— Ha sido Barkovitch o Quince — dijo Pearson. — No sé cuál de ellos… Uno sigue caminando. Es…

Barkovitch emitió una carcajada desde las tinieblas, un sonido agudo, barboteante, débil y terrible.

— ¡Todavía no, hijos de perra! ¡Todavía no!

Su grito se hizo más y más agudo. Era como una sirena de incendios que se hubiera vuelto loca. Y, de pronto, Barkovitch se llevó las manos a la garganta y empezó a arañarse el cuello.

— ¡Dios mío! — jadeó Pearson, vomitando sobre sus propias ropas.

Se apartaron de Pearson y se esparcieron delante y detrás de él. Barkovitch continuó gritando y barboteando, con las uñas clavadas en la garganta. Siguió caminando con el rostro fiero vuelto hacia el cielo y la boca torcida en una mueca tenebrosa.

El sonido de la sirena de incendios empezó a decaer, y Barkovitch decayó con él. Se derrumbó sobre el asfalto y allí le remataron, vivo o muerto.

Garraty, que había avanzado de espaldas hasta entonces, dio media vuelta de nuevo. Vio un calco de su propio horror en los rostros de los demás. El papel de Barkovitch en la representación había terminado, y Garraty pensó que no era buen presagio para los que quedaban, para su futuro en aquella carretera oscura y sangrienta.

— No me siento bien — dijo Pearson con voz hueca. Tuvo arcadas sin vomitar nada y, por unos momentos, avanzó doblado sobre sí mismo. — No, nada bien. ¡Oh, Señor, no me siento… nada bien! ¡Oh!

McVries tenía la mirada fija al frente.

— Creo… Me gustaría estar loco — murmuró pensativo.

Sólo Baker permaneció en silencio. Y resultaba extraño, porque hasta Garraty llegó una vaharada de olor a madreselva que le recordó a Luisiana, el estado natal de Baker. Casi pudo oír el croar de las ranas en los estanques y el canto indolente de las cigarras mientras taladraban las cortezas de los esbeltos cipreses para recluirse en su sueño de diecisiete años. Y tuvo una visión de la tía de Baker en su mecedora, con los ojos soñolientos, sonrientes y vacíos, sentada en el porche escuchando el crujido de la electricidad estática y unas voces lejanas en el aparato de radio incorporado a la consola de ébano, astillada y agrietada. Sonriente y soñolienta. Meciéndose, meciéndose, meciéndose… Como un gato que ha llegado hasta el pastel y ha quedado plenamente satisfecho.

15

No me importa si ganáis o perdéis, siempre que ganéis.

VINCE LOMBARDI
Ex entrenador de los Green Bay Packers

La luz diurna fue imponiéndose a duras penas en un mar de niebla, blanco y mudo. Garraty caminaba sin compañía. Ni siquiera recordaba cuántos habían recibido el pasaporte durante la noche. Cinco, quizá. Sus pies padecían dolores terribles. Los notaba hincharse cada vez que los apoyaba. Le dolían las nalgas y su espalda era fuego helado. Pero sus pies sufrían punzadas insoportables y la sangre se coagulaba en ellos y los hinchaba, y convertía sus venas en espaguetis al dente.

Y pese a todo, seguía notando un gusanillo de excitación creciente en su interior: estaban ya a sólo 20 kilómetros de Freeport. Acababan de entrar en Porterville y la multitud apenas podía verles a través de la densa niebla, pero Garraty había oído entonar su nombre entre el público desde Lewiston. Era como el latido de un corazón gigante.

Freeport y Jan, pensó.

— ¿Garraty?

La voz le sonó familiar, pero desvaída. Era McVries. Su rostro era una calavera con piel y pelo. Los ojos le brillaban febrilmente.

— Buenos días — graznó. — Hemos alcanzado un nuevo día para seguir luchando.

— Sí. ¿Cuántos han caído esta noche, McVries?

— Seis. — McVries sacó un tubo de concentrado de jamón y empezó a llevarse la pasta a la boca, ayudándose con los dedos. — Seis, desde Barkovitch. — Devolvió el tubo al cinturón con la atención de un anciano artrítico. — Entre ellos, Pearson.

— ¿De veras?

— Ya no quedamos muchos, Garraty. Sólo veinticinco.

— Es cierto. No muchos.

Caminar entre la niebla era como hacerlo entre nubes ingrávidas de polvillo de mariposa.

— Y tampoco quedamos muchos de nuestro grupo de mosqueteros. Tú y yo, Baker y Abraham, Collie Parker. Y Stebbins, si quieres considerarle del grupo. ¿Por qué no? ¿Por qué diablos no? ¡Vamos a incluir a Stebbins, Garraty! Seis mosqueteros y veinte escuderos.

— ¿Todavía crees que ganaré?

— ¿Siempre hay tanta niebla por aquí en primavera?

— ¿Qué significa eso?

— No, no creo que ganes. Vencerá Stebbins, Ray. Nada puede hacerle mella, es como un diamante. Se dice que en Las Vegas le dan favorito por nueve a uno, ahora que Scramm está eliminado. ¡Cielos, si parece tan fresco ahora como cuando empezamos!

Garraty asintió, casi como si lo esperara. Encontró su tubo de concentrado de carne y empezó a dar cuenta de él. ¡Qué no habría dado por una de aquellas hamburguesas crudas de McVries, consumidas hacía tanto tiempo!

McVries olfateó el aire y se pasó la mano por la nariz.

— ¿No te parece extraño? Volver al lugar de donde saliste, después de todo esto…

Garraty notó agitarse de nuevo en su interior el gusanillo de la excitación.

— No — respondió. — Me parece lo más natural del mundo.

Descendieron la ladera de una larga colina y McVries escudriñó la vacía blancura, que semejaba la pantalla de un cine al aire libre.

— La niebla está cada vez peor.

— No es niebla — dijo Garraty. — Ya ha empezado a llover.

La lluvia caía blandamente, como si no tuviera intención de cesar en mucho tiempo.

— ¿Dónde está Baker? — preguntó.

— Por ahí detrás — contestó McVries.

Sin decir palabra — las palabras ya resultaban innecesarias, — Garraty empezó a retrasarse. La carretera les llevó hasta una zona peatonal y después dejaron atrás el vetusto Porterville Rec Center, con sus cinco hileras de columnas ahusadas y el edificio abandonado de Ventas del Gobierno con un gran rótulo en el escaparate que decía: MAYO ES EL MES DE TU FORTALECIMIENTO SEXUAL.

Debido a la niebla, Garraty no dio con Baker, y terminó avanzando junto a Stebbins. Duro como un diamante, había dicho McVries. Pero aquel diamante empezaba a mostrar algunas grietas. Ahora avanzaban en paralelo al poderoso y contaminado río Androscoggin. En la orilla opuesta, la Compañía de Hilaturas de Porterville, el enorme edificio que alzaba sus torres entre la niebla como un inmundo castillo medieval.

Stebbins no levantó la mirada, pero Garraty se dio cuenta de que había advertido su presencia. No dijo nada, estúpidamente empeñado en que fuera Stebbins quien pronunciara la primera palabra. La carretera trazó una nueva curva y la multitud desapareció mientras cruzaban el puente sobre el Androscoggin. Bajo sus pies hervía el agua, lóbrega y de color pizarra, cubierta de una capa de espuma amarillenta y de aspecto mantecoso.

— ¿Y bien?

— Conserva el aliento un minuto — dijo Garraty. — Lo vas a necesitar.

Llegaron al final del puente y la multitud se agolpó en torno a ellos nuevamente cuando tomaron la curva a la izquierda y empezaron la ascensión de la colina Brickyard. Era una subida larga y pronunciada. El río quedaba cada vez más abajo, a su izquierda, y a la derecha había una ladera casi perpendicular. Los espectadores se asían a los árboles, a los arbustos, unos a otros, y entonaban el nombre de Garraty.

Una vez había salido con una chica de Brickyard, una chica que se llamaba Carolyn. Ahora estaba casada y tenía un hijo.

Delante, Parker exhaló una maldición con voz decaída que apenas resultó audible sobre el rumor de la multitud. A Garraty le temblaban las piernas, amenazando con convertírseles en gelatina, pero aquélla era la última gran subida antes de Freeport. Después de Freeport, nada importaría. Si le despachaban, se iría al infierno tan tranquilo.

Por fin llegaron a la cumbre de la colina, con su forma de pecho femenino (Carolyn tenía unos pechos magníficos, y solía lucirlos con jerséis de cachemira). De pronto, con un ligero jadeo, Stebbins repitió su anterior pregunta:

— ¿Y bien?

Los fusiles resonaron. Un chico llamado Charlie Field cayó enroscado sobre sí mismo.

— Nada — contestó Garraty. — Buscaba a Baker pero he tropezado contigo. McVries cree que vas a ganar tú.

— McVries es un idiota — respondió Stebbins. — ¿De veras crees que vas a ver a tu chica, Garraty? ¿Entre tanta gente?

— Estará justo delante. Tiene un pase.

— Los policías estarán demasiado ocupados conteniendo a la gente como para dejarla llegar a primera línea.

— Eso no es cierto repuso Garraty bruscamente, pues Stebbins había puesto en palabras lo que Ray temía en lo más profundo de su ser. — ¿Por qué tienes que decirme algo así?

— De todos modos, es a tu madre a quien deseas ver…

— ¿Qué?

Garraty dio un respingo.

— ¿No piensas casarte con ella cuando seas mayor, Garraty? Eso es lo que quieren la mayoría de los niños.

— ¡Estás chiflado!

— ¿De veras? ¿Qué te hace pensar que mereces ganar, Garraty? Tienes una inteligencia de segunda clase, una constitución física de segunda clase y probablemente una polla de segunda clase. Apuesto lo que quieras a que nunca te has

acostado con esa chica tuya. — ¡Cierra esa maldita boca!

— Eres virgen, ¿verdad? Y quizá incluso con cierto ramalazo, ¿no? ¿Ño eres de la acera de enfrente? Vamos, no tengas miedo. Puedes confesárselo a papá Stebbins.

— ¡Te venceré aunque tenga que caminar hasta Virginia, cabrón!

Garraty temblaba de furia. No recordaba haber estado tan fuera de sí en toda su vida.

— Está bien — respondió Stebbins con tono conciliador. — Ya comprendo.

— ¡Hijo de puta!

— ¡Vaya, ésa sí es una palabra interesante! ¿Qué te ha hecho mencionarla?

Por un instante, Garraty tuvo la certeza de que debía lanzarse sobre Stebbins o se desmayaría de pura cólera, pero no hizo ninguna de las dos cosas.

— Aunque tenga que caminar hasta Virginia — repitió. Stebbins se estiró hasta avanzar de puntillas y sonrió con aire soñoliento.

— Me siento capaz de caminar hasta la mismísima Florida, Garraty.

Ray se apartó de él en busca de Baker, mientras sentía que la furia y la excitación se convertían en una especie de ardiente vergüenza. Supuso que Stebbins le consideraría un objetivo fácil, y se convenció de que lo era.

Baker caminaba al lado de un chico que Garraty no conocía. Avanzaba con la cabeza caída y moviendo ligeramente los labios.

— Hola, Baker — dijo Garraty. Baker alzó la mirada, sorprendido, y luego pareció estremecerse como hacen los perros.

— Garraty — musitó. — Tú.

— Sí, yo.

— Estaba soñando. Una pesadilla horrible. ¿Qué hora es?

— Casi las siete menos veinte.

— ¿Crees que lloverá todo el día?

— Bueno… ¡Eh! — Garraty trastabilló, desequilibrado por unos instantes. — Se me ha salido el maldito tacón.

— Quítate las zapatillas — le aconsejó Baker. — Cuesta mucho esfuerzo avanzar cojeando.

Garraty se sacudió una de las zapatillas, que salió volando y fue a dar casi en la primera línea de espectadores, donde quedó en el suelo como un cachorrillo lisiado. Las manos de la multitud se lanzaron sobre él ávidamente. Una la rozó, otra se la llevó, y se produjo una pugna apretada y violenta por apropiársela. La otra zapatilla no quería salírsele; el pie se había hinchado tanto que lo impedía. Se arrodilló, recibió un aviso, la desató y se la quitó. Pensó en lanzarla a la multitud, pero decidió dejarla en medio de la calzada. De pronto le invadió una oleada de desesperación mientras pensaba: Me he quedado sin zapatillas. Me he quedado descalzo.

Bajo sus pies, el asfalto estaba frío. Los restos deshilaclhados de sus calcetines

quedaron pronto empapados. Sus pies tenían un aspecto deforme e irreconocible. Garraty notó que la desesperación se convertía en lástima por sus pies. Se puso rápidamente a la altura de Baker, que también avanzaba descalzo.

— Ya casi no puedo más — musitó Baker.

— Todos estamos igual.

— Me he puesto a recordar todas las cosas agradables que me han sucedido en la vida. La primera vez que llevé a bailar a una chica y se presentó aquel tipo borracho que no hacía más que meterse con ella hasta que lo llevé afuera y le di una buena paliza. No habría podido con él si no hubiera estado tan borracho. Y la chica me miraba como si yo fuera lo más grande desde la invención del motor de combustión. Mi primera bicicleta. La primera vez que leí La mujer de blanco, de Wilkie Collins… Ese es mi libro favorito, Garraty, por si alguien te lo pregunta alguna vez. Los ratos sentado junto a una charca, medio dormido, con la caña de pescar o sacando cangrejos a cientos. Y tenderme en el patio de atrás a dormir la siesta con un tebeo de Popeye sobre la cara. He estado pensando en estas cosas. Garraty. Las he recordado en estas últimas horas, como si fuera un anciano en estado senil.

La llovizna matutina caía sobre los Marchadores con sus gotas de plata. Hasta la muchedumbre parecía más tranquila, más ausente. Los rostros resultaban nuevamente visibles, como si estuvieran tras un cristal empañado. Eran rostros de ojos endrinos, pálidos, con expresiones meditabundas bajo los sombreros y paraguas goteantes o bajo los periódicos abiertos sobre las cabezas. Garraty sintió un profundo dolor y pensó que le haría un gran bien gritar, pero no pudo, como tampoco podía consolar a Baker diciéndole que morir no estaba tan mal. Podía ser pero, una vez más, también podía equivocarse.

— Espero que no suceda de noche — dijo Baker. — Es lo único que deseo. Si hay un… un después, espero que no esté oscuro. Y espero que se pueda recordar. Odio la idea de vagar eternamente entre tinieblas, sin saber quién era o qué hacía aquí, o incluso sin saber que había sido otra cosa distinta en otro tiempo.

Garraty iba a contestar, pero el restallar de los fusiles le interrumpió. La competición se aceleraba de nuevo. El vacío que tan acertadamente había predicho Parker casi había terminado. Los labios de Baker intentaron una sonrisa.

— Eso es lo que más temo. Ese sonido. ¿Por qué lo hemos hecho, Garraty? Debemos de estar locos.

— No creo que haya ninguna buena razón.

— No somos más que ratones en una trampa.

La Marcha continuó. La lluvia siguió cayendo. Cruzaron lugares que Garraty conocía. Casuchas destartaladas donde no vivía nadie; una pequeña escuela abandonada, que había sido reemplazada por una nueva Escuela Unitaria; corrales de gallinas, viejos camiones sobre pilares, campos recién gradados. Creyó recordar cada

campo, cada casa. Ahora era presa de la excitación. La carretera parecía volar. Sus piernas recobraron una elasticidad renovada y falsa. Pero quizá Stebbins tenía razón, quizá ella no estaría allí. Al menos, debía tener en cuenta tal posibilidad, y prepararse para ella. A lo largo de las diezmadas filas corrió el rumor de que un chico de la vanguardia del grupo creía tener apendicitis.

En otro momento, Garraty se habría sobrecogido. Sin embargo, ahora no parecía importarle nada salvo Jan y Freeport. Sólo quedaban ocho kilómetros. Ya habían cruzado el límite municipal de Freeport. Allá adelante, en algún lugar, Jan y su madre ya estarían de pie frente al Centro Comercial Woolman's, tal como habían acordado. El cielo se iluminó parcialmente, pero continuó cubierto. La lluvia se convirtió en una llovizna pertinaz. La calzada era ahora un espejo oscuro, un hielo negro en el que Garraty casi podía apreciar el reflejo deformado por su propio rostro. Se pasó una mano por la frente y la notó caliente y febril. ¡Jan, oh, Jan! Tienes que saber que yo…

El chico al que le dolía el costado era el número 59. Klingerman. Garraty le oyó gritar. Sus alaridos pronto se hicieron monótonos, y le recordaron la única oportunidad en que había visto una Larga Marcha, también en Freeport. Acudió a su mente la imagen del muchacho que entonaba monótonamente: «¡No puedo, no puedo, no puedo!”

Cierra ya el pico, Klingerman, pensó.

Pero Klingerman continuó caminando, acompañado de sus gritos, con las manos apretadas sobre el costado. Las manecillas del reloj de Garraty siguieron avanzando. Las ocho y cuarto. Estarás ahí, Jan, ¿verdad que sí? Claro. Estupendo. Ya no sé lo que significas para mí, pero sé que estoy vivo todavía y que necesito que estés ahí. Para darme una señal. Tienes que estar ahí.

Las ocho y media.

— Ya nos acercamos a esa maldita ciudad, ¿verdad, Garraty? — vociferó Parker.

— ¿A ti qué te importa? — se burló McVries. — Tú seguro que no tienes a una chica esperando.

— Tengo chicas en todas partes, imbécil — replicó Parker — Con una sola mirada se derriten. Su cara estaba macilenta y demacrada, una mera sombra de lo que había sido.

Las nueve menos cuarto.

— No tan aprisa, muchacho — dijo McVries cuando Garraty llegó a su altura y empezó a adelantarle. — Guarda un poco para esta noche.

— No puedo. Stebbins ha dicho que Jan no estará ahí, que no dispondrían de nadie para abrirle camino hasta primera línea, y tengo que saber si tiene razón. Tengo que…

— Yo sólo digo que te lo tomes con calma. Stebbins obligaría a su madre a tomar un cóctel de lejía si eso le ayudara a ganar. No le hagas caso, Jan estará ahí. Es un

buen tanto para las relaciones públicas de la Marcha.

— Pero…

— Nada de peros, Ray. Reduce el paso y sigue viviendo.

— ¡Métete tus frasecitas donde te quepan! — gritó Garraty. Se humedeció los labios y se llevó al rostro una mano temblorosa. — Lo… lo siento. No quería decir eso. Stebbins también dijo que a quien quería ver de verdad era a mi madre.

— ¿Y no quieres verla?

— ¡Claro que quiero! ¿Qué diablos piensas…? Yo no… sí… No lo sé. Una vez tuve un amigo y nos… nos quitamos la ropa, y ella… ella…

— Garraty — dijo McVries, al tiempo que posaba una mano en su hombro.

Klingerman gritaba muy alto. En las primeras filas del público, alguien le preguntó si quería un AlkaSeltzer. La broma levantó un coro de risas.

— Estás divagando, Garraty. Tranquilízate. No malgastes energías.

— ¡No me toques! — aulló Garraty. Se llevó un puño a la boca y se mordió los nudillos. Un segundo después, añadió — : Déjame en paz.

— Está bien.

McVries se apartó. Garraty quiso decirle que volviera pero no lo consiguió.

Por cuarta vez, llegaron las nueve de la mañana. Tomaron una curva a la izquierda y de nuevo la multitud quedó bajo los veintitrés Marchadores mientras éstos atravesaban el paso elevado de la 295 y entraban en la ciudad de Freeport. Allá delante estaba la cafetería donde a veces él y Jan habían tomado algo después del cine. Doblaron a la derecha y entraron en la interestatal 1, la que alguien había llamado «la gran autopista». Grande o pequeña, era la última. El centro de la ciudad quedaba al frente; Woolman's, a la derecha. A duras penas alcanzaba a ver el edificio, feo y aplastado, que se ocultaba tras una falsa fachada. La lluvia de confeti empezaba a caer de nuevo, pero el agua lo empapaba, haciéndolo pegajoso y sin vida. La muchedumbre crecía. Alguien conectó la alarma de incendios de la ciudad y sus aullidos se mezclaron con los de Klingerman hasta que ambos se confundieron. Klingerman y la sirena de incendios de Freeport entonaban un duetto de pesadilla.

La tensión inundó las venas de Garraty, como si se llenaran de alambres de cobre. Oía latir su corazón, ora en el vientre, ora en la garganta, ora entre los ojos. Doscientos metros. Todos volvían a corear su nombre, pero todavía no había visto un solo rostro conocido entre los espectadores.

Se desvió hacia la derecha hasta que las manos de la multitud estuvieron a unos centímetros de él. De hecho, un brazo largo y musculoso llegó a cogerle la manga de la camisa, y Garraty dio un salto hacia atrás como si hubiera estado a punto de ser engullido por una máquina trilladora. Detrás, los soldados le apuntaban con los fusiles, dispuestos a derribarle si intentaba desaparecer entre la masa de espectadores. Apenas cien metros ya. Vio el gran cartel marrón de Woolman's, pero no había señal

de su madre o de Jan. ¡Oh, Dios! Stebbins había estado en lo cierto… Y aunque estuvieran, ¿cómo iba a verlas entre aquella masa abigarrada y movediza?

De su interior surgió un tembloroso gruñido. Tropezó y estuvo a punto de caer sobre sus propias piernas, que sentía muy flojas. Stebbins había estado en lo cierto. Quiso detenerse allí, no continuar un paso más. La desazón y la sensación de desamparo eran tan abrumadoras que resultaban huecas. ¿Qué razón tenía ahora? ¿Qué razón había para continuar?

El aullido de la sirena de incendios, el rugido de la multitud, los alaridos de Klingerman, la lluvia, y su pobre alma torturada, revoloteándole en la cabeza y estrellándose a ciegas contra sus paredes.

No puedo seguir. No puedo, no puedo. Pero sus pies seguían avanzando. ¿Dónde estoy? ¿Jan? ¿Jan…? ¡Jan!

Entonces la vio. Llevaba el pañuelo de seda azul que él le había regalado por su aniversario, y la lluvia emitía destellos en su pelo, como pequeñas piedras preciosas. Junto a ella estaba la madre de Ray, con su sencillo abrigo negro. Habían quedado atrapadas entre la muchedumbre y eran llevadas de un lado a otro. Detrás de Jan, un cámara de televisión intentaba colocar su estúpida nariz electrónica.

En algún lugar del cuerpo de Garraty pareció estallar un gran dolor como un gran torrente verde. Rompió a correr tambaleándose, con los pies torcidos hacia dentro. Los calcetines, reducidos a harapos, le bailaban sobre los hinchados tobillos.

— ¡Jan! ¡Jan!

Oyó sus propios pensamientos, pero no las palabras que pronunciaba. El cámara de televisión le siguió con entusiasmo. La algarabía era tremenda. Vio cómo los labios de Jan formaban su nombre. Tenía que llegar hasta ella, tenía que llegar…

Un brazo le retuvo. Era McVries. Un soldado, a través de un megáfono, les indicó a ambos el primer aviso.

— ¡En la multitud no!

McVries había acercado su boca al oído de Garraty y le gritaba. Un bisturí de dolor se abrió paso en la cabeza de Ray.

— ¡Déjame en paz!

— ¡No voy a dejar que te mates, Ray!

— ¡Déjame, maldita sea!

— ¿Quieres morir en sus brazos? ¿Es eso lo que quieres?

Los segundos se consumían, y Jan lloraba. Garraty vio las lágrimas en sus mejillas, se desasió de McVries e intentó lanzarse hacia ella otra vez. Notó unos sollozos amargos y profundos que le subían de dentro. Quería dormir, quería acurrucarse entre sus brazos. La amaba…

Ray, te quiero.

Leyó las palabras en sus labios.

McVries estaba todavía junto a él. El cámara de televisión le miró con cara de odio. Alrededor, Garraty divisó a sus compañeros de clase. Habían desplegado una enorme bandera que, curiosamente, llevaba su propio retrato, su foto del anuario de alumnos pasado al tamaño de King Kong. Garraty se reía de sí mismo desde lo alto, mientras abajo pugnaba por alcanzar a Jan.

El megáfono bramó su segundo aviso como la voz de Dios.

Jan…

Ella tenía los brazos extendidos hacia él. Las manos se tocaron. Las manos frías de Jan. Sus lágrimas…

Su madre. Las manos tendidas…

Las asió. Tomó en una mano la de Jan, y en la otra la de su madre. Las tocó, y todo acabó.

Todo acabó cuando McVries le pasó de nuevo el brazo por el hombro. El cruel McVries.

— ¡Déjame en paz! ¡Déjame en paz!

— ¡Ray! — le gritó McVries al oído. — ¿Qué pretendes? ¿Morir delante de ellas? ¿Es eso lo que quieres? ¡Vamonos, por el amor de Dios!

Garraty se resistió, pero McVries era fuerte. Quizá incluso tenía razón. Miró a Jan y vio sus ojos abiertos y alarmados. Su madre hacía gestos de que se alejara. Y en los labios de Jan leyó de nuevo la palabra, como una maldición: ¡Sigue! ¡Sigue!

Claro que debo seguir, se dijo torpemente. Soy el representante de Maine. Y en ese mismo instante odió a Jan, aunque si alguna culpa tenía ella era la de haberse dejado prender — como su madre — en la trampa que él había dispuesto para sí mismo.

El tercer aviso para él y para McVries cayó como un trueno majestuoso. La muchedumbre bajó un poco el tono de voz y les contempló con ojos brillantes. Vio escrito el pánico en los rostros de Jan y su madre. Ésta se llevó las manos al rostro y Garraty pensó en las manos de Barkovitch ascendiendo hasta su cuello y desgarrando luego su propia carne.

— ¡Si tienes que hacerlo, espera hasta la próxima esquina, idiota! — gritó McVries.

Garraty empezó a gimotear. McVries le había golpeado de nuevo. McVries era muy fuerte.

— Está bien — dijo al fin, sin saber si McVries podía oírle, y empezó a avanzar. — Está bien, está bien — repitió. — Suéltame antes de que me rompas la clavícula.

Después emitió un sollozo, hipó y se sonó la nariz.

McVries le soltó, dispuesto a agarrarle otra vez.

Casi como un pensamiento tardío, Garraty se volvió y miró hacia atrás, pero las mujeres ya se habían perdido de nuevo entre la muchedumbre. Pensó que jamás

olvidaría la expresión de pánico que había visto en sus ojos, la sensación de confianza y seguridad brutalmente borrada al final. No le quedaba nada, salvo una breve imagen de un pañuelo azul al viento.

Se volvió y miró de nuevo al frente. Sus pies tambaleantes y traicioneros le llevaron adelante, y así dejó atrás la ciudad.

16

¡La sangre ha empezado a manar! ¡Liston se tambalea! ¡Clay le ataca con combinaciones! ¡Penetra en la guardia! ¡Clay le está matando! ¡Le está matando! ¡Señoras y señores, Liston está en la lona! ¡Sonny Liston ha caído! ¡Clay baila! ¡Saluda! ¡Grita al público! ¡Ah, señoras y señores, no sé cómo describir esta escena!

Comentarista radiofónico
Segundo combate Clay vs Liston

Tubbins se había vuelto loco.

Tubbins era un chico menudo con gafas y un mar de pecas. Llevaba unos tejanos que le iban grandes de cintura y se los tenía que subir constantemente. No había hablado mucho, pero había sido bastante buen tipo hasta que se había vuelto loco.

— ¡Ramera! — balbuceó Tubbins a la lluvia. Había vuelto el rostro hacia ella y la lluvia rebotaba en las pecas de sus mejillas y en sus labios y resbalaba hasta el extremo de su roma barbilla. — ¡La gran ramera de Babilonia ha venido entre nosotros! ¡Se tiende en las calles y abre las piernas sobre la suciedad de los adoquines! ¡Vil! ¡Vil y perversa! ¡Guardaos de la prostituta de Babilonia, pues sus labios rezuman miel pero su corazón es amargo y rezuma hiel!

— Y además tiene gonorrea — añadió Collie Parker con voz cansada. — ¡Señor, ése es peor que Klingerman! — Alzó la voz y exclamó — : ¡Cáete muerto de una vez, Tubbins! — ¡Alcahueta y celestina! — gritó Tubbins. — ¡Vil y perversa!

— ¡Maldita sea! — murmuró Parker. — Le mataré yo mismo si no calla.

Se pasó unos dedos temblorosos y esqueléticos por los labios, los dejó caer sobre el cinturón y tardó treinta segundos en conseguir liberar la cantimplora. Ésta casi se le cayó al llevársela a los labios, y derramó la mitad del contenido. Después se puso a sollozar débilmente.

Eran las tres de la tarde. Portland y South Portland habían quedado atrás. Hacía unos quince minutos, habían pasado bajo una pancarta empapada en la que se informaba que la frontera de New Hampshire quedaba a sólo 70 kilómetros.

Sólo, pensó Garraty. Sólo. Vaya palabreja estúpida. ¿A qué imbécil se le había ocurrido que era necesaria tal palabreja?

Garraty caminaba junto a McVries, pero éste sólo había murmurado monosílabos desde Freeport. Ray apenas se atrevía a hablarle. Estaba en deuda con él nuevamente, y se sentía avergonzado. Sentía vergüenza porque sabía que, si llegaba el momento, él no ayudaría a McVries. Ahora, Jan había desaparecido, igual que su madre.

Irrevocablemente y para toda la eternidad. A menos que venciera. Y ahora, Garraty deseaba fervientemente ganar.

Era extraño. Hasta donde podía recordar, era la primera vez que deseaba vencer. Ni siquiera al principio, cuando todavía estaba fresco (más o menos en la época en que los dinosaurios poblaban la Tierra), había tenido el deseo consciente de ganar. Sólo le interesaba el reto que representaba la Marcha. Pero después, de los fusiles no salían disparos de broma, ni banderitas rojas con la palabra BANG. No era un juego como el béisbol o el escondite. Todo era real. ¿O lo había sabido desde el principio? Los pies parecían dolerle el doble desde que había decidido que quería ganar, y cada vez que respiraba profundamente, un puñal parecía clavársele en el pecho. La sensación de fiebre era cada vez más alta. Quizá se había contagiado de Scramm.

Deseaba ganar, pero ni siquiera McVries podía llevarle hasta la invisible línea de llegada. No creía que consiguiera ganar. En sexto curso de primaria había ganado el concurso de ortografía de su escuela y había acudido al concurso del condado, pero el tribunal del condado no era como la señorita Petrie, que le permitía a uno volver atrás. La señorita Petrie y su blando corazón. Allí se había quedado él, dolido e incrédulo, convencido de que se había producido algún error, aunque no había sido así. Sencillamente, no lo había hecho lo bastante bien para quedar entre los mejores, y tampoco lo conseguiría ahora. Quizá consiguiera sobrevivir a la mayoría, pero no a todos. Sus pies y sus piernas habían pasado más allá de la rebelión sorda e irritada, y estaban ahora a un paso del motín.

Sólo tres Marchadores habían recibido el pasaporte desde que salieran de Freeport. Uno de ellos había sido el desgraciado Klingerman. Garraty sabía qué estaban pensando los demás. Eran demasiados los pasaportes ya expedidos para abandonar por las buenas. Imposible, ahora que sólo quedaban diecinueve más por derrotar. Ahora, todos caminarían hasta que sus cuerpos o sus mentes reventaran.

Pasaron un puente que salvaba un plácido arroyo cuya superficie era suavemente batida por la lluvia. Rugieron los fusiles, gritó la multitud, y Garraty sintió que el testarudo resquicio de esperanza se abría un poco más en su mente.

— ¿Tenía buen aspecto tu chica?

Era Abraham, que daba la imagen de una víctima de la marcha de Bataan. Por alguna razón inconcebible, se había desprendido de la chaqueta y la camisa, dejando desnudo su pecho huesudo y su magro costillar.

— Sí — respondió Garraty. — Y espero poder regresar a ella.

— ¿Esperas? — Abraham sonrió. — Sí, yo también empiezo a recordar de nuevo cómo se pronuncia esa palabra. — Era como una sutil amenaza. — ¿Ése era Tubbins?

Garraty prestó atención un momento, sin oír nada salvo el rumor constante de la multitud.

— Sí, gracias al cielo. Parker debió de lanzarle un maleficio, supongo.

— Yo no dejo de repetirme que lo único que debo hacer es seguir poniendo un pie delante del otro.

— Ya.

— Garraty… — Abraham parecía inquieto. — Resulta difícil decir esto, pero…

— ¿De qué se trata?

Abraham permaneció en silencio un largo instante. Llevaba unas grandes zapatillas que a Garraty le parecían horriblemente pesadas. Las zapatillas de Abraham se arrastraban y resonaban sobre la calzada, que ahora se había ensanchado a tres carriles. La multitud no parecía tan bulliciosa ni tan terriblemente próxima como había sido desde Augusta.

Abraham parecía muy incómodo.

— Es una mierda, pero no sé cómo empezar.

— Lo mejor será que empieces directamente — contestó Garraty, al tiempo que se encogía de hombros.

— Bien, escucha. Estamos poniéndonos de acuerdo en una cosa. Todos los que quedamos.

— ¿Es algún juego?

— Es una especie de… de promesa.

— ¿Ah, sí?

— Nada de ayudar a nadie. O lo hace uno mismo, o no lo hace.

Garraty se miró los pies. Se preguntó cuánto tiempo llevaba hambriento, y cuánto transcurriría antes de que cayera desmayado si no comía algo. Pensó que las zapatillas de Abraham eran como las de Stebbins: aquellas zapatillas podían llevarle hasta el mismísimo puente Golden Gate sin siquiera desatarse el lazo… al menos, eso parecía.

— Eso suena muy despiadado — dijo.

— La situación va a ser de lo más despiadado. Abraham mantuvo la mirada apartada de él.

— ¿Ya has hablado con los demás de esto?

— No he terminado aún. He hablado con una docena.

— Sí, es una auténtica mierda. Comprendo que te sea difícil plantearlo.

— Cada vez parece más difícil, en lugar de más sencillo.

— ¿Y qué han dicho los demás? — Ya sabía lo que habrían dicho los demás. ¿Qué iban a decir?

— Están de acuerdo.

Garraty abrió la boca y volvió a cerrarla. Observó a Baker, unos metros más adelante. Llevaba puesta la chaqueta e iba empapado. Tenía la cabeza inclinada hacia adelante. Una de sus caderas subía y bajaba trabajosamente. La pierna izquierda se le había quedado prácticamente rígida.

— ¿Por qué te has quitado la camisa? — preguntó a Abraham.

— Me producía escozor en la piel, y un hormigueo insoportable. La camisa era de fibra sintética, y quizá soy alérgico a los tejidos sintéticos. ¿Cómo diablos voy a saberlo? ¿Tú qué dices, Ray?

— Pareces un penitente o algo así.

— ¿Qué dices, Garraty? ¿Sí o no?

— Quizá le debo a McVries un par de favores…

McVries seguía aún cerca de ellos, pero era imposible saber si podía oír la conversación por encima de la algarabía de la muchedumbre. Dile que no te debo nada, pensó Garraty. Vamos, hijo de perra, díselo. Pero McVries no dijo nada.

— Está bien, cuenta conmigo — cedió al fin.

— Bien.

Ahora ya soy una bestia, una sucia y estúpida bestia cansada. Ya está. La traición ya está hecha.

— Si intentas ayudar a alguien, no podremos impedirlo, pues iría contra las normas. Pero te haremos el vacío. Y habrás roto tu promesa.

— No lo intentaré.

— Lo mismo cabe decir si alguien intenta ayudarte a ti.

— De acuerdo.

— No es nada personal, ya sabes, Ray, pero ahora todos estamos en contra de las ayudas.

— A cara o cruz…

— Eso es.

— Nada personal. Simplemente, la ley de la jungla.

Por un instante, pensó que Abraham iba a enfadarse, pero lo único que consiguió emitir éste fue un apagado e inofensivo jadeo. Quizá estaba demasiado cansado para enfadarse.

— Has accedido. Y haré que cumplas, Ray.

— Debería enfurecerme y decir que mantendré mi promesa porque tengo palabra, pero seré sincero. Me encantará ver cómo te dan el pasaporte, Abraham. Y cuanto antes, mejor.

— Ya. — Abraham se humedeció los labios.

— Esas zapatillas que llevas parecen muy buenas — comentó Garraty.

— Sí, pero pesan demasiado, maldita sea. Ganas en distancia, pero pagas en peso.

— «Y no hay remedio para la tristeza de verano», ¿verdad? — entonó Garraty.

Abraham se echó a reír. Garraty observó a McVries, cuyas facciones resultaban inescrutables. Quizá les había oído.

La lluvia caía en una constante cortina, más intensa y más fría. La piel de Abraham tenía el blanco del vientre de los peces, y sin la camisa, su aspecto era

todavía más el de un preso. Garraty se preguntó si alguien le habría dicho a Abraham que no tenía la menor oportunidad de soportar una noche entera sin camisa. El atardecer parecía adivinarse ya.

¿Nos has oído, McVries? Te he vendido, McVries. Mosqueteros para siempre…

— ¡Oh!, no quiero morir así — sollozó Abraham. — No quiero morir en público, con la gente gritando que me ponga en pie y camine unos kilómetros más. Es tan absurdo, tan jodidamente absurdo… Esto tiene la misma dignidad que un pobre mongólico ahogándose con su propia lengua.

Eran las tres y cuarto cuando Garraty hizo su promesa de no ayudar ni ser ayudado. A las seis de la tarde, sólo uno más había recibido el pasaporte. Nadie dijo nada. Garraty pensó que parecían formar parte de una incómoda conspiración tramada para hacer caso omiso de los últimos jirones de sus vidas, para simular que nada sucedía. Los grupos, o lo poco que quedaba de ellos, se habían desperdigado. Todos habían asentido a la propuesta de Abraham. McVries lo había hecho. Y Baker. Stebbins se había reído y le había preguntado a Abraham si quería pincharle el dedo para firmar con sangre.

Cada vez hacía más frío. Garraty empezó a preguntarse si realmente existía una cosa llamada sol, o si sólo la había soñado. Incluso Jan era ya un sueño para él. Un sueño de un verano que nunca fue.

En cambio, le pareció ver a su padre aún con más claridad. Su padre, con la tupida mata de pelo que él había heredado y los anchos hombros carnosos de camionero. Su padre tenía la constitución de un defensa de rugby. Recordó cuando su padre le levantaba, le volteaba vertiginosamente, le despeinaba, le besaba, le quería.

Recordó con tristeza que no había alcanzado a ver a su madre en Freeport; pero había estado allí, con su raído abrigo negro, «el de las fiestas», el que siempre llevaba una orla de caspa en los hombros, por mucho que ella se lavara la cabeza. La habría herido profundamente que la dejara de lado en favor de Jan. Quizá incluso había tenido la intención de herirla. Pero eso no importaba ya. Era parte del pasado. Y era el futuro lo que se deshilaba ahora, antes incluso de que estuviera tejido.

Cada vez se hace más profundo todo, pensó. Nunca más superficial. Siempre más profundo, hasta que uno se encuentra fuera de la bahía y se adentra en el océano. En otro tiempo, todo esto me había parecido muy sencillo. Y curioso.

Hablando con McVries, éste le había confesado que la primera vez le había salvado por puro reflejo. Después, en Freeport, había sido para evitar una escena horrible frente a una chica bonita a la que nunca conocería. Igual que él no conocería a la esposa de Scramm, embarazada de su hijo. Garraty notó una aguda punzada al pensarlo. No se había acordado de Scramm en mucho rato. Pensó que McVries era un tipo muy maduro, realmente. Y se preguntó por qué él no había sido capaz de madurar así.

La Marcha continuó. Las ciudades se sucedieron.

Cayó en un estado melancólico, extrañamente autocomplaciente, que fue roto de pronto por un tableteo de disparos, acompañado de una ronca algarabía entre la multitud. Al mirar alrededor, se sorprendió de ver a Collie Parker encaramado a lo alto del vehículo oruga con un fusil en las manos.

Uno de los soldados había caído al suelo y yacía mirando al cielo con ojos vacíos e inexpresivos. En el centro de su frente había un limpio orificio rodeado de una orla de pólvora quemada.

— ¡Malditos cerdos! — gritaba Parker. Los demás soldados habían saltado del vehículo. Parker dirigió una mirada a los asombrados Marchadores. — ¡Vamos, muchachos! ¡Vamos, podemos…!

Los Marchadores, entre ellos Garraty, lo contemplaron como si les estuviera hablando en un idioma desconocido. Y en aquel instante, uno de los soldados que habían saltado al suelo cuando Parker se había encaramado al vehículo abatió a Collie con precisión, de un disparo por la espalda.

— ¡Parker! — gritó McVries. Era como si sólo él hubiera comprendido lo que acababa de suceder, la ocasión que acababan de desperdiciar. — ¡Oh, no, Parker!

Collie Parker emitió un jadeo como si alguien le hubiera golpeado en la espalda con una maza de gimnasia acolchada. La bala explosiva se fragmentó y, por un momento, Collie permaneció en pie sobre la torreta del vehículo con las tripas fuera, mezcladas con su camisa caqui y sus pantalones tejanos Una de sus manos estaba levantada en un interrumpido gesto, como si se dispusiera a pronunciar una agria filípica.

— Maldita… sea… — musitó.

Disparó dos veces contra el asfalto. Las balas rebotaron y silbaron, y Garraty notó cómo una cortaba el aire frente a él. Entre la multitud se oyó un grito de dolor. Después, el fusil se escurrió de las manos de Parker, que dio una media vuelta casi militar y cayó a la calzada, donde quedó tumbado de costado, jadeando como un perro malherido. Sus ojos emitían fuego. Abrió la boca y pugnó por decir una última frase entre bocanadas de sangre.

— Ce… ce… cerdos…

Parker murió mirándoles con furia mientras se alejaban.

— ¿Qué sucedió? — gritó Garraty sin dirigirse a nadie en particular. — ¿Qué diablos sucedió?

— Saltó sobre ellos sin que lo advirtieran — dijo McVries. — Eso es lo que sucedió. Debería haber sabido que no lo conseguiría. Se acercó sigilosamente y pilló dormidos a los que montaban guardia. — La voz de McVries se hizo más ronca. — Quería que todos subiéramos con él, Garraty. Y creo que habríamos podido.

— ¿Qué estás diciendo? — exclamó Garraty, aterrado.

— ¿No lo sabes? — dijo McVries. — ¿De veras no lo sabes?

— ¿Subir con él…? ¿Qué…?

— Olvídalo. Olvídalo todo, anda.

McVries se alejó. A Garraty le entró un repentino temblor. No sabía a qué se refería McVries. No quería saberlo. Ni siquiera pensar en ello.

La Marcha continuó.

A las nueve de la noche la lluvia cesó, pero el cielo continuaba encapotado. Nadie más había caído, pero Abraham se había puesto a murmurar incoherencias. Hacía mucho frío, pero nadie se ofreció a cederle a Abraham algo con que abrigarse. Garraty intentó considerarlo un acto de justicia poética, pero con ello sólo consiguió sentirse peor. El dolor que le embargaba se había convertido en una enfermedad, en una pútrida sensación enfermiza que parecía crecer en sus cavidades como un hongo verde. El cinturón de los alimentos estaba casi lleno, pero no había conseguido tragar más que un pequeño tubo de pasta de atún sin que el estómago se le revolviera.

Baker, Abraham y McVries. Su círculo de amigos se había reducido a tres. Y Stebbins, si cabía considerarle amigo de alguien. Un conocido, más bien. O un semidiós. O un diablo, o lo que fuera. Se preguntó si alguno de ellos seguiría allí por la mañana, y si él sobreviviría para saberlo.

Sumido en estos pensamientos, casi tropezó con Baker en la oscuridad. Oyó un sonido metálico entre las manos de éste.

— ¿Qué haces? — preguntó Garraty.

— ¿Eh? — Baker levantó una mirada.

— ¿Qué estás haciendo? — repitió Garraty.

— Cuento el cambio.

— ¿Cuánto tienes?

Baker hizo tintinear las monedas entre las manos y sonrió.

— Un dólar veintidós.

— Una fortuna… — sonrió Garraty. — ¿Qué vas a hacer con ese dinero?

Baker no le devolvió la sonrisa, y fijó la vista en la fría oscuridad, como ausente.

— Comprarme una de las grandes — murmuró. Su acento sureño era más acusado. — Comprarme una de esas cajas con recubrimiento de plomo y forradas de seda rosa y con una almohada blanca de satén. — Sus ojos como picaportes vacíos parpadearon, y añadió — : Allí jamás me pudriré. Jamás, hasta el día del Juicio, cuando todos volvamos a ser como fuimos, dotados de cuerpo incorruptible.

— ¿Baker? ¿Te has vuelto loco, Baker?

— No se puede conseguir. Somos todos unos estúpidos al intentarlo. No se puede derrotar la podredumbre. No en este mundo. Chapado de plomo, así es el pasaporte…

— Si no te contienes, por la mañana estarás muerto. Baker asintió. La piel se le había tensado sobre los pómulos dándole un aspecto cadavérico.

— Así es el pasaporte. Yo quería morir. ¿Tú no? ¿No viniste por eso?

— ¡Cállate! — gritó Garraty.

Le había entrado de nuevo el temblor.

La autopista inició una pronunciada subida que le dejó sin habla. Se inclinó hacia adelante, sintiendo a la vez frío y calor, con la columna vertebral ardiendo y el pecho lacerado por el dolor. Tuvo el convencimiento de que sus músculos se negarían a continuar mucho más. Pensó en el ataúd chapado de plomo, sellado para los oscuros milenios por venir, y se preguntó si aquél sería el último pensamiento de su vida. Esperó que no, y pugnó por encontrar un nuevo tema en que pensar.

Los avisos se sucedieron esporádicamente. La dotación del vehículo oruga volvía a estar al completo. El soldado que Parker había matado acababa de ser reemplazado discretamente por otro. La multitud aplaudía monótonamente. Garraty imaginó cómo sería yacer en un silencio similar al de la mayor y más polvorienta biblioteca, rendido a sueños interminables y absurdos tras unos párpados sellados, eternamente vestido con el traje de los domingos. Ninguna preocupación sobre dinero, éxito, temor, alegría, dolor, lástima, sexo o amor. Absolutamente ninguna. Sin padre, madre, novia o amante. Los muertos son huérfanos. Sin más compañía que el silencio. El final de la agonía de moverse, de la larga pesadilla de seguir carretera adelante. El cuerpo en paz, quietud y orden. La oscuridad perfecta de la muerte. ¿Cómo sería? ¿Cómo sería el fin?

De pronto, sus irritados y agonizantes músculos, el sudor que le caía por el rostro e incluso el mismo dolor le parecieron muy concretos, muy reales. Garraty se esforzó, luchó por llegar a la cima de la colina y luego descendió la ladera contraria resollando mientras se recuperaba.

A las 23.40 Marty Wyman recibió su pasaporte. Garraty se había olvidado por completo de Wyman, que no había hablado ni hecho gesto alguno durante las últimas veinticuatro horas. Wyman no tuvo una muerte espectacular. Simplemente, cayó al suelo y allí fue rematado. Alguien susurró: «Ése era Wyman, ¿verdad?» Otro dijo: «Es el ochenta y tres, ¿no?» Y eso fue todo.

A medianoche sólo estaban a 13 kilómetros de la frontera de New Hampshire. Pasaron frente a un autocine, una enorme forma oblonga de color blanco que destacaba en la oscuridad. En la pantalla aparecía un único rótulo: LA DIRECCIÓN DE ESTE CINE SALUDA A LOS PARTICIPANTES EN LA LARGA MARCHA DE ESTE AÑO.

Veinte minutos después de la medianoche se puso a llover otra vez y Abraham empezó a toser, con la misma tos húmeda y rasgada que había mostrado Scramm poco antes de morir. A la una la lluvia había arreciado y caía con una fuerza y constancia que hería los ojos de Garraty y le asaeteaba el cuerpo con una especie de escalofrío interior. El viento les impulsaba por la espalda.

A la una y cuarto Bobby Sledge intentó escurrirse silenciosamente entre la multitud bajo la protección de la oscuridad y la lluvia, pero fue abatido con rapidez y eficacia. Garraty se preguntó si lo habría hecho el soldado rubio que casi le había dado el pasaporte a él. Sabía que el soldado seguía de servicio, pues había divisado su rostro bajo el resplandor del anuncio del autocine. Deseó fervientemente que Parker lo hubiese matado.

A las dos menos veinte, Baker cayó al suelo y se golpeó la cabeza en el asfalto. Garraty empezó a caminar hacia él sin pensarlo. Una mano, todavía fuerte, le sujetó por el hombro.

Era McVries. Naturalmente, no podía ser otro que McVries.

— No — dijo. — Se acabaron los mosqueteros. Y ahora va en serio.

Siguieron avanzando sin mirar atrás.

Baker recibió, uno tras otro, los tres avisos, y luego el silencio se prolongó interminablemente. Garraty esperó a que tronaran los fusiles y, al ver que no lo hacían, echó un vistazo a su reloj. Habían transcurrido más de cuatro minutos. Poco después, Baker adelantó a McVries y al propio Garraty, sin mirar a nadie en concreto. Tenía una herida en la frente, con un reguero de sangre, pero sus ojos parecían más cuerdos. La mirada vacía y alucinada había desaparecido.

Poco antes de las dos de la madrugada cruzaron la frontera de New Hampshire, en medio del mayor pandemónium organizado hasta el momento. Retumbaron los cañones y los fuegos de artificio iluminaron el cielo lluvioso, descubriendo a una multitud que se extendía hasta donde el ojo alcanzaba, bañada por una luz extravagante y febril. Varias bandas competían en tocar aires marciales. Los vítores atronaban el espacio. Una gran traca trazó con llamas en el aire el rostro del Comandante y, aturdido, Garraty pensó en la imagen de Dios. A ello siguió el perfil del gobernador Provo, de New Hampshire, un hombre famoso por haber irrumpido en una base nuclear enemiga prácticamente solo, en 1953. En aquella ocasión, había perdido una pierna a causa de las radiaciones.

Garraty se adormiló de nuevo. Sus pensamientos se hicieron incoherentes. D'Allessio el Bizco estaba en cuclillas debajo de la mecedora de la tía de Baker, enroscado en un pequeño ataúd. Su cuerpo era el de un rollizo gato de Cheshire, y sonreía enseñando los dientes. En el pelo entre sus ojos verdes, ligeramente bizcos, se veían las señales y cicatrices de una antigua herida de béisbol. Observaba al padre de Garraty, al que conducían a una camioneta negra. Uno de los soldados que flanqueaban a su padre era el tipo rubio. El padre de Garraty sólo llevaba unos calzoncillos. El otro soldado se volvió un instante hacia atrás y, por un segundo, Garraty pensó que era el Comandante. Pero vio que era Stebbins. Volvió a mirar y el gato de Cheshire con la cara de D'Allessio había desaparecido. No quedaba más que la sonrisa, que lucía en el cielo bajo la mecedora, como la corteza de una raja de

sandía.

Los fusiles rugieron de nuevo. ¡Ahora le estaban disparando a él, sentía aproximarse la bala, todo había terminado, todo había terminado…!

Se despertó con un respingo y dio dos pasos a la carrera, sintiendo punzadas de dolor desde los pies hasta la entrepierna, hasta darse cuenta de que los disparos iban dirigidos a otro, y que era otro el muerto, tendido bajo la lluvia con el rostro en el asfalto.

— ¡Santa María! — murmuró McVries.

— Llena eres de gracia… — añadió Stebbins, acercándose a ellos por detrás. Se había adelantado, apartándose de los disparos, y sonreía como el gato de Cheshire del sueño de Garraty. — Ayúdame a ganar esta carrera de obstáculos.

— Vamos — replicó McVries, — no seas estúpido.

— No lo soy más que tú — repuso Stebbins. McVries y Garraty sonrieron.

— Bueno — añadió Stebbins, — quizá sí.

— «Arriba, abajo, mantén la boca cerrada» — cantó McVries.

Se pasó una mano temblorosa por el rostro y continuó adelante, con los ojos fijos al frente y los hombros hundidos, como un arco roto.

Hubo otra baja antes de las tres, un chico abatido bajo la lluvia, el viento y la oscuridad tras caer de rodillas en algún lugar cerca de Portsmouth.

Abraham, con una tos constante, caminaba con una especie de desesperado fulgor febril, de fuego fatuo, un resplandor que recordó a Garraty las estrellas fugaces. Abraham iba a arder por dentro en lugar de estallar. Así de tenso y embotado iba ahora.

Baker caminaba con torva y atenta determinación, dispuesto a borrar sus avisos antes de que éstos le borraran a él. Garraty apenas alcanzaba a verle bajo la cortina de agua, cojeando con los brazos cruzados y las manos aferradas a los costados.

En cuanto a McVries, estaba derrumbándose. Garraty no estaba seguro de cuándo había empezado. En un momento dado estaba fuerte (Garraty recordaba la tensión de los dedos de McVries cuando Baker había caído), y al instante siguiente parecía un anciano. Era desconcertante.

Stebbins era Stebbins. Seguía siempre adelante, como las zapatillas de Abraham. Parecía cojear ligeramente de una pierna, pero podían ser sólo imaginaciones de Garraty.

De los otros nueve, cinco parecían sumidos en aquel otro mundo especial que había descubierto Olson, más allá del dolor y la comprensión de lo que se avecinaba. Avanzaban bajo la lluvia tenebrosa como aparecidos, y a Garraty no le agradaba mirarles. Eran los muertos vivientes.

Justo antes del amanecer, tres de ellos cayeron al mismo tiempo. La multitud rugió de nuevo con entusiasmo mientras los cuerpos caían al suelo como pedazos de

leña cortada. A Garraty le pareció el principio de una espantosa reacción en cadena que podía esparcirse y acabar con todos ellos. Pero la racha cesó con Abraham arrastrándose de rodillas, con los ojos vueltos ciegamente hacia el vehículo oruga y hacia la multitud que había detrás, inconscientes y llenos de un confuso dolor. Su mirada era la de un cordero atrapado en la valla de alambre de espino. Abraham cayó de cara al asfalto. Sus pesadas zapatillas chapotearon en la calzada mojada y, por fin, se detuvieron.

Poco después se inició la acuosa sinfonía del amanecer. El último día de la Marcha empezaba con lluvia y cubierto. El viento soplaba por el semivacío pasadizo de la autopista como un perro perdido al que se azuza por un paraje extraño y terrible.

TERCERA PARTE
- EL CONEJO -

17

¡Madre! ¡Madre! ¡Madre!

El reverendo JM JONES
En el momento de su apostasía

Por quinta vez fueron repartidos cinturones con alimentos. Ahora bastó con un solo soldado para entregarlos. Únicamente quedaban nueve Marchadores. Algunos miraban los cinturones con expresión estúpida, como si no supieran qué eran, y los dejaban escurrir entre sus manos como serpientes resbaladizas. A Garraty le pareció que transcurrían horas mientras procedía al complicado ritual de ajustarse el cinturón. El mero hecho de pensar en comer hizo que su estómago, encogido y tembloroso, se sintiera al borde de las náuseas.

Stebbins caminaba ahora a su lado. Mi ángel de la guarda, pensó Garraty irónicamente. Ante la mirada de Garraty, Stebbins sonrió y se llevó a la boca dos galletas untadas de mantequilla de cacahuete. Las devoró ruidosamente, y Garraty se sintió enfermo.

— ¿Qué sucede? — preguntó Stebbins con la boca llena. — ¿No puedo comer?

— ¿Qué quieres ahora? — replicó Garraty.

Stebbins tragó con lo que a Garraty le pareció un auténtico esfuerzo.

— Nada. Si te desmayas de desnutrición, mejor para mí.

— Me parece que vamos a llegar a Massachusetts — musitó McVries. ; Stebbins asintió.

— La primera Marcha que lo hace en los últimos diecisiete años. Se volverán locos…

— ¿Cómo es que sabes tanto acerca de la Marcha?

— inquirió Garraty.

Stebbins se encogió de hombros.

— Está todo registrado. No tienen nada de qué avergonzarse. ¿O sí?

— ¿Qué harás si ganas, Stebbins? — preguntó McVries.

Stebbins se echó a reír. Bajo la lluvia, su rostro fino y borroso por la barba, surcado de arrugas de cansancio, tenía un aspecto leonino.

— ¿Qué harás tú? ¿Comprarte un gran Cadillac amarillo con el techo púrpura y un televisor con altavoces estereofónicos para cada habitación de la casa?

— Supongo que tú donarías doscientos o trescientos de los grandes a la Sociedad para el Fomento de la Crueldad con los Animales — dijo McVries.

— Abraham parecía un cordero — dijo Garraty. — Un cordero atrapado en alambres de espino. Eso es lo que parecía.

Pasaron bajo una enorme pancarta que anunciaba la frontera de Massachusetts a sólo 25 kilómetros. Realmente, no había mucho de New Hampshire a lo largo de la interestatal 1, apenas un estrecho brazo de terreno que separaba Maine de Massachusetts.

— Garraty… — dijo Stebbins, — ¿por qué no vas a hacer el amor con tu madre?

— Lo siento, pero esa táctica ya no te servirá. Cogió con parsimonia una barra de chocolate del cinturón y se la metió entera en la boca. Su estómago se contrajo con furia, pero logró tragar el chocolate. Tras una breve y tensa pugna con sus entrañas, supo que iba a mantenerse allí.

— Creo que podría caminar un día más si fuera preciso — dijo, — y otro incluso, si no hubiera más remedio. Resígnate, Stebbins, abandona la guerra psicológica. No funciona. Tómate unas galletas más.

Stebbins mantuvo la boca tensa y cerrada. Sólo fue un segundo, pero Garraty se percató perfectamente. Había tocado un punto flaco de Stebbins. Sintió una oleada de júbilo. Por fin había dado con el filón.

— Vamos, Stebbins — añadió, — dinos por qué estás aquí. Ya ves que no vamos a seguir juntos mucho tiempo. Cuéntanos. Que quede entre nosotros tres, ahora que ya sabemos que no eres Superman.

Stebbins abrió la boca y, con una convulsión, devolvió las galletas que acababa de tomar. Se tambaleó y, por segunda vez en toda la Marcha, recibió un aviso.

Garraty notó que la sangre le latía con fuerza en las sienes.

— Vamos, Stebbins. Ya has devuelto la comida. Ahora vomita las razones. Cuéntanos.

El rostro de Stebbins había adquirido un tono mantecoso, pero había recuperado su expresión habitual.

— ¿Por qué estoy aquí? ¿Queréis saberlo?

McVries le miraba con curiosidad. No había nadie cerca; el más próximo era Baker, que avanzaba cerca de la muchedumbre con la mirada fija en sus anónimos rostros.

— ¿Por qué estoy aquí, o por qué sigo andando? ¿Cuál de las dos cosas queréis saber?

— Queremos saberlo todo — dijo Garraty. Era la pura verdad.

— Yo soy el conejo — dijo Stebbins.

La lluvia caía mansamente, resbalándoles por la nariz y goteándoles en los lóbulos de las orejas, como pendientes.

Delante de ellos, un muchacho descalzo, con los pies convertidos en una masa púrpura de venas reventadas, cayó de rodillas, gateó unos metros sacudiendo violentamente la cabeza arriba y abajo, intentó levantarse, cayó, y por fin consiguió incorporarse. Continuó adelante. Era Pastor, advirtió Garraty con cierta sorpresa.

Todavía sigue con nosotros…

— Yo soy el conejo — repitió Stebbins. — Tú lo habrás visto alguna vez, Garraty. Es ese bicho mecánico gris que persiguen los perros en las carreras de galgos. Por rápido que corran los perros, nunca consiguen alcanzar al conejo, porque éste no es de carne y hueso y aquéllos sí. Ese conejo no es más que un pedazo de madera y un puñado de engranajes y cables. En los viejos tiempos, en Inglaterra, se utilizaban conejos de verdad, pero a veces los galgos los alcanzaban. Es más fiable el nuevo sistema.

»Él me engañó. — Los ojos azul claro de Stebbins contemplaron la lluvia. — Podría decirse incluso que me hechizó. Me transformó en conejo. ¿Recuerdas el de Alicia en el País de las Maravillas? Pero quizá tengas razón, Garraty. Es hora de dejar de ser conejos y cerdos chillones y corderos para convertirnos en personas, aunque no podamos pasar del nivel de los chulos y pervertidos de la calle Cuarenta y dos.

Los ojos de Stebbins se llenaron de furia y júbilo. Clavó la mirada en Garraty y McVries, y ambos rehuyeron enfrentarse a ella. Stebbins estaba loco. En aquel instante no cabía la menor duda. Stebbins había perdido la chaveta.

Su voz grave se alzó como en un sermón desde un púlpito

— ¿Que cómo sé tanto acerca de la Marcha? ¡Lo sé todo sobre ella! ¡Así tenía que ser! ¡El Comandante es mi padre, Garraty! ¡Es mi padre!

La voz de la multitud se alzó en un estúpido rugido, como si vitorearan lo que Stebbins acababa de decir, aunque no podían haberle oído. Los fusiles dispararon de nuevo. Ésa había sido la causa del alborozo. Los fusiles dispararon y Pastor rodó sobre la calzada, muerto.

Garraty notó el estómago y el escroto en un puño.

— ¡Oh, Dios mío! — exclamó McVries. — ¿Es cierto eso?

Se pasó la lengua por los agrietados labios mientras Stebbins respondía, casi jovialmente:

— Es cierto. Soy su hijo bastardo. Veréis… Yo no creía que él lo supiera. No creía que supiera que yo era su hijo. Ahí fue donde cometí el error. Ese hombre es un rijoso hijo de perra. Es… el Comandante. Sé que ha tenido decenas de bastardos. Lo que yo pretendía era echárselo en cara y descubrirle ante el mundo. Sorpresa, sorpresa. Y cuando ganara, cuando me dieran el premio, iba a pedir que me llevaran a casa de mi padre.

— ¿Y él lo sabía todo? — susurró McVries.

— El me convirtió en su conejo. Un conejito gris para hacer correr al resto de los galgos más aprisa… y más lejos. Y supongo que ha dado resultado. Vamos a llegar a Massachusetts.

— ¿Y ahora? — preguntó Garraty. Stebbins se encogió de hombros.

— Ahora el conejo resulta de carne y hueso, después de todo. Camino. Hablo. Y

creo que si esto no termina pronto, acabaré arrastrándome sobre el vientre como un reptil.

Pasaron bajo una gran torre de electricidad. Varios hombres con botas de escalada pendían asidos a los postes, por encima de la multitud, como grotescas mantis religiosa.

— ¿Qué hora es? — preguntó Stebbins.

Su rostro parecía haberse fundido bajo la lluvia. Se había convertido en el de Olson, el de Abraham, el de Barkovitch… y luego, estremecedoramente, en el del propio Garraty, desesperado y agotado, hundido en sí mismo, el rostro de un espantapájaros podrido en un campo segado mucho tiempo atrás.

— Las diez menos veinte — dijo McVries. Hizo una penosa imitación de su cínica sonrisa de otros tiempos. — Feliz quinto día a todos, estúpidos.

Stebbins asintió.

— ¿Seguirá lloviendo todo el día, Garraty?

— Sí, creo que sí. Da esa impresión.

— Yo también lo creo — asintió lentamente con la cabeza Stebbins.

— «Venid a cobijaros de la lluvia» — cantó de pronto McVries.

Continuaron adelante, casi al mismo paso, aunque los tres iban inclinados en diferentes posturas debido a los dolores que padecían.

Cuando entraron en Massachusetts, quedaban siete: Garraty, Baker, McVries, un esqueleto tenaz de ojos hundidos llamado George Fielder, Bill Hough, un tipo alto y musculoso llamado Milligan que todavía no parecía quebrado, y Stebbins.

La pompa y alborozo del paso de la frontera quedó lentamente a sus espaldas. La lluvia seguía, constante y monótona. El viento aullaba y rasgaba la tierra con toda la crueldad juvenil e inconsciente de la primavera. Arrancaba sombreros entre la multitud y los lanzaba, en breves y violentos arcos por el aire.

Poco antes — justo después de la confesión de Stebbins, — Garraty había experimentado un ligero y extraño despertar de su propio cuerpo. Sus pies parecieron recordar lo que en otro tiempo habían sido. Sintió una especie de frío que paralizaba los insoportables dolores de su espalda y su cuello. Era como terminar de subir una pared de roca y asomarse a la cumbre, salir de la niebla húmeda de las nubes al sol frío y al aire vigorizante y enrarecido… sin otra dirección que tomar que hacia abajo y a velocidad de vértigo.

El vehículo oruga iba un poco por delante de ellos. Garraty observó al soldado rubio acuclillado bajo el gran parasol de lona, en la parte posterior. Intentó proyectar todo el dolor y todos los sufrimientos pasados, contra los hombres del Comandante. El soldado rubio le observó con aire indiferente.

Garraty dirigió una mirada a Baker y vio que le sangraba la nariz.

— Va a morir, ¿verdad? — dijo Stebbins.

— Sí, claro — respondió McVries. — Todos se han ido muriendo, ¿no lo sabías?

Una ráfaga de viento lanzó una cortina de agua sobre ellos y McVries se tambaleó. Recibió un aviso. La multitud siguió vitoreando, insensible y aparentemente impenetrable. Por lo menos, hoy había menos petardos y fuegos artificiales. La lluvia había interrumpido esas estupideces.

La carretera les llevó entre dos colinas de empinadas laderas. La calzada era como una grieta entre dos pechos turgentes. Las colinas estaban negras de espectadores. La gente parecía levantarse sobre ellos y alrededor como los muros vivientes de un enorme y oscuro cenagal.

George Fielder volvió de improviso a la vida. Su cadavérica cabeza giró lentamente a uno y otro lado sobre su cuello, delgado como un palillo.

— Van a devorarnos — murmuró. — Van a caer sobre nosotros y devorarnos.

— No lo creo — respondió Stebbins. — Nunca ha habido un…

— ¡Nos van a comer! ¡A comer! ¡Acomeracomeracomer…!

George Fielder giró sobre sí mismo trazando un círculo tambaleante y agitando los brazos furiosamente. Sus ojos reflejaban el terror de un ratón atrapado en una ratonera. A Garraty le pareció como si uno de esos videojuegos se hubiera vuelto loco.

— ¡Acomeracomeracomeracomer…!

Fielder gritaba todo cuanto le permitía su garganta, pero Garraty apenas podía oírle. Las ondas de sonido procedentes de las colinas se abatían sobre los Marchadores como martillazos. Garraty no oyó siquiera los disparos cuando Fielder recibió el pasaporte; sólo oía el grito salvaje de la multitud. El cuerpo de Fielder bailó una rumba desmadejada pero extrañamente grácil en el centro de la autopista, sacudiendo los pies y retorciendo el cuerpo con frenéticos movimientos de hombros. Por fin, como si estuviera demasiado cansado para seguir bailando, cayó sentado al suelo con las piernas muy abiertas, y así murió, sentado, con la barbilla inclinada sobre el pecho como un niño cansado, atrapado por una nana mientras jugaba.

— Garraty… — dijo Baker. — Estoy sangrando. Las colinas ya habían quedado atrás, y Garraty pudo oírle.

— Sí — respondió. — Luchó por mantener firme la voz. Baker sufría una hemorragia interna y su nariz goteaba sangre. Llevaba las mejillas enmascaradas con cuajarones coagulados, y el cuello de la camisa teñido de rojo.

— No es muy grave, ¿verdad? — le preguntó Baker, llorando de miedo pues sabía que sí lo era.

— No, no lo es — contestó Garraty.

— La lluvia parece tan cálida… — prosiguió Baker. — Aunque sé que sólo es lluvia. Porque sólo es lluvia, ¿verdad, Garraty?

— Claro — contestó Ray, espantado.

— Me gustaría tener un poco de hielo que ponerme — añadió Baker antes de alejarse.

Garraty le observó.

Bill Hough recibió el pasaporte a las once menos cuarto, y Milligan a las once y media, justo después de que los Diablos Voladores pasaran sobre sus cabezas efectuando sus ejercicios de vuelo acrobático en seis F-lll de color azul eléctrico. Garraty había calculado que Baker desaparecería antes que cualquiera de ambos, pero Baker continuaba adelante, aunque ahora ya tenía empapada la mitad superior de la camisa.

A Garraty la cabeza parecía estar ofreciéndole un concierto de jazz: Dave Brubeck, Thelonius Monk, Cannonball Adderly… los discos que todo el mundo guardaba bajo la mesa y empezaba a poner cuando la fiesta se hacía ruidosa y abundaba el alcohol.

Le pareció que una vez había sido amado, que una vez él mismo había amado. Pero ahora sólo contaba el jazz y el creciente redoble de tambor en la cabeza; su madre sólo era un montón de paja envuelto en un abrigo de pieles. Y Jan no era más que un maniquí de grandes almacenes. Todo había terminado. Incluso si vencía, si conseguía sobrevivir a McVries, Stebbins y Baker, todo había terminado. Jamás regresaría a casa.

Rompió a sollozar. La visión se le hizo borrosa, sus pies tropezaron y cayó al suelo. La calzada era dura y le resultó sorprendentemente fría e increíblemente confortante. Recibió dos avisos hasta conseguir ponerse en pie otra vez mediante una serie de movimientos ebrios, parecidos a los de un cangrejo. Puso los pies en marcha de nuevo y emitió una ventosidad, un largo y estéril traqueteo que nada tenía que ver con un auténtico pedo.

Baker se movió en zigzag de un lado a otro de la calzada, como borracho. McVries y Stebbins tenían las cabezas muy próximas, y Garraty tuvo de pronto la certeza de que estaban tramando matarle, igual que cierta vez alguien llamado Barkovitch había matado a un número sin rostro, que respondía al nombre de Rank. Se obligó a apretar el paso y se puso a la altura de la pareja. Stebbins y McVries le hicieron sitio sin mediar palabra. Ahora habéis dejado de hablar de mí, pero lo estabais haciendo, ¿verdad? ¿Creéis que no me doy cuenta, que soy imbécil? Y pese a todo resultaba reconfortante. Quería estar con ellos, seguir con ellos hasta morir.

Cruzaban ahora bajo una pancarta que parecía resumir, a ojos de Garraty, toda la hiriente locura que podía encontrarse en el universo, toda la burla y la risa de las estrellas. Y esa pancarta anunciaba: ¡80 KILÓMETROS PARA BOSTON! ¡ÁNIMO, MARCHADORES, PODÉIS CONSEGUIRLO! Se habría desternillado de risa si

hubiera podido. ¡Boston! La simple mención de esa ciudad era como una leyenda absolutamente inverosímil.

Baker volvía a encontrarse junto a él.

— Garraty…

— ¿Sí?

— ¿Estamos? —

— ¿Qué dices?

— ¿Estamos? Contesta, Garraty, por favor. Baker le miraba con ojos suplicantes. Era una res de matadero.

— Sí, estamos. Estamos, Art.

Garraty no tenía la menor idea de a qué se refería Baker.

— Voy a morirme ahora, Garraty.

— Está bien.

— Si ganas, ¿querrás hacer una cosa por mí? No quiero pedírselo a nadie más.

Y al decir esto Baker hizo un gesto vago hacia la desierta autopista, como si la Marcha todavía tuviera decenas de competidores en acción. Por un pavoroso segundo, Garraty se preguntó si estarían todos allí todavía, como fantasmas ambulantes que resultaban visibles para Baker en el instante de su agonía.

— Lo que quieras.

Baker apoyó una mano en el hombro de Garraty y éste se echó a llorar desconsoladamente.

— Que esté chapado en plomo — pidió Baker.

— Sigue caminando un poco más — dijo Garraty entre lágrimas. — Camina un poco más, Art.

— No… no puedo.

— Está bien.

— Quizá volvamos a vernos, Ray — musitó Baker al tiempo que se limpiaba la sangre viscosa del rostro, con gesto ausente.

Garraty bajó la cabeza y lloró con más fuerza.

— No mires cómo lo hacen — añadió Baker. — Prométeme eso también.

Garraty asintió con un gesto, incapaz de hablar.

— Gracias. Has sido un buen amigo, Garraty. Baker intentó sonreír, extendió la mano en un gesto a ciegas y Garraty la estrechó entre las suyas.

— En otro lugar, en otra ocasión… — musitó Baker.

Garraty se cubrió el rostro con las manos y tuvo que inclinarse para continuar caminando. Los sollozos le desgarraron y le causaron un dolor más hiriente que cuanto la Marcha le había infligido hasta entonces.

Deseó no oír los disparos, pero no lo consiguió.

18

Proclamo el final de la Larga Marcha de este año. ¡Señoras y señores, ciudadanos, gloria al vencedor!

El Comandante

Estaban a sesenta kilómetros de Boston.

— Cuéntanos una historia, Garraty — dijo Stebbins. — O un cuento que distraiga nuestras mentes de los problemas.

Stebbins había envejecido increíblemente; se había transformado en un anciano.

— Sí — añadió McVries, que también parecía senil y marchito. — Un cuento, Garraty.

Garraty pasó la mirada del uno al otro lentamente, y en sus rostros sólo vio una fatiga cadavérica. Empezaba a descender de su pasajera exaltación y todos los terribles y paralizantes dolores comenzaban a despertar otra vez. Cerró los ojos un instante. Cuando los abrió de nuevo, el mundo se había duplicado, y sólo a duras penas consiguió enfocarlo correctamente.

— Está bien — dijo al fin.

McVries batió palmas con aire solemne. Tenía ya tres avisos; Garraty tenía uno, Stebbins ninguno.

— Erase una vez…

— ¡Bah!, ¿quién quiere oír ahora un maldito cuento de hadas? — exclamó Stebbins. McVries soltó una risita.

— ¡Vais a oír lo que yo quiera contar! — replicó Garraty. — ¿Queréis que siga o no?

Stebbins tropezó con Garraty, y ambos recibieron un aviso.

— Supongo que es mejor un cuento de hadas que nada… — musitó.

— Pues no es un cuento de hadas. Que suceda en un mundo imaginario no significa que sea un cuento de hadas. No significa…

— ¿Vas a contarlo o no? — pregunto McVries con irritación.

— Erase una vez — empezó Garraty — un Caballero Blanco que se lanzó al mundo en aras de una Empresa Santa. Abandonó su castillo y caminó a través del Bosque Encantado…

— Los caballeros cabalgan — le interrumpió Stebbins.

— Está bien, cabalgó. Y el caballero tuvo muchas aventuras maravillosas y extrañas. Luchó contra espíritus malignos y oscuros rufianes, contra seres sobrenaturales y duendes, y contra una manada de lobos. ¿Me seguís? Y finalmente

llegó al castillo del rey y le pidió permiso para rondar a Gwendolyn, la famosa Dama Blanca.

McVries soltó una risa entrecortada.

— Al rey no le entusiasmaba la idea, pues no consideraba a nadie merecedor de su hija Gwen, la archifamosa Dama Blanca. Pero la Dama Blanca amaba al Caballero hasta tal punto que amenazó con huir a los bosques si… si…

Un vahído se apoderó de él como una nube oscura, haciendo que se sintiera flotar. El rugido de la multitud llegó hasta él como el rumor del mar a través de un largo túnel en forma de cono. Después, la sensación remitió lentamente.

Miró alrededor. McVries llevaba la cabeza hundida y se encaminaba hacia la multitud, totalmente dormido.

— ¡Eh! — gritó Garraty. — ¡Eh, Pete! ¡Pete!

— Déjalo en paz — dijo Stebbins. — Tú hiciste la misma promesa que todos los demás.

— ¡Vete a la mierda! — exclamó Garraty, al tiempo que se acercaba a McVries.

Tocó el hombro de éste, encaminándole en la dirección correcta. McVries alzó hacia él una mirada soñolienta y sonrió.

— No, Ray. Es hora de sentarse.

El terror embargó a Garraty.

— ¡No! ¡Aún no!

McVries le contempló un instante, volvió a sonreír y movió la cabeza en gesto de negativa. Se sentó con las piernas cruzadas sobre el asfalto. Parecía un fraile apartado del mundo. La cicatriz de su mejilla era como una raya blanca bajo la luz lluviosa.

— ¡No! — gritó Garraty.

Intentó forzarle a levantarse, pero, pese a su delgadez, McVries le resultó demasiado pesado. McVries ni siquiera le miró; tenía los ojos cerrados. De pronto, dos soldados arrastraron a Garraty lejos de McVries. Les vio colocar las armas junto a la cabeza de éste.

— ¡No! — volvió a gritar. — ¡A mí! ¡Disparadme a mí!

No lo hicieron; en cambio, recibió el tercer aviso.

McVries abrió los ojos y sonrió de nuevo. Al instante siguiente, todo había terminado.

Garraty continuó caminando, ahora sin saber lo que hacía. Contempló con ojos vacíos a Stebbins, y éste le devolvió la mirada con expresión de curiosidad. Garraty estaba lleno de una extraña sensación de vacío.

— Termina el cuento — dijo Stebbins. — Termina de contarlo, Garraty.

— No. No me apetece.

— Pues dejémoslo — replicó Stebbins con una sonrisa. — Pero si realmente existen las almas, la suya todavía debe de estar cerca. Todavía podría oírte.

Garraty lo miró y masculló:

— Voy a seguir hasta que te vea en la tumba. ¡Oh, Pete!, pensó. Ni siquiera le quedaban lágrimas que derramar.

— ¿De veras? — replicó Stebbins. — Ya veremos…

A las ocho de la tarde estaban cruzando Danvers, y Garraty se dio cuenta por fin: todo estaba a punto de acabar, porque Stebbins era imbatible.

Había pasado demasiado tiempo pensando en ello. McVries, Baker, Abraham… Ninguno de ellos se lo pensó. Lo hicieron, y basta. Como si fuera lo más natural. Y lo era. En cierto modo, era lo más natural del mundo.

Siguió avanzando con los ojos desorbitados y la mandíbula floja, dejando que la lluvia penetrara en su boca. Durante un borroso instante creyó ver a alguien a quien conocía. Alguien a quien conocía tanto como a sí mismo, que lloraba y le llamaba desde la oscuridad, carretera adelante. Pero era inútil. No podía continuar.

Sólo quería decírselo a Stebbins, que iba unos metros delante, cojeando bastante y con aspecto exhausto. Garraty estaba muy cansado, pero había perdido el miedo. Se sentía sereno. Se obligó a acelerar el paso hasta que consiguió posar la mano en el hombro de Stebbins.

Pronunció su nombre.

Stebbins se volvió y lo miró con unos ojos enormes y ausentes que por un instante no vieron nada. Por fin, le reconoció, extendió la mano y se agarró de la camisa de Garraty, hasta arrancarle los botones. La multitud rugió de furia ante tal interferencia, pero sólo Garraty estaba lo bastante cerca para ver la expresión de horror de Stebbins, la oscuridad que había en sus ojos. Y sólo Garraty supo que el gesto de Stebbins era una última y desesperada petición de auxilio.

— ¡Oh, Garraty! — murmuró Stebbins antes de caer al suelo. El rugido de la multitud fue ensordecedor. Era el ruido de las montañas al desmoronarse, de la tierra al abrirse. El sonido aplastó a Garraty, y le habría matado si Ray lo hubiese oído, pero ya no oía otra cosa que su propia voz.

— ¿Stebbins? — balbuceó.

Se inclinó y consiguió dar la vuelta al cuerpo de Stebbins. Este seguía mirándole fijamente, pero la desesperación le había abandonado, y su cabeza cayó hacia atrás como si en el cuello no tuviera huesos.

Garraty puso una mano ante la boca de Stebbins.

— ¿Stebbins? — repitió.

Pero Stebbins estaba muerto.

Garraty perdió interés en él. Se puso en pie y echó a andar. Ahora, los vítores llenaban la tierra y los fuegos artificiales iluminaban el firmamento. Y allá delante, un jeep se acercaba rugiendo hacia él.

Tú, estúpido, nada de vehículos en la calzada, pensó. Eso es una falta grave contra las normas. Te pueden matar por eso.

En el jeep venía el Comandante, con su sempiterno saludo marcial. Dispuesto para entregar el primer deseo, cualquier deseo. El Premio.

Detrás de él terminaron de rematar el cuerpo ya cadáver de Stebbins, y al fin quedó sólo Garraty, sin más compañía en la carretera, caminando hacia el lugar donde el jeep del Comandante se había detenido, en diagonal sobre la línea blanca. El Comandante se apeó del vehículo y se adelantó hacia él con su rostro amable e inescrutable tras sus gafas de sol reflectantes.

Garraty se apartó. No estaba solo. La oscura figura había vuelto, allá delante, no muy lejos, indicándole que se acercara. El conocía aquella figura. Si se acercaba un poco más, podría reconocer sus rasgos. ¿Quién le faltaba por derrotar? ¿Era Barkovitch? ¿Collie Parker? ¿Percy? ¿Quién era?

— ¡Garraty! — gritaba la multitud en pleno delirio. — ¡Garraty, Garraty, Garraty!

¿Era Scramm? ¿Gribble? ¿Davidson?

Una mano se posó en su hombro. Garraty se la quitó de encima con gesto impaciente. La oscura figura le llamaba, le llamaba bajo la lluvia, le llamaba para seguir caminando, para que fuera a jugar la partida. Y era hora de empezar; todavía quedaba tanto por caminar…

Con los ojos ciegos y las manos suplicantes extendidas ante sí, como pidiendo limosna, Garraty avanzó hacia la oscura figura.

Y cuando la mano le tocó de nuevo el hombro, encontró aún energías para echar a correr.